

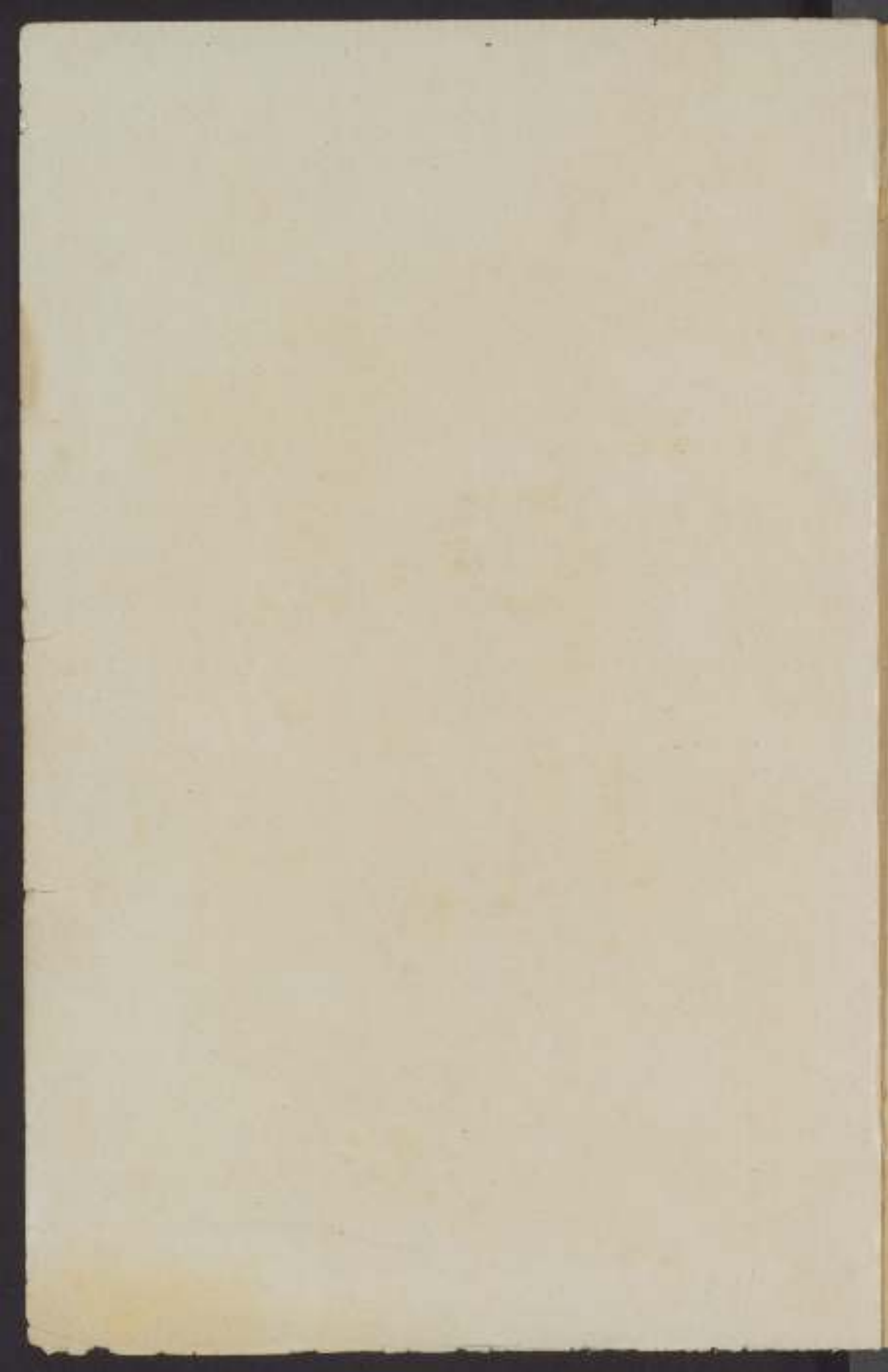
Ernesto G. Solano

# EL CAPITAN KIDD



*Novela ilustrada con fotografías*  
Creación **EDDIE POLO**

SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES S.A.  
Diputación n.º 211-Barcelona



n=10367

**EL CAPITÁN KIDD**  
o  
**EL TESORO DEL PIRATA**

Fotografías facilitadas por la casa

**PAULINO DE CASALS**

Rambla de Cataluña, 46, pral.,  
de Barcelona

LAS GRANDES NOVELAS DE LA PANTALLA

# EL CAPITAN KIDD

○

## EL TESORO DEL PIRATA

NOVELA BASADA EN LA  
Película cinematográfica  
**EL CAPITÁN KIDD**

— POR —

**Ernesto G. de Solano**



SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A.  
CALLE DE LA DIPUTACION, 211 — BARCELONA



# EL CAPITAN KIDD

O

## EL TESORO DEL PIRATA

---

I

### El secreto de la abuela

Davis House era una antigua y noble mansión, situada en las cercanías de ese viejo Londres siempre envuelto en su manto de niebla espesa y recatado bajo su caperuza de pardas nubes, que sólo de vez en cuando logra hender el pálido so invernial.

El vetusto edificio, admirablemente conservado merced al cariño y al respeto que los ingleses profesan a las joyas arquitectónicas de pasadas edades, destacábase, como severo señor feudal, de entre el sinnúmero de hotelitos y quintas de recreo, de moderna hechura y sin carácter, a menos de tomar en este sentido su fragilidad, sus llamativos tonos y el estilo chocarrero y falto de originalidad que presidió su construcción. Amenos prados verdegueantes y algunos macizos de árboles rodeaban el palacete que, realmente, merecía honores de castillo.

Habitaba éste, en todo tiempo, la señora viuda de Davis, anciana perteneciente a la rancia nobleza del Reino Unido de la Gran Bretaña, aunque los cuarteles de su escudo no fuesen tan empuñados como los

de un Douglas, un Buckingham o un Gloucester.

El interior del palacio correspondía al exterior. Todo en él era sólido, augusto por la pátina del tiempo y por los recuerdos que todos aquellos muebles, cuadros, tapices, molduras y artesones evocaban de otros tiempos que pasaron y de otras vidas que se extinguieron. La proscripción de los cachivaches que el lujo a la moderna siembra ahora por doquier, convirtiendo, a veces, en verdaderos baratillos salones que pretenden ser el prototipo de la distinción y de la elegancia, no excluía en modo alguno el confort, la comodidad, esa disposición especial de los britanos a hacer del «home», del hogar, la más agradable residencia, acumulando en él, dentro de las posibilidades económicas, todo cuanto halaga el instinto de bienestar y de goce material, instinto tan humano, que sólo supieron resistirlo los místicos y los ascetas.

De ordinario se observaba poco movimiento en Davis House; la serenidad, el ambiente de reposo, casi de somnolencia, que allí reinaba apenas si eran interrumpidos por el apa-

gado rumor de los pasos de los servidores, gentes, casi todas, de edad provecha, silenciosas, corteses y apegadas al castillo y a la castellana, cual si considerasen la vetusta mansión como su casa propia.

Sólo la presencia de Eduardo Davis, nieto de la anciana señora, agitaba las aguas muertas de aquel vivir acompasado y monótono. Hombre sano y fornido, plétórico de savia, de humor alegre, como corresponde a quien no hostilizan los humores de la propia economía, su aparición en el castillo era como si un torrente revoltoso y avasallador se despeñase en catarata sobre las dormidas linas del más tranquilo de los lagos.

La viuda de Davis adoraba en su nieto, y a este amor de la anciana correspondía el joven con extremado cariño, ruyano en veneración.

¿Contribuía, quizás, a este mutuo afecto el contraste que abuela y nieto ofrecían? Seguramente. La dama de clara estirpe, al constatar que su pobre cuerpo se inclinaba ya hacia la tumba, gozábale al descubrir en su nieto las cualidades distintivas de los hombres de su raza: el valor, la franqueza y la energía indomable. Además, mujer al fin, admiraba asimismo la varonil belleza del mancebo y la fuerza física de aquel cachorro de leones. Para él guardaba sus mejores sonrisas, sus caricias más tiernas y hasta esos denguecillos con que los ancianos, que se saben verdaderamente queridos de sus retoños, coquetean para obtener un plus en las efusiones del cariño.

Y esta singular afección de la viuda de Davis hacia Eduardo ponlala más en relieve la circunstancia de que un sobrino carnal, Felipe Raleigh, que bailaba constantemente el agua a su tia, manifestando en todas ocasiones un afecto demagógico ruidoso y palabrero para ser veraz, era siempre acogido en el palacio con cara hostil o con irónica sonrisa, no obteniendo otras respuestas a sus alega-

tos de respeto y de amistad rendida, que alguna frase brusca, cuando no acre o declaradamente hostil.

Bien pagaba Eduardo las preferencias de su abuela. La debilidad de la anciana inspiraba a la fortaleza del joven ese sincero temor con que el hombre rudo y hercúleo acaricia al bebé de rosa y nieve. De carácter abierto y expansivo, amigo de la chirigota, dentro de la corrección, siempre pronto a entregarse por entero cuando a su generosidad o a su misericordia se llamaba, un niño grande, en fin, ¿cómo no había de ser el encanto de la vieja dama que al contemplarlo veía renovarse la época feliz de su juventud pretérita y reproducirse en los rasgos de su favorito los del esposo y los del hijo muertos?..

...

Algo extraordinario acontecía en Davis House aquella mañana, por cuanto la quieta mansión había perdido su habitual aspecto.

Los criados, prescindiendo de la rigidez y parsimonia de costumbre, recorrían presurosos los aposentos o deteníanse a cambiar algunas palabras en tono de voz que no habrían osado emplear en épocas normales. Innumerables veces el mayordomo de la casa había formulado esta pregunta a los atortolados domésticos:

— ¿Ha venido?

Y como no obtuviera la deseada respuesta afirmativa, el rostro del digno hombre de confianza de la noble señora se contraía con un gesto de cólera y de impaciencia al par.

Al fin, la persona a quien se aguardaba subió la escalinata del vestíbulo y penetró en el castillo.

Inmediatamente uno de los fámulos avisó al mayordomo, quien no tardó en salir al encuentro del recién llegado.

— ¡Gracias a Dios, señor doctor!

— exclamó el mayordomo.

— ¿Qué sucede, Tomás? — inquirió el visitante, mientras entregaba el sombrero y el abrigo a otro criado.

— Que nos ha dado un susto enorme la señora...

— Ya estaban ustedes avisados, sin embargo.

— Cierzo; pero nunca pudimos suponer que, de pronto, se presentase tan inminente el peligro.

— La señora Davis es de edad muy avanzada y sus achaques aumentan y se agravan cada día. Por eso les advertí, cuando el último ataque, que habían de estar ustedes preparados a todo.

— ¡Pobre señora!...

— ¿Está en su habitación?

— Sí, señor doctor.

— Pues vamos allá.

Tomás precedió al médico, guiándole a la cámara de la viuda de Davis.

Cuando entraron en la alcoba el cuerpo esquelético de la anciana yacía sobre lujoso y antiguo lecho que se alzaba sobre un pequeño estrado y al que coronaba un baldaquino de damasco.

El leve ruido que produjeron los hombres al entrar hizo abrir los ojos a la paciente, quien, con voz desmayada, preguntó:

— ¿Eres tú, Tomás?...

— Yo soy, señora.

— Pero alguien te acompaña, ¿quién es? — indagó la enferma tratando de incorporarse.

— No se moleste usted, señora Davis — intervino entonces el doctor —. Es su buen amigo Perceval, de quien, por lo visto, no quiere usted prescindir — añadió en tono jocoso.

— ¿Es usted, doctor?...

— En cuerpo y alma, señora... Ea, vamos a ver qué le ocurre a mi vieja amiga, y no se ofenda usted por lo de vieja.

— Acérquese, Perceval, y tú, Tomás, retírate... Ya te llamaré.

El médico y el mayordomo obedecieron las indicaciones de la viuda.

Ya solos, Perceval subió la grada sobre la que se asentaba el lecho y, con rápida investigación, se hizo cargo del aspecto general de la paciente.

Quiso proceder luego a un más detenido examen, y, en el instante de empezarlo, le detuvo la señora.

— No se moleste usted, Perceval

— dijo, sonriendo dulcemente —. Esto es el principio del fin y nada impedirá ya que vuelvan mis huesos a la tierra, que hace mucho tiempo los reclama.

— Mientras haya vida hay esperanza.

— No me hago ilusiones, doctor, y... tampoco las abriga usted. Seamos sinceros.

— ¿Quién sabe!...

— No, amigo mío, no. Mi hora ha sonado ya, y estoy dispuesta a comparecer ante el Supremo Juez; sin embargo, ya que ha venido, mi querido Perceval, quisiera que me hablase sinceramente; necesito vivir todavía unas horas para cumplir un sagrado deber... ¿Cree usted que dispondré de ellas?

Antes de responder, el médico pulsó a la enferma, la auscultó largo rato, meditó después un segundo y contestó:

— Es usted una mujer enérgica a quien se le puede decir la verdad. La ciencia se ve impotente para atajar el mal que se ha apoderado de usted, y de la voluntad de Dios depende la prórroga de esa vida que se escapa. No obstante, creo que podrá usted disponer del plazo que necesita.

— Gracias, doctor. Ahora estoy más tranquila.

— Voy a recetarle a usted un calmante y...

— ¿Quiere hacerme el obsequio de avisar a Tomás cuando salga usted?

— Con sumo gusto. Esta noche volveré y espero encontrarla tan valiente como ahora.

La anciana no contestó, y, con

penoso esfuerzo, estrechó afectuosa una de las manos del doctor Perceval.

Más emocionado realmente de lo que aparentaba, el médico pronunció unas cuantas frases de consuelo, descendió luego del estrado y salió de la cámara, reuniéndose en la antecámara a Tomás, que le aguardaba impaciente.

— ¿Cómo está? — indagó el criado al ver al facultativo.

— En las últimas; sólo un milagro puede salvarla. Pero es mujer fuerte y aun durará unos días, si no me equivoco.

— Me lo temía...

— Entre usted a verla... Ahora extenderé una receta que dejaré en el escritorio para que se haga usted cargo de ella. En otro papel escribiré mis instrucciones, y esta noche volveré.

— Está bien, señor doctor.

— Hasta luego, pues. Sobre todo, eviten a la anciana toda impresión desagradable.

— Se hará como usted manda.

— El médico se dirigió al gabinete que servía de escritorio a la viuda de Davis y el mayordomo acudió al lado de su señora.

La cual, al verle, le interrogó ansiosa:

— ¿Aviaste a Eduardo?

— Sí, señora.

— ¿Cuánto tardó?

— Realmente no ha tenido tiempo el señorito para...

— Es preciso que le avises otra vez y con toda urgencia. Me siento morir, Tomás...

— Desecho usted esas manías, señora; aun ha de enterrarnos usted a todos.

— No me forjo ilusiones, querido... Anda, ve y cumple mi encargo; no estaré tranquila hasta que ves a Eduardo junto a mí.

— Iba a salir el mayordomo, cuando la anciana le ordenó con un gesto que se detuviera.

— ¡Ya está ahí escl... — musitó la señora Davis.

...

Tomás miró hacia la puerta de la habitación y vio entrar a un hombre de mediana edad, de rostro duro, que en vano quería fingir una expresión cariñosa, elegantemente ataviado y que se dirigía con presura hacia el lecho de la enferma.

Era Felipe Raleigh, sobrino carnal de la señora Davis. Hombre de vida disipada, de costumbres sospechosas y de relaciones más sospechosas todavía, el norte de su vida se cifraba entonces en el logro de la fortuna de su parienta; de ahí que, con la vista fija en la posibilidad de una mejora testamentaria, no cesara de visitar a la viuda y de abrumarla con su empalagosa asiduidad desde que se inició en la anciana la dolencia que la conducía lentamente al sepulcro.

La señora Davis, que sabía de sobra la vida y hazañas de su sobrino, no se dejó engañar por las muestras de afecto del interesado pariente; antes al contrario, vio siempre en ellas otras tantas pruebas de la bajeza y del brutal egoísmo de Felipe.

Por esta razón, apenas vislumbró la figura de aquella antipática persona, fingió que sucumbía al sopor.

El mayordomo se quedó perplejo. No osaba despedir al sobrino, a pesar de que le constaba el desprecio que le merecía a la señora, y tampoco se atrevía a salir del aposento antes de que aquél se hubiese retirado.

En tanto, Felipe se había aproximado al lecho, y con ansiosa mirada contempló los estragos que el mal causara en el abatido cuerpo de su tía.

Luego, esforzándose por dulcificar el bronco son de su voz tomada del alcohol y del tabaco, preguntó solícito:

— ¿Cómo sigue usted, tía?...

La enferma no respondió.

Felipe se encaró entonces con Tomás.

— ¿Ha venido el médico? — interrogó.

— Sí, señor.

— Y ¿qué dice?

Tomás indicó con la mirada la presencia de la enferma.

— ¿Peor?... — insistió Felipe, sin darse por entendido de la prudente recomendación que significaba el silencio del criado.

Obligado a responder, Tomás se limitó a mover la cabeza en sentido afirmativo.

La mirada de Felipe brilló. El hombre veía ya cercano el momento de recoger el ambicionado fruto.

Trató de acercarse nuevamente al lecho, y, en aquel momento, resonó airada la voz de la enferma, dirigiéndose al mayordomo.

— ¡Que se vaya de aquí Felipe! ¡Echalo, Tomás!... No quiero verlo. Sólo quiero ver a mi nieto Eduardo.

Felipe inclinó la cabeza para disimular una sonrisa feroz y se encogió de hombros.

...

— Le llaman por teléfono, Eduardo — advirtió uno de los empleados del agente de negocios Jones a Eduardo Davis, que en aquel instante conferenciaba con el agente sobre una adquisición de valores que pretendía el joven realizar.

— ¿De dónde telefonéan? — inquirió.

— De Davis House — le contestaron.

Eduardo cortó en seco la conversación y se dirigió al teléfono.

Apenas aplicó el auricular a la oreja se inmutó, revelando en su semblante extraordinaria agitación.

Con gesto rápido colgó el auricular, y luego, precipitadamente, se reunió a Jones.

— No haga usted nada por el momento — dijo — Me es imposible ocuparme ahora de este asunto.

— Está usted emocionado.

— Y no es para menos. Acaban de comunicarme que mi pobre abuela está expirando. Me voy a escape a Davis House.

— No le detengo a usted, amigo mío; ¡pobre señora Davis!, le compadezco a usted y le acompaño en su dolor.

— Gracias, Jones. Y ahora, adiós; no quiero perder minuto.

— Adiós, Eduardo; resignación y conformidad. Quizás el caso no sea tan extremo como le han dicho.

Estrechó Eduardo la mano de su agente de negocios y abandonó el despacho.

A la puerta tenía su automóvil, en el que montó y partió a toda velocidad, deseoso de estrechar en sus brazos a aquella viejecita que le recogió en la orfandad y que substituyó a los padres muertos.

Emprendió loca carrera con su auto, sin hacer caso de las señales de los *policemens* ni de las protestas de los viandantes, sorteando hábilmente los mil obstáculos que oponían a su marcha los carros, camiones y demás carruajes del gran tráfico ciudadano. Así ganó la carretera, dejando atrás la vieja ciudad de Londres, embozada en su capa de niebla, y precipitó aún más la marcha, devorando el espacio. De esta guisa llegó a las inmediaciones de un paso a nivel en que se cruzaban la carretera y el camino de hierro, y Davis, aun viendo que se le iba a echar encima un tren expreso que avanzaba hacia el paso, cruzó éste como un relámpago, con tal precisión, que la capota del automóvil quedó casi destrozada al rozar con el flanco de la locomotora.

Sin pararse a averiguar la importancia de la avería, reanudó la carrera, y poco tiempo después, sudoroso, empolvado, se detenía y bajaba del auto ante la verja del jardín del castillo.

Atravesó a grandes zancadas la

avenida orlada de árboles que precedía al vestibulo y penetró en el castillo a tiempo que ibale al encuentro Tomás, advertido ya de la presencia de Eduardo.

— ¿Cómo está?... — preguntó jadeante el joven.

— Muy grave, señorito Eduardo — repuso el mayordomo con tono doliente.

— ¿La ha visitado ya el médico?

— Sí, señor, pero vaye usted en seguida, porque ha preguntado varias veces por usted y está muy impaciente.

No se hizo repetir la invitación Davis, y se precipitó hacia la cámara de su abuela.

Los criados que vigilaban a la enferma abrieron respetuosamente paso al joven, quien avanzó hasta el lecho, y, cogiendo entre sus manos la amarillenta cabeza de la anciana, la besó en la frente.

— ¿Qué es eso, abuelita?... — dijo con tono chancero, dominando su angustia.

— Nada, hijo mío, nada — repuso ella —. Ahora que te veo junto a mí me siento ya bien.

En seguida, esforzando la voz, agregó la dama:

— Que se retiren todos; tengo que hablar reservadamente contigo.

Tomás y los otros domésticos obedecieron inmediatamente la orden de su señora. Sólo Felipe Raleigh permaneció quieto, como si el mandato de la enferma no rezase con él.

Esta actitud de Felipe indignó a Eduardo, quien volviéndose bruscamente hacia el ambicioso, y arrojando impávido la mirada resplandeciente de odio que aquél le dirigiera, le increpó, acompañando la frase con un gesto amenazador:

— ¿No has oído la orden de mi abuela?... ¡Largo de aquí, al instante!

Felipe vaciló, como si tratase de

hacer frente a quien así le expulsaba del aposento; mas vió en los ojos de Eduardo que el golpe seguiría a la amenaza y optó por retirarse prudentemente; pero si salió de la estancia, no se apartó de ella lo bastante para no percibir con claridad las confidencias que la viuda de Davis se proponía hacer a su nieto. Emboscóse tras el amplio y pesado cortinaje que pendía sobre el hueco de la entrada, y allí aguardó atento, pronto a aprovecharse del secreto que iba a sorprender.

Creyendo definitivamente ido a Felipe, Eduardo se acercó otra vez a la cama de su abuela.

Esta, con repentina animación y con fuerzas que no eran de suponer en ella, se incorporó un tanto e invitó a su nieto:

— Siéntate, Eduardo. Hemos de hablar largo y tendido.

El joven tomó un taburete, que colocó sobre el estrado, y se sentó a la cabecera del lecho, muy sorprendido y un tanto inquieto.

— Hijo mío — prosiguió la anciana —, presiento que voy a morir y no quiero llevarme a la tumba el secreto de la fortuna de nuestros antepasados.

— ¿Qué dice usted, abuela! — interrumpió el joven muy intrigado, pero temiendo al par que la enferma divagase.

— Calma, Eduardo; estoy en mi sana razón. Escúchame en silencio, porque mis horas están contadas y se me van agotando las energías. Vas a oír la historia del fundador de nuestra casa y de nuestra familia, un Eduardo Davis, como tú, quien en el siglo xvii logró fama, honores y riquezas, después de haber padecido no pocos tropiezos y desventuras. Estáme atento...

.....  
He aquí la historia que entre ayes y estertores contó la noble dama a su amado nieto.

## Los corsarios del siglo XVII

### Los dos amantes

Regia los destinos de Inglaterra la Graciosa Majestad de Jacobo II, el último Estuardo que ocupara el trono inglés, antes de subir al solio el taciturno Guillermo de Orange, fundador de la dinastía que aun ejerce hoy la soberanía del Reino Unido de la Gran Bretaña y del Imperio de las Indias. Corría el año de gracia de 1687 y la situación del país británico era cada día más revuelta, por las ambiciones políticas desatadas y sobre todo por las divisiones religiosas que se exteriorizaban con un fanatismo feroz y sañudo.

Ello motivó que muchos súbditos de Jacobo II, de la nobleza y del estado llano, queriendo substraerse al encono de la lucha partidista, que sólo desventajas les ofrecía, y crearse una fortuna que en la madre patria les era imposible conseguir, se decidiesen a imitar a los aventureros españoles de aquellos tiempos, que se trasladaban a las Indias, al nuevo mundo, entonces en plena gestación civilizada, a la busca de riquezas y de lances de guerra y amor.

Eduardo Davis, segundón de noble casa del Lancashire, fue uno de esos hombres que, movidos de su ambición, de su genio aventurero o de su espíritu luchador, surcaron los océanos para trasladarse a las flamantes colonias americanas, donde era más fácil hallar satisfacción a las nobles aspiraciones o a los apetitos bastardos.

Durante varios años sufrió Eduardo Davis penalidades sin cuento y hubo de pasar por numerosos y difíciles trances, pero su perseverancia, su tesón, su valor y el dominio que tenía del manejo de las armas le abrieron poco a poco paso, ganando preza y fama para su nombre y muchos y buenos puñados de guineas para su bolsa.

En vez de entregarse a la disipación, como la mayoría de sus compañeros de aventuras, observó Eduardo Davis una conducta intachable, siempre atento al servicio o a los negocios, sin distraerse jamás de sus propósitos ni perderse por vías tortuosas que le alejasen del fin primordial cuya consecución se propusiera. Ciertamente que esta honradex de conducta y estas rectas intenciones y obras debieron ser, principalmente, a un agente de capital importancia siempre en la vida de los hombres: el amor.

El aventurero guardaba en lo más hondo de su corazón la imagen de una mujer que en la vieja Inglaterra esperaba anhelante su regreso. Eduardo había entregado su corazón a Alicia de Sanderson, joven de elevada alcurnia, hija del conde Ricardo de Sanderson, quien, sabedor de las relaciones de su hija con el segundón, se opuso terminantemente a ellas, motivando así la decisión de Eduardo de trasladarse a tierras remotas en busca del oro necesario para restaurar su hacienda y sus blasones.

Amor exaltado y romántico unía

a aquellas almas juveniles, amor a prueba de obstáculos y peligros; de ahí que, tan pronto como el aventurero logró reunir una buena pecotilla, se apresurase a emprender el viaje de retorno a la patria.

Como si la fatalidad se empeñara en poner a prueba la paciencia del enamorado galán, tuvo éste que vencer aún nuevos y trágicos incidentes durante el viaje de vuelta.

Sabido es que, desde que España intensificó su comercio con sus colonias del Nuevo Mundo y desarrolló su marina mercante y de guerra en términos de ser, por aquellas fechas, la primera de Europa, franceses e ingleses, especialmente estos últimos, emprendieron a las claras unas veces, solapadamente otras, verdaderas campañas de corso dirigidas contra las naves españolas de comercio que traían a la Península el oro, las maderas y los ricos frutos y especias americanos.

Al socaire de estos corsarios semi-oficiales, esto es, apoyados por sus naciones respectivas, a quienes se denominaba entonces filibusteros, surgieron otros, verdaderos piratas, hombres duros y bravos, sin rey ni ley, que sólo atendían a satisfacer sus instintos sanguinarios y de rapiña, gentes que atacaban a todo navío que se pusiese a tiro de la artillería de sus barcos, y que se convirtieron, como gráficamente se les denominara entonces, en espumaderas del mar. Estos hombres trabajaban sólo por su propio provecho; y así fueron los sucesores de Drake, los Montbars, el Rojo, los Duncan y los Kidd.

En la época en que embarcara Davis para regresar a Inglaterra, el pirata cuyo solo nombre hacía temblar a los navegantes más veteranos y de pelo en pecho era el capitán Kidd.

La osadía de este hombre, sus algaradas asombrosas y lo implacable de su corazón de hierro con-

virtiéronle en la pesadilla de cuantos se atrevían a cruzar los mares del trópico con valiosos cargamentos o con viajeros cuyos rescates representarían rico botín para el temido pirata.

El navío que conducía a Eduardo Davis fué visto y perseguido tenazmente por el del capitán Kidd, y sólo a la circunstancia de un temporal deshecho, que separó a los buques combatientes en lo más agudo de la pelea, debióse que al corsario le escapase la presa que tenía ya por suya y que el barco mercante arribase salvo, aunque no sano, a las riberas del Támesis.

Durante el ataque del corsario Eduardo Davis se comportó como un bravo, animando a todos con el ejemplo y siendo verdaderamente el alma de la defensa. Con su espada, arma que entre sus manos sembraba en derredor la muerte, irrumpió más de una vez en la cubierta del barco pirata cuando se aferró éste al buque enemigo, y cada uno de sus tajos y mandablos puso fuera de combate a un hombre.

...

Cierta mañana del mes de septiembre, cuando la niebla comenzaba a extenderse por la ciudad, Eduardo Davis ponía el pie en los muelles del Támesis.

Llevaba en una mano su reducido equipaje, escondido en el seno el bolsón que contenía sus riquezas y al cinto la victoriosa espada. Embozado en la capa y echado sobre las cejas el chambergo, para ocultar su fisonomía a los curiosos, se dirigió con rápidos pasos a un albergue cercano al puerto, conocido por la hostería del Pájaro Azul.

Una vez en la hostería, Davis ocupó una habitación y se entregó a minucioso tocado, como hombre que se prepara a una entrevista ceremoniosa o ga'nte.

Limpio, remozado y vistiendo elegante traje, como un lechuguino de la corte, abandonó la hospedería y se encaminó a paso ligero hacia la *cilly*, en demanda de la morada señorial de los Sanderson.

El amor le impulsaba a poner en claro cuanto antes la situación, creyendo que el orgulloso conde, al verle rico y casi poderoso, no insistiría ya en negarle la mano de la bella Alicia.

Lleno el corazón de esperanzas y la mente de luminosas soñaciones, apenas se dió cuenta el valiente aventurero de que había recorrido el trayecto que mediaba entre la hostería y el palacio de Sanderson.

Puede decirse que se detuvo casi inconscientemente a la puerta del cortesano conde al chocar con el suizo que actuaba de conserje.

Recobró entonces el dominio sobre sí mismo y, encarándose con el criado, preguntó por el conde.

Dijéronle que no se hallaba en la casa; en vista de ello, solicitó presentar sus respetos a la señorita Alicia.

El portero miró con desconfianza al joven, pero no se atrevió a cerrarle la puerta. Entró en el interior del palacio y regresó, a poco, invitando a Eduardo a que pasase.

No necesitó de guía alguno Davis para ganar a toda prisa el gabinete donde más de una vez susurrara dulces palabras de amor al oído de la linda aristócrata.

Y allí estaba ya Alicia, luchando aún por reprimir su impulso de correr hacia el visitante que se apoderara de ella al oír el nombre de Eduardo pronunciado por los labios del suizo.

Como en las grandes conmociones del ser humano, en las que el corazón duele a fuerza de sentir, los amantes permanecieron mudos, mirándose como alejados hasta que, instintivamente, arrojáronse el uno en brazos del otro.

Cuando pasados esos primeros instantes en que el cúmulo de sensaciones sólo acierta a expresarse con incoherentes balbuceos y en transportes de materiales caricias, se serenaron ambos, comenzó la serie de mutuas confidencias.

— He triunfado, Alicia mía, y traigo conmigo una fortuna que aplacará las iras de tu padre — afirmó Eduardo —. Muchas penas padeci y grandes esfuerzos he tenido que realizar para obtener ese puñado de oro con que taparé la boca al señor conde de Sanderson; pero todo lo doy por bien empleado, puesto que tú me amas y la felicidad nos sonríe a los dos, ya que nada ni nadie puede ahora separarnos.

Alicia palideció y pareció que iba a hablar, pero se contuvo.

Davis prosiguió su perorata, haciendo historia de sus aventuras en tierras de América y, más especialmente, del encuentro con la nave del capitán Kidd, pero callando lo relativo a su brillante actuación en la refriega.

— ¡Cuánto te amo, mi valiente Eduardo!... — exclamó ella cuando hubo finido su relato el joven —. Y sin embargo...

Calló Alicia, y en su dulce semblante apareció como una nube de disgusto.

Eduardo, embriagado de placer, no advirtió la triste expresión del rostro de su amada, y lleno de confianza, seguro de haber llegado al término feliz de sus aspiraciones, declaró:

— Apenas desembarcado he venido a tu casa con la firme resolución de conferenciar con tu padre y de pedirle tu mano, para que se efectúe cuanto antes nuestra boda.

La joven ahogó un sollozo.

— ¿Qué te sucede?... ¿Qué significa esa tristeza tuya?... — indagó Davis al percatarse, al fin, de la extraña actitud de su novia.

Y el aguijón de los celos la enardecíó súbitamente.

— ¿Acaso olvidaste tus promesas? — No me amas ya? — gritó, fulgurantes los ojos, clavadas las uñas en las palmas de las manos.

Alicia miró a Eduardo con expresión tal que el más desconfiado se habría rendido ante aquella manifestación de entrega absoluta.

La joven, transfigurada al escuchar los reproches inmerecidos del doncel, repuso, cogiéndole vivamente las manos:

— No, Eduardo, no; te amo siempre, más que nunca, pero...

— ¿Qué sucede, pues? Habla, di... — interrumpió impetuosamente Davis.

— Sucede que...

— Acaba...

— No vencerás la resistencia de mi padre, Eduardo. Mi padre, cegado por el orgullo, nunca accederá a nuestro matrimonio. Se ha empeñado en que sea la esposa de lord Bellamy, y antes se hundirá el firmamento que él renuncie al plan que ha concebido.

— Eso lo veremos — replicó exasperado Davis—. Quieras que no, yo sabré obtener su consentimiento y...

— ¿De veras, caballero?... — profirió una voz sardónica que heló la sangre en las venas a Alicia y obró en el mancebo como un furioso latigazo.

...

Quien acababa de formular la irónica pregunta era el conde de Sanderson, que al tornar a su casa y enterarse de la presencia del repatriado se apresuró a sorprender a los tórtolos.

Eduardo avanzó un paso hacia el conde, que se había cruzado de brazos y miraba de hito en hito al amador de su hija.

Alicia posó una de sus manecitas sobre un brazo de Eduardo, como reco-

mendándole circunspección y calma.

Con visible repugnancia se esforzó el joven en acallar su altivez y en comportarse modestamente. Sólo los ojos denunciaban su cólera y la palidez de las mejillas su humillación.

Con tono reposado y grave, velada un tanto la voz por el esfuerzo moral que se impusiera, se dirigió a su interlocutor diciendo:

— Señor conde. Es preciso que de una vez se aclare nuestra situación respectiva, y a eso he tenido el honor de venir a vuestra casa.

— En mi ausencia y abusando de la ignorancia de un sirviente para allanarla, ¿no es así?... — interrumpió Sanderson—. ¿Así entendéis la caballerosidad y el honor?...

— Caballero, aguantaré con paciencia vuestros exabruptos por venir de quien vienen. Me he propuesto dilucidar hoy definitivamente mi porvenir y no saldré de esta casa sin saber si he de hacerlo en son de paz o en son de guerra; os ruego, pues, que me escuchéis — repuso noblemente Eduardo.

Sanderson se limitó a encogerse de hombros por toda respuesta.

Alicia, sobrecogida de ansiedad y de recelo, posaba la inquieta mirada ya en uno, ya en otro de aquellos dos hombres dueños de su destino.

Davis, en vista del silencio del conde, prosiguió.

— No he de hacer historia, señor, de cosas que tan presentes han de estar en la memoria vuestra como en la mía. Amo a Alicia con toda la ilusión de mi fuerte juventud y con toda la honradez de un hombre que ha cifrado en ella la felicidad de toda su vida. Cuando por vez primera me atreví a solicitar de vos el honor de que me concudieseis la mano de vuestra hija, me rechazasteis con enojo porque yo era un pobre diablo, un segundón de noble casa, no por eso de sangre peor que la vuestra, señor conde, aunque sin un chelín en mi escarcela ni otro porvenir que mi

esperanza. Entonces estuvo quizás justificada vuestra negativa; pero ahora han cambiado completamente las cosas. Decidido a merecer por mi esfuerzo a la mujer en quien he depositado mi cariño, me lancé a la lucha, hice frente a la adversidad, atravesé los mares procelosos y, en las vírgenes tierras de América, conseguí, con el sudor de mi frente y con la ayuda de mi ingenio, una fortuna que hoy vengo a depositar respetuosamente a los pies de mi amada. Después de esto, señor conde, ¿insistiréis aún en vuestra negativa?

Calló el mancebo y aguardó impávido la respuesta del aristócrata soberbio y desvanecido.

Sanderson se irguió en toda su altivez; un desdeñoso pliegue de sus labios reveló lo inquebrantable de su decisión y de su orgullo, y, espaciando bien las palabras, subrayándolas con la amarga hiel de su desprecio, conminó:

— No sé cómo ha tenido paciencia para escucharnos hasta el final. Señor Davis, salid de mi casa y no olvidéis que un conde de Sanderson no puede consentir que un aventurero como vos se atreva a aspirar a la mano de Alicia. En cuanto a vos — añadió, dirigiéndose a su hija —, he tolerado vuestra asistencia a esta forzada entrevista para que os convencierais de que nada ni nadie doblegará mi voluntad y, por tanto, de que seréis irremisiblemente la esposa del hombre a quien os destino.

Aun quiso parlamentar Eduardo y suplicó:

— Hacéis mal, señor, en oponeros a nuestra unión.

— Basta — cortó airado el conde —. Salid...

— Me voy, señor — repuso Davis rebosante de indignación —; pero... volveré. Juro a Dios que, a pesar de vuestra oposición, Alicia será mi esposa!

— ¡Te esperaré siempre, Eduardo!

— clamó dolorida la doncella.

Sanderson, irritado, cogió de una muñeca a la joven y le ordenó rudamente:

— Subid a vuestras habitaciones y permaneced en ellas hasta que yo os avise.

Davis dió un paso hacia Alicia, pero el padre de ésta se interpuso entre los amantes y llevó la mano a la empuñadura de su espada.

— ¡Idos, caballero! — rugió, ya fuera de sí —, a menos que prefiráis que os eche de esta casa a cintarazos.

La faz de Eduardo enrojeció de súbito, sus ojos despidieron llamas, pareció que el mancebo iba a agredir a quien tan despiadadamente le insultaba..., pero no ocurrió así.

Davis se reprimió una vez más, arrojó un beso con la punta de los dedos a Alicia y, a seguida, afirmó la cabeza alta y con sonoro acento:

— Obedezco y me marchó, señor; pero no olvidéis que he jurado y que soy hombre que cumple sus juramentos.

Y, volviendo la espalda, salió de la estancia erguido, con firme continente, forjando ya en la imaginación planes de revancha, presto a revolver cielo y tierra hasta lograr la satisfacción de su amor y la reparación a los ultrajes recibidos.

### Un rapto y un crimen

Comprendiendo la necesidad de proceder enérgica y rápidamente para que el conde de Sanderson no le ganase por la mano, Eduardo Davis, tan pronto como abandonó la morada del aristócrata, se apresuró a llevar a la práctica un plan preconcebido, pues, no obstante sus esperanzas de no fracasar en la pretensión que le moviera a la entrevista con el conde, había contado asimismo con que el insolente orgullo de Sanderson no se aviniera a aceptar solución alguna de concordia. Y en previsión de este caso, de acuerdo su genio fogoso, su afán de lucha, no

apagado todavía, y lo encendido de su pasión, había resuelto tomar a viva fuerza lo que de grado se le negaba.

Entre sus buenos y fervientes amigos, católicos como él, contaba Eduardo con un anciano sacerdote que usufructuaba modesto beneficio en una de las iglesias más pobres de Londres, enclavada en uno de los barrios miserables de la gran ciudad, próximo al río.

El clérigo vivía en las inmediaciones de su iglesia, y a casa de este religioso se fué Davis, con la premura que las circunstancias requerían.

Estaba más que mediada la tarde cuando el aventurero pisaba el umbral de la habitación del sacerdote, quien, lleno de sorpresa al verle, corrió hacia él y le abrazó cordialmente.

— ¡Al fin has vuelto, hijo mío! — exclamó el cura —. Yo te hacía aún por esos mundos de Dios, persiguiendo el maldito oro que todo lo envenena y apeseta en este mundo.

— He vuelto, por mi desgracia — repuso amargamente el joven.

— ¿Tan mal te ha ido, muchacho?...

— No, padre Juan: soy rico, he logrado la posición social que anhelaba, pero...

— Hay que moderar la ambición, hijo mío...

— Usted sabe, padre, que no me han guiado móviles egoístas en mis empresas, pues me alentaba otra aspiración más sublime, más grata a Dios, más digna de mí.

— Ah, cierto... ¿Acaso?...

— He sido nuevamente rechazado, padre. Sanderson me desprecia; me ha echado de su casa tras de insultarme. Mi paciencia se ha agotado y he decidido acudir a los remedios heroicos.

— Nada de locuras, Eduardo — aconsejó el sacerdote.

— He pensado y madurado bien mi plan y no creo que surja tropiezo alguno.

— ¿Qué te propones?

— Unirme a Alicia.

— Bien, al, comprendido; pero ¿cómo?

— Raptándola — declaró concretamente Davis.

— No estás en tus cabales, hijo mío — reprendió cariñoso el cura—. Lo que intentas es un delito, que yo no puedo aprobar.

— No sólo ha de aprobarlo usted, padre mío, sino que ha de ayudarme a conseguir cuanto antes mis fines — replicó el aventurero con suave pero firme acento.

— Te digo que has perdido la chabeta, Eduardo. Nada de violencias y sobre todo...

— No se cansé usted en vano, padre Juan. A la violencia hay que contestar con la violencia. No soy yo quien se coloca por su gusto en semejante tesitura: son ellos los que me fuerzan a defenderme atacando. Con esas gentes para nada valen la persuasión y las buenas razones; no atienden otros consejos que los de su capricho o los de su soberbia. Además, no se trata sólo de mí: se trata de Alicia, de mi amada, pobre mujer a la que quieren imponer una esclavitud del cuerpo y del alma que ella no está dispuesta a aceptar. Es preciso, padre Juan, salvarla, aun a pesar suyo; de otro modo, mañana mismo el propio conde la entregaría a ese lord Bellamy a quien odio ya sin conocerle.

El padre Juan quedóse pensativo. Eduardo suplicó.

— No condene usted, padre, a eterna infelicidad a dos seres que nacieron para amarse, para prestarse mutuo apoyo, para correr juntos los azares y tormentas de la vida. Usted, que dice amarme como un padre, debe sacrificar los escrúpulos de una moral injusta y hasta afrentosa en aras de la justicia de nuestra causa.

— Pero, en resumen, ¿cuál es tu proyecto? — preguntó, vacilante ya, el sacerdote.

— Muy sencillo y de resultado inmediato. En cuanto oscurezca algo más, volveré al palacio de Sanderson y penetraré en él por uno u otro medio, convenceré a Alicia para que me siga y, ya libres, vendremos directamente aquí o a la parroquia, donde todo lo tendrá usted preparado para unirnos en matrimonio, aunque éste haya de ser secreto por el momento. Las razones que exigen la realización de esta boda las conoce usted bien y, por tanto, su repugnancia debe ceder el puesto a lo que lo crítico de las circunstancias demanda, tanto más cuanto que, a mi entender, ningún precepto de orden religioso se opona a la práctica de la ceremonia.

Calló Eduardo y esperó con ansiedad la respuesta del cura.

Este reflexionó profundamente y tardó bastante en dar la anhelada contestación.

Al fin, dijo:

— Sea... Aunque abrigo mis temores acerca de la responsabilidad que me incumbe en la realización del acto que me pides, accedo para evitar mayores calamidades en lo futuro. Al fin y al cabo el conde, a pesar de su orgullo, es padre, ama a su hija y os perdonará.

— ¡Gracias, gracias, padre mío! — exclamó Eduardo transportado de alegría y tomando las manos del sacerdote, que besó con respeto filial.

— No hay tiempo que perder, hijo mío — incitó el clérigo —. Ve a tu asunto y que Dios te ayude. Yo iré ahora directamente a la iglesia para ordenar lo necesario y allí os esperaré. Como se ha de proceder con sumo recato, no entréis por la puerta principal, sino por la otra más pequeña que corresponde a la capilla de San Jorge. ¿Entendido?

— De acuerdo, padre.

— Hasta luego, pues, y que Dios nos tenga de su mano.

...

Anochece ya cuando Eduardo regresó a su posada, se mudó de traje

y cambió la espada de corte, con que se presentara en casa del conde, por la tizona bien templada y fuerte que sembrara el pánico entre los piratas que atacaron el navío en que verificó su viaje de vuelta a Inglaterra.

Así cambiado se echó a la calle, pronto a todo. Casi atropellando a la gente, recorrió el camino hasta llegar a las inmediaciones del palacio de Sanderson y ya allí, en vez de avanzar hasta la entrada principal, se internó en una calleja a la que recaía la fachada lateral, más baja que la portada del edificio.

El callejón, completamente oscuro, prestábase a la emboscada y al crimen.

Sin vacilación se hundió en la oscuridad el mozo y siguió la marcha con paso firme y seguro, como de hombre que sabría ir a ciegas al lugar a que se encaminaba. No anduvo mucho rato; a los pocos metros se paró ante una especie de torreón, un saliente del palacio que formaba como una rinconada.

Los muros de piedra de la construcción presentaban, debido a la acción del tiempo y de las revoluciones de principios de aquel siglo, grandes desconchados, huecos y cavidades más o menos hondas que permitían el escape a un hombre dotado de la agilidad y fuerza que Eduardo Davis poseía.

Los huecos de dos ventanucas, como saeteras, que se abrían a poco trecho del suelo, permitieron a Eduardo afianzar los pies para iniciar la escalada; y, en un abrir y cerrar de ojos, el mancebo trepó hasta la altura de una ventana cuyas dimensiones permitían el acceso a un hombre.

Acto seguido se destrozó por el hueco y se halló en el punto de arranque de una escalera de servicio que conducía al piso segundo de la casa, donde tenía Alicia sus habitaciones.

Como Davis conocía la disposición interior de la morada, subió audazmente la escalera y entró en aquel de-

partamento, que recorrió de puntillas, procurando no producir ruido alguno que soliviantase a los servidores, que, a buen seguro, habrían recibido de su amo el encargo de vigilar el retiro de Alicia.

Afortunadamente para el osado galán, nadie se le atravesó en el camino, de suerte que pudo llegar sin accidente a los aposentos de su futura.

Temiendo que en el primer instante de sorpresa la joven proferiese un grito, una exclamación ruidosa que alarmara a los demás habitantes del palacio, no quiso aparecer ante ella repentinamente, y se limitó a golpear con los nudillos la entornada puerta de la estancia a donde la doncella se había retirado a esperar las órdenes y resoluciones de su padre.

Al propio tiempo dijo a media voz:

— Soy yo, Alicia; prudencia, y ni una palabra ni un grito. Voy a entrar.

Ligero rumor de pasos indicó a Davis que le habían oído.

Empujó la puerta y, después de entornar ésta, adelantó rápidamente hacia Alicia, a quien estrechó entre sus brazos, exclamando:

— ¡Ahora nadie podrá separarnos!

— ¿Qué haces, desventurado? — protestó ella, pugnando por desasirse de los brazos que la retenían.

— Ni una palabra, Alicia — replicó Eduardo con tono apremiante y dominador —. Mi paciencia se ha agotado. Después de lo ocurrido, sólo nos queda una solución: huir...

— ¿Irme, abandonar a mi padre, deshonrarme?...

— Un sacerdote nos aguarda para casarnos.

— ¡Imposible!...

— ¿Eres tú quien así me hablas? — repuso Davis amargamente —. ¿Qué clase de amor es el tuyo?... ¡No ves, desgraciada, que, si no me sigues, dentro de unas horas serás la esposa de ese lord Bellamy en vez de serlo mía?...

— Sí, pero...

— ¿Me amas?...

— Sí

— ¡Pruébame!...

— Todos los sacrificios me parecerán pocos para probártelo.

— Sólo te pido uno: por tu propio bien, por nuestra mutua felicidad, huye de esta casa.

— Nos perseguirán...

— No importa; yo te defenderé

— ¡Y mi honor!...

— Tu honor es el mío; ¡mira tú si velaré por él!...

— No me atrevo; creo que...

— Basta de vacilaciones; si no te atreves, yo si me atrevo a todo, incluso a raptarte contra tu voluntad.

Y al pronunciar imperiosamente esta frase, Davis levantó en vilo a su novia, que no resistió.

— ¡Valor, Alicia; por nuestro amor y por nuestra libertad! — recomendó Eduardo, sin soltar a la joven y cruzando con su preciosa carga el umbral del aposento.

Ni una palabra replicó Alicia. Sugestionada, vencida, se dejó conducir hasta el descansillo de la escalera donde se abría la ventana por la que el aventurero asaltó el palacio.

Entonces Davis dijo a la joven:

— Ahora haremos de bajar por una escala muy poco cómoda, pero no peligrosa.

— No la veo — respondió Alicia, mirando por la ventana.

— Sin embargo, está; fíjate en el muro, lleno de hendiduras y de hoyos que forman verdaderos escalones. La distancia es corta y yo te sostendré desde arriba. ¿Te decides a bajar?...

— Sí. ¿Cómo no he de atreverme, si ya me he atrevido a saltar todas las barreras del pudor?...

— Aun estás a tiempo de rectificar tu conducta — observó Eduardo frunciendo el ceño.

— No, amigo mío, no; tuya para siempre; y ahora soy yo quien te digo: ¡por nuestro amor y por nuestra libertad!

— Adelante, pues, antes de que nos descubran.

Ayudada por Eduardo, la fugitiva se descolgó por la ventana y apoyó los pies en los huecos del muro, sujetas las manos a las de su amante; luego saltó éstas cuando pudo afianzar las suyas en los huecos superiores y continuó el descenso sin peligro ya y con relativa ligereza.

Excusado es decir que, apenas pisó la joven el empedrado de la calleja, estaba ya a su lado Davis, que ágilmente salvó el espacio entre la ventana y el suelo.

Acto seguido cedió el mancocho su capa a Alicia, quien se arrebujó en aquélla, y ambos anduvieron el callejón hasta desembocar en la vía inmediata, donde se mezclaron a los pocos transeúntes que circulaban por allí a aquella hora.

De no caminar tan absortos en su dicha y tan impacientes por alejarse del, para ellos, odioso palacio, habrían observado que, cuando doblaron la esquina, se cruzaron con un caballero que, al fijarse en ellos, se paró un segundo a contemplarlos, singularmente a Eduardo, y que, luego, como acometido de una idea repentina, marchó presuroso hacia el portal de la residencia de Sanderson.

...

El suizo se inclinó hasta encorvarse ante la persona que le dirigía la palabra, preguntando por el conde.

— Milord Bellamy — contestó humildemente el can cerbero —; el señor conde debe estar en sus habitaciones. ¿Desea vuestra gracia que le anuncie?

— No es necesario.

El aspirante a la mano de Alicia entró decidido, altivo el continente y foso el semblante. Profunda arruga le dividía el entrecejo y avanzaba hasta casi la mitad de la frente. El caballero iba ataviado con elegancia

que realzaba su figura, la cual no era desagradable, antes al contrario, pecaba por exceso de perfección, como si la naturaleza, hipócrita, hubiese querido esconder tras la corrección del cuerpo lo deforme del alma.

Porque lord Bellamy, si bien gustaba del lindo palmito de Alicia, gustaba mucho más aún de las henchidas talegas del conde de Sanderson; de ahí que procurara atraerse primero la voluntad del padre mejor que la adhesión y el afecto de la hija.

No ignoraba lord Bellamy la circunstancia del enamoramiento de Alicia, y si no buscó pendencia al aventurero que era amo y señor del corazón de la joven debióse, en primer término, a su natural cobardía, que se exteriorizaba en bravatas ante los humildes y en discreta reserva ante los valientes, a quienes, en vez de dar la cara, solía quitar de en medio, cuando le estorbaban, ya por mano ajena, ya alevosamente por la espalda.

Así era en lo moral y en lo físico el hombre que iba en busca del conde de Sanderson.

Este se hallaba en su cámara, agitado aún por la escena que poco tiempo antes tuvo con Alicia y Davis, y pasaba de un lado a otro del gabinete, torturando la imaginación para encontrar solución adecuada a la crisis producida.

— ¡Querido conde! — saludó Bellamy, entrando presuroso en la habitación.

Sanderson se detuvo, miró un instante, en silencio, a su amigo, como si no le conociera y, a seguida, le tendió la mano, diciéndole afectuosamente:

— No habéis podido llegar más a tiempo, caro amigo. Estaba resuelto a enviaros recado urgente para tratar del grave negocio que me preocupa en estos momentos. Sentaos, milord.

Obedeció Bellamy; el conde, en breves palabras, le informó de lo su-

cedido aquella tarde, y expuso la necesidad de que la boda proyectada se verificase en el menor plazo posible, a fin de zanjar definitivamente el enojoso asunto.

Lord Bellamy escuchó la relación del conde con irónica sonrisa que expresaba la duda y el recelo. Durante el relato habíase mordido más de una vez los labios, retorciendo entre las manos los blancos guantes.

Cuando acabó de hablar su interlocutor, sólo hizo una pregunta, de la que rebotaba la burla, el despecho y, al par, la malignidad de su alma cruel y mezquina.

— ¿Dónde está Alicia?... — inquirió.

El conde le contempló asombrado.

— ¿Dónde ha de estar?... En sus habitaciones, milord.

Bellamy lanzó sardónica carcajada.

— ¿Conque en sus habitaciones?... — repuso con retintín.

— ¿Qué queréis decir, caballero?... —

Digo, señor conde, que vuestra hija no se cobija ya en este palacio. Acabo de verla acompañada de Eduardo Davis, ese aventurero que tanto frecuentó esta casa en otros tiempos.

Sanderson saltó, como hombre a quien inesperadamente le aplican un botón de fuego.

— ¡Imposible..., os habéis equivocado! — gritó.

Y, venciendo la pesadez de sus piernas, abandonó precipitadamente el aposento para trasladarse a las habitaciones de su hija.

Lord Bellamy le siguió; la arruga de su entrecejo se había hecho aún más honda; sus ojos despedían un fulgor extraño que compaginaba muy bien con la sonrisa precoz que distendía sus labios prietos.

No bien pisó el conde el umbral de la cámara de Alicia se convenció de la ausencia de ésta; no obstante, recorrió todo el departamento, registrándolo detenidamente, sin querer aceptar como exacta la triste reali-

dad. Bellamy le dejó hacer, y sólo intervino cuando el conde, fuera de sí, disponíase a revolucionar el palacio con sus gritos y llamadas.

— ¿Os convencéis ahora de que Alicia ha huido, burlándose de mi amor y de la autoridad paternal? — dijo con frialdad el lord.

— No puedo creerlo..., es imposible..., quizás esté abajo..., Voy a...

— Deteneos — exigió imperiosamente Bellamy —. A mi entender ha durado bastante tiempo la comedia.

— ¿Qué decís?... — exclamó Sanderson, aturullado por el exabrupto de su interlocutor.

— Digo que, a mi juicio, señor conde, no sois ajeno a la fuga de vuestra hija — afirmó incisivamente Bellamy.

El anciano palideció al escuchar el inmerecido ultraje, cerró los puños y avanzó un paso hacia el corbarde lenguaraz.

— ¡Mentís como un villano! — profirió, al tiempo que su diestra acercóse instintivamente al lugar de la empuñadura de la espada, que en aquel trance no caía el conde.

Bellamy nada replicó; brilló un segundo en su mano la hoja de su acero y ésta fué a hundirse en el pecho del anciano, que cayó sobre el pavimento, sin proferir un grito.

Cometido el crimen, el traidor, sonriendo con la alegría del triunfo, como si de aquel asesinato dependiese el éxito de algún diabólico plan que para el logro de su ambición se hubiere trazado, envainó la espada, salió del cuarto, seguro de su impunidad, creyendo no haber sido visto, y, reflejando en su rostro la impasibilidad orgullosa de costumbre, atrevió los distintos aposentos del palacio hasta llegar al vestíbulo y ganar la calle.

Alguien, sin embargo, fué testigo oculto de la miserable hazaña de lord Bellamy. Este alguien era Laura, la antigua doncella de Alicia, quien, habiendo percibido la presencia de

gentes en la habitación de su señora, acudió y llegó en el preciso instante en que el lord hería al conde.

Asustada se refugió Laura tras un cortinaje, y cuando Bellamy se retiró, abandonó su escondrijo y se alejó, a su vez, del siniestro lugar, no para advertir a los demás criados del palacio, sino para estudiar mejor el modo de beneficiarse con aquel secreto; porque en aquel trance supremo de su vida la avaricia mató en ella a la honradez.

### La leva

Hasta mucho después de haber salido Bellamy del palacio de Sander-son no comenzó a extrañar la servidumbre del conde la prolongada quietud y el silencio de sus señores. Desde el mayordomo hasta el último pinche de cocina sabían el antagonismo existente entre padre e hija, y excusado es decir si trascendió pronto a ellos lo acaecido aquella tarde por efecto de la visita de Eduardo Davis.

El acontecimiento fué su comida del día, y, entretenidos en substanciosas charlas, dejaron transcurrir las horas hasta que, llegada la de la cena, el sumiller fué al despacho del conde para avisar a éste que el yantar estaba servido.

Como el doméstico no halló a quien buscaba, supuso que se habría trasladado el amo a las habitaciones de Alicia, por lo que subió a ellas y descubrió entonces el cadáver de Sander-son.

Aterrorizado, con los cabellos de punta, lívido y lanzando verdaderos abullidos, alarmó la casa toda.

Pronto quedaron enterados todos los domésticos del trágico suceso, así como de la desaparición de la señorita Alicia; y desatinados, perdida la cabeza, vociferaban y daban órdenes, que ninguno obedecía, permaneciendo en la más absoluta inacción.

Laura, la doncella de la condesita, fué la única persona que en aquel caso mostró serenidad, aunque disimulándola con sus ayes y lamentos.

Por consejo de Laura, el mayordomo se avino a llamar a lord Bellamy y a los constables encargados de la vigilancia y policía de la *Citty*.

El mayordomo no encontró en su casa al lord, pero encargó a sus criados que le buscasen y le comunicaran la fatal noticia, a fin de que se presentase en el palacio a la mayor brevedad.

El *cherif* del distrito y los constables acompañaron al mayordomo e inmediatamente invadieron la aristocrática morada, iniciando sus investigaciones y las diligencias para la formación del correspondiente atestado.

El *cherif* tomó declaración a los criados, quienes contaron lo poco que sobre el hecho sabían, distinguiéndose por la ambigüedad de sus respuestas la doncella de Alicia.

Cuando el *cherif* supo que lord Bellamy había visitado aquel anoche al conde, juzgó indispensable la presencia del enoble testigo, que quizás podría aportar datos interesantes para esclarecer el misterioso crimen.

Nuevamente se avinó a casa del lord, quien compareció al fin, ya cerca de la madrugada, con el aspecto de hombre agobiado por el dolor, pero que no se resignaba a dejar en la impunidad a los autores del daño recibido.

Laura, apenas llegado Bellamy, procuró acercársele lo más posible, para no perder detalle del juego de la fisonomía del asesino ni de las contestaciones que éste diera a los agentes de la autoridad.

Desde luego le admiró la sangre fría del lord, el desahogo y la prestancia con que se producía, y pensó entonces:

— ¡Cómo temblarías tú si supieses que soy dueña de tu secreto — de tu cabeza.

Y un goce íntimo, casi tan intenso como el del paroxismo sexual, sacudió al ser enterado de aquella venal mujer que se aprestaba a recibir muy en breve el pago de su punible complicidad.

...

El *cherif* interrogó prolija y detenidamente a Bellamy, porque, a pesar del respeto y el temor que un hombre de la categoría del declarante inspiraba en aquellos tiempos a los cortbetes y demás sayones, de baja estofa, de la justicia, el hombre no vela claro en el tenebroso asunto; y, puesto que el aristócrata estuvo en el palacio casi a raíz del crimen — declase el funcionario público —, muy bien el lord, por muy lord que fuera, pudo, por razones desconocidas, mandar al otro barrio al conde de Sanderson.

Tanto y tanto estrechó el *cherif* con sus preguntas al lord, que éste, perdiendo al cabo la paciencia, afirmó con rotundo acento:

— Lo único que puedo asegurar es que el señor conde y el aventurero Eduardo Davis discutieron muy violentamente esta tarde, según el propio Sanderson me contó cuando yo le visité luego. Todas las gentes de esta casa conocen el genio exaltado y pronto de ese Davis; hay, además, el detalle de su pasión avasalladora hacia la señorita Alicia, pasión que le ha impulsado a raptar a la que había de ser mi esposa; después de esto, ¿necesitáis, señor, más indicios para orientar vuestras pesquisas?... —

— Si realmente Eduardo Davis raptó a la señorita Alicia...

— ¿Quién si no?... Además, me consta... Al comunicármelo el asesinato, mis sospechas se fijaron en Davis, y, antes de venir aquí, quise practicar por mi cuenta algunas indagaciones, que me han proporcionado la clave del enigma. Por eso he dicho que estoy cierto de que el autor

del rapto es el hombre a quien denuncio. Y, comprobado este extremo, ¿no es lógico suponer que el conde, sabedor, por cualquier incidente, de la audacia de Davis, le salió al paso, y que el aventurero mató al conde para consumar su empresa?... —

El *cherif* escuchó atentamente el razonamiento de Bellamy y, aunque no convencido, viendo un tablón a que agarrarse para *cumplir* y, sobre todo, para satisfacer las exigencias de la consabida *opinión*, que en aquellos y en estos tiempos ha necesitado siempre de una cabeza de turco para los errores y torpezas de quienes debieran encauzarlo bien, aceptó la *fórmula* y tuvo por buena la canchalesca acusación sustentada por el lord.

Hizo una objeción, sin embargo, antes de pronunciarse:

— ¿Cómo habéis podido constatar esa fuga, milord? — preguntó.

— Porque, por virtud de mis gestiones, he averiguado que Eduardo Davis y Alicia Sanderson se esconden en uno de esos tugurios del puerto que rara vez visitan los agentes de la autoridad.

— ¿Puede saberse cuál es ese tugurio?

— La hostería del Pájaro Azul.

— La conozco.

— Entonces...

— Nuestra misión es muy fácil.

— Y yo os ayudaré.

— En marcha — ordenó el *cherif* a sus hombres.

— Os acompaño — aseveró Bellamy.

Laura, que hasta entonces mostrárase indiferente y como cansada de la extraordinaria vela, dijo en voz baja al lord:

— Milord, hemos de hablar.

— ¿Vos y yo? — repuso él en igual tono, pero con tanto desprecio que picó el amor propio de Laura.

La cual, imprudente como toda mujer humillada, contestó:

— No creo que haya precisión de ir al Pájaro Azul para echarle el guante al asesino del señor conde.

Bellamy se estremeció; su rostro se puso blanco y sus labios calumniadores temblaron.

El *cherif*, impacientado, truncó el coloquio, diciendo:

— ¡Vamos, milord!...

— ¡Vamos — asintió Bellamy.

Y su mirada expresiva, suplicante y amenazadora al par, se posó en la doncella, en tanto que se llevaba disimuladamente un dedo a la boca, como para imponer silencio, y musitaba con acento halagador y lleno de promesas:

— ¡Ya hablaremos...!

...

Muy ajenos al nublado que iba a descargar sobre sus cabezas, los amantes gozaban las primicias de su amor en su humilde cobijo de la posada del Pájaro Azul. El plan que trazara Eduardo Davis se cumplió sin obstáculo alguno. Desde el palacio de Sanderson se habían ido directamente a la iglesia de San Jorge, donde el padre Juan les aguardaba, bastante preocupado, porque al librarse de la influencia amistosa que en él ejercía Davis renacieron sus temores y sus dudas. La presencia de los enamorados resolvió su estado de ánimo, obligándole a dar cumplimiento a su promesa.

La ceremonia fué breve, y a la hora escasa de haber partido del palacio los dos amantes, convertidos ya en esposos ante Dios, si no ante los hombres, entraban en la hospedería ansiosos de consumir su unión.

Acallados al fin los primeros apasionados transportes, la fría razón se impuso a las locuras del cariño, pues la situación exigía un rápido obrar para substraerse a la persecución enconada que, forzosamente, se emprendería contra ellos.

Eduardo había acordado expa-

triar, y conforme con esta decisión la que ya era su esposa, pensaron en América, donde estarían seguros y donde la vida sería para ellos fácil y abundante gracias al capital reunido por Davis.

Hicieron, pues, los preparativos de marcha, y enfrascados en estos quehaceres estaban cuando llegó hasta ellos sordo rumor al principio, agudo vocerío después de gentes que parecían acercarse a la habitación ocupada por los recién casados.

Alicia palideció intensamente y el miedo asaltó su corazón.

— ¡Nos persiguen! — exclamó, acongojada.

— Han llegado tarde — repuso Eduardo, estrujándola entre sus brazos, como si alguien tratase de arrebatársela a la mujer adorada —. Escaparemos, como escapamos de tu casa. Serán tan necios que no habrán rodeado el mesón y podremos huir por la ventana.

Unos golpes recios aplicados a la puerta del aposento interrumpieron a Eduardo.

— ¡Abrid en nombre del rey! — gritó una voz bronca e imperiosa.

— Abrid, abrid pronto... — repitió otra voz menos imponente —. Buscamos a Eduardo Davis; buscamos al asesino del conde Sanderson...

— ¡Mi padre asesinado!... — profirió Alicia plena de asombro y de dolor —. Y lo dice ese canalla de Bellamy: reconozco su voz... Huye, Eduardo...; yo me quedo...; yo les haré frente — excitó en seguida la joven, recuperando repentinamente su valor al apreciar el terrible peligro que corría su esposo.

— No — protestó él —; soy inocente: ¡que me prendan!...

— Imposible...

— Repito que no.

— Por Dios, Eduardo, huye, huye pronto... Conmigo no se atreverán, y el tiempo se encargará de demostrar tu inocencia...

— ¡Derribad la puerta: capturadlo

vivo o muerto!... — gritaron desde fuera.

— Es Bellamy... Hazlo por mí, Eduardo: huye. Aunque eres inocente, la influencia de ese lord maldito te enviará a galeras...

— Bien, huyo — asintió sombríamente Davis —, pero para ir a tu casa y enterarme de la verdad.

— Adiós, mi bien — sollozó ella, rodeando con sus brazos el cuello de su marido.

— Adiós — contestó Davis, después de besar delirante los labios de la hermosa.

Y, arrancándose vivamente al dulce lazo que le retenía, cruzó rápido el aposento, saltó al alféizar de la ventana, abrió los postigos y se lanzó al espacio.

En aquel momento la puerta de la habitación saltaba hecha astillas.

Alicia, no obstante el dolor que la embargaba por la muerte de su padre y por la huida de su esposo, replegó su amargura hasta lo más hondo del corazón y, adoptando un continente majestuoso, severo, digno de su brava estirpe, se cruzó de brazos y esperó.

El *cherif*, Bellamy y los esbirros irrumpieron en la habitación, y, al comprobar que el pájaro a cuya caza iban había desaparecido, la rabia se apoderó de los dos primeros.

— Se ha descolgado por la ventana... — afirmó el *cherif*.

— Pero ¿no hay gente abajo vigilando? — repuso Bellamy.

— La hay en las puertas... Pronto, vosotros — añadió el funcionario encarándose con sus agentes —. Seguidle las huellas, porque no puede estar muy lejos... En cuanto a vos, señora, disponéos a acompañarnos.

— ¿En calidad de presa?... — interrogó, altiva, la joven.

— Eso lo decidirán otros — replicó secamente el *cherif* —. En cuanto a ese Eduardo Davis, no quisiera verme yo dentro de su camisa.

— ¡Os juro que es inocente!... No

se ha separado un instante de mí...

— ¡Es natural! — contestó con sorna el golilla.

En este momento lord Bellamy se acercó a Alicia y le dijo al oído, con insinuante acento:

— En vuestras manos está, señora, que cese la persecución contra ese hombre... Aceptad mi amor y Davis nada habrá de temer para lo sucesivo.

— Nunca — declaró terminantemente Alicia.

— Entonces, atégase a las consecuencias la señora.

Y agregó, dirigiéndose al *cherif*:

— Creo que nada tenemos ya que hacer aquí.

— A vuestras órdenes, milord.

— Conduzcamos a la señora ante el lord preboste. Tal vez se digne explicarse ante el severo magistrado — indicó con zumba el burlado pretendiente.

Alicia dió un paso hacia la puerta sin responder, pero fijando en Bellamy una mirada desdenosa que revelaba la inmensidad de su desdén.

...

Apenas puso Davis la planta en el suelo emprendió rauda carrera por entre la red de callejas y callejones del barrio en que estaba enclavada la hostería. Por suerte suya no se percataron de su evasión los polizontes que el *cherif* apostara a la puerta del establecimiento.

En su proyecto de averiguar lo realmente acaecido en el palacio de Sanderson, Davis se arriesgó a mostrarse en lugares menos solitarios, pero hubo de renunciar a su propósito, porque reparó en que algunos de los cochetes, destacados por el *cherif*, le pisaban ya los talones y acacharían por alcanzarle de no aprovecharse de las ventajas que el laberíntico barrio del puerto le suministraba.

Atendió, pues, a lo más urgente: a

ponerse en salvo; de nuevo se internó en las angostas vías ribereñas, procurando refugiarse en alguno de los tugurios soeces donde la gente de mar solía dormir o empalmar sus borracheras después de las borrascas corridas en la ciudad.

Había penetrado Eduardo en una zona donde sabía él que sus perseguidores no osarían aventurarse, lo que, por el momento, le libraba de ser aprehendido, pero que no por ello era menos peligrosa. No ignoraba Eduardo que las costumbres de la época, de una parte, y, de otra, la escasez de personal en los buques, tanto mercantes como de guerra, habían autorizado el abuso de la leva, verdadera caza al hombre en las comarcas marítimas o fluviales, singularmente en los puertos de gran tráfico, donde abundaban los mareantes.

Precisamente aquel día la tripulación del navío de comercio *Albatros* había organizado una redada para reclutar por aquel medio ilícito los marineros que necesitaba para completarse. El barco arribó al puerto con sólo siete hombres y su maniobra exigía más del doble número de marineros.

Sabedor del peligro, Eduardo Davis intentó asilarlo ocultándose en el primer tabuco que le deparase el azar, y no estaba muy lejos del ansiado escondite cuando ciertos alaridos lanzados a sus espaldas le obligaron a volver la cabeza.

Un vagabundo que pretendía escabullirse de varios hombres que le asediaban era quien voceaba de aquel modo.

— Socorredme, señor — decía —: estos marineros quieren secuestrarme.

Vació un momento Eduardo antes de decidirse. Su conveniencia le exigía cerrar los ojos a aquella llamada de auxilio, pero su corazón generoso impulsábase a socorrer al débil que reclamaba su asistencia.

Y olvidando su interés por el interés ajeno, acometió a los marineros,

que ya habían cogido al muchacho, ordenándoles al propio tiempo:

— ¡Soltad a ese niño!

Como no le obedecieron, el brazo poderoso del aventurero arrancó el preso a los lobos de mar, y casi arrastrando al joven, sin dejar el de defenderse, le llevó hasta la taberna inmediata, tras cuyo mostrador se atrinchó para hacer frente a los secuestradores, que no sólo no habían renunciado a apoderarse del muchacho, sino que se propusieron también aprisionar al atleta que con tanto coraje les tenía a raya.

Renovaron, pues, los golpes, hicieron rodar los candiles que alumbraban el mechinal, las llamas prendieron en las viejas maderas y barriles, aliándose al ataque de los marineros, y el titán hubo de rendirse a la furiosa embestida para no perecer abrasado. Protector y protegido fueron atados cuidadosamente y con ellos cargaron los secuestradores, orgullosos y contentos de su hazaña.

### En poder de los piratas

Más de un mes había transcurrido desde los sucesos anteriormente narrados. El *Albatros*, con mar tranquila y viento favorable, embocaba el mar de las Antillas o Caribe que en aquellas épocas lejanas infundía gran respeto, si no pavor, a los más rudos navegantes, porque había sido y era aún teatro de las expoliaciones o sangrientas represalias de los corsarios, entre los cuales figuraba en primera línea el capitán Kidd.

Las islas Caribeas, que se extienden en semicírculo desde Puerto Rico hasta las bocas del Orinoco, en Nueva Granada (Colombia), eran otros tantos nidos de tales aves de rapiña que infestaban los mares de aquella zona comprendida entre los 10 y 18 grados de latitud Norte y los 55 y 52 grados de longitud Oeste.

En los primeros días de su cautiverio

verlo, Eduardo Davis se entregó a todos los extremos de la desesperación y de la protesta, y a tal punto subieron sus rabiosas manifestaciones, que hubo que ponerle a la barra. Lejos de desagradar aquella actitud de Davis al capitán del buque, le hizo formar una opinión excelente del cautivo, pensando que, una vez calmada la excitación del novel marino, se podría sacar de éste gran provecho.

El muchacho que fué capturado al mismo tiempo que Davis era un mocito débil, casi un niño; sólo osó protestar del brutal atentado con sus lágrimas. Por su juventud y su delicadeza se le destinó al oficio de grumete, y más de una vez hubo de soportar las vayas y las pullas de las gentes bragadas de la tripulación.

La medicina aplicada a la cólera de Davis surtió poco a poco el efecto apetecido por el capitán del *Albatros*.

La soledad de la prisión obró como anestésico en el alma ardorosa del mancebo y en su físico sobrado de fuerza y energía. La reflexión se impuso; dijo Davis que todo tiene remedio en el mundo menos la muerte y que, por tanto, más pronto o más tarde se le vendría a la mano el medio de reunirse con la tierna esposa a cuyos brazos había sido arrebatado.

Mucho se devanó los sesos queriendo descifrar el secreto del crimen cometido en el palacio de Sanderson, pero, no atinando con una explicación plausible y lógica de aquel crimen inútil, dejó de pensar en ello y afrontó su nueva situación de la mejor manera.

...

Cuando el *Albatros* surcó las aguas del mar Caribe ya hacia tiempo que Eduardo, incorporado a la tripulación, prestaba servicio con los demás compañeros de leva.

Grande fué la alegría del pobre

grumete al ver en libertad a su valiente defensor. Al aparecer Davis sobre cubierta, el desvalido muchacho se precipitó a su encuentro y le abrazó con ternura. No fué menor la satisfacción del aventurero al hallar a su protegido, tanta casi como la que sintió al recuperar su tizona, de la que le despojaron al ponerle a la barra.

La amistad, nacida del arranque generoso de Davis en el puerto de Londres, echó en seguida hondas raíces en los corazones del hombre y del niño.

Desde el punto y hora en que se reunieron nuevamente, el chico se vió libre de las molestias morales y físicas que hasta entonces hubo de soportar de parte de los demás tripulantes, ya que, desde la primera vez que Eduardo constató el tratamiento poco humano que se daba al pobre grumete, echó en la balanza la fuerza de sus músculos, lo que impuso prudencia a las lenguas y quietud a las manos de quienes se entretenían en hostigar, cuando no en martirizar, al pobre aprendiz de marinero.

Así las cosas, cierta mañana distrajo de sus faenas a la gente de a bordo la voz del contramaestre, anunciando:

— ¡Un accidente

En efecto: el grumete, al ascender por las escalas para subir a las vergas, perdió pie y cayó sobre el sollado.

Quedó allí sin movimiento, arrojando sangre de una herida en la cabeza.

El contramaestre, con la indiferencia del hombre habituado a los percances de la profesión, se volvió para mandar que recogiesen al caldo, y tropezóse con Davis, que acudía en socorro de grumete.

— ¿Qué haces aquí?... — le increpó.

— ¡Pobre muchacho! — contestó el joven—. Debe de haberse lastimado mucho.

— Eso no te importa... ¡A trabajar!... Pero, ya que estás aquí, avisa al médico. Vosotros — añadió el contramaestre, designando con el índice a dos marineros —, coged *eso* y bajadlo a la cámara.

Fué obedecido, y mientras iba a comunicar la noticia al capitán, Davis puso al médico en antecedentes de lo sucedido.

Poco después el doctor asistía al herido, en tanto que, desde la puerta de la cámara, Eduardo miraba con ansia al médico y al enfermo.

El doctor comenzó el reconocimiento y, lleno de asombro, lo suspendió un instante, por el descubrimiento que acababa de hacer.

Davis, ante la actitud del doctor y creyendo que su pobre amigo estaba muerto, penetró en la cámara.

Pero un gesto del facultativo le detuvo.

— No te acerques. — rogó el doctor —. Este grumetillo es... una mujer.

Davis se quedó perplejo, pero, reaccionando en seguida, suplicó:

— Señor doctor, guardemos el secreto, por humanidad siquiera. ¡Si la tripulación se entera del sexo del grumete...!

— Hablas como un libro; vete descuidado: callaré.

— Gracias, señor.

Y apenas pronunciada esta frase de gratitud, Eduardo notó que una mano pesada apoyábase en su hombro, en tanto que hería sus oídos esta admonición:

— A tu puesto y a escape si no quieres trabar amistad con el gato de siete colas (1).

Era el capitán.

...

El médico cumplió lo prometido a Davis: el grumete conservó su incógnito. Sólo el doctor y Eduardo sabían

que el verdadero nombre del grumetillo era el de Mary.

El primero, hombre de buen corazón, se apiadó de la muchacha y medió con el capitán, aprovechando el incidente de la caída, para que se la dedicase a un trabajo menos rudo y varonil.

Eduardo se mostró aún más afectuoso y protector que nunca, aunque rozándose lo menos posible con el supuesto grumete, a fin de que el agradecimiento que éste sentía hacia su amigo no se transformase en otro sentimiento más hondo y que suscitara nuevas complicaciones en la situación de ambos.

Mary refirió su historia a Eduardo para que éste no creyese que había protegido a una mujer indigna; y así supo Davis que la pobre muchacha, recogida por unos parientes malvados con el único fin de explotarla inicuamente, había huido de la casa de aquéllos, disfrazada con un traje masculino, la noche fatal en que los marineros del *Albatros* realizaban su lava en el puerto.

Habían quedado ya muy atrás los últimos perfiles de la tierra portorriqueña cuando los marineros de cuarto del brik inglés vislumbraron en la lejanía un puntito oscuro que, poco a poco, iba aumentando de tamaño.

Advertido el capitán, atalayó éste el horizonte con su anteojo marino y dijo a sus hombres, no sin cierta zozobra:

— Prevenidos: buque a la vista.

De igual modo el *Albatros* había sido descubierto desde el buque cuya presencia causara un principio de alarma en la tripulación del navío de comercio.

Sobre el puente del barco desconocido dos hombres seguían atentamente las maniobras del *Albatros*, catalejo en mano.

El uno era alto, fornido, y su rostro, de líneas duras y pronunciados rasgos, revelaba la fuerza y la auda-

(1) Especie de disciplina, instrumento de castigo usado en la marina inglesa.

cia; el otro era más bajo y de semblante como abotargado, pero en el que brillaban dos ojos que denunciaban la astucia y la crueldad.

— Hermoso navío — decía el segundo de estos hombres —. Creo, capitán, que se nos depara una buena ocasión para indemnizarnos del forzoso descanso a que estamos contrahidos hace tiempo.

— Dejémosle que avance un poco más; no vayamos a encontrarnos con la horma de nuestro zapato... Esas gentes van aprendiendo mucho de nosotros, y ya es muy difícil sorprenderlos.

— No parece que nos tema.

— En efecto..., pero — añadió el capitán, cambiando de tono repentinamente — mucho me engaño si esos bergantes no han caído ya de su burro.

— Habrá que enviarles una bomba de saludo antes de que tengan tiempo de escapar.

— Aun no; dejémosles que se aproximen un poco más.

Los dos hombres siguieron avizorando la marcha del *Albatros*, y, de pronto, al observar el llamado capitán una maniobra sospechosa del brick, se irguió, soltó el catalejo y, con voz recia que se oyó en todos los ámbitos del buque, ordenó:

— Vamos a abordarlo.

— ¿Hacemos fuego? — preguntó el que parecía ser segundo de la nave.

— No; ya avisaré. Tú a tu puesto. Manda queicen mi enseña en el palo de mesana y disponedlo todo para el abordaje.

Un segundo después, la negra bandera de la muerte, la bandera del capitán Kidd, ondeaba al viento.

...

A los hombres del *Albatros* ya no les cupo duda alguna de su mal tropiezo en cuanto comprobaron que el buque sospechoso se iba hacia

ellos, con todas las velas desplegadas, en línea oblicua, como si quisiera pasar por ojo al brick.

El capitán del *Albatros* reunió el consejo de oficiales, en el que se convino que, dada la imposibilidad de evitar el choque por la superior velocidad del barco atacante, que, además, tenía la ventaja de navegar a favor del viento, no había otro remedio que el de hacer frente y pelear hasta vencer o morir.

Con arreglo a esta decisión se preparó todo para la inminente lucha.

Todos contribuyeron con afán a aquellos aprestos de guerra cuando divisaron la negra bandera del terrible pirata y la blanca calavera que se destacaba en la insignia del corsario.

Davis rogó al médico de a bordo que cuidase de Mary, el grumete por fuerza, a lo que accedió el doctor, y él se presentó al capitán suplicándole que le destinase al servicio de los cañones, pues los buques de alto bordo solían ir provistos de artillería.

Otorgado que le fué el permiso, Eduardo se instaló junto a una de las carronadas, teniendo en una mano el estopin, y en el suelo la desenvainada tizona.

El capitán, un poco pálido, pero sereno y firme, transmitía desde el puente con su bocina las últimas órdenes; el segundo y el oficial de derrota se encargaron respectivamente del mando de la artillería y del de un poco nutrido núcleo de marineros, que no siendo indispensables para la maniobra, se armaron con hachas y cuchillos para abordar el buque pirata o para resistir el abordaje de la tripulación de Kidd.

Davis, ojo avizor, esperaba el momento de disparar la pieza.

No tardó en resonar estridente la voz de fuego por babor, dada por el capitán del *Albatros*.

Y las carronadas de aquel costado del brick vomitaron espesas nubes de llamas y humo. El *Albatros*, como

corcel hábilmente regido, maniobró de flanco para repetir la descarga con los cañones de estribor, en tanto que el barco pirata contestaba a la agresión con su poderosa artillería, uno de cuyos proyectiles destrozó los masteleros y parte de uno de los palos del *Albatros*, que cayeron en astillas sobre cubierta e hirieron a varios de los combatientes.

No obstante haber enarconado la cubierta poco antes de empezarse la escaramuza, la sangre de los heridos y muertos formó pronto verdaderos ríos de fantástico corso.

El capitán del *Albatros*, herido en una mano por una astilla, continuaba, impávido y sombrío, dirigiendo el combate, sereno como el hombre que, habiendo decidido el sacrificio de su vida, cree ya no pertenecer a este bajo mundo.

Era incontestable la superioridad del barco pirata y, convencido de ello el capitán mercante, viendo que el buque del capitán Kidd disminuía el fuego, pero que, en cambio, duplicaba la marcha para precipitarse como una tromba sobre el *Albatros*, empuñó la bocina de mando y gritó:

— Preparaos a la lucha cuerpo a cuerpo.

— Estad todos dispuestos a repeler el abordaje — repitió el segundo.

A esta orden, Davis, ennegrecido por el humo, se apartó del cañón que tan bien sirviera y empuñó la espada.

Poco después los garfios del buque pirata se aferraban al brick y los hombres del corsario asaltaban, hacha en mano, la cubierta del *Albatros*.

El choque fué bárbaro, enconado; los tripulantes del brick se defendieron como leones, y sólo lentamente, dominados por la fuerza del número, fueron retrocediendo hacia el puente para cubrir al capitán.

En aquella lucha formidable, Eduardo Davis volvió a ser el aventurero de otros tiempos, que descon-

certaba a sus adversarios con los giros impetuosos de su espada.

Su heroica conducta, si prolongó el combate, no pudo impedir el definitivo vencimiento.

Rodeado de enemigos, herido varias veces, cayó al fin.

Iban a rematarle sus contrarios cuando una voz imperiosa los contuvo:

— Cogedle vivo: le llevaremos a tierra y será un buen esclavo. Vosotros — agregó la voz aludiendo a otros secuaces del pirata — registrad el barco y apoderaos de todo lo que tenga algún valor.

Quien así hablara era el propio capitán Kidd.

La lucha había terminado. Los escasos supervivientes del *Albatros* fueron cogidos y ahorrados en el barco pirata.

Por efecto del registro ordenado por el corsario, fué descubierto el escondrijo que el médico proporcionó al grumete, y la linda joven a quien las duras necesidades de la vida le obligaran a disfrazarse de hombre fué conducida ante el pirata.

Este, al ver lo endeble del muchacho que le presentaban, dijo a Mary:

— Cuidad de mis heridos, ya que no creo que sirváis para maldita de Dios la cosa.

Cuando le indicaron donde debía prestar sus servicios, vió Mary que entre los lesionados estaba Davis, su protector, y disimuladamente se acercó a él.

Eduardo la vió también; con un gesto la incitó a que callase y le dijo al mismo tiempo en voz queda:

— Pase lo que pase, no descubráis vuestra condición de mujer.

### La esposa tras el esposo

Entre la alta sociedad londinense produjo un verdadero escándalo la noticia del asesinato del conde de Sanderson y de la fuga y boda de la

hija del interfecto con el hidalgo Eduardo Davis.

Lo concerniente a la boda se supo por las declaraciones que Alicia prestó ante el preboste de justicia, confirmadas al personarse los delegados de la autoridad en la humilde iglesia para examinar los registros parroquiales.

En cuanto al crimen, nada se logró esclarecer. Alicia mantuvo bravamente la inocencia de su marido, pero la falsa pista suministrada por el lord Bellamy y el dorado ungüento que el aristocrático asesino aplicó a las pesadas ruedas del carro judicial, para que mejor caminase a su guisa, determinaron que tanto los juzgadores como la opinión sentenciasen, como inconcusa, la culpabilidad de Eduardo.

Innumeras e infructuosas pesquisas se hicieron para cazar al supuesto criminal; se transmitieron órdenes a todos los condados de Inglaterra, Escocia e Irlanda, así como a las colonias británicas, muy pocas entonces, para que se le detuviese doquiera fuese hallado: todo resultó inútil.

A la joven condesa se la dejó en libertad, en vista de que ningún cargo grave resultaba contra ella y, principalmente, porque, no habiendo renunciado lord Bellamy a su proyecto de matrimonio con Alicia, mejor dicho a la muy sancada fortuna del conde de Sanderson, dió, por su parte, todas las facilidades posibles para que se normalizara la situación de la rica heredera.

Poco a poco el ruidoso asunto cayó en el olvido; otros hechos escandalosos atrajaron la atención de las gentes y pudo Alicia disfrutar de una tranquilidad relativa, de la poca calma que le consentían los pesares que atenaceaban su alma y la empalagosa asiduidad del terno Bellamy.

Excusado es decir que el miserable había tenido buen cuidado de comprar en buenas guineas el silen-

cio de la doncella Laura, mediante lo cual, la avara mujer, además de cómplice del asesino, se transformó en activo auxiliar de los proyectos de Bellamy respecto de Alicia.

Comprendiendo Laura, con su femenino instinto, que era labor contraproducente la de defender a las claras las aspiraciones del lord, fingió, por el contrario, una gran adhesión a la causa de su dueña, animando a ésta en sus esperanzas e ilusiones de enamorada, mostrándose segura de que muy en breve se reuniría Alicia a su marido. Pero, al par que consolaba así a su señora, insinuábele diestramente la idea de que, interin no se uniese al esposo adorado, era bien que confiase en un amigo tan sincero y tan apegado a ella como Bellamy, que, aun herido en su amor propio por el desdén recibido, y aunque no se resignase a perder lo que más amaba en el mundo, siempre habría de mirar por ella y protegerla caballerosamente de las celadas a que podía verse expuesta una mujer en situación tan delicada como la suya.

Esta política, practicada de acuerdo con Bellamy, dió su natural fruto, amortiguando algo la antipatía de Alicia hacia el lord y obteniéndose que la condesita recibiera en su palacio al hombre cuyas manos estaban manchadas con la sangre de Sanderson y de cuya boca partió la acusación contra Eduardo.

De otra parte, la oficiosa intervención de Bellamy en todo lo relativo a la transmisión de la herencia y arreglo de cuentas y papeles sirvió de pretexto para que menudeasen las visitas del lord y para que la joven, aunque sin vencer por completo su repugnancia, se aviniese a la presencia del interesado y repelente amigo.

Pero fué pasando el tiempo, quedó regularizado todo lo relativo a la sucesión, y Bellamy, impacientado ya por la lentitud con que su pro-

yecto se desarrollaba, comenzó a portarse de muy otra manera que hasta entonces: primero se circunscribió a veladas insinuaciones, recurrió luego a declaraciones encubiertas y, por último, cuando ya habían transcurrido más de dos meses de inútiles tentativas, se arriesgó a plantear descaradamente la cuestión.

\*\*\*

Cierto día en que Alicia estaba en su gabinete como sumida en profundo sopor, pero viviendo, en verdad, intensamente la vida del alma, concentrando todas las ideas y todos los sentimientos en la imagen del hombre amado, que no se apartaba un instante de su imaginación, engrandecido en sus cualidades morales y físicas por la ausencia y por la ignorancia absoluta de su paradero, si vivía, o de su fin desgraciado, si había muerto, lord Bellamy solicitó la venia de la hermosa para entrar en la estancia.

Aquel despertar repentino a la cruda realidad del momento puso de mal talante a la condesa.

El lord percibió el mal gesto que no fué dueña de dominar Alicia y sonrió con irónica finura.

— Veo que os estorbo — dijo — o que llego en mal hora. Perdonadme en gracia a la gravedad del negocio que me trae y que a ambos nos importa en grado sumo.

Aguardó Bellamy un segundo y, ante el silencio de su interlocutora, prosiguió:

— Habréis sobradamente comprendido, señora, por la conducta que me impuse desde el luctuoso suceso que todos lamentamos, que, por todos los medios imaginables, he tratado de apagar en mi corazón la amorosa llama que prendió en él vuestra hermosura. Llegué hasta concebir la esperanza de que esta pasión que me inspirasteis cedería a los consejos de mi razón y a los obstáculos que

los hechos consumados le oponían... Pero me engañé, señora; disimulé ante vos y me disimulé a mí mismo las agonías de muerte que me laceraban, las angustias de toda hora que sufría, el torcedor que perpetuamente ha de torturar mi corazón y mi cerebro, si vos no os compadecéis de este intenso padecer mío y os avenís, al fin, a cumplir la que, seguramente, fué la última voluntad de vuestro padre.

Mientras habló el lord, Alicia fué incorporándose lentamente hasta ponerse de pie, rígida, pálida, muy pálida, como vidente sugestionada por el hipnotizador; sus labios se agitaron, sin que la garganta emitiera ningún sonido, y luego, con destemplado son, precipitadamente, como si la revuelta hiel de la ofendida las empujase al exterior, pronunciaron estas palabras:

— ¡Al fin se quita la careta el canalla que lleváis dentro de vos!...

Lord Bellamy se mordió los labios. La cólera le invadió y apretó rabiosamente los puños.

Sus ojos relucientes de odio, de despecho; de todas las malas pasiones que agitaban su alma turbia, se fijaron desafiantes en Alicia.

No obstante, conservó cierto comedimiento y sólo replicó, con acento frío y cortante:

— Creo, señora, que no os hacéis perfecto cargo de vuestra posición actual. Además, es muy frágil vuestra memoria. La libertad de que disfrutáis, así como los bienes de que habéis entrado en posesión, a mí me los debéis; de otro modo os habrían encartado en la causa contra Davis y, a estas horas, vuestros sueños de amor no irían más allá de los muros de la torre de Londres (1).

— Basta — interrumpió indignada la condesa —. Salid.

— Perdonad, señora, que no os obedezca — repuso lord Bellamy.

(1) Pasión de Estado en aquella época.

con zumbona cortesía —. Aun no ha terminado de exponer el vidrioso asunto que hemos de ventilar.

— Y yo os repito que no quiero escucharos.

— Ma escucharéis, sin embargo.

— No...

— Una sola frase mía modificará vuestra actitud: vuestro matrimonio con Eduardo Davis será anulado en breve, como consecuencia de las gestiones que, para ello, voy a iniciar.

— ¡No intentaréis semejante cosa! Eduardo es inocente y... yo le amo con todo mi corazón.

— Meditad vuestras palabras, condesa; pensad que puedo cobraros caro vuestros desdenes...

— ¡Sois un miserable! — profirió exasperada Alicia.

— Vuestros insultos ni me ofenden ni alterarán mis designios. Obraréis locamente si os negáis a admitir la anulación de vuestro matrimonio; de vuestro consentimiento me responde la vida de Davis — amenazó el lord.

Alicia se inmutó; mas, comprendiendo que la amenaza de Bellamy era una artimaña burda, contestó despectiva:

— Vuestras amenazas son ridículas, milord. Ni vos ni yo sabemos el paradero de Eduardo... Por ese lado estoy tranquila. En cuanto a vuestras pretensiones, tan pérdidas como intolerables, renunciad a ellas, porque jamás han de cumplirse. Antes he de morir que traicionar a la fe jurada en los altares. Ahora, caballero — y la joven aubrayó el tratamiento —, nada más tenemos que decirnos, ni oír una palabra más de vuestros labios... Me enojáis... Salid... — agregó con ese aire de fatiga y aburrimiento con que la mujer quebranta y sojuzga a los hombres más audaces.

— Aun me encontraréis en vuestro camino — presagió lúgubrememente Bellamy, rebotando de ira por la

humillación propia y por la entereza de la dama.

Y, formulado el ultimátum, salió del aposento después de cubrirse ante la joven con insolente ademán.

...

La doncella de Alicia, que, desde que entrara en el gabinete Bellamy, estaba al paño para escuchar lo que se hablase, se aproximó al lord cuando éste se retiraba enfurismado.

Los dos cómplices se entendieron con una simple mirada: había que vigilar como nunca, puesto que el lord ya no sería recibido más por la condesa, y tenerle al corriente de las acciones y propósitos que realizase o intentara realizar la desgraciada mujer.

Así lo comprendió la traidora doncella, quien, después de acompañar al lord hasta el vestíbulo, se despidió de él reiterándole sus promesas de fidelidad.

Ya fuera Bellamy, Laura acercóse a su señora para consolarla y juzgar más acertadamente del verdadero efecto causado por la violenta actitud del ambicioso.

La encontró abatida, llorosa, quebrantada.

— ¡Cuán infeliz soy! — exclamó al ver a su falaz confidente.

— Os dejáis dominar con exceso, señorita, por vuestra imaginación, y ningún mal es tan incurable como el mal imaginario. Creedme: salid, distraeos... — aconsejó socarrona Laura, fingiendo ignorar en absoluto la visita del lord.

— No es eso — opuso, disgustada, Alicia —. Mientras no se me pruebe de modo irrefutable que Eduardo ha muerto, yo alentaré mi ilusión.

— Y haréis bien. El señorito Eduardo debe de estar ya en América, libre de todo peligro y asechanza.

— ¡Dios te oiga! Lo mismo creo... pero ahora no se trata de él, sino de Bellamy, de ese hombre cuya pre-

## EL CAPITAN KIDD



1. — Valor, Alicia: por nuestro amor y por nuestra libertad.

EL CAPITAN KIDD



2. Davis, ojo avizor, esperaba el momento de disparar la pieza.



3. Al fin Davis, con poderoso esfuerzo, lo arrojó al barranco.

señoría he tolerado, aborreciéndole como le aborrezco, por escuchar tus consejos.

— Yo, señorita, crélo y creo que ese caballero...

— Es un canalla; me ha amenazado, me ha insultado, no renuncia a su proyecto de casarse conmigo y pretende anular mi matrimonio con Davis — interrumpió, airada, Alicia.

— ¿Es posible?...

— Hace un momento me lo declaró con toda su desfachatez y le di la única contestación que merecía: echarle de mi casa; sávale de aviso y gobiérnalo para lo sucesivo.

A partir de este día observó Laura con extrañeza que las costumbres y hasta el carácter de su señora cambiaron por completo.

Alicia se había vuelto callejera, amiga de visiteos, y hasta se la vió, caso inusitado, entre hombres de covachuelas y negocios.

Por más que Laura vigiló a la dama para oír el motivo de sus misteriosas idas y venidas, su celo se estrelló contra las minuciosas precauciones que para sus diligencias empleara Alicia.

El mismo resultado negativo obtuvo la doncella cuando quiso meter hábilmente los dedos en la boca a su señora.

Escarmentada Alicia por la experiencia de lo acontecido con Bellamy, se había puesto un candado en los labios, no por desconfianza hacia Laura, sino porque a sus nuevos proyectos convenía el mayor sigilo para que los coronase el éxito.

Quien únicamente era admitido entonces a colaborar en los trabajos de la condesa era el mayordomo del palacio, anciano que fué siempre la mano derecha del conde de Sanderson y a quien Alicia, conociendo sus luses, su honradez y su adhesión a la familia, pidió consejo.

Y aquel hombre honrado habló a su joven señora en términos en los que el sentido común respaldaba, ofre-

ciendo una solución, tan sencilla y tan práctica, que a la propia Alicia le pareció raro que no se le hubiese ocurrido a ella misma mucho antes.

El buen criado le había dicho:

— Yo creo, señorita Alicia, que os atormentáis porque queréis. ¿Qué os obliga a residir en Londres?

— La necesidad de esperar a mi esposo — había respondido la condesa.

— No existe tal necesidad y, en cambio, si es preciso que burléis los tejemanejes de lord Bellamy, que así Dios me salve si no es un bellaco capaz de todas las felonías y hajezas.

— Y ¿a dónde ir? — inquirió Alicia.

— A América, a los dominios que vuestro padre poseía en las colonias y que ahora son vuestros. Si el señor Davis se halla en libertad, es indiscutible que no se esconde en Inglaterra ni en otro país de Europa donde puedan atraparle los largos brazos de la justicia del rey Jacobo. Hay que pensar lógicamente que si no ha muerto, y esto ya lo habríamos sabido, embarcó para América, donde cuenta con amistades y valimientos.

— De modo que tú crees...

— Yo entiendo que la señora, salvo su mejor opinión, debe realizar lo antes posible en dinero y en joyas los valores que posee de fácil enajenación; esto ha de efectuarse bajo mano, a la disimulada, a fin de que no se trasluzcan sus intenciones, y una vez ejecutado, yo cuidaré de buscaros pasaje en buque seguro, con capitán de confianza que velará por vuestra seguridad. Yo cuidaré desde aquí los intereses de la casa Sanderson.

— ¿Y he de irme sola?

— Sería lo mejor. Dadas las circunstancias, no podéis confiaros a nadie.

— Pero si mi esposo viniese en mi ausencia...

— Aquí estaré yo para recibirle

y para informarle de todo; y entonces nada más fácil que el reunirse con vos.

Alicia se convenció plenamente de que la solución propuesta por el fiel mayordomo era la mejor, si no la única; y he aquí el motivo de aquellas misteriosas idas y venidas que tanto intrigaron a la doncella Laura y que pusieron a lord Bellamy en un brete, pues sabedor por su cómplice de lo que sucedía, hallábase, como Laura, en la más completa ignorancia acerca de los planes forjados en la linda cabecita de la condesa.

Júzguese, pues, del asombro de Laura cuando, pasado un mes escaso del rompimiento con el lord, la llamó su ama a su gabinete y le dijo, sin otro preámbulo, señalando unos cofres que en la estancia había:

— Di a Jhon que se encargue de llevar este equipaje a bordo del *Lancaster*, que sale esta noche.

La doncella oyó turulata aquella orden y balbució:

— ¿Parte la señora?...

— Sí, y si por casualidad viniese mi esposo durante mi viaje, dile que he ido a esperarle a mis posesiones de América, donde no tendré que soportar el asedio infame de un hombre como lord Bellamy.

Laura nada replicó; abandonó el aposento, ansiosa de transmitir la importante noticia a su cómplice, y poco después se hallaba en presencia de éste, a quien con voz entrecortada por la emoción y la carrera le dijo:

— La señora embarca esta noche en el *Lancaster*.

### Con la punta de la espada

Cuando finido el combate, por la rota del *Albatros*, se hubieron cumplido las órdenes del capitán Kidd respecto a los prisioneros y al cargamento y caudales del buque, los

piratas prendieron fuego con un brulote al que fué hermoso navio de comercio y acabaron de hundir los carbonizados restos con unos cuantos cañonazos.

Tras esta última operación el barco pirata viró para tornar a su madriguera, un ancón abrigado de los vientos fuertes y casi inaccesible para quien no conociera al dedillo la enrevesada hidrografía de aquellos parajes en que abundaban los bajos, los pasos difíciles y sargas de islotes como grandes monstruos marinos que se hubiesen detenido allí en bandada.

El ancón formaba como una mella en una de las islas Caribes, la isla Alvarez, residencia habitual de los corsarios cuando desconsaban de sus correrías y algaradas.

A esta isla fueron a parar Davis y los demás prisioneros del *Albatros*.

Apenas fondeado el buque, saltó a tierra el capitán Kidd, y se dirigió a una de las chozas de un como pequeño poblado indio enclavado en la parte más llana de la isla y cercana al ancón. A poco desembarcaba el teniente del corsario con los heridos y prisioneros, y más tarde lo verificaron los demás tripulantes del buque pirata, llevando a cuestas el producto de sus rapiñas durante su último cruceo.

A los heridos se les condujo a una de las cabañas, y de su cuidado se encargaron uno de los bandidos, que en su juventud ejerciera de practicante, y Mary.

A los prisioneros se les dejó libres, pues no había para ellos escapatoria en aquella roca rodeada de mar y lejana de las derrotas que segulan habitualmente los buques que no estaban fuera de la ley. Se les cedió, para uso común, una choza donde apenas cabían y, para lechos, unos brazos de hierba seca.

Desde el primer día se les consideró ya no como prisioneros, sino como esclavos, dedicándoles a las más rudas faenas y a los más deni-

grantes menesteres, hablándoseles siempre con la amenaza en la boca, cuando no con el garrote en alto pronto a apalearse, a la menor protesta o simple expresión de disgusto.

A Eduardo Davis, una vez curado, le destinaron en un principio al cultivo de una pequeña faja de tierra en la que crecían esmirriadamente unos plántales de hortalizas; pero, reclamado luego por el segundo del corsario, el teniente Fred, pasó al servicio de éste.

Esta segunda fase de su esclavitud disgustó por modo extraordinario a Davis. A aquel hombre, noble por su corazón y por su cuna, se le hacía muy cuesta arriba el ser criado de un hombracho salaz, necio y cruel como el que le imponían por amo, quisea, precisamente porque adivinó en seguida la repugnancia con que Davis se sujetaba a sus mandatos, tratóle peor, para humillarle bárbaramente con el latigazo bestial de sus injurias.

Más de una vez sintió Davis el espolazo del coraje y del rencor que le excitaba a retorcer entre sus dedos el craso pescuezo del teniente; pero la prudencia apagó la fogarata de la sangre rebelde, porque aquella inútil venganza sólo habría contribuido a empeorar su situación, cerrándole, con la muerte, toda puerta de acceso a la libertad.

Aguantó, pues, reconcomiéndose, pero, al parecer, tranquilo y oponiendo una mayor indiferencia, fingida, naturalmente, a las invectivas de Fred.

La espera paciente trajo pronto a Davis la dicha de saborear el dulce placer de la venganza y, al propio tiempo, un atisbo de posibilidades de recuperar la soberanía de su voluntad y de su persona.

Cierta tarde, el teniente Fred penetró en su alojamiento menos cerril que de costumbre, pero no por ello más blando de expresión y de lenguaje.

— Vamos, perro — mandó a Eduardo —, prepara la comida, que vengo hambriento. Añade algo a la olla, que hay convidados.

Obedeció Davis sin replicar, y pronto la tosca mesa del teniente estuvo arreglada para recibir al anfitrión y a sus huéspedes.

Los que no tardaron en aparecer.

Eran dos truhanes de la pandilla, muy apegados a Fred por la semejanza de sus genios y de sus vicios.

— ¡Vámonos a ver como nos tratas, Fred! — dijo uno de los invitados —. Yo te prometo en pago algo que va a hacerte saltar de gusto.

— ¿Que es ello?... — preguntó el teniente con curiosidad.

— Te reservo la sorpresa para los postres.

— Pues a la mesa, señores — invitó el pirata con su destemplado vozarrón, porque el hombre hablaba siempre como si mandase a bordo la maniobra entre el estruendo de la pólvora y del huracán.

...

Davis sirvió los comestibles que sus manos, poco diestras en manipulaciones culinarias, habían conleccionado a la buena de Dios.

Todos se aplicaron a llenar los buches, y sus paladares, poco exigentes, se recrearon con los guisotes; no faltó comensal que alabara la habilidad del maese cocinero.

Las libaciones se sucedieron con extraordinaria frecuencia y la ruda voz de Fred resonó sin cesar pidiendo:

— ¡Más vino!

Eduardo, pintado en el rostro el desprecio que le inspiraban aquellos malvados, desempeñaba sus funciones de *maitre d'hôtel*, sin prestar atención a la pintoresca charla de los rufianes.

El gaudium estaba ya en el período candente de la animación y del bullicio cuando el teniente Fred, dirigiéndose al compañero que

le prometiera una sorpresa para los postres, exigió:

— Ha llegado el momento de que cumplas lo prometido.

— Y voy a pagar mi deuda — asintió el convidado, mirando con cierto recelo a Davis.

Eduardo se percató de la mirada del corsario y ello le hizo sospechar que iba a tratarse de algo interesante, por lo que abrió bien los oídos y se colocó disimuladamente en sitio desde el que podía oír sin perder sílaba y sin que los conversadores le viesen demasiado.

— Vamos a ver ¿de qué se trata? — requirió Fred.

— Te vas a asombrar...

— Yo no me asombro de nada; estoy curado de espantos.

— ¿Apuestas algo a que sí?...

— Déjate de apuestas y habla claro.

— No seas impaciente, Fred.

— ¡Reventarás de una vez, jinojol!

— Allí va, hombre; no te sulfures. Entre los esclavos que cogimos en el *Albatros* hay una mujer...

— ¡Eh! — exclamó Fred, estupefacto y puesto de pie.

— ¿No te dije que era cosa buena y que ibas a asombrarte? — repuso un tanto chancero el que diera la noticia.

— ¿Estás seguro?...

— Segurísimo.

— Imposible; lo sabría el capitán y...

— Cuando se entere ya no podrá quedarse con la parte del león, porque nos habremos adelantado nosotros.

— ¿Dónde está? ¿Quién es? — apremió Fred, saltándosele los ojos de las órbitas en el furor de su lujuria.

— Es el muchachito que cuida a los heridos.

— ¡Debí adivinarlo! Es tan delicaducha y tan fino que parece una damisela — confirmó el teniente dándose un puñetazo en el pecho, como si castigase así su memez.—

¿Cómo descubristeis su verdadero sexo? — inquirió luego.

— Por un descuido suyo; anoche, creyendo que nadie la observaba, se quitó la peluca para peinarse la cabellera, y mis ojos la vieron.

— Hay que traerla aquí con cualquier pretexto — propuso Fred.

— Yo iré a buscarla — ofreció el denunciante, quien se levantó de su asiento y se encaminó hacia la puerta con paso poco firme, consecuencia de las repetidas libaciones.

...

Puede imaginarse la tensión de nervios de Eduardo Davis. La joven estaba perdida: aquellos hombres embrutecidos por el alcohol, excitados por la forzosa abstinencia sexual a que su vil oficio les condenaba, no dudarian en ultrajar a la pobre doncella, cuya mala suerte la llevó a aquel ignorado rincón de mundo donde no prevalecía otra ley que la del más fuerte.

El primer impulso de Davis fué el de seguir la traza del beodo que marchó en busca de Mary y acogerlo antes de que tuviera tiempo de conducir a la víctima ante los sacrificadores. Pero quedaban los otros: el terrible Fred y el otro compañero, quienes no cejarían en sus propósitos y alborotarían el campamento pirata, imposibilitando la salvación del grumetillo.

Rebosante de angustia, permaneció quieto, pero pronto a afrontar la cólera de los tres facinerosos y a arrebatárselos a Mary, aun a costa de la propia vida, porque, tratándose de defender al débil, Eduardo Davis olvidaba en aquellos instantes su propia esclavitud.

No tardó en regresar el comisionado.

Mary lo seguía.

Instintivamente avanzó hacia ellos Eduardo, a quien Mary, tranquilizada al verle y ajena por completo al

grave peligro que la acechaba, dedicó una graciosa sonrisa.

La impaciencia de Fred la puso en autos de la emboscada que se le había tendido, y sus ojos impiorantes se volvieron hacia el esclavo.

Fred, no bien penetró la joven en la choza, habiase adelantado hasta tocarla y, con rápida acción, le arrancó la peluca roja bajo la cual ocultaba la hermosa cabellera rubia.

Un chillido de espanto surgió de los labios descoloridos de la infeliz.

— ¡No contabas tú con nuestro olfato, grandísima... tunanta!... — exclamó el teniente, acompañando su cinica frase con una risotada estruendosa.

Mas pronto hubo de ponerse serio.

Un puño vigoroso le repelió enérgicamente, apartándolo de Mary, a quien ya intentaba abrazar, y la voz de Davis, en tanto que el cuerpo de éste se interponía entre los bandidos y la víctima, sonó estridente, pavorosa, vibrante de cólera y de resolución.

— ¡Ay del que toque a esta mujer!... — apostrofó al aventurero.

Vacilaron un segundo los piratas, y aquel brevísimo espacio de tiempo bastó a Davis para echarse sobre el que denunciara la presencia de Mary en la isla, y para, aprovechando la sorpresa, apoderarse de la hoja toledana que el corsario llevaba al cinto.

Mary se parapetó detrás de su valiente defensor, que, puesto en guardia, esperó firme y sereno la acometida de sus adversarios.

Fred y sus secuaces arremetieron contra el desfacedor de entuertos, envolviéndole en un mar de insultos y de denuestos, que no desmontaron a Davis a pesar de lo ensordecedor del alboroto y de lo que creían los corsarios, acostumbrados, como los indios y los tuoros, a atacar entre alaridos y algarabías salvajes.

Ya chocaban los aceros, y Mary, despavorida, arrastrábase hacia la

puerta para reclamar auxilio, aun comprometiendo su persona, cuando en aquella misma puerta y tapando casi todo el hueco se destacó la figura imponente y taciturna del hombre que era dueño y señor absoluto de la isla: el capitán Kidd.

— ¿Qué diablos de alboroto es este? — interrogó flemático, desdenoso, cruzando los nervudos brazos sobre el pecho.

...

Los combatientes suspendieron la pelea.

Mary se arrojó a los pies del capitán, clamando:

— ¡Defendedme, señor, quieren mi honra!...

— Y ¿quién eres tú?... — preguntó Kidd, mirando por vez primera a la cultada.

Entonces intervino Fred con descompuesto ademán, torva mirada y furioso acento.

— Es una mujer que me pertenece. Yo reclamo a esta muchacha con el derecho que me da el haberla descubierto.

Los dos compinches del teniente no se atrevieron a contradecir la falsa aserción porque sabían cuán pesadas eran la mano y las bromas de Fred cuando se le contrariaba.

El capitán Kidd, sin alterarse, preguntó con igual flemá a su segundo:

— ¿Quién se opone a tu capricho?

Los congestionados, sanguinolentos ojos de Fred señalaron a Davis, acompañando a esta frase del teniente:

— Ese perro, ese esclavo quiere impedirme!

Kidd miró a Davis y le reconoció:

— ¡Ah, eres tú! — exclamó, al par que su rostro se animaba con una sonrisa casi imperceptible —. ¿Por qué te opones al deseo del teniente?

— Porque a esta mujer la protejo yo y la defenderé aun a costa de mi propia vida.

— No me defendáis, Eduardo — suplicó Mary, conmovida, pero rechazando el sacrificio de su protector —. Estos hombres os matarán.

— Prefiero morir a veros entre sus manos — declaró generosamente el audaz mancebo.

— ¡Silencio! — ordenó el impasible corsario, a quien la escena divertía al parecer o porque como todos los hombres, por malvados que sean, tenía su cuarto de hora bueno —. Aquí no se asesina a nadie. Puesto que tú, Fred, y tú, Davis, alegáis derechos iguales a la posesión de esta muchacha, os la disputaréis en buena lid, con las armas en la mano, y ella pertenecerá al vencedor. No creo que le puedas a Fred — siguió, encarándose con Eduardo —, pero al le vences, diré entonces que has ganado al mejor espadachín de mi banda.

— ¡Plaza! — gritó el teniente.

— Salgamos fuera — mandó el capitán, quien, tomando de la mano a Mary, la obligó a salir con él de la choza.

En la explanada, que era como la plaza mayor del poblado, se había reunido gran número de curiosos, informados ya del incidente.

La presencia del capitán impuso silencio a los comentaristas.

— Haced sitio — indicó Kidd —, y vosotros estad atentos.

Se abrió ancho círculo, en el centro del cual se colocaron Fred y Davis, prestos a acometerse con saña virulenta.

— ¡Hablen las espadas! — vociferó el pirata.

Y a esta señal, los aceros se buscaron.

Eduardo, con la espada en la mano, estaba seguro de triunfar; sin embargo, hubo de reconocer, desde los primeros pases, que se las había con un formidable adversario.

En efecto, aunque poco ágil y tarde, por consiguiente, Fred demostró una seguridad, un aplomo y una vista poco comunes.

Mary se había tapado los ojos con las manos para no presenciar aquel remedo de juicio de Dios en que se jugaba su propia honra. Creía ver ya a Eduardo tendido a sus pies, ensangrentado, muerto inútilmente por su causa.

Por el contrario, los espectadores de aquel combate singular relinchaban de gozo, azuzaban a los luchadores, peleábanse entre sí por los méritos de uno y otro, hacían apuestas por los respectivos campeones, exteriorizaban, en fin, estruendosa y jaraneramente la inmensa satisfacción que les proporcionaba aquel inesperado duelo a muerte.

Tres asaltos, sin consecuencias graves, mantuvieron hasta el paroxismo el interés y la atención de los circunstantes, incluso los del capitán Kidd, cuyos ojos, iluminados entonces por la centella que brillaba en ellos cuando, con ronca voz y hacha en mano, ordenaba al abordaje, ponían en relieve la exaltación oculta bajo su helado aspecto exterior.

Davis había recibido una estocada junto al hombro derecho, de cuya herida manaba un hilillo de sangre. Fred también había sido tocado en un brazo y en la parte alta del pecho, pero ninguna de los adversarios estaba fuera de combate.

Se inició el cuarto asalto, y cuantos presenciaban la contienda pudieron notar claramente que Davis cejaba, que se batía con desmaña, con torpeza, como si el arma le pesase enormemente.

Sus partidarios se desilusionaron; el mismo capitán Kidd frunció el entrecejo. ¿Descaba tal vez la derrota de su teniente? ¿Le estorbaba Fred? ¿Cómo adivinar lo que sentía aquella alma insondable?...

También Fred se percató de la visible inferioridad de su enemigo, y ya tuvo por suya la victoria. Desacando concluir, enardecido por los aplausos de sus leales, acometió a su contrario, descargando sobre él una

verdadera lluvia de estacadas que a duras penas paró el aventurero.

Los gritos jubilosos de los *fredistas* resonaron ensordecedores, y, de repente, reinó en el campo un silencio de pavor, como si la horrible carátula de la tragedia se hubiese mostrado a los ojos atónitos de aquel concurso de gentes.

¿Qué había sucedido?... ¿Por qué aquella expectación y aquel brusco contraste?...

Era que Eduardo Davis, a quien la herida en el hombro molestaba hasta el punto de impedirle manejar la tizona con el desahogo y la tranquilidad con que hasta entonces lo hiciera, se la había cambiado de mano cuando Fred se tiraba a fondo, creyendo pulverizar a su enemigo. Davis paró el golpe y, a su vez, empujando el acero con la zurda, cargó tan rudamente contra el segundo de Kidd, desconcertado ya por el cambio completo de defensa a que le constreñía el trueque ejecutado por Davis, que su espada no supo impedir que el acero del adversario encontrase el camino de su corazón.

Fred cayó pesadamente al suelo, retorciéndose en extraña contorsión y exhaló su último suspiro, en tanto que quienes escogieron por campeón a Davis rompían en ovación atro-nadora.

El sombrío semblante del pirata se esclareció un tanto ante el resultado definitivo de la lucha... Le estorbaba Fred, no había duda.

—Desde este momento — dijo a Mary, que se obstinaba todavía en cerrar los ojos para no ver el drama — perteneces al hombre que se dice tu protector; ve a buscarle.

Mary, temerosa aún, se resolvió a mirar, y vio a Eduardo, en pie, rodeado de aquellos hombres feroces que saludaban en él al héroe. Corrió hacia Davis, le cogió una mano y se la besó.

— ¡Cuánto os debo, amigo mío!... ¡Ojalá pueda devolveros algún día

el bien que me habéis hecho! — exclamó agradecida.

Davis retiró vivamente su mano, y repuso en voz baja:

— Nada me debéis, Mary; de existir aquí otro hombre honrado como yo, habría procedido lo mismo. Vamos, caminad y reunámonos al capitán que, a juzgar por las repetidas sañas que nos hace, quiero hablar-nos.

— ¡Torpe de mí! Precisamente él me ha enviado a vos.

— Pues no le impacientemos; no sea caso que varíe la veleta de su humor.

No, no cambiaría la veleta del capitán Kidd.

El famoso corsario había apreciado de visu las relevantes cualidades, la hombría de Eduardo Davis, y se propuso captarle para sus huestes, diciéndose que, si había perdido a Fred, aquel esclavo supliría con ventaja a su quisquilloso teniente.

Y he aquí por qué, cuando Davis y Mary se aproximaron a él, les dijo con imperio:

— Seguidme.

El pirata atravesó los grupos de sus secuaces, escoltado por los dos prisioneros, y así penetró en su cabaña.

Ya bajo techado, sentóse en su escabel y, mirando escrutadoramente a Davis, que se sentía algo perplejo ante aquella bondad inusitada en hombre como Kidd, le dijo:

— Te has portado bien, muchacho, y me has hecho un favor quitándome de en medio a ese estúpido de Fred; tuya es la muchacha.

— Gracias, capitán; pero, si es mía la muchacha, como decís, no por ello sigue menos expuesta a las asechanzas y brutalidades de los demás, ni es cosa de que me bata con cada uno de ellos para evitarlas.

— Es juiciosa tu observación — contestó el capitán riendo —. Mis lobatos tienen buen gusto y muy afilados los dientes. Por eso he pen-

sado yo que te convendría cierto arreglo que voy a proponerte.

— Vos diréis.

— ¿Esa muchacha es tu mujer, tu amiga o qué es?...

— Nada de eso, señor.

— Pero ¿tienes empeño en que sea tuya? — recalcó con doble intención el pirata.

— ¡Me ofendéis, capitán! — contestó con viveza Davis.

— ¡Bien! ¿Qué dirías, pues, si yo te propusiera otorgar la libertad a tu protegida, sacarla de la isla y conducirla a tierra, donde se halle en seguridad absoluta?...

— ¿Y qué exigis en compensación? — interrumpió Eduardo, revelando sumo contento.

— Que desde hoy formes parte de mi banda... ¿Qué contestas?

— Acepto agradecido, capitán — respondió precipitadamente Davis, viendo en la propuesta un medio de recobrar la libertad perdida, al par que aseguraba el porvenir de Mary. Sin embargo, movido de su deseo de afianzar la suerte de la joven, añadió:

— Espero que vos cumpliréis escrupulosamente vuestra promesa, capitán.

— El llanto sobre el difunto — atajó Kidd, quien abandonando el escabel tomó una arqueta que sobre una mesa había, la abrió, extrajo de ella una bolsa de seda, bastante abultada, y la entregó a Mary, diciéndole:

— Toma este dinero, con el que podrás reanudar tu libre existencia... Esta noche te conducirán mis hombres a tierra habitada, donde nada tendrás ya que temer... ¿Es eso lo que quieres? — preguntó a Davis que, sugestionado por la inesperada generosidad de Kidd, sintió impulsos de abrazar a aquel hombre tenebroso que era el terror de los océanos.

#### A bordo del «Lancaster»

Alicia de Sanderson incurrió en error gravísimo al participar a Laura su viaje, porque, deseando huir de

Bellamy, quitárselo de la vista para siempre, la doncella frustró el propósito, poniendo sobre la huella de la dama al cenagoso cortesano.

El lord embarcó secretamente en el *Lancaster*, buque que había de llevar a América a la condesa y su fortuna. Como el pasaje era bastante numeroso, le fué fácil a Bellamy conservar el incógnito. Quería que Alicia experimentase una sensación de tranquilidad, de seguridad absoluta, antes de presentarse ante ella como la aparición del genio del mal.

En realidad, el ambicioso no había perfeccionado su plan de ataque; es más, ni siquiera se había bosquejado en su mente un proyecto ejecutable con probabilidades de éxito. Sólo pensó en seguir de cerca a la viajera, en ser su sombra hasta el minuto mismo en que, desembarcados ambos en tierra inglesa, pudiese ejercitar el su influencia en las autoridades coloniales para que decretaran éstas la prisión de Davis, impidiendo así la reunión de marido y mujer.

Pero si se mantuvo fuera del alcance de las miradas de Alicia, no por ello se privó de rondarla y acuciarla observando sus acciones todas. No pecaba de torpe el lord, y, por lo tanto, desde que se enteró de la partida de la hija de Sanderson, supuso, y acertó, que la condesita no se habría marchado con las manos vacías, a pesar de las riquezas con que contaba allende los mares. Los misteriosos manejos de la joven durante el último periodo de tiempo que precedió a su marcha, los recordó Bellamy, fué éste atando cabos, y, de deducción en deducción, despejó la incógnita y se dijo que Alicia debía llevar consigo en lindas monedas de oro o en libramientos sobre la real Hacienda en las colonias la mayor parte de su fortuna.

Trabajó, pues, en la sombra para averiguar dónde encerraba Alicia su tesoro, y, a vuelta de no pocas dificultades y derroche de ingenio, supo

que el capital de la condesa obraba en poder del capitán, quien lo incorporó a los caudales del buque, que se guardaban en una especie de secreta trampilla, al pie de uno de los tragaluces de la cámara del comandante del *Lancaster*.

Este importantísimo descubrimiento llenó de júbilo al cazador de dotes. El menguado corazón le saltó de gozo en el pecho, y toda la picardía, toda la suspicacia que se albergaba en su cerebro se aplicó a estudiar el modo de arramblar con el tesoro oculto en el camarote del capitán. Esto no quiere decir que renunciase a la persecución y rendición de Alicia; pero como, más que la captación de la joven, le interesaba entonces la de las riquezas cuyo paradero conocía, sólo por amor propio perseveró en el fin antes primordial y que, por razón de las circunstancias, había pasado a un segundo término.

Con su viveza imaginativa, Bellamy comprendió que, mediante el nuevo secreto de que estaba en posesión, tal vez podría doblegar la resistencia y el ánimo tozudo de la condesita. Y, partiendo de este supuesto, adoptó ya menos precauciones para no ser visto y hasta deseó encontrarse otra vez, frente a frente, a la inmovible heredera de Sanderson.

Entretanto, Alicia, muy ajena a la proximidad de su implacable persecutor, soltaba la rienda a las naturales ilusiones de su amor ardiente y contaba con impaciencia los días y hasta las horas que iban transcurriendo, lo que aumentaba su mal-estar, cuando precisamente éste se habría calmado a diario si, en vez de contar la enamorada los días pasados, hubiese llevado la cuenta de los que faltaban para rendir viaje, número que, diariamente, se iba reduciendo.

Lógico era también que Alicia, como la lechera de la fábula, fabri-

case sus castillos en el aire y que se prometiese el fin de sus penas y el comienzo de sus dichas tan pronto como su piececín inquieto se posase sobre el suelo de la virgen América.

La primera nube que ensombreció el riente ciclo de sus recobradas ilusiones fué, y como no, el descubrimiento que hizo de la presencia de Bellamy a bordo.

Súbita cangoja oprimió su corazón. Temió ser víctima de una alucinación lancinante, y, como el pájaro atraído por la sierpe, fijó insistentemente la mirada en el hombre odiado.

Bellamy, al percatarse de que Alicia le contemplaba con espanto, vaciló entre romper el incógnito o retirarse, dejando en la mente de la condesita la impresión de haber sido víctima de una jugarreta de la trasiornada fantasía.

Pero la malignidad del lord se sobrepuso en él a toda otra consideración; el miedo que expresaron tan elocuentemente las facciones de la joven le halagaba, y, después de todo, ¿por qué retroceder y esconderse?...

Adoptando su habitual aire impertinente se acercó a la condesa, que se echó hacia atrás.

Sonrió Bellamy, y, con mordente acento, inició el diálogo, sin suponer siquiera que a pocos pasos de él atalayaba el coloquio el capitán del *Lancaster*.

— Ya veo, Alicia — dijo —, que pretendéis huir de mí; pero por esta vez os han fallido vuestras habilidades. Os he dicho y repito que os amo, y no renunciaré a un bien que estimo como mío. Quisiérais poner el mar entre vos y yo, y ya veis que el propio Neptuno me favorece, puesto que estoy a vuestro lado. Convened, señora, de que en esta partida desigual lleváis la peor parte.

Reguesta un poco Alicia del mal trago, contestó con firmeza:

— ¡Es inútil vuestra persecución, milord!... Amo a Eduardo y sigo siendo fiel a su recuerdo

— ¡Qué ejemplo de fidelidad conyugal!... Os felicito, señora mía. Lo malo es — añadió, con el mismo tono de zumba, el lord — que aquí no estamos en vuestra casa de Londres, que el mar nos rodea por todas partes, que estáis a mi merced y que...

— ¡Silencio, caballero! — interrumpió imperativamente una voz enérgica, al par que una mano de hierro cogía el brazo de Bellamy.

— ¿Quién se permite intervenir en mis asuntos? — balbució el lord.

— Yo, el capitán del *Lancaster*, y os advierto por primera y única vez, caballero, que si molestáis nuevamente a esta dama os arrestaré hasta el final del viaje.

Bellamy quiso protestar, pero se acordó de que el capitán es, a bordo, el *amo después de Dios*, y agachando la altiva cerviz, malhumorado y cargando la nueva humillación en la cuenta de las que ya le infringiera Alicia, se retiró con el rabo entre las piernas.

\*\*\*

Ningún otro incidente turbó la calma de la viajera; pero aquella había quedado sensiblemente alterada desde que constató la joven la presencia a bordo de su más encarnecido enemigo. Ciertamente que Bellamy no había vuelto a asomar las narices y que el capitán adoptó medidas previsoras para evitar toda molestia a la dama, pero la tranquilidad de ésta habíase evaporado, y al rosicler de sus anteriores pensamientos sucedió la negrura y cerrazón de un porvenir tempestuoso.

En cuanto al lord, metido casi siempre en su cabina, mataba el aburrimiento de la travesía interminable ideando modos de meter las manos en los caudales confiados a la custodia del capitán del *Lancaster* y, al propio tiempo, de apaciguar la sed de venganza que la inquebrantable tenacidad de Alicia había suscitado en él. Lo perverso de su alma

inducíale a afrontar de manera perdurable a la condesa.

— Si consigo apropiarme sus riquezas — se decía —, ¿para qué casarme con esa mujer que me amargará constantemente la existencia?... Pero se ha burlado de mí y yo no he de tolerarlo... Oh, no; será más, y luego... ¡que su marido adorado la consuele!...

Esta variación de plan inclinó a Bellamy a mantenerse más apartado que nunca de la condesa y menos visible cada día para el capitán, pero siempre al acecho de la ocasión oportuna para entrar en juego y asestar el duplicado golpe.

Pero los hombres más rigurosamente lógicos y menos aseguibles a los caprichos de la fantasía; aquellos que todo lo prevén, lo metodizan y lo someten a la dirección de su intelecto, por lo mismo que suelen prescindir del azar en sus combinaciones, son las primeras víctimas de aquel elemento voluble y fugaz. El azar no existe, proclaman; todo en la vida de los hombres es consecuencia de un acto de su volición más o menos remoto; sin percatarse de que el modo de existencia de cada individuo no es producto, en general, de la voluntad propia, sino de la voluntad de los demás.

Y el azar se decidió a intervenir en los negocios del milord, haciéndolo de manera verdaderamente terrible para el cinico magnate y para cuantos navegaban a bordo del navio inglés.

\*\*\*

Desde que se ultimó el convenio entre el capitán Kidd y Eduardo Davis, aceptado, *a outrance*, por el aventurero para obtener la salvación de Mary y que se abriese un portillo para sus propias esperanzas de libertad, el esposo de Alicia hubo de incorporarse a la banda, cesando en las funciones domésticas que hasta entonces desempeñara en su calidad de esclavo.

Sus nuevos compañeros, aunque le acogieron como a igual a regañadientes, no osaron manifestarle desvío alguno, escarmentados por lo que le ocurriera al teniente Fred.

Claro está que tampoco puso empeño Eduardo en intimar con aquella desalmada gentuza; antes al contrario, se mantuvo discretamente como al margen de ella, aunque no tan aislado que en actitud pareciese sospechosa al terrible pirata.

Puede suponerse, desde luego, que al asentir Davis a la propuesta de Kidd pensó pura y exclusivamente en que, no habiendo de variar el género de vida de los denominados espumaderos del mar, por fuerza llegaría pronto el momento en que reanudasen éstos sus desmanes, y entonces nada más fácil, en el tumulto y confusión de la lucha, que pasarse a la tripulación atacada y escapar o morir peleando por la buena causa.

Diez o doce días después del famoso duelo del que Eduardo fué el héroe observó el joven inusitado movimiento en el poblado indio: todas las señales indicaban la próxima partida de los corsarios. Entonces se preguntó Davis si el capitán Kidd le llevaría consigo a la próxima expedición, o si, receloso aún, juzgaría más prudente dejarle en la isla hasta que su aclimatación a las costumbres de los piratas fuese más completa.

No tardó en salir de sus dudas.

La misma mañana del día en que había de hacerse a la vela el barco de Kidd, el jefe de la expedición se dignó llamarle y le dijo, con el tono acerbo y rotundo en él habitual:

— Vamos a ver si te bates en el mar tan bien como en tierra. Ya puedes irte a bordo; formarás entre mis tigres y entrarás con ellos al abordaje. Mis ojos estarán fijos en ti, Eduardo Davis.

— Procuraré contentaros, capitán.

— Lo celebraré; pero no olvides

que tu espada está a mi servicio y que si intentas traicionarnos haré contigo un escarmiento ejemplar... ¡Largo!

Davis obedeció en silencio y se trasladó a bordo, con su coy bajo el brazo.

Cerca del mediodía, el buque de Kidd enfilaba los pasos de las islas y no tardó mucho en salir al mar libre.

Como gigantesca ave de rapiña, el corsario cruzó durante varios días los mares del trópico, sin tropezarse con la codiciada presa.

A bordo reinaba desanimación y disgusto: el entrecejo del capitán Kidd se mostró más ceñudo que nunca y la gente hablaba ya de la conveniencia de tornar a la isla Alvares.

Davis estaba también desalentado: decididamente le perseguía la mala estrella; porque pensar en que el capitán Kidd se acercase a la costa lo bastante para que el prisionero pudiese escapar a nado era pensar en lo imposible.

El vigia de los piratas, colocado en lo más alto del palo mayor, oteaba inútilmente el horizonte: la ansiada víctima no se presentaba.

Y así un día y otro día.

Iba ya a decidir el corsario el regreso al refugio de la banda, cuando, en el preciso momento de mandar la maniobra, la voz del vigia gritó jubilosamente.

— ¡Barco mercante inglés a la vista!

### Entre el agua y el fuego

El capitán del *Lancóster* y su segundo paseaban por el puente conversando sobre un tema que, de haberlo sabido los viajeros, habría sembrado la alarma y la consternación a bordo.

— Entramos ahora — decía el capitán — en la zona peligrosa del

viaje y hemos de adoptar nuestras precauciones, pero sin que los pasajeros noten nada extraordinario; de otro modo entorpecerían mucho nuestra misión, y ya tenemos bastantes engorros para proporcionarnos otro más.

— Pero ¿abrigáis de veras algún recelo, capitán?...

— ¡Y me lo preguntáis!... Hace ya tiempo que no sabemos de nuevas fechorías de esos bandidos, y la quietud de Kidd y su comparsa no es natural.

— Cierlo.

— Hemos de estar, pues, muy alerta, más que para combatir al enemigo, si aparece, para huirle.

— Nuestro buque es muy velero y pocos le sobrepujan en la marcha.

— Por ello debemos aprovechar las buenas condiciones del *Lancóster*; lo que no obsta para que preparemos lo conveniente, previendo el caso de que no haya otro remedio que resistir.

— De acuerdo.

— Sobre todo una vigilancia exquisita y una gran discreción.

Asintió con una cabezada el segundo de a bordo y se dispuso a bajar la escala del puente.

— Un momento... — rogó el capitán —. Conviene que, con un pretexto bien urdido, se recluya en sus camarotes a las mujeres y a los viejos. Tampoco estaría de más una medida análoga con los hombres de poca chicha y también con ese lord Bellamy, que me parece un sujeto de aviesa condición.

— ¡Nada más, capitán!..

— Nada más, amigo mío... ¡A esperar los acontecimientos y a confiar en la Providencia!

Descendió la escala el segundo del *Lancóster* y se aplicó a cumplir las disposiciones de su jefe.

Con medias palabras comunicó a la marinería las instrucciones oportunas, que por todos fueron acatadas y entendidas. Más trabajo le

costó al marino convencer a los pasajeros de la necesidad de que abandonasen la cubierta, pero lo logró al fin, acompañándoles personalmente a la cámara donde solían reunirse aquellos cuando el mal tiempo les obligaba a permanecer bajo techado.

Cumplida su misión, retirábase ya el segundo, cuando, al pasar junto al camarote inmediato al del capitán, creyó oír ruido de disputa. Se acercó a la puerta, se detuvo un momento para escuchar y hasta su oído llegó esta frase, proferida con tono amenazador:

— Ahora nadie vendrá a interrumpirnos, señora.

No quiso oír más.

Abrió de un empujón la puerta del camarote y penetró en éste en el momento preciso en que un hombre, lord Bellamy, sujetaba entre sus brazos a la condesa Alicia e intentaba inferirle el vil ultraje que aquel villano corazón apetecía.

...

La entrada del oficial forzó a Bellamy a reportarse. El lord, fiel a su última decisión de sustraer del camarote del capitán el efectivo y las joyas allí guardadas y de tomar venganza feroz de los desdenes de Alicia infamándola para toda la vida, acechó sigilosamente hasta el momento propicio de intentar la vileza. Y aquella mañana, aprovechando la escasez de vigilancia alrededor de la joven, se introdujo en el camarote, cogiendo desprevenida a la asendereada señora.

De no haber intervenido tan oportunamente el segundo de a bordo, la pérdida de la condesa habría sido cierta, porque, no obstante su valor y su ardimiento, la pobre mujer estaba ya al cabo de sus fuerzas cuando entró en el camarote el marino.

Este, después de sujetar fuertemente al lord, tranquilizó a Alicia,

a quien nada preguntó porque la elocuencia gráfica de la escena repugnaba toda explicación.

Ya más calmada Alicia, el oficial salió del camarote conduciendo al lord, con el propósito de llevarlo a presencia del capitán a informar a éste de lo acaecido.

Alicia, temiendo otra asechanza, se trasladó a la cámara general, donde encontró a las demás señoras que viajaban en el *Lancaster*.

Después de permanecer allí un rato sintió la joven que se ahogaba en tan reducido local, e intentó subir a cubierta en el preciso instante en que se cerraban rápida y estruendosamente las escotillas.

Toda la cubierta del buque pareció temblar como al peso de muchos hombres que corrieran desenfrenadamente de un lado a otro, y, de vez en vez, un más poderoso ramalazo, que sacudía el barco todo, llegaba hasta el interior.

Retrocedió Alicia amedrentada, falta de respiración y, antes de pisar la cámara, agotadas sus fuerzas morales y físicas por la lucha anterior y por las nuevas emociones, se bamboleó y cayó sin sentido en las cercanías de su camarote.

...

La extraordinaria agitación que notara la condesa poco antes de desmayarse comenzó en el punto mismo en que el segundo del *Lancaster*, seguido de lord Bellamy, ponía el pie sobre cubierta.

El espectáculo que se ofreció a los ojos del marino le emocionó tanto, que, olvidándose de su prisionero, corrió hacia el puente de mando.

Bellamy utilizó la distracción del oficial para escabullirse; pero él también había apreciado la causa de la agitación del marino, y amarillo de miedo, quiso precipitarse a las escotillas para ganar el interior de la embarcación, pero las halló cerradas.

Desesperóse y se acurrucó entre un montón de calabotes junto al castillo de proa.

Y allí asistió desorbitado, mudo de terror, al tremendo espectáculo que en aquel minuto se iniciaba.

Los justificados temores del capitán del *Lancaster* se habían cumplido. Cortando el camino al barco inglés, yéndose sobre él con extrema velocidad y con todas las velas desplegadas, otro buque, enarbolado el pabellón negro del capitán Kidd, avanzaba con su tripulación sedienta de sangre y lucha.

Como las disposiciones dictadas previamente por el comandante del *Lancaster* se ejecutaron en sazón, fué secundada con habilidad la orden de cambio de rumbo dada por el capitán, quien se cionó desde el primer momento a su plan de huir al enemigo sin combatir, para evadirse a fuerza de velocidad.

En un principio pareció que el *Lancaster* salía victorioso de aquella prueba suprema, pero se vió luego que el barco pirata, maniobrando hábilmente para ganarle el viento, reducía cada vez más la distancia que le separaba del navío fugitivo, al tiempo que iniciaba la ofensiva, lanzando al *Lancaster* sus primeras bombas. La escasa artillería del barco de comercio contestó, sin acortar la marcha.

Pero el capitán Kidd, que, desde que contempló el hermoso aspecto del *Lancaster*, lo disputó por rica presa, no estaba dispuesto a tolerar que se le escapase el navío ni el contenido del navío, y echó mano de toda su experiencia de nauta y de todo el coraje de sus hombres para emparejar con el buque perseguido y sojuzgarlo.

Con tanta ansiedad como el capitán Kidd seguía Davis el curso de la competencia entablada entre las dos embarcaciones, y figurábase ya sobre la cubierta del *Lancaster* volviendo la valiente espada contra

aquellos hombres sin honra y sin fe, foragidos de los mares, que le trataran con tanta humillación y vilipendio.

No había de tardar el instante de satisfacer su ardiente anhelo.

Convencido el capitán del *Lancaster* de que la batalla era inminente y de que no había medio humano de eludir la persecución del buque pirata, trabó el combate.

La fortuna es diosa que no gusta de los débiles, y como el *Lancaster* era el menos fuerte de los luchadores, la voluble fortuna se colocó desde luego al lado del capitán Kidd.

Tras una hora de pelear sin tregua, después de cien y cien evoluciones para atacarse, morderse con las bocas de los cañones y alejarse de los zarpazos del contrario, ambos buques se pararon un instante como para tomar aliento y precipitarse el uno contra el otro casi dos páguiles que se enroscan en último y mortal abrazo.

El barco corsario logró aferrarse al navío de comercio, y, entonces, la estentórea voz del capitán Kidd rugió:

— ¡Al abordaje!

La horda pirata asaltó el *Lancaster*.

Eduardo Davis se lanzó el primero, pero sin sacar la espada de la vaina y dejando que pendiese inerte de su cinturón el hacha de abordaje.

De esta guisa se abrió paso entre los defensores del buque mercante, y, arrojando la ira de los corsarios que vieron con asombro su actitud, se dispuso a prestar ayuda a la tripulación del *Lancaster*.

— ¡A vuestras órdenes, capitán! — dijo, dirigiéndose hacia el del barco atacado.

Y acto seguido empuñó el hacha en la siniestra mano, la tizona en la derecha y cerró contra las bueltas de Kidd.

La marinería del *Lancaster* se ba-

tió bien y rechazó el primer asalto de los piratas, pero éstos, rabiosos por el percance, volvieron a la carga con pujanza mayor, y aquella vez sí arrollaron en parte el muro que los defensores les opusieron.

— Hay que salvar a las mujeres — indicó alguien al lado de Eduardo; y al enterarse éste de que viajaban damas en el buque, corrió hacia la escotilla, la abrió y, seguido de otros marineros, descendió a la cámara principal, donde los atribulados pasajeros sucumbían a la desesperación y al pánico.

Tranquilizados algo por la presencia de los marinos, Davis recorrió los demás departamentos destinados al pasaje y en uno de los corredores vió tendido en el suelo un cuerpo de mujer.

Davis fijó la atención en el semblante de la dama desvanecida y soltó un grito en el que la alegría, la impotencia y el terror se exteriorizaban a la vez. — ¡Alicia!...

El grito de Eduardo ohró el milagro de restituir a sí misma a la joven, la cual, después de incorporarse ayudada por su esposo, a quien no reconoció al pronto, trató de huir, dominada aún por la pesadilla de la persecución de Bellamy.

— Alicia, soy yo... — repitió Eduardo, olvidando el peligro inminente que les amenazaba.

— ¡Eduardo! — profirió la condesa, reconociendo más por la voz que por el rostro a su adorado.

— ¿Qué haces aquí?... — interrogó Davis, anhelante.

— Me dirigía a América en tu busca y huyendo de lord Bellamy, del rufián que te acusa de haber asesinado a mi padre.

— ¿Está a bordo Bellamy?...

Iba a responder Alicia cuando un gran alboroto, como de tropel de gentes que invadiesen el interior del barco, recordó a Davis la crítica situación en que estaban.

— ¡Huyamos, huyamos!... — in-

citó cogiendo de un brazo a Alicia para que le siguiera.

— ¡Ya es tarde! — intimó a sus espaldas una voz apocalíptica que reconoció en seguida el aventurero como la del capitán corsario.

— Davis, has esgrimido tu espada contra nosotros: eres un traidor... Apoderaos de él — ordenó Kidd a los sayones que le acompañaban.

Eduardo quiso resistir, pero fué desarmado antes de que pudiese hacerlo.

En tanto, un acento lastimero, quejumbroso, la voz de un prisionero que conducían los piratas, decía suplicante al vencedor:

— Si me perdonáis la vida, os enseñaré el sitio donde se guardan los tesoros del barco.

Era Bellamy quien así hablaba.

El pirata le miró y exigió apremiante:

— ¿Dónde están esos tesoros?

— Ahí — replicó el cobarde lord, señalando el camarote del capitán —. Bajo el tragaluz de la cabina.

Alicia dijo entonces en voz baja a su esposo:

— Son nuestras riquezas... Cuando me dispuse a salir de Inglaterra lo convertí todo en oro y piedras preciosas...

Lleno de gozo Kidd por el descubrimiento, miró con cierta desconfianza a sus marineros y mandó:

— Llevad a bordo de mi barco a estos prisioneros y colocadlos en celdas aparte.

Los secuaces de Kidd empujaron a Alicia, Eduardo y Bellamy y les obligaron a salir del corredor.

Ya a solas, el capitán corsario entró en el camarote del capitán del *Lancaster*, se aproximó al lugar que le indicara el lord y no tardó en encontrar la trampilla y en violentarla.

El tesoro de Alicia de Sanderson se mostró como una tentación a los ojos de Kidd, que brillaban de codicia.

...

Desde que cayó en sus manos el tesoro del *Lancaster*, el corsario de-

cidió apropiárselo por completo, y a este fin lo trasladó personalmente a su camarote en el navío pirata, pensando emplear en seguida otro expediente más ventajoso para no exponerlo a la curiosidad y tentaciones de sus compañeros de armas y rapiñas.

El éxito de la jornada le alegró tanto el humor que no se dignó pensar en Davis ni Alicia, por el pronto, pero al recordó al cobarde que le proporcionara las riquezas y mandó que le pusiesen en libertad.

Bellamy, que ya desesperaba, renunció, y su primer cuidado al verse libre fué el de entrevistarse con el capitán pirata para congraciarse con él y ver de sacar algún partido de la benevolencia del corsario.

Toda la bajeza de su alma se evidenció en aquella ocasión.

Después de dar las gracias a Kidd, cuando logró acercarse a éste, le rogó humilde y obsequioso:

— Puesto que habéis respetado mi vida, concededme también el favor de formar parte de vuestra banda.

Kidd, a quien repugnaban los collones, caló en seguida al suplicante y le contestó despectivo:

— Nadie es admitido en mi banda hasta que prueba con hechos la sinceridad de sus palabras... Quedáis en libertad a bordo de mi barco mientras se presenta el momento de demostrarme vuestra adhesión.

Y dicho esto lo despidió con un gesto brusco.

Bellamy había obtenido precisamente lo que deseaba. Su rencor contra Alicia y Eduardo estaba en su punto máximo y aquella libertad le valdría para intentar aún la satisfacción de su venganza.

Mientras el lord remudaba sus tenebrosos manejos, el capitán pirata se había encerrado en su camarote con tres de sus partidarios más leales.

Anochece; el barco corsario se aproximaba ya a su madriguera

cuando, por orden de Kidd, se detuvo ante el promontorio rocoso que, avanzando de la isla Alvarez a modo de diente, era una de las defensas naturales del ancón donde se resguardaba el buque de ordinario.

Elo causó alguna extrañeza entre la tripulación, sobre todo cuando ésta vió que del departamento del capitán salían los tres marineros cargando un bulto al parecer bastante pesado, que arriaban una chulupa y que, embarcando en ella, se dirigían a tierra.

Se comentó un tanto el incidente, pero acostumbrados como lo estaban a los caprichos de su capitán, pronto olvidaron el caso.

Una hora más tarde regresó uno de los hombres que partieran y se trasladó en seguida al cuarto de Kidd.

— Están cumplidas vuestras órdenes, capitán — anunció el recién llegado.

— ¿Todas? — replicó Kidd con cierta expresión macabra.

— Todas — afirmó expresivamente el marinero.

— De modo que Carl y Tacher...

— No volverán más al buque

— contestó con tono lúgubre el corsario.

— Perfectamente: has comprendido mis intenciones a las mil maravillas y te has portado como un hombre. Así te tocará más parte. Me traes el bosquejo del sitio.

— Aquí tenéis un diseño del lugar donde ha quedado enterrado el tesoro. Está hecho con una tinta especial que, como veis, no parece dejar huella en el papel.

— Admirable.

— ¿Estáis satisfecho?

— En absoluto y pronto tendrás pruebas palpables de mi agradecimiento. Puedes retirarte.

El hombre obedeció muy ajeno a las verdaderas intenciones de su jefe, que, convencido de que sólo los muertos no hablan, no bien volvió las espaldas su subalterno, desen-

vainó un puñal que le pendía del cinto y lo hundió en un costado del infeliz sicofante.

El capitán soltó la carcajada al ver derrumbarse al sicario con las agonías de la muerte y se guardó en el pecho el pergamino revelador. Pero como si la Providencia, indignada por tanto crimen, descargase al fin su cólera sobre el asesino innoce, retumbó el buque todo, se produjo una explosión formidable, volaron por el aire velas, jarcias, palos, maderos y cuerpos despedazados, se iluminó la negrura de la noche con vivos resplandores rojos y las pocas vecinas reprodujeron en sus oquedades el fragor horriblo de múltiples descargas.

...

¿Cómo aconteció la catástrofe?... ¿Qué brazo justiciero descargó su ira sobre el buque pirata?...

Según se ha dicho, lord Bellamy, al sentirse dueño de sus acciones, se estrujó el enredador magín hasta encontrar una idea práctica que le proporcionase el logro de sus torpes aspiraciones.

Sabía que Alicia y Eduardo Davis estaban presos en dos camarotes contiguos y que se había encargado la custodia de los presos a uno de los más haraganes corifeos de Kidd. Pero el lord ignoraba que marido y mujer podían comunicarse de palabra alzando un poco la voz, porque sólo les separaba un delgado tabique de madera. Ignoraba también que Davis, lejos de tener abatido el ánimo por los rudos golpes que le asestaba la desgracia, más encorajinado que nunca, proyectaba abrirse paso hasta su esposa, sacar a ésta de su prisión y arriesgarse a una última tentativa de liberación o de muerte.

El plan que se trazó Eduardo era tan sencillo como difícil de ejecutar sin que los sicarios de Kidd se oiesen la tostada.

Davis se proponía caer sobre el carcelero tan pronto como entrase éste en el camarote, arrebatándole la espada, forzarle a abrir el calabozo de Alicia, recluirla allí, y luego..., luego, ya reunido a su esposa, aprovechar las sombras de la noche para sustraer una chalupa del buque pirata, lanzarla al agua, deslizarse recatadamente con Alicia por una escala o por un cable, marinar la lancha y... encomendarse a la clemencia de Dios.

La primera parte de este plan se realizó tal y como la previera Davis. Desarmó Eduardo al carcelero, le arrebató la espada y el hacha encendida que llevaba para alumbrarse, le obligó a abrir el calabozo de Alicia, salió ésta de su prisión, quedó en ella el pirata bien trincado y cerrado y ambos jóvenes embocaron las escotillas para ganar la cubierta.

Eduardo entregó el hacha a la condesa y él se adelantó para reconocer el nuevo campo donde habían de operar.

Hizo mal. Aquella breve separación de Alicia sirvió para que lord Bellamy, que andaba husmeando los alrededores de la prisión de los esposos y atisbando al carcelero para conchabarse con él, atraído por la luz, se dirigiese sigilosamente adonde estaba Alicia.

— ¿No contabais conmigo, verdad? — exclamó irónico el lord al reunirse a la joven.

— Eduardo, Eduardo! — clamó Alicia.

Pero Eduardo no podía oírle porque ya estaba lejos.

— Es inútil que llaméis; esta vez seréis mía... — afirmó rabiosamente Bellamy.

Y emprendió el canalla una persecución tenaz de la afligida mujer, a la cual, viéndose desamparada y a merced del granuja, se le oscureció la mente; vencida del terror, ganó la cubierta, y como si las negras aguas en que el buque se mecía le

atrajesen fascinantes, se arrojó al abismo.

En tanto, Davis, acorralado por los piratas cerca del pañol de los proyectiles, defendíase bravamente y, al parar las estocadas de uno de los bandidos que le atosigaba más de cerca, su espada arrebató de las manos de otro una antorcha encendida.

La cual, como guiada por ese poder inescrutable que rige los destinos de los hombres, cayó en el interior de la santabárbara del navío pirata, colmada de barriles de pólvora y de balas.

Y... así fué cómo se produjo la explosión y la catástrofe.

### El final de la tragedia

La proximidad de la isla Alvarez facilitó la salvación de aquellos a quienes no hirieron los proyectiles o los restos del navío volado.

Al producirse la explosión, Alicia de Sanderson, empujada venturosamente por el oleaje, más fuerte en el peso que conducía al ancón refugio del buque pirata que ya nunca más había de anclar en su nido, mantúvose a flote y, aunque rendidas las fuerzas, arribó a la pequeña playa que precedía al que fué poblado de los piratas.

Ya allí, dejóse caer sobre la húmeda arena, transidos de frío el alma y el cuerpo, aturdida aún por los extraños ruidos e iluminaciones que no acertaba ni intentaba explicarse, ausente del cerebro el pensamiento y descacciada, muerta, la voluntad.

Una somnolencia semejante a la que precede a la muerte por el frío se apoderó de la condesa, y aunque la joven quiso resistir, los párpados se le cerraron, se le agarrotaron los miembros y la voz se le estacionó en la garganta cuando, con un último destello de energía, quiso lanzar un grito de socorro.

Del lado contrario del ancón, junto al morro o diente de la isla, un acantilado, cuya serreta se recortaba en el cielo hosca, inhospitalariamente, el mar batía violento las peñas, pulidas y brillantes por el roce milenarior de las olas, y la resaca empujaba hacia ellas los restos de hombres y de cosas que antes compusieron el orgulloso navío corsario y su temida tripulación.

Entre los varios objetos y cuerpos sin vida que derivaban hacia los peñascales habíase distinguido, de permitirlo la obscuridad de la noche, a dos hombres sosteniendo el uno al otro, y este otro, a favor de un trozo de madero, nadando dificultosamente para evitar el choque con los pecios del buque pirata que la mar acumulaba en su derredor.

El nadador defendía enérgicamente su vida y la de su compañero, a quien sujetaba por la espalda.

El primero de estos hombres era el capitán Kidd; el segundo, el noble milord.

¿Cómo se habían juntado aquellos dos hombres, tan dignos el uno del otro por la negrura de sus almas como diferentes por los geniales respectivos?

Ni ellos mismos lo supieron. Al salir el capitán de su camarote, después de asesinar al marinero, sintióse lanzado violentamente al agua y a mucha distancia del barco. La emoción de la sorpresa sobrecogió un instante al hombre de hierro, mas pronto la energía se sobrepuso en él a todo: comprendió súbitamente lo ocurrido y sólo se preocupó de ganar la costa lo antes posible. ¿Qué le importaba la pérdida del buque si, gracias a su previsión, el inhóspito islote le guardaba en sus entrañas un magnífico tesoro?

Consolado de la pérdida del navío y hasta contento de aquel trágico desenlace, que le libraba definitivamente de compañeros tan poco deseados como los que hasta entonces

tuvo, nadó hacia la abrupta costa, luchando con los obstáculos que oponían a su avance los efectos de la explosión, y durante este tránsito penoso vió que otros dos hombres, con vida como él, nadaban también hacia las peñas.

Uno de ellos le precedía gran espacio y pronto le perdió de vista. Seguramente arribó a tierra. Al otro, en cambio, le alcanzó pronto, y su primera intención fué la de mandarle a visitar los peces: suerte tuvo el naufrago de que el capitán Kidd reconociera su voz al pedirle aquél auxilio cuando, vencido por la fatiga, iba a irse a fondo como un plomo.

Al reconocer al prisionero, Kidd pensó que quizás pudiera serle útil, y, en vez de rematarlo, le ayudó a sostenerse.

Así fué cómo, en la forma descrita, el bandido y el aristócrata se reunieron después de la voladura del buque pirata; y así fué también cómo ambos consiguieron agarrarse a uno de los salientes del acantilado e izarse por él hasta una roca más elevada, donde se vieron libres de las salpicaduras y espumarajos de las olas.

Kidd, tan pronto como asentó la planta en tierra firme, oteó en derredor, examinando el lugar, donde jamás estuviera, aunque le era conocido y sabía, por tanto, que desde el lomo de aquella lengua de piedra se dominaba perfectamente el que hasta entonces había sido campamento de los piratas.

En cuanto al noble milord, no bien se halló en tierra, tendióse cuanto largo era, como aniquilado y gimiendo. Su cuerpo débil, habituado a la molición de la corte, era poco apto para resistir los embates de la dura existencia de los viejos lobos de mar como Kidd. Además, un casco de metralla habíale herido junto al esternón y, aun cuando el peligro inminente acalló el dolor de la herida, éste se hizo más sensible

en cuanto el lesionado no temió ya ahogarse.

Después de haber inspeccionado detenidamente los alrededores del sitio en que se encontraban, el capitán se incorporó a su compañero y, sin hacer caso de los ayes y gemidos del cuitado, se acostó a su vez; pronto sus sonoros ronquidos denotaron que dormía con sosiego, como hombre tan sano del cuerpo como del espíritu.

\*\*\*

Los primeros rayos de sol comenzaban a deshacer los celajes y nieblas que aun envolvían el islote cuando despertó el capitán Kidd y, tras de desperezarse y boatear ruidosamente, increpó a su compañero:

— Arriba, gandul...

— No puedo, capitán, no puedo... musitó Bellamy —. Me siento morir.

— ¡Bah, lo que tienes tú es galbana!... Basta de bromas y arriba...

— Imposible..., no puedo seguirlos, capitán; las piernas se niegan a sostenerme... Idos vos...

— Bueno, pues ahí te quedas, hombre; ya vendré por ti más tarde; ahora me urgen más otros negocios.

Y sin pararse a comprobar si realmente era grave el estado de su compañero, cosa que después de todo le importaba menos que un rábano, empezó a escalar el informe peñascal para salir a la vertiente opuesta y bajar al poblado.

No sin grandes esfuerzos, a pesar de su constitución hercúlea y agarrándose con pies y manos a los rebordes y a los huecos de los grandes pedruscos que formaban como un enorme revoltijo de sillares derrumbados en caprichoso montón, llegó a la cúspide.

El lado opuesto de aquel dique natural era también, en parte, de formación plutónica, pero hacia media ladera, ya por la acumulación de

tierras, ya porque el reino vegetal la invadiese a trechos, el resto de aquel derrumbadero era menos áspero y más practicable. En el punto donde se modificaba el aspecto de la masa rocosa existía una pequeña planicie, junto a la cual y a lo largo del monte abriase una enorme grieta, barranca o torrencera, a cuyo fondo no habría podido mirarse sin peligro de perder la cabeza y sumirse en el abismo por la acción del vértigo.

De la meseta hasta la playa el camino no ofrecía ya grandes dificultades y era accesible hasta para pies tan delicados y acostumbrados más a alfombras que a pedregales como los de Alicia.

Si la condesita, al despertar acariciada por los rayos del sol, al abrir los ojos y recordar la triste situación suya, había emprendido la subida del promontorio con la intención de llegar a lo más alto y de atalayar desde allí la mayor extensión de terreno de la isla. Su corazón abrigaba aún la esperanza de ver vivo a Eduardo.

— ¿Por qué no? — se decía —. ¿Me he salvado yo, débil mujer, y no se habrá salvado él, que es valeroso y fuerte?

Consolada con esta halagüeña razonar, principió a subir, sacando fuerzas de flaqueza, y ya estaba próxima a la meseta antes descrita cuando se sintió encadenada por unos brazos vigorosos.

Alzó la vista y contempló, llena de susto, cerca de su cara el rostro del capitán Kidd. La mirada del corsario denotaba claramente la perversa intención que le movía.

Cuando el pirata transpuso la cima del monte y esparció la mirada por sus antiguos dominios vió en seguida la mancha blanca del cuerpo de Alicia, y, recordando a la linda prisionera cogida en el *Lancaster*, no dudó de que era ella en persona la que osaba arriesgarse por aquellos andurriales.

Lo que el corsario no pudo adivinar fué que otros ojos le acechaban a él tras las peñas de la cúspide del promontorio, siguiendo todos sus movimientos.

Aquellos ojos eran los de Eduardo Davis, quien la noche anterior abordó los peñascos del acantilado precediendo al pirata y a Bellamy.

El valiente aventurero pasó la noche entre las rocas e inició, al amanecer, la subida para batir la isla en todas direcciones por si las aguas habían arrojado a algún paraje de aquella el cuerpo vivo o muerto de Alicia.

De ahí que, tan pronto como se hizo de día, se pusiera en camino y que cuando ya se aproximaba a la cúspide notase la presencia de un hombre en quien reconoció al capitán pirata. Desde este instante procuró disimular la suya y ya sólo avanzó con gran cuidado, no exponiéndose a ser descubierto. Cuando traspuso Kidd la cima, adelantó con menos precauciones, pero reconociendo el terreno y atisbando todas las arrugas y quebradas de la montaña. Así descubrió el cuerpo de Bellamy, que estaba aún en el sitio donde le abandonara el capitán. Dudó en reunirse al malvado e imponerle el condigno castigo, pero juzgando más importante para él, en aquellas horas de incertidumbre, seguir la traza al capitán, continuó sobre los pasos de éste, prometiéndose ajustar más tarde las cuentas al terco perseguidor de Alicia.

Por este cúmulo de circunstancias, realmente providenciales, se hallaron poco después reunidos sobre la meseta la condesa, el pirata y Davis.

Pero la situación había variado.

A Alicia no la oprimían ya los brazos de acero del capitán Kidd.

Como piedra lanzada por una catapulta, Eduardo Davis, al ver a su esposa, se arrojó sobre el aprehensor y le forzó a soltar a Alicia.

Y al mismo borde del precipicio se entabló una lucha a muerte.

Los dos hombres, enroscados como culebras, sin otras armas que los fuertes puños, callados, jadeantes, mirándose en los ojos con satánica furia, pugnaban por arrojarse mutuamente al inmediato abismo, al fondo del cual sus cuerpos sólo llegarían desgarrados, convertidos en una piltrafa sangrienta.

Fuerza tenía el corsario y buenos puños tenía también el aventurero, de modo que el resultado del combate permanecía indeciso. Habían caído al suelo y procuraban arrastrarse el uno al otro hasta el canto mismo de la horrible grieta.

Alicia asistía horrorizada a aquella escena, oscurecidos los ojos por la sombría imagen de la muerte, viendo en el cercano abismo la tumba de aquellos dos hombres embravecidos y resueltos a morir antes que a cejar.

Su corazón se rompía de sufrimiento, y fué misericordia de Dios que aquella entraña suya tan castigada no cesase de latir en aquellos segundos de tan agudo dolor y angustia.

Pero la fatalidad, cansada de perseguir a los fieles amantes, iba a ceder ya el paso a la fortuna.

Alicia vió que Eduardo había logrado, al fin, colocarse encima de su rival, y vió también que éste pugnó inútilmente por levantarse y quitarse de encima al enfurecido adversario.

El combate tocaba a su término: ambos paladines intentaron asestarle el último y definitivo golpe. Eduardo cogió al pirata por la cintura, resistió éste con todo el vigor de su pujanza, y, al fin, Davis, con poderoso esfuerzo, lo arrojó al barranco.

El cuerpo del capitán rebotó de piedra en piedra hasta caer al fondo. Allí quedó convertido en informe masa sangrienta el famoso corsario que fué terrible fantasma de los mares.

Alicia, aterrada y alegre al par, se precipitó en brazos de su marido, llenándole de besos y de lágrimas.

— Gracias a Dios que han concluido nuestras penas — exclamó.

Y siguió agitando los labios como si dirigiese al Señor de las Alturas una íntima plegaria.

— No hemos acabado todavía — dijo Davis —: aun vive ese canalla de Bellamy.

— Más aún, ¡Señor! — clamó atribulada la joven.

— Esto es cosa de coser y cantar — replicó Eduardo, deseoso de finir de una vez —. Aguárdame aquí; el villano no está lejos.

— Voy contigo.

— No; espérame aquí.

Y antes de que Alicia se lo impidiese subió, saltando de risco en risco, hasta doblar la vertiente contraria, en la que desapareció.

Alicia esperó rebotante de ansiedad, que aumentó conforme se prolongaba la ausencia del marido.

Ya iba a tentar la escalada de la parte abrupta del monte cuando Eduardo apareció en la cima.

Su aspecto tétrico impresionó vivamente a Alicia.

El aventurero descendió.

— ¿Qué ha sido de ese hombre? — preguntó temblorosa la condesa.

— ¡Ha muerto!... — contestó lúgubre Eduardo.

— ¿A tus manos?... — indagó pálida, acentuándose en ella su temblor.

— No: en mis brazos — afirmó Davis, quien prosiguió:

— Lord Bellamy ha muerto por efecto de las penalidades sufridas en el naufragio y de una extensa herida en el pecho. Ha muerto arrepentido de sus gravísimas culpas y me ha confesado sus delitos. Lord Bellamy fué el asesino de tu padre...

— ¡Él!... — exclamó Alicia, estupefacta.

— El — confirmó Eduardo —. Lo mató a traición. Salvo tu doncella Laura, todo el mundo desconocía al autor del crimen. A nuestro regreso a Inglaterra daremos su merecido

a tu sirvienta. Lord Bellamy, antes de expirar, quiso indemnizarnos, en parte, de su miserable conducta, confiándome un secreto de Kidd que sorprendió poco antes de la explosión del buque.

— ¿Un secreto?...

— Sí, el paradero de tu fortuna. El capitán Kidd la hizo esconder en esta isla, y entre los vestidos del pirata encontraremos el plano del sitio en que está oculto el tesoro. Vamos, es preciso registrar al corsario.

— ¡Oh, no, Eduardo!... — protestó acobardada Alicia.

— ¿Aun le temes? — repuso sonriendo Davis.

— No, pero...

— Adelante, Alicia: nuestra felicidad será completa. La isla no está tan lejos de tierras habitadas y de las rutas de los navíos que no podamos salir de ella para siempre; recuperada tu fortuna, nos iremos de aquí.

Bajaron lentamente la ladera del promontorio y, ya en el llano, rodearon la parte de aquel que les separaba del lugar donde yacía el cadáver de Kidd.

Alicia no quiso acercarse al pirata muerto.

Davis se aproximó, no sin cierta repugnancia, y rebuscó un momento entre aquella masa de carne, ropa y ceno.

A poco se retiró triunfante, agitando en la mano un pliego, que se apresuró a abrir al juntarse a Alicia.

Y el alegre semblante suyo se obscureció de pronto.

— ¡Está en blanco!... — exclamó, decepcionado, después de revolver entre sus dedos el albo papel. El pirata se venga hasta después de muerto.

Alicia, que, a su vez, examinó curiosa el supuesto plano, lo dobló y lo guardó en su seno, mientras sonreía al ver el entristecido y contrariado rostro de su amo y señor.

— Y bien, Eduardo — dijo zalamera, rodeando con un brazo el

cuello de su marido—, si hemos perdido un tesoro, nos queda otro que no ha de agotarse jamás...

— ¡Cuál?

— El tesoro de nuestro amor — declaró rotunda y gozosamente Alicia.

Estas juiciosas palabras disiparon las sombras que amblaban el semblante de Davis, quien, estrechando contra su corazón a su dulce esposa, exclamó, convencido y enajenado:

— ¡Tienes razón: ahora somos más ricos que nunca!...

## Los corsarios del siglo XX

### El robo del pergamino

La anciana viuda de Davis calló. Asombrado había oído el nieto la larga narración de su abuela, aquella historia que a él, hombre de estos tiempos prosaicos, antojábasele fantástica leyenda, cuento de hadas, producto de una imaginación ensoñadora. Pero no en vano circulaba por sus venas la sangre del antepasado suyo que realizara aquellas proezas, poniendo a prueba tan repetidas veces su tesón y su bravura. En diferentes periodos del relato de la enferma brillaron los ojos del Davis moderno con el mismo fuego con que se iluminaran en épocas lejanas los ojos extintos del viejo Davis, y dijérase que el joven del siglo XX revivía en aquellos instantes las aventuras y los peligros que desafiara, espada en mano, el valiente aventurero del siglo XVII.

Sin embargo, cuando a la emoción, al calor del entusiasmo, sucedió el frío de la razón, positivista y práctica, el nieto de la moribunda se preguntó:

— ¿Es posible que haya sucedido cuanto mi pobre abuela me ha contado? ¿No será todo ello una anteletiquia de su cerebro enfermo?

La señora, que, mientras descansaba de la trabajosa explicación de cuanto se ha descrito en los capítulos anteriores, no cesó de observar tenazmente la variación de matices que de las impresiones recibidas se

reflejaron en el rostro de su nieto, sonrió feble y, acariciando los cabellos de Eduardo, que aun se inclinaba hacia ella, dijo:

— Te has quedado absorto, hijo mío, y veo que en tu incredulidad piensas que mi cabeza no rige bien, ¿no es así?... — Abuelita...

— Desecha todo temor; mi inteligencia está lúcida todavía; buena prueba de ello es que, aparte los documentos de familia que obran en mi archivo y son probatorios de dos hechos que te he referido, existe el pergamino del capitán Kidd y, por consiguiente, el tesoro del pirata.

— ¿Es cierto eso?... — interrumpió Eduardo, sin atreverse a creer lo que escuchaba.

— Exacto, hijo mío.

— ¿Pero usted sabía la existencia del documento?...

— Hasta hace pocos días la ignoraba.

— Y ¿cómo ha despejado usted el misterio?

— A la casualidad lo debemos. Noches atrás, sintiéndome desvelada, quise leer un poco, por si, como otras veces, la lectura me traía el sueño. Envié, pues, a mi doncella a la biblioteca en busca de alguno de los viejos mamotreto que allí hay, de lectura tan poco invitante que tú, seguramente, no los has mirado siquiera por el forro.

— Confieso que jamás sentí la cu-

riedad de averiguar el contenido de esos libritos.

— Pues ya ves lo que te perdiste; de haber sido más curioso, quizás el misterioso pergamino obraría ya en tu poder.

— Confieso mi falta, pero siga usted, abuela..., si no se fatiga.

— Al contrario: me encuentro mucho mejor que antes de venir tú.

— Entonces, adelante.

— Me trajo María, como te digo, uno de los mamotretos en el que se describen las primeras expediciones inglesas al nuevo continente; coloqué el libro sobre el atril, sentéme yo junto a la chimenea, muy acurracada en mi sillón, y me puse a hojearlo cuando algo cayó del libro al suelo. De primeras creí que se habría desprendido alguna página y me agaché para alzarla. Al cogerla vi que se trataba de un pedazo de papel, mejor dicho de un trozo de vitela amarillenta por el tiempo, pero completamente en blanco. La acerqué a la llama de la chimenea para examinarla mejor y, estando mirándola en todos sentidos, vi, con asombro mío, que se iban delineando poco a poco en el papel unos trazos muy borrosos que semejaban de escritura.

— ¡Cosa más rara!...

— Volví a acercar el pergamino a mis cansados ojos y entonces los débiles rasgos tornaron a desaparecer. Ello me infundió la creencia de que aquella escritura había sido tratada con algún líquido especial, sólo visible por efecto del calor, y aproximé otra vez el pergamino a la chimenea y lo mantuve buen rato al calor hasta que al fin aparecieron claramente en la vitela los renglones escritos por Eduardo Davis.

— ¿Por Eduardo Davis?...

— De su puño y letra.

— ¿Recuerda usted lo que dice el documento?...

— No sólo lo recuerdo, sino que lo aprendí de memoria. Dice así:

«Yo, Eduardo Davis, en la imposibilidad de recobrar por mi mismo el tesoro que el capitán Kidd robó a mi esposa, quiero que alguno de mis descendientes pueda aprovecharlo, por lo cual lea recomiendo que visiten la isla Alvarez, en el mar Caribe, y en una cueva situada a cien pies de la costa, bajo la roca marcada con la letra X, hallarán una redoma de plata. Bastará frotar este pergamino con el líquido que contiene la redoma para que sobre él aparezcan las líneas del mapa trazado por el capitán Kidd, que indican el sitio exacto donde está escondido el tesoro. — Eduardo Davis.»

— Pero si mi antepasado sabía el lugar donde estaba la redoma, ¿cómo no fué él mismo en busca del tesoro? — opuso muy lógicamente el joven.

— Lo ignoro; ese detalle, así como el relativo a la manera como tu abuelo averiguó la existencia de la redoma, permanecen en el mayor misterio. Lo que antes te he contado es simplemente el extracto de una relación escrita por el propio aventurero que encontré al final del libro, agregada a las demás páginas del texto.

— Lo raro es que los descendientes de mi homónimo no encontraran antes que nosotros la relación y el pergamino de que habla usted.

— En efecto; pero nada tiene de extraño que, en aquel tiempo de revueltas, nuestros antepasados atendiesen más a los incidentes cotidianos que a registrar la biblioteca siguiendo la pista a un tesoro insospechado quizás.

— No está muy clara la cosa; pero, en fin, el hecho es innegable, a menos que se trate de una broma de mal género de alguno de nuestros bisabuelos... — comentó Eduardo, no muy convencido todavía.

— Eso no, hijo mío — afirmó con viveza la señora —. Por circunstancias que no podemos adivinar y que sólo de Dios son conocidas, nadie antes

que nosotros se ha enterado de este secreto, y obraremos mal despreciando el regalo que la Providencia o la casualidad, como tu quieras, te hace; porque de sobra habrás supuesto que si deseo la confirmación de la existencia del tesoro es sólo por mejorar tu porvenir. Aunque disfrutes de posición regular, no eres rico, y cuando un hombre piensa, como tú, en casarse, necesita prevenirse para lo futuro.

— ¡Bah!...

— No desprecies, hijo mío, el dinero, que en la época actual es la llave que abre todas las puertas.

— De modo que usted opina que debo tentar la aventura.

— Desde luego. Como el calor del fuego permite leer la escritura de tu antecesor, pero no revela las líneas del croquis del pirata, por fuerza tienes que ir en busca de la redoma que cita el pergamino.

— ¿Y dice usted que el pergamino lo ha guardado en la caja de caudales?

— Sí.

— Pues allí estará seguro hasta que las circunstancias sean propicias a la expedición. Porque, como comprenderá, a usted yo no he de abandonarla un solo instante hasta que se ponga bien del todo.

— Vana ilusión, Eduardo. Me quedan pocos días de vida, horas quizás, pero moriré con la satisfacción de haberte prestado, antes de morir, el último y el más importante de mis servicios.

El joven, emocionado, no contestó, sino que, cogiendo delicadamente entre sus manos la descolorida cabeza de su abuela, la besó una vez y otra, pugnando por contener sus sollozos y sus lágrimas.

...

En los grandes centros de población como Londres, París, Nueva York, etc., etc., es grande el número

de hombres incapaces de soportar el yugo del trabajo, las reglas por que la sociedad se rige, ansiosos de contentar a toda costa las malas pasiones que se anidan en sus almas rebeldes; entre esta clase de gentes, que son el terror de las que se dicen honradas, lo son o pasan por serlo, abundan los hombres de inteligencia y hasta de cultura que, habiéndose arriesgado una vez por la torcida senda del vicio con la mayor impunidad, ya no saben ni quieren salir de ella, antes al contrario, bien avenidos con su modo de vivir a extramuros de la legalidad, aplican sus dotes intelectuales a la mejor explotación del delito, y se buscan los unos a los otros para apoyarse mutuamente, confederándose para dar mayor alcance a sus concepciones y a los actos punibles que son la inmediata consecuencia de ellas. A veces forman asociaciones tan vastas, de tan tupido raigambre, que se extienden a través de mares y fronteras, de modo que los granujas de distintos países se hallan en connivencia y en íntima relación mutua para mejor asegurar sus golpes.

Y a estas asociaciones pertenecen gentes de diversa estofa, desde el asesino brutal hasta el ingenioso rata de hotel; desde el caballero de industria hasta el que fué resplandeciente caballero por su nacimiento y a quien los malos instintos o las exigencias implacables de sus vicios arrojaron entre los ciudadanos de esas repúblicas subterráneas arranchadas entre los detritus de todo género de las grandes poblaciones.

Uno de estos organismos había asentado sus reales en Londres y tenía en jaque a los polizontes del Reino Unido desde hacía algunos años. A pesar de las detenciones practicadas, de las batidas constantes, de haber sorprendido en varias ocasiones el cuartel general de la banda, ésta continuaba funcionando, sin que todas las medidas de la auto-

ridad hubieran bastado a desbaratarla.

Dirigía esta pandilla de tahures, ladrones y malvados un denominado Mark, hombre de armas tomar, en quien se juntaba a un valor temerario una habilidad sorprendente y un ingenio inagotable para fraguar ardidés, trampas y encerrones en las que siempre cada desplumado algún pájaro, cuando no le costaba a éste la vida además de las plumas.

A semejante banda pertenecía Felipe Raleigh, quien, después de haber disipado su modesta fortuna y contraído costumbres ruinosas, que su escaso peculio le impedía sostener, ahogado por las deudas, metido en un mal paso de falsificación de documentos comerciales, se vió obligado a alistarse en las filas de Mark, a quien conocía como hombre de ancha conciencia y poco exigente en materia de negocios, pero del que ignoraba entonces su condición de jefe de bandidos.

Mark, cuyo buen ojo descubrió en Raleigh condiciones apreciables para utilizadas en beneficio de la asociación de que era cerebro director, lo engatusó, lo trató hábilmente, como suele decirse; lo metió en la maraña de la falsificación de documentos, y cuando le tuvo bien cogido le habló francamente, dándole a escoger entre ponerle en manos de Scotland Yard (1) o acogerse a la protección de la banda, disfrutando de los beneficios de esta protección si servía a aquella leal y activamente.

Felipe optó por el segundo extremo, y en breve su despejo natural, sus relaciones y su mala sangre hicieron el resto, proporcionándole un pasar mucho más cómodo, aunque no más tranquilo, que el que antes gozaba. Su principal misión era la de husmear el negocio allí donde era factible el realizarlo, contribuyendo

a la preparación del golpe con sus indicaciones y observaciones propias.

Esta doble personalidad suya, por nadie sospechada, le permitió conservar sus relaciones entre la mesocracia y hasta en ciertas casas de la aristocracia londinense, aunque comenzaba a mirársele ya con cierto recelo, como en Davis-House.

Por la misma razón, cuando aquella tarde se convenció Felipe de que nada obtendría de la viuda y hubo de soportar la vejación de verse echado de la alcoba de la enferma por el nieto, entró en escena el ladrón, substituyendo al sobrino.

Ya se ha dicho que, al iniciar la viuda de Davis sus confidencias a Eduardo, Raleigh fingió irse, pero que, lejos de hacerlo, se escondió tras uno de los cortinajes para escuchar cuanto la señora transmitiera en secreto al joven.

Ni una sola palabra del relato de la viuda pasó inadvertida al miserable pariente, quien tan pronto como estuvo al tanto de todo, incluso del lugar donde la anciana tenía el pergamino, se retiró sigilosamente, procurando no ser visto, y se trasladó a la cabina del teléfono, cercana al vestíbulo.

Pidió comunicación, y, a poco, refería a su invisible interlocutor lo esencial del secreto sorprendido, tras de lo cual indicó a aquél la necesidad de que le enviase dos hombres de confianza y provistos de herramientas para violentar una caja de caudales.

\*\*\*

Después de esta conferencia telefónica, Felipe Raleigh abandonó la cabina, pasó al vestíbulo, que estaba solitario, y salió al jardín del castillo, por donde pasó impaciente y como acechando la llegada de alguien.

Al cabo de buen espacio de tiempo apareció a la entrada de la mansión un vehículo, del que descendió cierta

(1) Jefatura de policía de Londres.

joven, la cual, como persona a quien le es familiar el sitio, penetró resueltamente en el jardín y vió a Felipe, a pesar de que éste quiso rehuir el encuentro.

La joven le tendió una mano, que Raleigh estrechó con frialdad.

— ¿Cómo está la señora Davis?... — interrogó afectuosamente la recién llegada.

— Muy mal, muy mal, señorita Brandley.

— Y ¿cómo no está a su lado usted? — repuso extrañada la visitante.

— Ha querido hablar a solas con su nieto, señorita — le informó con ironía Felipe.

— ¡Ah! ¿Está Eduardo arriba?...

— Sí...

— Entonces, con su permiso, voy a reunirme a ellos.

— Falta que le consientan a usted la entrada.

— ¡Qué disparate!...

— Bien, bien, allá usted...

La señorita Brandley no replicó; atravesó ligeramente el jardín y desapareció en el vestibulo.

La contrariedad que se reflejó en el semblante de Raleigh a la vista de la joven pareció aumentarse, a juzgar por la impaciencia de que dió muestras asomándose diferentes veces a la entrada del castillo para avizorar los alrededores, desiertos a aquella hora.

Por fin su rostro sombrío se aclaró al divisar a poco trecho de la finca a dos hombres que caminaban a buen paso y que al acercarse al castillo se detuvieron vacilantes.

— Es la hora justa a que Raleigh nos mandó acudir — dijo a media voz uno de ellos.

— Pero no se le ve — contestó el otro.

— Tampoco sabemos ciertamente cuál sea la casa.

— Preguntemos ahí: se ve a alguien que quizás pueda informarnos.

Aproximáronse hasta donde es-

taba Felipe, a quien de pronto no reconocieron, y le preguntaron:

— ¿Puede usted indicarnos la casa de la viuda de Davis?

— Entrad — contestó jubiloso Felipe —. Mucho cuidado... ¿Tráis las herramientas?...

La voz de Raleigh fué inmediatamente conocida por sus auxiliares, que se pusieron a sus órdenes.

— Yo — siguió el sobrino de la señora Davis — voy a adelantarme para despejar el terreno; venid tras de mí, pero sin mucha prisa, ¿estamos?

— Comprendido.

Felipe y los dos ayudantes se dirigieron en la forma dicha hacia la entrada del castillo. El primero inspeccionó detenidamente el lugar, que continuaba estando solitario; luego, seguro de que nadie se cuidaba de ellos, hizo una seña a los dos hombres, que se reunieron a él, y los tres juntos, en vez de entrar en el vestibulo, dieron la vuelta a la fachada y se detuvieron al otro lado, junto a una puerta que era la de la escalera de servicio, que comunicaba con el piso primero y con el en que se hallaban las habitaciones de la servidumbre.

— Esperadme aquí — mandó Felipe a sus compañeros.

Obedecieron éstos y él subió para comprobar si estaba abierta, según costumbre, la puerta de acceso al piso. Lo estaba, en efecto.

— Subid — invitó.

Les aguardó él en el descansillo y cuando se juntaron los tres les dijo en voz queda:

— Hay que trabajar pronto y bien: se trata de abrir una caja de hierro de las más sencillas, pero hemos de tener en cuenta que hay mucha gente en la casa y que el menor ruido sembraría la alarma. ¿Necesitáis mucho tiempo?...

— Media hora cuando más.

— Es mucho.

— Procuraremos abreviar.

— Pues, adentro.

Guiando Felipe y pisándole los talones sus compinches, los tres ladronzuelos cruzaron un pequeño gabinete, del que pasaron a la biblioteca, salón destartado y frío, con estanterías llenas de libros y carpetas empolvadas.

Allí se pararon un instante.

— Ya estamos — avisó Felipe.

Y empujando suavemente una puerta que se abría a uno de los lados de la biblioteca, pasó a otra habitación más reducida y mejor alhajada, que era el despacho de la señora de Davis.

Pero no bien pisó el aposento ahogó una exclamación.

— María: ¿qué haces aquí?... — interrogó en seguida, encarándose con una joven que acababa de entrar en el despacho.

— ¿Y usted? — replicó ella con descaro, sosteniendo impávida la ardiente mirada de Felipe.

— ¡Silencio, desgraciada!... Sal de aquí y... ni una palabra...

— Pero...

— Mark nos envía: ¡ajo, pues!... — amenazó Raleigh.

La muchacha palideció e inclinó la cabeza.

— Vete — insistió Raleigh — y está a la mira para que no nos sorprendan. No le hará maldita la gracia a Eduardo la jugarreta que le preparamos.

— ¿De veras? — replicó vivamente la mujer, con repentina exaltación.

— Tendré un disgusto de muerte...

— ¡Ojalá, Dios!... — profirió María, en cuyos ojos apareció como una llamarada de odio.

— Dalo por cierto... y vete, vete, que necesitamos los minutos.

Se retiró María, entraron en el despacho los agentes de Mark y ambos se aplicaron a su tarea con gran maestría y no menos entusiasmo.

Después de examinar el aspecto de la cerradura dijo uno de ellos:

— No hay más remedio que agujerear.

Y acto seguido, provistos de sendos sopletes, atacaron con la llama de éstos el duro metal.

...

Mientras se desarrollaron estas escenas en el jardín y en las solitarias habitaciones de un ala del castillo, la señorita Brandley había ido directamente al departamento donde radicaban las habitaciones particulares de la viuda de Davis.

En el camino se tropezó con el mayordomo, quien la saludó con los mayores extremos de afabilidad y cortesía, como a persona muy grata en aquella mansión.

— Ya sé que la abuelita anda en secretes con Eduardo — dijo ella al viejo mayordomo — y sé también que la pobre está muy malita.

— Así es, por desgracia, miss Luisa; pero ¿cómo se ha enterado usted de lo de los secretes? — añadió el mayordomo, sonriendo a su pesar.

— Me lo ha dicho Felipe, que estaba en el jardín, y al parecer muy malhumorado.

— No le faltan motivos.

— ¿Pues?...

— La señora ha estado muy dura con él; casi le ha echado de su presencia.

— La verdad es que Felipe se ha vuelto muy desagradable.

— Envidia, pura envidia, señorita. Como está tronado, quisiera que la señora le librase de sus ahogos, y la señora sólo tiene ojos para su novio de usted.

— Es que Eduardo vale mucho...

— Usted lo ha dicho, señorita Alicia. Será usted muy feliz con él.

— Bueno — repuso algo ruborizada Luisa —, no perdamos el tiempo: ¿quiere usted preguntar si han acabado la conferencia y puedo pasar yo?

— De mil amores, señorita.

Tomás fué hasta la cámara de la

señora Davis y anunció la presencia de Luisa.

— ¡Que entre en seguida!... — contestó la anciana...

— ¿Debo callar?... — preguntó Eduardo a su abuela cuando se hubo retirado el doméstico.

— Por ahora sí; tiempo habrá para todo — repuso la enferma, al par que la señorita Brandley aparecía en la estancia.

Eduardo descendió del estrado y cedió a la joven, después de estrecharle la mano, el sitio que él ocupara hasta entonces.

La viuda de Davis acogió a su visitante con ternura y pronto se entabló entre las dos mujeres, no obstante la fatiga y el padecer de la anciana, una de esas conversaciones cuyo fondo, compuesto casi siempre de tonadas, proporciona larga tela para que tijereteen las lenguas femeninas.

Era indudable que el estado de la enferma había mejorado mucho desde que la visitara el doctor.

Eduardo, avasallado aún por las revelaciones de su abuela, dejó que las dos señoras hablasen a sus anchas, y dando cortos paseos por la alcoba, obsesionado a su pesar por el fantástico tesoro, se abismó en sus reflexiones, olvidando de que a un paso de él estaba la mujer amada... ¡Otros tiempos, otras costumbres! habría exclamado irónico el viejo Davis al ver la actitud de su descendiente.

Y se habría equivocado, porque las almas son las mismas aun cuando por la educación diferente, los gustos distintos de cada época y las pegadizas prevenciones, producto de la educación diversa en cada tiempo, las modalidades alteran su manifestación exterior.

Esta verdad inconcusa se demostró a poco.

Al llegar en uno de sus paseos hasta el extremo de la cámara, casi a la puerta de ingreso a la misma, oyó

Davis un ruido que le pareció sospechoso, sabiendo como sabía que los servidores de la viuda se alejaron de los alrededores de la habitación, obedeciendo las órdenes terminantes del ama.

Su espíritu, sobreexcitado ya por la relación de la abuela, estaba excelentemente dispuesto para acoger sin examinarlos los impulsos más absurdos, y, movido de la rara impresión que acababa de recibir, salió de la alcoba, no sin que antes hubiese de contestar a la anciana, que le vio retirarse y preguntó:

— ¿A donde vas?

— A dar un vistazo por ahí fuera: me ha parecido que andaba gente por aquí.

Dijo y salió precipitadamente para evitar nuevas interpelaciones.

Creyendo que el rumor que percibiera procedía del otro lado del departamento, hacia la biblioteca, allí se encaminó, sin adoptar precaución alguna, pisando fuerte y, por lo mismo, denunciando su presencia.

Que no tardó en ser advertida por Felipe y sus auxiliares.

Estos habían terminado felizmente la operación: la caja había sido forzada y Felipe, después de registrar con minuciosidad el mueble, cogió el pergamino y arrambló asimismo con cuanto dinero en metálico y en papel moneda encontró a mano. Despreció los títulos de la Deuda pública porque sabía lo difícil que era realizarlos sin peligro de ser atrapado y, en seguida, ordenó a sus cómplices:

— Vosotros salid por la misma escalera por la que antes vinimos. Yo me iré por las habitaciones para no hacerme sospechoso; esperadme en la carretera, cerca de la casa. ¿Habéis traído auto?...

— Sí.

— Pues daos prisa, porque oigo pasos de alguien que viene hacia aquí.

Los dos bandidos recogieron y es-

condieron sus herramientas, ganaron juntos con Felipe la biblioteca y anduvieron de nuevo el camino que ya siguieron al ir a cometer su fechoría.

Pronto estuvieron en salvo, sin que nadie se hubiese percatado de su aprovechada visita.

...

Felipe, en tanto, había salido de la biblioteca por la comunicación con los aposentos interiores y avanzó hacia un gabinete intermedio entre aquella y la gran sala de recibo.

En el instante de pasar el umbral del citado gabinete, Raleigh se halló de manos a boca con Eduardo.

— ¿Qué hacías? — preguntó Davis con enfado.

— Y a ti ¿qué te importa? — refunfuñó Felipe —. Pronto te das humos de amo de casa.

— Si no mirara que... — comenzó a decir Davis, lleno de indignación.

— Mejor será que calles... — interrumpió Raleigh —. ¡Vaya, adiós, afortunado mortal, y no pongas esa cara, porque te aseguro que ahora tardarás mucho tiempo en verme! — añadió el canalla con sutil ironía, que notó Eduardo.

Este se encogió de hombros y señaló con el índice de su diestra la puerta de la habitación.

Felipe, que ansiaba ya verse lejos del castillo, se apresuró a obedecer la indicación de su sobrino, pero lo verificó con calma y siempre dentro de su papel.

Mas tan pronto como transpuso la linda del cuarto apretó las tabas y, procurando no ser visto, se escurrió hacia la salida principal de la vetusta mansión.

La actitud de Felipe y el lugar de la casa donde le encontrara aumentaron el recelo de Eduardo, quien, como empujado por la invisible y poderosa mano del instinto, se dirigió hacia la biblioteca y de allí pasó al despacho de su abuela.

Las patentes trazas del robo le saltaron a la vista, y, demudado, fuera de sí, dió un grito:

— ¡Ha sido Felipe: el miserable nos ha oído!

Y sin pararse a reflexionar, echó a correr en pos del fugitivo, al par que llamaba a los criados a grandes voces.

El estruendo que produjo llegó hasta la alcoba de la enferma, y la joven que acompañaba a ésta quiso averiguar el motivo de aquel escándalo.

Luisa vió pasar ante ella como una flecha a Eduardo, que, sin hacer caso de llamadas, prosiguió su carrera hasta ganar el vestibulo y luego el jardín.

La acción de Davis había sido tan rápida que cuando embocaba Eduardo el vestibulo Felipe salía de éste.

El ruido de los pasos de Davis advirtió a Raleigh el peligro que le amagaba, y el ladrón echó a correr hacia la puerta de la verja; pero como no ignoraba que su sobrino era hombre sobresaliente en todos los deportes y que, por tanto, le alcanzaría antes de arribar a puerto, torció de súbito hacia la cerca de mampostería que cerraba por los lados al jardín de la casa de la viuda y, tomando impulso, saltó sobre el caballete de la tapia, desde el que se lanzó al suelo, con tan mala fortuna que cayó y se rompió una pierna.

A pesar del dolor agudo que sintió, no perdió la serenidad: extrajo el pergamino del bolsillo en que lo guardaba; dió un silbido especial al que apenas extinguido siguió la presencia de los dos cómplices que, al verle caído, acudieron velozmente en su demanda.

— Estoy herido — les dijo, apremiante —, pero no os detengáis... Corred a entregar al jefe el documento...

Y, tendiéndoles la vitela, les instó de nuevo a que escapasen.

No hubo de repetirles la orden.

Entretanto Luisa habíase unido a Eduardo y le preguntaba con angustia:

— ¿Qué sucede, amigo mío?... Estás trastornado.

— Acaban de robarnos un pergamino que representa una fortuna incalculable.

— ¿Pero quién?

— Felipe... No hay tiempo que perder. Vosotros — gritó a algunos criados que habían acudido — recorred la cerca del parque por el lado exterior y detened a cualquiera que encontréis.

Luego preguntó a Luisa.

— ¿Has traído el auto?

— Ahí lo tienes — repuso la señorita Brandley señalando el carruaje parado a la entrada del castillo.

Eduardo se precipitó hacia el automóvil, subió al asiento delantero y empuñó el volante.

Luisa lo imitó con inusitada ligereza y dijo:

— Voy contigo... Tomás — agregó al ver cerca de ella al mayordomo —: no abandone usted a la señora y procure que no se entere del caso.

Apenas si el mayordomo pudo oír la última frase de la señorita Brandley, porque Eduardo, impaciente, había hecho ya maniobrar el volante.

Desde luego pensó el joven que el ladrón o ladrones habrían tomado el camino de la capital, que era donde habían de encontrar su verdadera salvación, sobre todo si se proveyeron, antes de dar el golpe, de un automóvil para emprender rápidamente la fuga.

Con esta convicción guió el suyo hacia Londres, marchando a toda velocidad, aun a riesgo de estrellarse.

Como los acontecimientos se habían desarrollado en mucho menos tiempo del que se ha empleado ahora en describirlos, no era grande la distancia que separaba a los ladrones de sus perseguidores. Aquéllos se percataron pronto de que se les perseguía y, a su vez, forzaron la marcha.

Este detalle convenció a Eduardo de que el automóvil que así corría delante de él no era otro que el ocupado por Felipe y sus secuaces.

Redobló, pues, sus esfuerzos para alcanzar al auto fugitivo, hasta que fué ya pequeñísimo el espacio que les separó.

De esta guisa penetraron en Londres los dos automóviles, y tan pronto como el de los bandidos rodó por las calles de la ciudad del Támesis se internó en un verdadero dedalo de callejas, por las que le costó gran trabajo a Eduardo seguirlos. La extraña marcha continuó aún algunos minutos y de repente terminó: el auto de los satélites de Mark entró en sordido garage, perdido en solitaria callejuela, y las puertas del pequeño edificio se cerraron tras de él.

Despistado de momento, Davis bajó de su carruaje, examinó atentamente el pavimento de las calles próximas y, al fin, descubrió por las huellas de las ruedas en el arroyo la en que había desaparecido el auto perseguido. Las mismas huellas le condujeron hasta la puerta del garage. Satisfecho del resultado de su pesquisa, se incorporó a su compañera, púsose otra vez en marcha, y al llegar a la esquina de la calle indicada hizo descender del auto a la joven y le dijo:

— Tú quédate al acecho en esta esquina. Los bandidos están allí — y señaló el garage —. Voy a entrar.

— ¡Mira lo que haces!...

— Yo no retrocedo nunca. Valor y está atenta a lo que suceda.

Dicho esto, dió toda la marcha al auto y con él se precipitó como una catapulta sobre las puertas del garage, las cuales cedieron al empujón formidable, abriendo paso al bravo retoño del antiguo aventurero.

### En el cubil

Era realmente una vieja cochera, destartada y sucia, el lugar que tan

arrogantemente acababa de invadir Eduardo Davis.

Algunas averías sin importancia había experimentado el carruaje del joven y éste mismo sufría ligeras heridas en las manos y en la cara al romperse el grueso cristal del paravientos; pero el primero podía ser aún utilizado, y en cuanto Davis, ni se percató siquiera de las lesiones; de un salto bajó del coche para acometer con toda la pujanza de su corazón sin miedo y de sus brazos hercúleos a los bribones que se adueñaron del famoso pergamino del capitán Kidd.

Los truhanes, tres o cuatro, que en el garage había, no bien vieron la invasión de sus dominios por el auto, replegaron hacia la escalera que conducía a las habitaciones superiores del casuco y desaparecieron por el hueco, esperando oponer allí una mayor resistencia al ataque del joven, ataque que preveían inminente por haber reconocido en el perseguidor a Eduardo Davis, de quien por Felipe Raleigh sabían que no era hombre a quien detuviesen las amenazas ni los peligros cuando su amor propio, su conveniencia o su generosidad entraban en juego.

Sin vacilar un segundo, Davis se decidió a subir la escalera, a pesar de que suponía que en ella, o desde sitio donde podían dominarle, le acechaban los brigantes.

Con pie firme subió los escalones, sin prisas, pero prevenido y dispuesto a agredir al primero que osara hacerle frente.

Como no ocurriera así, dió una gran voz, ya irritado:

— ¡Ah de la casa...! ¿Tan cobardes sois que no os atrevéis a mirarme a la cara?... Pronto, contestad... Me habéis robado un documento que vale una fortuna y vengo por él. Si no queréis reñir, entregádmelo...

Nadie respondió.

En el colmo de la indignación concluyó de subir precipitadamente la

escalera y en el remate de ésta halló a los tres hombres que, revólver en mano, le aguardaban.

Uno de ellos hizo fuego y la bala pasó a pocos centímetros sobre la cabeza de Davis. Los otros dos no tuvieron tiempo de disparar. El puño formidable de Eduardo cayó como una masa sobre sus cabezas y los dos hombres, aturridos por el porrazo brutal, quedaron como inanimados. El tercero, que trató de hacer fuego nuevamente, hubo de afrontar el solo la cólera que cegaba a Davis, quien de un manotazo le tiró el arma a varios pasos de distancia y cogiéndole en seguida por el cuello empezó a oprimirsele con fuerza.

— ¿Dónde está el papel? — exigió con feroz expresión, tan feroz que el ladrón leyó clara en los rutilantes ojos de Davis su sentencia de muerte.

Con la mirada indicó el agredido a uno de sus atortolados compañeros.

Davis soltó a su víctima y ordenó:

— Regístrale y dame ese papel.

Titubeó el ladrón, pero al cabo se resignó a obedecer el mandato.

Con jubilosa mano tomó Eduardo el pergamino tan valientemente recuperado.

Lo abrió para asegurarse de que era, en efecto, el documento desaparecido, y el breve espacio de tiempo que para ello empleó fué suficiente para que los tres bergantes, ya repuestos del susto y de la conmoción, se corriesen hacia la salida de la pieza en que estaban para cortarle la retirada a Davis.

Al fijarse éste en la maniobra se sonrió. Les miró despectivamente y, sin volverles la espalda, en previsión de traidora acometida, se acercó a una ventana del cuartucho, desde la que se dominaba toda la calleja. Abrió la ventana y observó si Luisa permanecía en su puesto.

Vió con gozo que sí y le hizo una seña, que fué notada inmediatamente por la joven, quien, llena de con-

## EL CAPITAN KIDD



4. — No hemos acabado todavía — dijo Davis — ¿tú vive ese conata de Bellamy.

## EL CAPITAN KIDD



5. — En ese pergamino se halla la clave que ha de revelarnos el lugar donde está escondido el tesoro de mis antepasados.



6. — ¿Qué pasa, Eduardo?... ¿Una mala noticia?...

goja, no apartara un instante la vista de los muros del garage.

La señorita Brandley avanzó presurosa hacia el edificio en tanto que Eduardo le gritaba desde arriba.

— Entra en la cochera, saca afuera el auto y colócate con él debajo de esta ventana.

Al oír esta orden los ladrones intentaron ganar la escalera; pero Davis cerró contra ellos otra vez hasta que la bocina del auto le avisó el cumplimiento de su mandato.

Fingió entonces dejarse vencer por sus contrarios, fué retirándose hacia la ventana y, en el momento en que los malhechores creían tener cogido a Davis y rescatado el documento, el joven saltó de un brinco al alféizar de la ventana y desde ella, que no estaba a mucha altura, se dejó caer sobre el auto que le aguardaba.

— ¡Hemos triunfado, Luisa! — exclamó, recobrando el equilibrio.

Y empuñó el volante.

\*\*\*

Habráse comprendido ya, aunque no se haya asentado todavía tal afirmación, que Luisa Brandley y Eduardo Davis eran novios.

Vieja amistad unía a las familias Davis y Brandley; casi convecinas y en posición social muy semejante, trataronse constantemente; puede decirse que Eduardo y Luisa se criaron juntos y que su mutuo afecto habíase iniciado ya en la infancia. La anciana abuela de Eduardo, que sabía las relevantes cualidades morales que, además de la personal belleza, concurrían en la señorita de Brandley, lejos de oponerse, al adivinar que la amistad infantil de los jóvenes se había trocado en un amor tan profundo como sereno, a aquellas aspiraciones de los muchachos, les había alentado, y ella misma fué quien dispuso las cosas y habló al padre de Luisa, químico de gran renombre, sabio que, como todos los

sabios, si era un pozo de ciencia, no veía más allá de sus narices en lo concerniente a pasiones de hombres y mujeres.

Aunque el amor y la muerte sean los dos extremos de la vida, Dios ha querido que, cuando el corazón está sojuzgado por el uno, se olvide completamente de la eterna sombra que sobre el ser humano proyecta la implacable. Nada de particular tiene, pues, que Luisa y Eduardo, al verse juntos luego del lance singular en que se vieron mezclados, se olvidasen un poco de la muriente abuela para explayar sus enamorados corazones.

Después de comentar la victoria lograda por Davis se perdieron ambos por las sendas floridas de sus ilusiones juveniles, conjugaron repetidamente el verbo amar, formularon dorados proyectos y, juguetes del diocesillo ciego que se entretiene en hacer bailar a su gusto a todos los humanos, olvidaban que corrían atropelladamente por las calles de Londres, que los bastones de los *police-men* se habían levantado más de una vez a su paso, que quizás fenecía en aquellos momentos la pobre abuela; pero... ¡váyanles ustedes con razones a dos chicleos en pleno hervor de la pasión!...

Hubieron de reportarse, sin embargo, porque también los intereses materiales *hieran* mucho, aun en los jóvenes más sentimentales y románticos y muy singularmente en las hijas de Eva, menos propicias siempre a las idealidades que los hombres, aunque el Santo Capricho sea el bienaventurado de su mayor devoción.

Luisa fué quien primero descendió de las rosadas nubes de la fantasía para pisar el fango prosaico de la realidad.

— ¿Sabes lo que deberíamos hacer ahora? — interrumpió repentinamente a su novio, sumido en largo y dulzarrón parlamento.

- Tú dirás...
- ¿Por qué no vamos a casa?
- Considera que el estado de mi abuela...
- Es verdad; pero por minuto más o menos...
- Bien: iremos a tu casa y te dejaré en ella.
- No sin que antes veas a mi padre.
- ¿Para qué?...
- ¿No atinas?...
- No.
- Acabas de contarme la historia de ese pergamino...
- Cierto.
- Pues bien: mi padre puede serle muy útil en esta ocasión.
- No caigo en qué.
- Siendo tan buen químico como es, ¿crees tú que no sabrá descubrir un reactivo para que el pergamino pueda leerse por completo?
- ¡Diable de chiquilla! — exclamó Eduardo, complacido —. Has tenido una idea excelente.
- Vamos, pues.
- Vamos allá — asintió Eduardo, cambiando el rumbo seguido hasta entonces.

Un cuarto de hora más tarde se detenían ante la morada del químico Brandley.

Un criado se hizo cargo del carruaje y lo llevó a la cochera, en tanto que los dos amantes entraban en la casa.

...

Era el químico Brandley un hombre de edad algo más que madura, bien conservado, de fisonomía dulce y simpática y maneras afables y corteses. Tenía esa timidez de los hombres que, demasiado metidos a sí mismo, se sienten un poco cortados cuando se han de comunicar con sus semejantes en los negocios ordinarios de la vida. Sólo se transformaba y era hombre completamente distinto cuando de la ciencia, a cuyo

cultivo dedicó su vida, se trataba. Entonces desaparecía su cortedad, hablaba fácil, hasta elocuentemente, y su rostro vulgar se iluminaba con los destellos de la inteligencia y del entusiasmo.

Viudo desde hacía tiempo, se puso en manos de su hija, como antes se entregara en las de su esposa, y ésta, antes, y la hija, luego, fueron las verdaderas administradoras y soboranas del hogar.

En nada se metía el buen Brandley; refugiado en su gabinete, entre sus alambiques y sus retortas, o en su cátedra del instituto, nunca prestó atención a los menudos intereses que, después de todo, confiara a buenas manos.

Primero su esposa — una mujer insignificante, pequeñita, delicada, que admiraba a su marido como a un dios, contradiciendo así la regla general entre las casadas —, con su inteligencia práctica y su horror al derroche, logró acrecer la pequeña fortuna personal del profesor, administrando admirablemente los emolumentos del marido e impidiendo que egoísmos ajenos explotasen la buena fe del sabio, lucrándose con algunos descubrimientos de aplicación industrial hechos por éste y que el hombre habría cedido al primero que se los pidiese sin recibir siquiera el precio de la patente.

Luisa, educada en la escuela de su madre, mostró las mismas virtudes que ésta desde el punto y hora en que tomó las riendas del gobierno de la casa de su progenitor. No obstante, algo existía en ella de diverso, algo heredado, a buen seguro, del señor Brandley; y este algo era una fantasía de más amplios horizontes, una sensibilidad extraordinaria que a las veces parecía enfermiza, tanto, que hubiera podido atribuirse a debilidad nerviosa, a alguna enfermedad heredada o congénita. En ocasiones no levantaba la vista ante ciertas personas y éstas le causaban un

malestar inexplicable, del que no se quejaba porque tampoco habría acertado a definirlo.

Entre ella y Eduardo había, pues, una diferencia esencial: diversidad que era tal vez la determinante de su mutua adhesión. Davis era hombre de sangre viva, de nervios ponderados, de vigor aumentado por los ejercicios físicos, de volición firme, hombre ecuaníme, en fin, sano del alma y del cuerpo. En truceño, Luisa era fina, delicada, una belleza blanca y rubia de leyenda escandinava, ardiente y vivaracha a ratos y a ratos lánguida y mortecina; voluntariosa y terca a veces, y a veces, también, complaciente con exceso y fácil de convencer y dirigir. En alguna ocasión la joven se sorprendió a sí misma, a altas horas de la noche, de pie, desnuda, fuera de su alcoba, sin explicarse el motivo de aquella rareza.

— ¿Seré sonámbula?... — se preguntaba entonces con cierta angustia.

Nada dijo a su padre respecto al particular para no alarmarlo, pero sí se atrevió a contárselo a su novio.

Y Eduardo, al oír la confidencia, soltó una carcajada que coronó con este comentario:

— Te vendrá de herencia, porque tu padre vive siempre en pleno sonambulismo.

...

Cuando los jóvenes entraron en el gabinete del químico, el señor Brandley observaba al microscopio unos corpúsculos.

Para sacarle de su abstracción necesitó Luisa echarle los brazos al cuello y separarle, quioras que no, del instrumento.

Tras algunas protestas del sabio, éste se dejó conducir al terreno a que los jóvenes querían llevarle.

Eduardo le informó entonces de todo lo acaecido y concluyó su relación diciendo al señor Brandley, al

par que le mostraba la preciosa vitela:

— En este pergamino se halla la clave que ha de revelarnos el lugar donde está escondido el tesoro de mis antepasados. ¿Cree usted posible la revelación?...

— ¡Veremos, veremos! — repuso el padre de Luisa sin prometer nada; — quizás exista algún reactivo que descifre el enigma, y si existe, lo encontraremos. Lo esencial ahora — siguió, venciendo el prurito científico que le incitaba a una larga disertación técnica sobre el asunto — es ponerse a salvo de las maniobras de los bandoleros que se han metido en tus negocios para estropearlos. Quizá sea peligroso que vuelvas al castillo. ¿Por qué no pasas aquí la noche?...

— Mi presencia es necesaria en Davis House por el trastorno que ha de haber allí...

— Lo comprendo; sin embargo, la pelleja es lo primero, Eduardito; ¿quien te dice a ti que esos bandidos, sabiendo que has de volver a Davis House, no han preparado allí una emboscada para quitarte de en medio?...

— Razón de más para que vaya.

— Razón de más para que te quedes, digo yo — replicó el señor Brandley con energía en él inusitada.

Luisa unió sus ruegos a los de su padre.

Eduardo se mantuvo inflexible.

— Para algo ha de servir el teléfono — dijo de pronto el químico — Conferencia con Davis House — añadió, dirigiéndose a su futuro yerno — y si las noticias que te transmitan no te satisfacen, yo seré el primero en aconsejarte que vayas en seguida al castillo.

— Eso es hablar con sentido común — afirmó Davis.

— ¿Te conviene mi propuesta?

— Desde luego.

— Pues ya estás andando. Entretanto — agregó hablando a su hija

mientras Eduardo iba al teléfono — cumple tus deberes de ama de casa para que arreglen la habitación de tu novio y para que el yantar sea digno de nuestro convidado.

— A eso estamos preparados siempre, papá — repuso la joven, acariciando la blanca cabellera de su padre.

— Bien, hija, allá tú — contestó el químico, encogiéndose de hombros.

A poco regresó Eduardo después de conferenciar con Davis House. Su semblante expresaba contento.

— ¿Te quedas? — preguntó el químico al verte.

— Sí, señor.

— ¿No hay novedad?

— Mi abuela, a pesar de lo sucedido, que le han contado porque no hubo otro medio de tranquilizarla, sigue relativamente bien. El médico ha vuelto a verla y, aunque no ha modificado su pronóstico, cree que no será el ataque de hoy el último.

— Más vale así. ¿Has avisado que te quedas aquí?

— Sí. Me han dado también otra noticia muy agradable.

— Y ¿qué es ello?

— Que Felipe Raleigh está preso: se le encontró herido, al otro lado de la cerca del jardín. La policía, que, según me dicen, ha intervenido ya en el asunto, se incautó del preso y con él de una bonita cantidad cuya procedencia no ha acertado a explicar Felipe, pero que se supone sea de la caja violentada.

— Pues ya tiene para un rato. Siempre creí a Felipe hombre de mala condición y de peor carácter, pero nunca pude suponer que hubiese descendido tanto.

— Lo mismo creía yo; en fin, más vale que se le haya caído de una vez la máscara; así no podrá embaucar ya a nadie.

Eduardo prosiguió charlando con animación hasta que advirtiendo que el químico, aunque parecía prestarle atención, maldito si le escu-

chaba, cerró el pico, se levantó de su asiento y, aprovechando la distracción de Brandley, salió del gabinete de trabajo en busca de Luisa.

### Odio de mujer

Tras la partida de Eduardo y Luisa renació la calma en el castillo. La enferma, a quien no se le pudo convencer de la necesidad de la ausencia de ambos jóvenes sino contándole la verdad, aprobó la conducta de su nieto y, con gran lucidez, dictó órdenes al mayordomo para que se avisase a la policía y se reconocieran los alrededores de la posesión.

Como si el trastorno sufrido, que, juzgando lógicamente, debió postrarla más, obrase en la anciana como un poderoso acicate, ésta recobró algunas fuerzas, ficticias si se quiere, que por el pronto le suministraron ánimos y energías.

La llegada del doctor Perceval contribuyó también al completo restablecimiento de la normalidad en el castillo, y él fué quien recibió a las señoras de la policía, a quienes puso en autos de todo lo acontecido e hizo entrega de Felipe, a quien hallaron los criados en el mismo lugar donde cayera. El propio doctor hizo una primera cura al herido, que más tarde fué trasladado por la policía a la enfermería de la cárcel.

Como la mejoría iniciada en la enferma se mantuvo, sobre todo cuando le fué comunicada por María la noticia de que su nieto Eduardo había rescatado el precioso papel, el doctor se retiró, encargando a todos los servidores, y muy especialmente a Tomás, que velasen por turno aquella noche en previsión de otro posible golpe de mano, dada la importancia que la señora de Davis concedía al documento.

¿Qué habría dicho el buen doctor de sospechar siquiera que el enemi-

go no sólo no renunciaba a sus maquinaciones, sino que se había establecido en el interior del mismo castillo y en posiciones sólidas?...

María, la doncella de la viuda, participó a su ama la noticia de que Eduardo estaba en seguridad en casa del señor Brandley; pero no le dijo que antes de comunicársela había puesto en antecedentes del hecho a otra persona, a la más interesada en aquellos momentos en la desaparición del pergamino.

Esta persona era Samuel Mark, el astuto jefe de la banda de Felipe.

¿Cómo y por qué circunstancias aquella muchacha que inspiraba confianza a toda la gente del castillo sostenía tan estrechas relaciones con aquellos émulo de Monipodio? Y, siendo así, ¿cómo pudo instalarse pacíficamente en la honrada casa de la viuda de Davis?...

Todo ello debióse al genio intrigante de Felipe: cinco o seis meses antes de los sucesos descritos despidióse de Davis House para casarse la antigua doncella de la propietaria, Raleigh, con la mira puesta siempre en asegurarse una buena parte de las riquezas de su anciana tía y comprendiendo que la repulsión que merecía a su parienta era obstáculo muy grande para obtener de ella confidencias respecto a lo que a él tanto le interesaba, quiso disponer de un espía, de una persona que secundase sus propósitos, que se atrajese la estima y la confianza de la vieja dama y le sonsacase sus secretos. La vacante producida en el servicio de la señora fué para Felipe ocasión propicia a introducir en el castillo al cómplice. Para ello habló con Samuel Mark y éste le puso en relación con María, una de las afiliadas a la banda.

Felipe se encargó de enseñarle el papel a la muchacha y de ponerla en antecedentes de las personas con quienes había de convivir, en tanto que Samuel Mark cuidó de propor-

cionar a la joven la documentación necesaria para que se presentase debidamente a la señora de Davis House.

Y como las personas cuya historia suele ser algo sucia son precisamente las que tienen siempre más limpios los papeles, María fué admitida al servicio de la viuda.

Pero ni Samuel Mark ni Felipe Raleigh contaron con que su cómplice pudiese variar de idea, una vez metida en la casa. Y, no obstante, así fué.

Era María mujer bella, aunque de hermosura un tanto agostada, efecto de su andariega vida y de las pasiones furiosas que debieron agitar su corazón, reveladas en las oscuras ojeras que rodeaban las cuencas de sus ojos y en el brillo de éstos, insostenible a veces por su intensidad y por su insolente descaro. Ciertó que desde que entró en la casa procuró dominar su natural y velarlo con la más refinada hipocresía, pero, en ocasiones, su voluntad era impotente para subyugar el rebelde instinto.

De mediana estatura, bien construida, pulcramente ataviada siempre, con una indefinible expresión de gachonería en la cara, había forzosamente de parecer apetitosa fruta a los buenos gustadores. Al menos entre los criados jóvenes de la casa la presencia de la doncella causó gran revuelo, y los madrigales y las miradas tiernas y hasta las persecuciones brutales estuvieron al orden del día, hasta que la estudiada seriedad y altivez de ella, así como una severa admonición de la señora a los galanes, hecha a ruegos de la interesada, puso fin a aquellos galanteos.

Quizás, y sin quizás, habría sido muy otra la resolución del caso si María no se hubiese permitido escoger por sí misma, y a poco de desempeñar su cometido, un dueño para su corazón entre los habitantes de Davis House.

María había puesto los ojos en Eduardo. Aquel muchachote alegre, sano, fuerte y audaz enardecía su temperamento vicioso, agitaba su sangre empobrecida por los excesos. Desde el primer momento lo marcó por suyo, y desde este punto y hora inició una habilísima labor de seducción que, desgraciadamente, no le proporcionó el resultado apotecado.

Davis o ignoraba el asedio de que era objeto o fingía ignorarlo; de todas maneras su actitud humillaba profundamente a aquella mujer de pasiones ardientes, acostumbrada a no reparar en medios para satisfacer sus deseos o sus caprichos.

En un principio se resignó María a que su trabajo de captación se prolongase, porque abrigaba la esperanza de que, al fin, se saldría con la suya, y en este período de tiempo pareció apartarse un tanto de Felipe y desoír sus sugerencias. Toda su voluntad, toda la virulencia de su genio habíase concentrado en el norte magnético que guiaba entonces sus acciones todas.

Puede, pues, imaginarse la rabia, el dolor que sintió la comedianta el día en que conoció a Luisa Brandley y supo que era la prometida esposa de Eduardo.

Cuando terminado el servicio se encerró en su cuarto aquel día, entregóse a los más violentos transportes de la desesperación; lloró, mordió furiosamente las sábanas del lecho, se mesó los cabellos, se puso realmente enferma, y cuando al siguiente día se miró al espejo, vió, estremecida, las huellas flagrantes que dejara en su rostro la tormenta de su alma.

Sonrió amargamente a la imagen que el espejo reflejaba, procuró ocultar las trazas del pasado sufrir y tomó su servicio, mostrándose, como siempre, cordial y cariñosa.

Felipe había recuperado a su aliada.

Porque en la borrasca de la noche

anterior, si zozobró la ilusión de María y su amor inverecundo, salió a flote otra pasión no menos ardiente y más terrible en una mujer como aquella: el odio.

Si, al deseo de acariciar en sus brazos la juventud lozana y victoriosa de Davis, sucedió el ansia voraz de exterminarla, de verla padecer, de causarle todo el daño posible.

Si la defección de Eduardo la incitó, al pronto, a irse de la casa, la cólera, la sed de vengarse la retuvo en el castillo a la espera de la coyuntura de saciar su prurito.

No cabe decir, pues, si María utilizaría el suceso de aquella noche para realizar cuanto antes sus propósitos. Ya sabemos que la aprovechó comunicando a Samuel Mark, su jefe, el paradero del joven y del pergamino.

La respuesta del pirata moderno fué una orden terminante:

— Es preciso que ese hombre salga de casa de Brandley con cualquier pretexto.

— Saldrá — contestó María con seguridad y firmeza.

...

Habían terminado de cenar los Brandley y su invitado; tras un rato de sobremesa volvieron al despacho del químico, porque éste manifestó su deseo de examinar despacio el pergamino misterioso.

Al cogerlo entre sus manos lo examinó cuidadosamente, luego reflexionó buen espacio de tiempo y por último se dirigió a un armario, lleno de botes con distintos ingredientes, del que tomó dos botellitas y una probeta.

Mientras el sabio emprendía sus experimentos, los dos jóvenes charlaban bajito sobre tema más interesante y más grato a sus corazones, pero cuando más engolfados estaban en su parloteo, una exclamación del anciano les obligó a volver la cabeza.

— ¡Esto es más difícil de lo que yo me figuraba!... — había dicho el profesor, demostrando viva contradicción en semblante tan bondadoso de ordinario.

— ¿No dará usted con la clave? — inquirió Eduardo.

— Veremos, veremos...

— De todos modos — repuso Davis —, nada habremos perdido, puesto que, gracias a la inscripción de mi antepasado, sabemos el sitio exacto donde se conserva el sésamo que ha de abrirnos la cueva del tesoro.

— Así es; sin embargo, me gustaría adivinarlo por mis propios medios. De fracasar, un viaje más o menos largo nos sacará del apuro.

— Sin duda alguna. Por mi parte no hay inconveniente en que conserve usted ese pedazo de vitela y la someta a todo género de experiencias. Lo malo será...

La súbita entrada de un criado interrumpió al joven.

— Le llaman a usted por teléfono, señorito Eduardo — indicó el doméstico.

El joven se inquietó.

— Voy en seguida... Con su permiso — dijo, y salió disparado de la habitación.

Luisa marchó tras él y entró en el gabinete donde estaba instalado el teléfono en el momento en que Davis iba a colgar ya el auricular.

— ¿Qué pasa, Eduardo?... ¿Una mala noticia? — preguntó con cierto sobresalto la bella.

— María me dice — contestó el joven — que mi abuela está peor y que urge que acuda a Davis House cuanto antes.

— Voy a decir que dispongan el automóvil.

— No hay necesidad — opuso Eduardo, al tiempo que consultaba su reloj —, aun tengo tiempo de tomar el último tren suburbano. Voy a despedirme de tu padre.

Instantes después salió Eduardo

de la casa de Brandley y encaminábase a paso ligero hacia la estación del ferrocarril; pero no bien hubo recorrido un pequeño trayecto se sintió cogido, amordazado y metido en un automóvil que emprendió rauda carrera, mientras él pugnaba por romper las fuertes ligaduras con que sus aprehensores le habían manietado.

...

Una hora antes de este nuevo atentado a la persona de Eduardo Davis habíanse reunido en un mezquino tabuco de miserable casucha, situada en el barrio de Whitechapel, uno de los que peor fama gozan en la ciudad de Londres, por la calidad de sus vecinos y de las gentes que se congregan en sus tabernas, mancebías y tenduchos de judíos, misérrimos, obscuros y sucios, varios hombres, de entre los cuales destacaba, por la expresión enérgica del semblante, por el ademán autoritario y por su figura no tan innoble como la de sus compañeros, uno que era nada menos que Samuel Mark, el moderno corsario, el jefe de la banda que en las revueltas aguas de las concupiscencias torpes, de los negocios turbios, de las pasiones vergonzosas y de los insanos apetitos que agitan a la actual sociedad en las grandes poblaciones, conducía hábilmente su bajel y siempre al acecho del botín.

La casuca en que se cobijaban estos hombres radicaba en una calle solitaria y corta de casas pequeñas y en mal estado de conservación, separadas las unas de las otras por pared medianera y una faja de terreno convertido en jardín, si jardín podía llamarse a unos cuantos yerbajos y algún que otro arbolillo seco que allí crecían.

El edificio de referencia era una de las muchas guardias de la banda, a la que solían acudir los más significados elementos de Mark para recibir instrucciones o transmitir sus confidencias al capitán.

Este, que acababa de llegar, mostraba alegre semblante, y, dirigiéndose a los que le rodeaban, dijo:

— Ya sé que habéis trabajado bien, muchachos, y os felicito por ello... He aquí un negocio prontamente despachado... Pero no veo a Raleigh... ¿Dónde está?...

Los hombres que le escuchaban se miraron los unos a los otros, denotando, más que embarazo, temor.

— ¿No contestáis? ¿A qué viene esa cara tan lúmbre?...

— Raleigh está herido y seguramente preso...

— ¡Eh!... — exclamó estupefacto Mark —. ¿Ha fracasado el golpe?...

— Por de pronto, sí.

— No teniendo... A ver, a ver, explicaos. ¿No me comunicasteis que el documento estaba en vuestro poder?...

— En efecto..., estaba... — repuso el más valiente.

— ¿Estaba?... ¿Qué quieres decir con eso?... — inquirió secamente el capitán —. Habla pronto...

— No ha sido nuestra la culpa, señor; es que...

— Basta de disculpas. Al grano.

El bandido con quien se encará Mark vaciló un momento y luego se decidió a contar todo lo ocurrido, esto es la resistencia de Eduardo, el recobro del pergamino por éste y finalmente su triunfal huida.

— ¿De modo que un hombre solo os ha metido el resuello en el cuerpo, cobardes? ¿Y no os avergonzáis de presentaros delante de mí para decirme que os han pegado como a una mujerzuela?...

Indignado, con la cara congestionada por la ira y mordiéndose los gruesos labios, comenzó a pasear, con las manos a la espalda, sin hacer caso alguno de sus subalternos.

El hombre quería atar cabos para encarrilar el asunto, en el que se había interesado de veras por las explicaciones que sobre el particular oyó pocas horas antes de boca de Raleigh al pedirle ésta ayuda para cometer el robo.

Nada se le ocurría por el pronto, y seguramente hubiera tenido que cruzarse de brazos en espera de nueva coyuntura, cuando el sonido de un timbre, que llegó sordamente hasta la habitación, sacó a Mark de sus cavilaciones.

El capitán de la banda salió rápidamente del cuartucho y pasó a otra habitación mejor arreglada y con pretensiones de escritorio, secreto refugio a donde el malhechor solía retirarse para planear sus combinaciones. El ruido procedía del timbre del teléfono allí instalado.

Se acercó al aparato, tomó el auricular y a poco lo soltó, después de haber dado una orden a su interlocutor invisible.

El ceñudo rostro del bandido se despejó un tanto después de la breve conferencia. Tornó al lugar donde estaban sus compañeros y les dijo áspidamente:

— Gracias a María no se ha perdido aún la partida: salimos ahora mismo a campaña y a ver cómo os portáis esta vez. Os advierto que voy con vosotros. Tú, Peter, prepara el automóvil y sitúate con él a la altura de Schurk Street. Vosotros coged una buena cuerda y unas manillas y venid conmigo. De prisa, que no podemos entretenernos.

Dicho esto y mientras los secuecas cumplían sus órdenes, pasó al escritorio y de un armario mugriento que en él había sacó unas ropas más mugrientas aún que se puso sobre el traje que llevaba, y disfrazado de esta guisa se reunió a sus hombres, los cuales salieron uno a uno de la casucha y se encaminaron por diversos sitios al en que debían apostarse para realizar la primera parte del plan que Samuel Mark hilvanara al recibir el aviso de María.

\*\*\*

Verificando a mansalva el secuestro de Davis, el automóvil se apartó de los barrios céntricos y entró en el de

Whitechapel, pero asimismo evitó el pasar por las calles anchas y concurridas del mismo, donde a aquella hora solían afluir las gentes a los restaurantes y cafés concurridos, muy numerosos en aquellas vías.

Por calles solitarias y mal iluminadas marchó el automóvil hasta hacer alto ante el ruin edificio donde poco antes acordara Mark la nueva fechoría.

Sacaron los secuestradores a su víctima y, sin quitarle las ligaduras, la metieron en la habitación reservada al capitán.

Este se quedó solo con el prisionero, pues hizo que sus hombres se retiraran al departamento inmediato.

Mark miró de hito en hito a Eduardo, que, hosco y silencioso, pugnaba por romper sus ligaduras.

— Está usted muy bien amarrado, caballero — dijo irónicamente el capitán —, y esta vez no se escapará usted tan fácilmente. No siempre se tiene el santo de cara; conque a resignarse y a ser complaciente.

Eduardo hizo un gesto de desprecio.

Mark siguió imperturbable.

— Supongo que comprenderá usted perfectamente el motivo que me ha obligado a usar con usted modales tan poco corteses.

— Ignoro a qué se refiere usted — contestó con frialdad Davis.

— Hombre, no se haga usted de nuevas, ni me haga perder el tiempo en vana palabrería. ¿Quiere usted contestarme con claridad o...?

— He dicho cuanto tenía que decir — interrumpió con brio el secuestrado.

— Muy bien — asintió zumbonamente Mark. Y en voz alta, para que le oyese bien sus ayudantes, mandó:

— A ver, uno de vosotros.

Peter se presentó en el umbral de la habitación.

— Registra a este señor, pero con educación, ¡eh!, que no tenga queja de nosotros.

Dijo y soltó la carejada, riendo su propio chiste.

Practicado el registro se vino en conocimiento de que el ansiado papelejo no estaba en poder de Davis.

— ¡Me lo figuraba! — exclamó el jefe de la banda, quien, hablando de nuevo a Davis, esta vez sin sorna, y con tono de intimación, agregó:

— Ruego a usted que hable y me diga el paradero del documento que se le exige; hará usted bien en obedecerme, porque, de lo contrario, me verá obligado a darle un disgusto a su prometida.

El tiro fué certero.

Eduardo se inmutó algo, pero respondió con tono firme:

— Le aseguro a usted que la señorita Brandley no tiene el pergamino.

— ¿Dónde está, pues? — replicó cachazudamente Mark.

Davis calló.

Mark le volvió las espaldas desdénosamente y pasó a la habitación donde aguardaban sus auxiliares.

— Yo me marchó — les dijo —; quedaos vosotros aquí vigilando al prisionero, y mucho cuidado con lo que se hace... Me respondéis de él con vuestras cabezas.

Tras estas palabras y un expresivo gesto de amenaza, salió al antecorral, donde estaba el automóvil, abrió la puerta de salida, sacó fuera el carruaje, subió a éste, empuñó el volante y se alejó rápidamente del siniestro lugar.

### La casa de locos

El automóvil se detuvo ante un locutorio telefónico público. Descendió Mark del coche y encerróse en una de las cabinas, pidiendo dos comunicaciones: la primera con Davis House, solicitando hablar con la doncella, a quien, una vez acudió ésta al aparato, le dijo que era indispensable que estuviese preparada a par-

tir de la casa y que él tardaría en ir a buscarla el tiempo que invirtiese el auto en salvar la distancia entre la ciudad y el suburbio; la segunda comunicación la mantuvo con el director del manicomio de Duncan, hombre que debía algunos favores al bandido y que, desconociendo la verdadera personalidad de ésta, estaba muy ligado a él y dispuesto a servirle. Mark anunció al doctor que se veía obligado a conducir al establecimiento aquella misma noche, y por lo peligroso del caso, a una pupila, rogándole que le aguardase hasta su llegada, cuya hora no podía en aquel momento precisar.

Después de esta breve detención en el locutorio, Mark reanudó la marcha, que apresuró lo más posible en cuanto el coche rodó sobre la carretera.

El fértil magín del terrible caballero de industria había fraguado un proyecto de fácil ejecución para entrar en posesión del codiciado papel.

Para ejecutarlo le era indispensable la ayuda directa de María, y por esta razón iba Mark a Davis House para recoger a la doncella infiel y tornar con ella a Londres para que secundase sus propósitos.

En las proximidades del castillo echó pie a tierra y anduvo el resto del camino, lanzando, de vez en cuando, un extraño silbido, al que no tardó en contestar otro semejante.

Entonces se detuvo, y, a poco, vió que se dirigía hacia él una figura que pareció surgir de la cuneta de la carretera.

— ¡Aquí estoy! — profirió María incorporándose al jefe.

— ¡Muy bien, chica! Subamos al auto, y a escape.

Se acercaron en silencio al coche y se instalaron en él.

Dió marcha Mark y preguntó a su compañera:

— ¿Te ha costado mucho salir?

— No; lo que me costará trabajo será el entrar.

— Creo que no necesitarás volver al castillo si mi combinación no falla.

— ¿Tan seguro está usted?

— Tengo en mi poder a Eduardo Davis.

Los ojos de María brillaron con la manía de la baja pasión que se había apoderado de su ser entero.

— ¡Prisionero nuestro! — exclamó, roja de placer.

— Y esta vez no se nos escapará — confirmó Samuel, quien refirió a continuación los detalles de la captura.

— ¿De modo que él no tiene el pergamino? — interrogó la muchacha —. Es preciso buscarlo.

— A eso vamos — replicó su interlocutor con cachaza.

— Debe guardarlo ella — afirmó rabiosa María, poniendo en la palabra *ella* todo el odio y el desdén que sentía hacia la novia de Eduardo.

— No lo creo yo así — opuso flemático el tenaz bandido.

— ¿No? Pues ¿qué supone usted?...

— Supongo que el papelote ha de estar en el laboratorio del viejo.

Esta aseveración de Mark fué como un rayo de luz para María.

— Cierto..., cierto... — confirmó ésta alegremente —. El señor Brandley es un químico notable y, claro...

— Por eso es preciso que separemos al padre de la hija y que tú, con tu buen ingenio, entres en acción y te aproveches de las circunstancias. Los sabios suelen ser muy distraídos, y el señor Brandley no será una excepción de sus compañeros. A buen seguro que a estas horas se ha metido de hoz y cox en el problema para hallarle solución, y lo vas a encontrar con las manos en la masa.

— No le comprendo bien a usted, capitán.

— Pues es muy sencillo.

— Diga usted.

— En primer término, hay que sacar de casa a la novia de ese leoncito que tenemos ya encadenado.

— No veo el modo.

— Yo me he tomado la molestia de pensar por ti, y, por consiguiente, bastará que te ajustes a mis instrucciones para que obtengas el éxito apetecido.

— Muy bien.

— Una sencilla añagaza pondré en nuestras manos a la tímida paloma.

— ¿Cuál es?

— Ahora iremos directamente a casa de los Brandley.

— Perfectamente.

— Antes de entrar en la ciudad me despojaré de estos harapos que me desfiguran y recobraré mi aspecto de «gentleman».

— Bueno; ¿qué más?

— El mendigo que ahora remedo se transformará en un señor doctor que ante el gravísimo estado en que se halla el pobre Davis no ha dudado en trasladarse a Davis House para informar a la familia del grave accidente acaecido al joven y...

— Comprendo — interrumpió María —; al enterarse usted de que ese joven está a punto de casarse se ha dignado usted llevarme consigo, a mis ruegos, para avisar a la prometida y que ésta acuda cuanto antes al lado de su futuro esposo.

— ¡Admirable! ¡Siempre he dicho que eres una mujer muy inteligente.

— Gracias; pero no se ha conseguido todo con la emboscada contra Luisa.

— Luego entras tú en funciones y... ¡ahí quiero verte, morena...! No me cabe duda de que el pergamino lo tiene el viejo; has de procurar, pues, colarte en su laboratorio y...

— Entendido; si el químico posee el documento se lo quitaré yo.

— Así me gusta... Una advertencia: si lo coges, vete en seguida al escondite de Whitechapel; de no estar allí yo, me encontrarás, seguramente, en el manicomio de Duncan.

— ¿Piensa usted llevar allá a Luisa? — preguntó riendo María.

— ¿Dónde mejor? — repuso cínicamente Mark.

...

Conforme a lo que indicara en el anterior coloquio, Samuel Mark, digno émulo del capitán Kidd, mejorado éste en quinto y tercio, se quitó el disfraz que llevaba y lo arrojó al camino antes de entrar en Londres.

María, rebosante de júbilo, ensayaba ya su papel.

Pocas palabras más cruzaron ambos personajes antes de llegar a Schurk Street.

El automóvil paró a la puerta del químico.

Bajó María del coche y entró en el hotelito del señor Brandley, donde su presencia suscitó entre los criados cierto revuelo.

La doncella había adoptado el continente de una persona que se ve obligada a comunicar triste y desagradable noticia.

El aire de la joven despertó la curiosidad de los fámulos, quienes la abrumaron a preguntas.

María no quiso responder y, con algunas evasivas, se los quitó de delante, rogándoles al propio tiempo que avisaran a la señorita Brandley.

Luisa acudió al lado de la doncella, y no muy alarmada, porque suponía en seguridad a Eduardo, creyendo, por consiguiente, que la mala nueva que le trajeran sólo podía referirse a la anciana viuda.

Juntas las dos mujeres en un saloncito de la planta baja, Luisa preguntó:

— ¿Cómo usted por aquí, a estas horas, María?.. Comprendo; la pobre señora Davis...

— No se trata de la señora, señorita Luisa...

— ¡Eh!... ¿Cómo?... — profirió con cierto susto la joven.

— Dios no querrá que la cosa sea tan grave como dicen... — repuso compungidamente la doncella.

— Pero ¿qué cosa tan grave es esa?... ¿A qué te refieres?

— Señorita, perdóneme que le dé un mal rato: bien sabe Dios lo que me cuesta, pero es necesario...

— ¿Hablarás al fin claro...? — exigió Luisa rebosante de inquietud.

— El señorito Eduardo ha sufrido un accidente y está gravísimo... — dijo María espaciando las palabras, mirando de hito en hito a la que consideraba su rival y gozándose de antemano en el dolor de la señorita Brandley al recibir la puñalada.

Luisa se puso de pie automáticamente y sofocó un pequeño grito.

Quedóse livida y, luego, llevándose una mano al corazón, como para aquietar los latidos tumultuosos, inquirió:

— ¿Pero cómo es posible? Salió hace poco rato de aquí y tomó el tren...

— No, señorita: el señor Eduardo tomó un auto de alquiler y parece que, en su prisa por llegar a Davis House, hizo una falsa maniobra y chocó con un poste de la carretera.

— ¡Dios mío... Dios mío!... Y ¿dónde está el herido? ¿En el castillo?

— No, señorita.

— ¿Entonces...? No atino, no sé qué pensar...

— Me hago cargo...

— ¿Cómo habéis sabido entonces la desgracia?

— Por el médico de la clínica particular a donde los que recogieron al señorito Eduardo le llevaron. Se conoce que este señor médico quiso asegurarse de que la familia del señor Davis cuenta con recursos para sufragar la estancia del herido en la clínica y él mismo se presentó en el castillo a avisarnos.

— ¿Y la señora Davis sabe el percance...?

— No, señorita. Recibí yo al médico, y este señor después de convencerse de que sus honorarios no peligraban, se mostró tan amable que se prestó a conducirme a casa de ustedes...

— Pronto, María, diga usted que preparen mi automóvil. Voy a ver a Eduardo. ¡Pobrecito mío!...

— El doctor y su coche aguardan abajo: como el amable señor quiere hacerse grato a ustedes, está dispuesto a acompañarla a la clínica.

— Vamos, pues.

Luisa, dominada sólo por la emoción honda que sentía, no preguntó más; desapareció un segundo y regresó luego preparada a partir.

Salieron de la casa las dos mujeres. El supuesto médico las saludó cariñoso e invitó a Luisa a subir al auto.

En aquel momento recordó la joven que nada había dicho a su padre y quiso retroceder.

Lo impidió María, ofreciéndose ella a informar al quimico.

— ¿Pero no viene usted? — preguntó con cierto desasosiego Luisa.

— No, señorita: es preciso que regrese a Davis House en seguida.

— Es verdad — asintió la engañada joven.

Y sin añadir palabra aceptó la mano que para subir al auto le tendía el galante doctor, que se apresuró a cerrar la portezuela cuando hubo subido Luisa, y partió a escape.

...

El primer acto de comedia, hábilmente representado, obtuvo éxito, pero faltaba el segundo acto, de no menos difícil ejecución.

María contempló breves instantes al automóvil que se alejaba, sonriendo por el goce íntimo de su corazón perverso. Luego volvió a entrar en el hotel, diciéndose bajito, como si así quisiera espolear su habilidad y su audacia:

— Ahora a buscar el pergamino.

Nueva sorpresa de los criados al verla, y nuevas sutilezas de la doncella para que aquéllos la dejaran tranquila.

— Es un encargo de la señorita para el señor — acabó por decir —.

¿Está el señor Brandley en su despacho?

— Creo que está en el laboratorio.

— Pues allá voy, que tengo ganas de terminar mi comisión.

Dicho esto fuese derechamente hacia el departamento donde el señor Brandley tenía su *sancía sanctorum*. Como encontró cerrada la puerta, golpeó suavemente en ella con los nudillos.

— Adelante — invitaron desde dentro.

Maria empujó la puerta y entró.

Su mirada investigadora abarcó de una ojeada el aspecto de conjunto del gabinete de trabajo.

— No se ha engañado Mark — musitó.

En efecto, sobre la amplia mesa de mármol, donde solía realizar el señor Brandley sus experimentos, veíase un trozo de vitela amarillento, que desde el primer momento diputó María por suyo.

El señor Brandley, que estaba de pie, miró a María como si no la reconociese.

La doncella se aproximó a la mesa.

— Apenas puedo hablar, señor..., tal ha sido mi precipitación por venir. La señora está expirando...

— ¿Qué señora? — indagó extrañado y distraído el químico.

— La señora Davis.

— ¡Ah...! El caso es que Eduardo se ha marchado...

— Ya lo sé, señor..., otra desgracia... pero ya lo sabrá usted por la señorita Luisa, que ha ido a verle.

— ¿No está en casa mi hija? — preguntó el padre con más extrañeza aún.

— No, señor...

— ¿Qué diantro sucede, pues? ¿Qué día de intranquilidad, señor! Hable usted...

Maria, arremiándose cada vez más al lado de la mesa desde donde podía alcanzar fácilmente el pergamino,

refirió al señor Brandley el mentido accidente de Eduardo y el detalle de la ida de Luisa a la clínica acompañada del médico.

Algo sobresallado el químico se separó de la mesa para acercarse a María, quien aprovechó el instante de quedar de espaldas el anciano para apoderarse del documento, que ocultó rápidamente entre sus ropas.

El señor Brandley se hizo repetir los detalles de lo acontecido, y luego, súbitamente, preguntó:

— ¿Qué clínica es esa?

— La del doctor Hoppink.

— Hoppink..., Hoppink... — repitió el señor Brandley como queriendo recordar.

— Sí, calle de..., número... — añadió María indicando al químico una dirección cualquiera, pero de lugar bastante apartado del hotel.

— Gracias... Voy allá inmediatamente...

— Entonces me retiro, señor...

— ¿Regresa usted a Davis House?

— Sí, señor.

— Allí iremos nosotros en cuanto sepamos el estado de Eduardo.

— Entonces, con su permiso...

— Sí, adiós, adiós.

Maria abandonó presurosa el laboratorio, pero mirando de reojo lo que hacía el químico.

Y vió que el pobre señor, sin acordarse para nada del pergamino, desaparecía por otra puerta del gabinete de trabajo, seguramente para cambiar el traje de casa por el de calle.

La avispada moza salió radiante del hotel. Su venganza estaba satisfecha: Eduardo y Luisa prisioneros de la banda, y el pergamino en su poder; ¿qué mayor goce?

En la imposibilidad de regresar a Davis House decidió la joven, visto lo avanzado de la hora, refugiarse en algún tugurio de los que le eran familiares, con la intención de esperar a que fuera de día para ir a la casa de

Whitehapel o al manicomio de Duncan en busca del jefe de la banda.

Y así lo hizo.

...

El automóvil que conducía a Luisa y a Mark dejó el recinto de la ciudad, propiamente dicho, y embocó una ancha carretera a cuyos lados y de trecho en trecho se agrupaban diferentes edificios formando como pequeños poblados suburbanos.

La angustia de Luisa había disminuido un poco, porque el fingido médico le dijo para tranquilizarla que, aunque grave la herida, no era desesperado el caso, por la juventud y robustez del joven.

Al notar que se alejaban del centro de la ciudad empezó a sentir ella un malestar vago; vino a sus mentes el recuerdo de lo sucedido en la tarde de aquel mismo día, y la desconfianza fué infiltrándose en su ánimo.

Hizo algunas observaciones y preguntas, que Mark contestó satisfactoriamente; pero las respuestas no calmaron por entero a Luisa.

Los temores de ésta aumentaron cuando salieron al campo libre, y como los exteriorizara repetidamente, Mark redobló sus halagos y sus embustes para aquietarla, lo que sólo consiguió a medias.

Al cabo de media hora de marcha Luisa formuló enérgica protesta y habló ya de falacia y de que parase el coche inmediatamente; pero Mark le tapó la boca diciéndole, señalando un edificio aislado que se divisaba próximo:

— Ea allí, señorita: comprendo su malestar y me hago cargo de su situación de ánimo, que es natural y lógica. Dentro de un momento estará usted al lado del paciente y entonces me agradecerá este mal rato.

— Perdóneme usted, caballero...

— Nada, nada, señorita. Ya estamos.

Paró el automóvil a la entrada de

un caserón compuesto de dos grandes pabellones y un cuerpo central al que daba acceso una pequeña escalinata. Rodeaban el conjunto del edificio sólida verja de hierro, en la fachada principal, y altos muros por los lados y parte posterior.

Mark procedió a Luisa y ambos entraron en el edificio. Lejos de inspirarle desconfianza, el establecimiento tranquilizó a la joven, porque no bien hubieron penetrado advirtió que aquello tenía realmente toda el aspecto de una casa de curación.

En el pequeño patio que hacia las veces de vestíbulo recibió a los recién llegados un mozcón soñoliento, preguntándoles con malos modos y peor gana:

— ¿Qué desean ustedes?

Pero al fijarse en la cara de Mark cambió de tono y dijo melosamente:

— Perdóneme el señor.

Y le cedió el paso.

— Venga usted, señorita — invitó el capitán.

Mark empujó una de las puertas que se abrían al patio y pasaron a una sala de espera.

— Ruego a usted que se sirva aguardar aquí un momento. En seguida vuelvo — indicó.

Luisa sentóse en un extremo del sofá que en la habitación había y que con unos sillones forrados de guta-percha y un velador con algunas ilustraciones y «magazines» constituía todo el mobiliario.

— Pero ¿veré al señor Davis? — preguntó reteniendo por un faldón de la levita al falso médico.

— Sin duda alguna, a menos que haya empeorado, lo que no creo.

Dicho esto se deslizó Mark por otra puerta que comunicaba al gabinete de espera con el escritorio de Duncan.

El complaciente alienista, apenas vió a Mark, se levantó de su sillón y dejó el periódico que estaba leyendo, fastidiado, a juzgar por la expresión

de su semblante, cuando apareció el amigo.

— Ha tardado usted y ya desesperaba de que viniese — dijo a Mark al tiempo de estrecharle la mano —. Pero ¿viene usted solo?

— No; en el cuarto de al lado está la loca.

— ¿Y la ha dejado usted sola?

— Ahora está pacífica. Por este deseo que despachemos cuanto antes: se trata de una joven que por haber sufrido una desgracia el hombre con quien había de casarse se afectó tanto que su pobre cerebro, ya bastante exaltado siempre, acabó de exaltarse por completo. Realmente, no se trata de un caso grave, y si la traigo para ponerla bajo su cuidado es porque durante su ausencia han de solventarse intereses de gran monta. Tan pronto esté solucionado debidamente el asunto, recogeremos a la enferma y...

El médico se echó a reír.

— Al menos — repuso con no menos cinismo que Mark — es usted un hombre claro y preciso en sus cosas... Espero que, una vez ultimado ese arreglo de intereses de que usted me habla, no se olvidará de mis honorarios.

— Ya me conoce usted y sabe que soy hombre que cumple siempre sus compromisos. Cuente usted con que nuestra gratitud se exteriorizará en forma tal que quedará complacido.

— Entonces nada más tenemos que decirnos.

— ¿Admite usted a su nueva pupila?

— Con mil amores.

— No olvide usted la manía de la enferma: El novio herido..., su empeño de verle...

— Desde luego.

— ¿Puedo hacerla entrar?

— Como usted guste.

Salió del despacho Mark y regresó con Luisa, la cual no se extrañó de ver al respetable señor Duncan, que la miró con cierta sonrisa extraña y

se volvió luego de espaldas, como dejando hacer a su amigo.

— ¿Dónde está Davis? — fué lo primero que preguntó Luisa.

— Tranquílese usted. Aunque el estado del herido es aún muy crítico, no quiero privarla a usted del gusto de verle.

— ¿Tan malo está? — insistió ella alarmadísima.

— No, no, tranquilícese; está grave, pero nada más... Ya lo verá usted por sí misma.

Y agregó, dirigiéndose al doctor Duncan, guiñándole el ojo:

— ¿Quiere usted hacerme el obsequio de avisar a la enfermera?

— Con sumo gusto — asintió el médico, quien apoyó el índice de su diestra en el botón del timbre.

A poco se abrió un pasadizo del escritorio, recostándose en el fondo del marco la figura de una respetable matrona, mimbbruda y fuerte.

— Juana — dijo el doctor Duncan —, acompaña a esta señorita a la habitación desocupada del último piso...

— Está bien, señor.

— Vaya usted, hija mía... — excitó Mark empujando suavemente a Luisa hacia la virago.

Alzada, sin acertar a sobreponerse a lo inverosímil de su situación, la joven avanzó hacia la enfermera, quien la cogió de una mano y la atrajo hacia sí, obligándola a penetrar en el pasadizo, al tiempo que la voz de Duncan le advertía:

— Tenga cuidado con ella porque su razón está bastante perturbada.

Demudada, sombría, como si en verdad su razón se hubiere oscurecido, escuchó Luisa la recomendación del médico.

Instintivamente retrocedió como para escapar, pero halló cerrada la salida, pues tan pronto como la enfermera y ella pasaron se había cerrado automáticamente la puerta del pasadizo.

— En, no sea usted niña, vamos... — incitó Juana.

—Pero ¿dónde estoy, señora? ¿Dónde está el señor Davis?...

— Está usted en un manicomio — contestó imprudentemente la locuera — Ahora no le extrañarán ya las precauciones adoptadas para evitar los casos de resistencia. Esto quiero decir que si permanece usted tranquila nada tendrá que temer, pero en caso de rebeldía se la tratará con todo el rigor de nuestro régimen.

Atontada, los ojos salidos de las órbitas, retorciéndose con desesperación las manos, reclamó suplicante:

— ¡Sálveme usted, señora; yo no estoy loca!

Sonrió la locuera, y, contemporizando irónicamente, replicó:

— Mejor será que obedezca usted, joven.

Y tomándola del brazo la obligó a subir la escalera que se arrancaba del final del pasadizo hacia los pisos superiores, mientras Mark se despedía del doctor Duncan y le recomendaba medio en serio, medio en broma:

— Hay que redoblar la vigilancia, doctor, porque quizás la joven intenta fugarse.

— Vaya usted tranquilo, que de aquí no se fuga nadie si... no conviene — contestó el frenopata, enseñando, al reír, sus dientes de lobo.

#### La calentura del león

Largas y tristes transcurrieron las horas para el preso en aquella especie de mazmorra donde le recluyera el maléfico genio del capitán Mark. Más que los personales padeceres exacerbaba la rabia de su vencimiento y de su impotencia la convicción de que, mientras él tragaba espumarajos de bilis y se debatía inútilmente para quebrantar el yugo a que le unieran, se cumpliría la amenaza del bandido, y de que, a su vez, Luisa y su padre serían víctimas de la ambición y falta de escrúpulos del pirata terrestre.

Inútil es decir que pugnó por romper las ligaduras que le inmovilizaban piernas y brazos, pero no pudo deshacerse de ellas.

En las primeras horas de su prisión la cólera le cegó completamente, y ya que no le era factible destigarse de sus ataduras, prorrumpió en blasfemias y amenazas inútiles que movieron a risa a sus guardianes.

Los cuales, instalados en el inmediato tabuco y separados de él sólo por la cerrada puerta, prorrumpían en grandes risotadas a cada terno o vana intimación que profería el cautivo.

Poco a poco cesaron los apóstrofes del prisionero, e intranquitos, más por el silencio del preso que por sus extinguidas amenazas, los carceleros abrían de vez en cuando la puerta del improvisado calabozo para comprobar que el secuestrado continuaba en su sitio.

Pero la mudanza de Davis no obedecía a repentina postración, a enflaquecimiento del ánimo. Era modorra, era producto de la calentura del león, que, cuando se aquietó la sangre vigorosa, alborotó el cerebro, forzándole a trabajar sin tregua ni medida para solucionar favorablemente aquella penosa crisis.

Como estaba a oscuras, prestaba atención al vocerío que procedía del cuarto adyacente y, por la charla de sus guardianes, colegía aproximadamente el tiempo que duraba ya su encierro.

Hubo un momento en que todo su ser se enardeció. Fué cuando oyó una voz, ya muy conocida suya, la voz de Mark, quien, de regreso de su expedición al manicomio de Duncan, se había personado en el escondrijo de Whitechapel para constatar si el pájaro seguía en la jaula y si los adláteres suyos cumplían su misión con el celo debido.

Notó Davis que la puerta de su encierro se entresabía y que asomaban por el espacio libre una mano sos-

teniendo una vela y la cabeza de Mark, cuyas miradas escudriñadoras se posaron en la sedente figura del preso.

Eduardo, esforzándose en ello, se mostró tranquilo, hasta fingió dormir; y, engañado el capitán por aquella quietud, dijo a sus hombres:

— Ya le hemos cortado los espalones a este gallito... Los valientes y el buen vino duran poco.

Todos rieron la ocurrencia del capitán. Davis se mordió la lengua para que no soltase la réplica que en la punta de aquella tenía.

Afortunadamente, pues de haber durado más la escena no habría podido contenerse, se cerró la puerta, desapareciendo la mano y la cabeza de Mark.

Al par que el golpe de la puerta al cerrarse oyó Davis estas palabras, pronunciadas por el bandido:

— Por ahora no hay cambio de plan: seguid vigilando y mañana resolveré definitivamente lo relativo a ese hombre. Mucho ojo y cuidado con que os juegue alguna trastada.

El leve rumor de los pasos de Mark indicó a Davis que el jefe de la banda se marchaba del casuco.

Ruido de platos y botellas anunció luego al preso que sus guardianes se entregaban a los placeres de la mesa y sintió que se le despertaba el apetito, no obstante el espléndido yantar que trasegara al estómago en casa de Bradley.

Asimismo observó que sus carceleros, ya de sobremesa, mataban el ocio de los dientes tirándole de la oreja a Jorge y, por último, percibió que a las palabrotas y juramentos con que los adeptos de Mark acompañaban sus pérdidas o ganancias se substituyeron monótonos ronquidos indicadores de la paz octaviana reinante en aquellos momentos sobre el casucho de Whitechapel.

Probó de nuevo Eduardo a romper sus ligaduras, pero éstas resistieron.

— ¡Paciencia! — murmuró el jo-

ven —; esperemos a que sea de día, a que la claridad expulse de aquí estas tinieblas que me son aún más hostiles que esos canallas que roncan.

Y consolado así, trató también de conciliar el sueño.

...

Amanecía. Una claridad lechosa penetraba por los sucios cristales que cubrían el ventanuco, único respiradero del cuarto que servía de prisión a Davis.

El joven había abierto los ojos e inspeccionaba los objetos contenidos en el local a la indecisa luz que proyectaba el hueco abierto al exterior.

Habíase incorporado penosamente.

Su cabeza bullía. Sus vigorosos pulmones se resistían a funcionar en aquella atmósfera viciada. Su corazón, henchido de cólera, le impulsaba a las más descabelladas resoluciones.

El fundado temor de que Mark hubiese cumplido la amenaza que insinuara contra Luisa Bradley infundía asimismo enorme desasosiego.

Pero su férrea voluntad, su valor temerario, la fortaleza de sus miembros estaban aherrajados, inermes.

Y, sin embargo, había que obrar; era llegado el momento de poner a contribución el ingenio y la osadía para burlar otra vez el cautiverio del pirata.

Los dilatados ojos de Eduardo revistaron insistentemente, uno por uno, los diversos objetos y muebles que decoraban la habitación; al fin se fijaron en el modesto lecho de hierro que ocupaba uno de los testeros del cuarto. La cama estaba sin hacer, quedando al descubierto el enrejado de láminas de hierro que suplía al somier.

Una idea embrionaria aún se aposentó en el cerebro de Davis. Los malhechores habíanle atado desde los tobillos hasta la cintura, pasando luego la cuerda por ésta, a modo de cinto, para sujetar los brazos a los

costados y rematar en un pequeño dogal que aprisionaba las muñecas.

La disposición de las ataduras impedía al joven toda acción, salvo la de los antebrazos.

Parecía, pues, imposible que se desatase.

Antes de llevar a la práctica la idea informe que vislumbraba su caletre hizo un poderoso esfuerzo para quebrantar o aflojar los lazos que le sujetaban, pero nada consiguió.

En vista de ello, arriesgóse a ejecutar su pensamiento. Yacía, como se ha dicho, en el suelo, sobre las espaldas; varió de posición y quedó tendido boca abajo. De esta guisa y con dificultades extraordinarias comenzó a reptar en la dirección del lecho. Grandes gotas de sudor inundaron su rostro, rojo del esfuerzo. Poco a poco, con desesperante lentitud, fué ganando el espacio que le separaba de la cama, hasta que tropezó con las patas de ésta. Entonces colocóse en posición supina y en sentido perpendicular al lecho, con la cabeza del lado de éste, y alzando cuanto pudo los antebrazos pasó las manos por entre el enrejado del *somier*, acercó las ligaduras a uno de los hierros y frotó las cuerdas contra aquél, con toda la fuerza y la rapidéz que su incómoda postura le consentía.

Más vale maña que fuerza, dice el refrán, aunque siempre es mejor que vaya la una de la mano de la otra, como lo probaba el ejemplo de Eduardo.

A costa de algunos desgarrones en la propia piel y sobre todo de insistencia y energía, consiguió Davis que el hierro mordiera la cuerda y la fuese segando lentamente: obtenido este primer objetivo, el secuestrado cesó en la dolorosa operación, contrajo las muñecas con vigor inusitado, saltaron rotas las ligaduras y quedaron libres las manos.

Con las manos disponibles ya, la esperanza dió nuevos ánimos al valiente muchacho. Aun le costó tra-

bajo el deshacer los nudos que oprimían los antebrazos y romper el trozo de cuerda que le ceñía la cintura, pero lo logró también; el resto fué cosa de cinco minutos.

Desamarrado al fin, de pie y más seguro que nunca de sí mismo, revisó con detenimiento el calabozo. Lo que primero llamó su atención fué el armario y a él se dirigió, abriéndolo y examinando su contenido.

Vió allí sinnúmero de trajes de paisano y de uniforme, harapos de uso indescifrable, pelucas, un verdadero guardarropa de cómico.

Pronto se figuró el empleo a que estaban destinados a aquellos objetos y sonrió despectivamente. No obstante, revolvio el montón de trastos. Buscaba un arma y no la halló.

Cerró el armario y meditó sobre la mejor forma de intentar la evasión. Desde luego pensó en la ventana, pero la altura y la pequeñez de ésta dificultaban su utilización, tanto más cuanto tras la puerta de cristales existía una reja que habría tenido que arrancar para fugarse por allí.

Renunció, pues, a aquel camino y se dijo que no había otro recurso que el de acometer de frente, saliendo por la puerta de la estancia.

Resuelto a acogerse a esta solución, tornó al sitio donde le arrojaran agarrotado los bandidos, y se colocó en la posición en que éstos le dejaran. Así pensó aguardar a que aquéllos despertasen y a que entraran para comprobar que el pájaro seguía en la jaula, aprovechando entonces el momento de sorpresa que había de causarles el verle desatado para tentar la escapatoria.

Algunos rumores procedentes del tabuco inmediato le anunciaron el despertar de sus guardianes.

— ¡Ya era hora! — profirió entre dientes el joven.

Aun discurrió algún tiempo antes de que la puerta del cuarto se abriese.

— ¡Duerme como una marmota! — afirmó uno de los carceleros.

— Pues dejémosle que duerma... ya nos dará la serenata cuando despierte.

Davis, preparado a incorporarse en cuanto volviesen la espalda los dos miserables, no hizo un gesto ni un movimiento que sacase a aquellos de su error.

Esta quietud motivó que los visitantes iniciaran el retorno a su departamento, pero no tuvieron tiempo de llegar a la puerta, transponerla y cerrarla.

El prisionero se alzó violentamente, asió una de las sillas que había en la habitación y, fiado en su fuerza hercúlea, acometió a sus carceleros decidido a abrirse paso.

La lucha fué breve. En primer lugar la sorpresa recibida al ver alzarse y atacarles al hombre que creían bien trincado, y, en segundo término, la sugestión miedosa que les infundía la fama del mancebo, hizo que los vigilantes no extremasen la defensa. Además, de los cuatro hombres que eran dos quedaron fuera de combate a los primeros golpes, con la cabeza abierta por los silletazos de Davis, quien aun esgrimía uno de los barrotes de la silla a modo de maza, teniendo a raya a los otros dos bandidos que persistían en detenerle.

De este modo pudo atravesar el resto del piso, bajar la escalera y llegar al jardín. Ya iba a abrir la puerta de la calle cuando uno de los contrarios se le echó encima y le sujetó por los brazos; pero Davis se lo sacudió con un simple movimiento de los hombros, como el jabalí a un perro pegajoso.

El caído quiso levantarse y perseguir aún al fugado, pero ya era tarde Davis traspuso la puerta de la casa, inspeccionó con breve ojeada el edificio y la calle para que no se le desmintieran, y luego echó a andar apresuradamente en demanda de una parada de carruajes de alquiler.

El truhán no osó continuar la persecución de Davis en la vía pública,

y tornó a su tugurio avergonzado, temblando de presentarse con las manos vacías ante su terrible capitán.

Entretanto Davis se trasladaba en un coche, y lo más de prisa posible, a la casa del químico, la que en vez de estar cerrada a piedra y lodo, que era lo lógico, dada la hora, halló accesible y llena de perturbación. Dejó el carruaje, pagó al cochero y entró en el hotel.

...

Todo andaba revuelto en aquella mansión. Los criados, con la hipocresía peculiar del oficio, fingíanse desorientados, embargados por honda emoción, decaídos, cuando en realidad relan en su interior y se alegraban, si no del mal de sus amos, del que podían tocar las consecuencias, del hecho que de repente alteraba la monotonía de aquel hogar apacible y ordenado siempre.

— La señorita ha desaparecido.

— El señor está como loco.

— ¡Qué desgracia, señor!

— ¿Pero no está usted herido?

Estas diversas frases, formando algarabía, en que fué acogido Davis al entrar en el hotel, sirvieron de acicate a su angustia.

Apartando del paso a los criados, fué directamente a las habitaciones de su futuro suegro, al que encontró abatido, lloroso, con esa pusilanimidad de los hombres cuya inteligencia es toda acción y cuyo cuerpo carece de aptitud para realizar un esfuerzo mínimo.

Al ruido que produjo Eduardo al personarse en el despacho, el químico, que, sentado en un butacón, apoyaba los codos en las rodillas y la barba en las palmas de las manos, contemplando absorto el suelo, irguió la cabeza, vió a Davis y estupefacto exclamó:

— ¡Tú!...

Y luego, abandonando el sillón

y estrechando fuertemente las manos de Davis, preguntó:

— ¿Dónde está Alicia?... ¿Por qué no te acompaña?..

— ¡El miserable ha cumplido su amenaza!... — profirió amargamente Davis.

— ¿Quién es el miserable?... ¿De qué amenaza hablas?... — inquirió muy agitado el bueno de Brandley.

— Del jefe de la jauría que ha soltado contra nosotros el canalla de mi tío Raleigh...; pero calma, señor Brandley; veo que precisa una explicación, pues no nos entendemos el uno al otro. Hable usted.

El señor Brandley refirió a Eduardo todo lo acaecido horas antes, la salida de Luisa so pretexto del accidente de su novio; la visita de la doncella anunciándole la agravación de la viuda de Davis; las pesquisas inútiles que él hizo para encontrar la clínica del doctor Hoppink; su regreso a casa y su desesperación al apreciar la falta del pergamino que dejara sobre la mesa del laboratorio, y, en fin, la noche horrible que había pasado, siempre creyendo que de un momento a otro llegaría Luisa y sin que la pobre joven apareciese.

A su vez contó Davis, en cuatro palabras, su secuestro, los demás incidentes ya relatados y, a seguida, se expresó así:

— Lo que pasa es el resultado de una vil intriga, muy propia de Mark; por ella hemos venido en conocimiento, y no es este detalle para despreciado, de que María, la doncella de mi abuela, es cómplice de Raleigh y de Mark y que entró ya en el castillo con propósitos poco loables; esto demuestra que la persecución de que somos objeto data de tiempo. Ahora bien: como es de suponer que María no ha regresado al castillo, porque su propia conveniencia se lo vedó, es aquí, en Londres, donde hay que desentrañar la madeja, y juro a Dios que la desentrañaré hoy mismo.

— ¿Qué piensas hacer?..

— Volver al cubil de donde me he escapado; de grado o por fuerza, aquella gentuza me dirá dónde puedo entrevistarme con Mark o con María, y si topo con uno u otro, hablarán, no han de hablar!... Sabremos el paradero de Luisa y la libertaremos.

— Tienes razón; ese es el camino...

— En cuanto al documento, no cabe duda de que se lo robó a usted la doncella, y una de dos: o lo tiene en su poder o se lo ha dado ya a Mark; de todos modos sólo lo rescatemos viéndonos las caras con el capitán o con su cómplice.

— En efecto.

— Pues no hay que perder un segundo... Adiós, padre mío...

— ¡Oh, no! Yo te acompaño...

Davis abrazó al azorado viejo y le dijo:

— No; usted se queda aquí... Seguramente habrá usted avisado a la policía...

— Confieso que no se me ha ocurrido...

— Mejor...

— ¿Tú crees?..

— Por ahora sí; aplacemos el reclamar su ayuda hasta ver el resultado de mi expedición. Si pasa el día sin que tenga usted noticias nuestras, mande aviso a Scotland-Yard. Pero yo confío, no sé por qué, una corazonada quizás, en que venceremos.

— ¡Qué bravo eres, hijo mío!... — exclamó ingenuamente el químico.

— ¡No he de serlo, si me juego mi amor y mi fortuna!... — contestó con naturalidad Davis.

...

Después de rogar al señor Brandley que telefonase a Davis-House pidiendo noticias de la enferma y encargando a Tomás que, de presentarse María en el castillo, la pusiese a buen recaudo, Eduardo salió del hotel dispuesto a meterse en la boca del lobo con tal de obtener un indicio, la más pequeña guía útil para investigar el paradero de su Luisa.

La calentura que le atacara en el casucho de Whitechapel cuando se debatía impotente para recuperar su libre acción se posesionó de él otra vez y en mayor grado. Dominado por aquella intensísima fiebre, de su gran corazón nacida, sentíase capaz de desafiar con la fuerza de sus puños al mundo entero, de oponerse al mundo a la realización de su caballerescas empresa.

En tal temple se separó del químico y ordenó a un criado que sacase a la calle el automóvil de Brandley.

En el que montó acto seguido y emprendió su peregrinación en pos de la dueña de sus pensamientos.

Corrió como un loco hasta las cercanías del antro de Mark, en las cuales, reprimiendo el ímpetu avasallador que le acuciaba, moderó mucho la marcha, y hasta él mismo, cediendo a la prudencia, adoptó un aire cauteloso y registró con mirada avizorante los lugares y a los pocos transcurridos que deambulaban por allí.

Este régimen previsor le valió de mucho en aquella circunstancia, pues gracias a su receloso cuidado pudo advertir que a unos cuantos metros delante de su automóvil caminaba, por la acera izquierda, una mujer cuya figura le recordó inmediatamente otra muy conocida. La mujer andaba muy de prisa, y esta prisa y aquel recuerdo así como la proximidad de la casuca, feudo de Mark, hicieron que acudiera a los labios del joven el nombre de María.

— Ella es — se dijo —; no la perdamos de vista y, si por el hilo se saca el ovillo, por ella llegaré yo a los brazos de mi amada.

Con más precauciones aun que antes continuó avanzando hasta la esquina de la calleja en que estaba enclavada la que fué su prisión; allí bajó del coche y, pegado a las paredes o muros de cierre de las casas, siguió hasta la de Mark, en el interior de la cual desapareciera ya María.

Sin plan concreto, pero resuelto a

penetrar en el chamizo, Eduardo no se detuvo hasta la entrada misma del edificio, y si se paró allí fué porque, a través de los hierros y alambres de la puerta, vió que María no había pasado del jardín, donde muy contrariada, si no mentía la expresión del semblante, conversaba con uno de los corifeos del capitán.

No se equivocaba Davis en sus hipótesis.

En efecto, María, apenas amanecido, dejó la sospechosa casa de dormir donde se recogió aquella noche y fué al sitio donde creía encontrar, de vuelta de su expedición, al capitán, quien, según se ha indicado, si bien estuvo en su refugio de Whitechapel, tan pronto como recluyó a Luisa en el manicomio de Duncan, se retiró después de convencerse de que el prisionero no había quebrantado los cerrojos de su cárcel.

Grande fué, pues, el disgusto de la celosa al enterarse de la ausencia de Mark y de la fuga del hombre tan amado antes y tan odiado entonces.

— El señor Mark estará, según creo, en el manicomio de Duncan; lo más práctico es, pues, si quiere verle, que vaya usted allí — contestó a sus requerimientos uno de la pandilla.

— De todos modos, dígame usted al capitán, si viene, que me espere aquí y que me advierta de lo que me encargó — repuso la doncella.

Dicho esto, salió de la casa y desanduvo lo andado hasta embocar la calle donde Eduardo parara su automóvil.

La preocupación de María por la fuga de Davis le impidió notar la estancia del solitario carruaje y asimismo que le pisaba los talones el doncel objeto de su animosidad.

El mancebo, que apenas si tuvo tiempo de apartarse del umbral de la hedionda vivienda, al ver que se marchaba la ex doncella de Davis House, se imaginó, por los gestos de los interlocutores en el jardín, ya

que no llegó a sus oídos palabra alguna del breve diálogo, que María iba en demanda de su jefe y que, por consiguiente, había que seguirla la traza y desistír de toda otra gestión cerca de los que fueron la pasada noche sus guardianes.

Montó en el auto, dejó que María le ganase buen trecho, seguro como estaba de que no había de perder la pista, y púsose en marcha despaciosamente, ajustando su itinerario al de la ladrona del pergamino.

La cual sólo anduvo el espacio que medió entre la calleja, tantas veces mencionada, y la primera parada de taxis con que se topó.

Instalóse en uno de los autos, dió unas señas al chofer, y el carruaje partió al máximo de la velocidad permitida en el recinto de la capital de Inglaterra.

— ¡Esto cambia de especie! — exclamó alegremente Eduardo al observar la maniobra de María —. Creo que estamos en el principio del fin.

Y, a su vez, aceleró la marcha, pero manteniéndose bastante atrás del auto al que perseguía.

En esta forma salieron de Londres y rodaron por la carretera en las inmediaciones de la cual estaba el manicomio de Duncan.

El gran tráfico circulante que en la carretera había a aquella hora matinal obligaba a los autos a caminar menos de prisa de lo que sus conductores hubieran querido, pero, en compensación, por lo menos para Davis, ese mismo tráfico favorecía su propósito de no inspirar sospechas y le proporcionaba mayores probabilidades de éxito.

Cuando Eduardo se impacientaba ya un poco más de lo regular preguntándose hasta dónde le llevaría la avispada damisela, se detuvo el automóvil en que ésta iba. En seguida disminuyó Eduardo la marcha del suyo y atalayó a su adversaria. Vió como ésta pagaba y despedía al chofer y cómo, seguidamente, se

apartaba de la carretera y, doblando hacia la izquierda, atravesaba la corta calzada que unía la puerta principal del manicomio de Duncan con la carretera, cómo hacía sonar el timbre de aquella y cómo, a poco, le abrían y entraba en la fea y grande construcción cuyo objeto y destino ignoraba Eduardo.

Prescindiendo ya de toda precaución se aventuró también Davis en la calzada, y luego, pasando de largo ante la fachada del manicomio cuyo gran letrero vió y leyó, rodeó el edificio y fué a detenerse junto al muro que cerraba el parque por la parte posterior del manicomio.

Saltó al suelo. En su rostro juvenil retratábase la ira y, al par, el gozo.

La lectura del letrero le suministró la clave del enigma.

— Si — decía —, el canalla, mediante algún subterfugio que no adivino, la trajo aquí; ahí está ella — añadió señalando las ventanas de los pisos altos cuya visión no impedía el muro —. Pero no estará por mucho tiempo, ¡oh, no! Aunque me cueste la vida yo entraré; no sé por dónde, pero entraré.

Y enardecido por sus propias palabras, pronunciadas en alta voz como si apostrofase a invisible enemigo, intentó y realizó sin grandes trabajos el escape de la cerca de mampostería. A caballo sobre el coronamiento del muro, estudió un momento el terreno en el que debía operar, especie de parque y jardín bastante silvestre y en el que, por lo que pudo apreciar, no se ejercía vigilancia alguna.

Como en toda operación de guerra suelen ser los pies de los soldados los que deciden la victoria, esto es que la rapidez y la movilidad determinan la sorpresa y, por ende, la demoralización del enemigo y su derrota, Eduardo, sin preguntarse por dónde habría de salir, tanto si fracasaba como si le sonreía la for-

tuna, se lanzó desde el muro al jardín, en el que cayó de rodillas. Irguióse en seguida, escrutó las cercanías y después adelantó a paso de lobo hasta tocar las paredes del edificio.

Allí se detuvo para hacerse cargo de la disposición del lugar. Había casi junto adonde estaba varias puertas, cerradas todas; no podía, pues, pensar en violentarlas so pena de caer en manos del personal del establecimiento. Tenía que aguzar el magia y encontrar la manera de introducirse de ocultas.

Se separó un poco de la pared y contempló durante algunos minutos aquella ala del manicomio. Llamóle mucho la atención el sinnúmero de hileras de ventanas que se abrían al exterior; notó que algunas estaban obstruidas con barrotes de hierro y que las más tenían vidrieras.

— ¿Dónde estará? ¿Cuál de esas ventanas será la suya? — se preguntó el joven, un poco abatido.

Se esforzó para resistir aquel amago de pusilanimidad y aplicó todas sus potencias a la consecución del objetivo propuesto.

Mal se presentaba el asunto; el acceso al interior del manicomio no era posible a menos de probarlo utilizando la ancha tubería de hierro que se hundía en el suelo y remataba en el tejado, tubería destinada a recoger las aguas pluviales y las aguas sucias de los dos pisos de que constaba la edificación por aquel lado.

La tubería sujeta a la pared de trecho en trecho por fuertes abrazaderas ofrecíase como una escala, menos que sumaria, al andaz que se atreviese a izarse por ella.

Eduardo no dudó; verdad es que tampoco había la duda: o herrar o quitar el banco.

— Pero — se preguntó — ¿me favorecerá la suerte hasta el extremo de que una de esas ventanas tan próximas a la tubería y tan fáciles de asaltar corresponda al encierro

de Luisa? ¿Estará Luisa realmente aquí?...

Con esta zozobra del ánimo inició la subida.

Afirmar que la realizó fácilmente fuera mentir. Le costó mucho, sobre todo cada vez que, ejecutando prodigios de gimnasia, procuraba asomarse a las ventanucas próximas para columbrar siquiera lo que dentro de aquella casa sucedía.

Ninguna de estas observaciones pareció contentarlo, puesto que no interrumpió su ascensión hasta el piso segundo, el último del edificio.

A uno y otro lado de la cañería se abrían dos ventanas, a distancia de medio metro aproximadamente, y a poco más de uno por bajo de aquéllas corría una angosta cornisa. Era fácil curiosar por las ventanas desde fuera sin soltar la tubería. Así lo hizo Davis; primero se asomó a una, luego a la otra y después...

Después su puño rompió el cristal de la última, se aferró al marco, saltóse el hombre de la tubería, después de apoyar un pie en la cornisa, y, cual uno de esos contorsionistas que admiramos en los circos, se deslizó por el hueco como una sierpe, como si su cuerpo fuera de goma.

Un grito de alegría y un alarido de dolor sucedió a la extraña introducción de Davis en el manicomio de Duncan.

#### Las dos rivales

Cuando María se presentó en el despacho del director de la casa de locos estaba convencida de tropezarse con Mark a las primeras de cambio.

No ocurrió así, sin embargo.

La ausencia del capitán la cohibió bastante.

Ello no fué obstáculo para que mirara descaradamente al doctor Duncan, que, después de haberla saludado con leve inclinación de cabeza, la contemplaba en silencio, esperando la explicación de la visita.

— Perdone usted, señor, que le moleste — dijo con acento suave y halagador —. ¿Sería usted tan complaciente que me informase de si está aquí el señor Mark?

El médico arrugó el entrecejo. El nombre de Mark le recordó el sucio negocio en que se había metido, y temiendo que la joven fuese en son de guerra como amiga o familiar de la supuesta loca recluida la noche antes, contestó con mal modo:

— No he visto al señor Mark hace mucho tiempo.

Maria se echó a reír.

El médico adoptó una actitud severa.

— Todo lo más, todo lo más hace unas horas — replicó ella con retintín, y en seguida, percatándose de que el señor Duncan desconfiaba de ella y con razón, procuró tranquilizarle diciendo:

— Soy amiga del señor Mark, y si he venido aquí es porque él me había citado en este sitio para terminar el asunto de la señorita loca que ingresó en este establecimiento la noche pasada.

Duncan miró con más atención a la chica.

— ¿De modo que está usted enterada del caso?... — preguntó con tono que revelaba su deseo de sondear a la confidente de Mark.

— En efecto, señor; pero me permitirá usted que calle por ahora; supongo que Mark le habrá informado de todo lo necesario... ¿Verdad, señor?... — agregó con ingenuidad que tenía toda la apariencia de una burla.

El médico se mordió los labios y no insistió.

Por la mente de Maria pasó, como un relámpago, una idea que la estremeció de placer. ¿Por qué no aprovechar la coyuntura para recrearse con el tormento de su odiada rival y apabullarla, además, refregándole por las narices el ambicionado pergamino de Kidd? — se dijo.

Realmente era tentadora la suges-

ción de su maligno espíritu. ¡Ea tan sabrosa la venganza! ¡Ápetece tanto el corazón mezquino la humillación de todo aquello que lo es superior!...

Solazábase ya sólo con la posibilidad de proporcionarse tan intenso goce, cuando el doctor le preguntó:

— ¿Cree usted que vendrá el señor Mark?...

— Creo que sí — afirmó ella.

— ¿Y piensa usted esperarle?...

— Si usted me lo permite...

— No hay inconveniente por mi parte.

— Entonces, ya que es usted tan amable, me atreveré a pedirle otro pequeño favor.

— Usted dirá.

— ¿Sería posible que vieses yo a nuestra pobre loca?...

Otra vez se pintó el recelo en el semblante del doctor.

— Me pide usted demasiado, señorita... — repuso hosco.

— Veo — contestó ella plácidamente — que desconfía usted de mí, señor, y hace usted mal. Mark y yo somos como carne y hueso, y crea usted que si pretendo ver a la loca quizás sea simplemente por la necesidad que tanto Mark como yo — afirmó subrayando el yo — tenemos de convencernos de que la enferma permanece realmente en su celda.

El médico calló un momento, miró con fijeza a Maria y, luego, contestó, al par que se encogía de hombros:

— Si es como usted dice, no hay obstáculo por mi parte en que vea usted a mi pupila. Solamente he de advertirle que si es fácil entrar en esta casa es muy difícil salir de ella. No lo olvide usted y procure que la enferma comprenda también el sentido de la advertencia que acabo de hacerle.

Maria inclinó la cabeza con gracioso mohín y replicó:

— Quédese tranquilo, doctor: en seguida despacho. Le ruego que si viene Mark me avise.

— Así lo haré. Ahora sírvase acompañarme.

Se levantó de su poltrona, llegóse hasta la puerta del despacho que comunicaba con el interior del manicomio, oprimió determinado sitio del marco de la puerta y ésta se abrió automáticamente.

— Pase usted — invitó a María, cediéndole el paso.

Obedeció la doncella y, guiada por el doctor, subió hasta el segundo piso, donde aquél la dejó en manos de Juana, la loquera, quien se apresuró a conducirla hasta la celda de Luisa.

— Tenga usted cuidado — le advirtió al franquearle la entrada —, porque esa joven está muy excitada hoy; no ha dormido en toda la noche; tan pronto lloraba desesperadamente como entregábase a los más furiosos arrebatos. No sé cómo no me ha puesto hecha un *eccehomo*; tentada estuve a ponerle la camisa de fuerza; pero me dió lástima; estaba tan bonita!...

...

Tendida sobre una pequeña mercediana que junto con una camita de hierro y un lavabo, ambos muebles empotrados en la pared, formaban todo el mobiliario de la celda, estaba Luisa Brandley.

La desgraciada joven había pasado una noche horrible, como ya dijo la loquera a María.

Al verse en la celda trató, en un principio, de convencer a Juana de la violencia y del abuso que con ella se cometía; luego, al notar la insensibilidad de la asistenta que, acostumbrada a las eternas manifestaciones de los perturbados, sólo veía en la agraciada muchacha a una infeliz sin seso, rompió en amargas protestas que se trocaron en seguida en amenazas y, más tarde, en agresiones, fácilmente contenidas por la vigorosa matrona.

Esta empleó con ella el mismo

régimen que con las demás desgraciadas recluidas allí para el recobro de la salud, si es que no existían otras como Luisa, como autorizaba a suponerlo la elasticidad de conciencia del director del manicomio.

La trató con dulzura al iniciarse el acceso, se puso seria después y, por último, recurrió al argumento más convincente: el de la fuerza, que tampoco le habría servido si la debilidad nerviosa de Luisa no hubiese ayudado a la loquera, solucionando la crisis con un aplanamiento completo del cuerpo y del espíritu.

La señorita Brandley creyó volverse loca de verdad entre aquellos muros; pero, al propio tiempo, se sintió vencida y sólo se atrevió ya a levantar los ojos a Dios y a desahogar su dolor y su oprimido pecho con un torrente de lágrimas.

Como si la oración y el llanto hubiesen obrado en ella cual poderoso calmante y, al par, como suave beño que adormeciera el bullicio de sus pensamientos incoherentes y de sus nervios desquiciados, poco a poco sumióse en profundo sopor, y, al cabo, quedóse como traspuesta.

Así la encontró María cuando penetró en la celda cuya puerta entornó, pensando retirarse en seguida.

Al ver a su rival, siniestra sonrisa desplegó sus labios sensuales, de un rojo casi amoratado.

Allí estaba, a su merced, la orgullosa miss cuya hermosa cabecita no habría quizás concebido siquiera que una criada osase poner los ojos en el hombre a quien ella distinguía con su afecto.

Sin embargo, no pensaba María encontrar a la prometida de Eduardo en aquella forma. Hubiera querido hallarla de pie, encendida en cólera o muerta de miedo, para reñir con ella o despreciarla.

De ahí que se sintiese confusa e indecisa.

La durmiente hizo un ligero movimiento que notó la ex doncella.

María se aproximó entonces a la reclusa más sonriente que antes, como si algún espíritu demoníaco le inspirase el procedimiento para obtener lo que se había propuesto, y con su tono más melifluo dijo, al par que con una de sus manos sacudía ligeramente el postrado cuerpo de Luisa:

— ¡Señorita, señorita!...

María acechó anhelante el despertar de la joven.

Se agitó un poco la durmiente y en seguida recobró su quietud.

Insistió la amiga de Mark, alzando la voz y moviendo más fuertemente a Luisa. Esta abrió los ojos al fin, los cerró otra vez, como si le ofuscase la luz de día, y luego, incorporándose un poco, preguntó:

— ¿Quién me llama?

— Yo, señorita Luisa... María...

Este nombre obró en la señorita Brandley como si le hubiesen aplicado una corriente eléctrica. Púsose en pie y tomando una mano de María atrajo a ésta hacia sí como para verla mejor.

— ¡Tá... tá! — exclamó —. ¡Entonces estoy salvada!...

Toda la esperanza de Luisa se esponjó como mustio rosal al contacto del agua bienhechora.

Pronto hubo de reconocer su error.

Luisa se dijo: si María ha venido es porque Eduardo no está lejos; olvidando el importantísimo detalle de que fué María quien la sensacó con mentiroso pretexto para ponerla en manos del falso doctor.

Pero María se encargó de recordárselo.

A la exclamación de la novia de Eduardo, tan jubilosa y alegre, contestó con una carcajada sardónica, apartándose bruscamente de la cautiva y lanzándole al rostro con ultrajante expresión estas palabras:

— Me parece que ahora está usted más perdida que nunca.

Los azorados ojos de Luisa denotaron su estupefacción.

— ¿Cómo?... ¿Qué has dicho?...

— replicó casi inconscientemente.

— Digo y repito que está usted ahora más perdida que nunca. Yo no he venido a salvarla, ni espere usted de mi ayuda ni consuelo porque... la odio.

Luisa pasó sus manos por la fría frente, creyendo que la escena era un aborrecible engendro de su fantasía alterada y no un hecho real y positivo.

— ¿Que me odias?... — repitió con voz opaca, sin timbre —. ¿Por qué?... ¿Qué te he hecho yo para que me odies?...

Y se quedó mirando atenta, pensativamente, a aquella otra mujer en cuyos ojos brilladores relucían las lucecitas de la cólera y del despecho.

— ¿Qué me has hecho para que te odie?... Me has quitado al hombre a quien amaba; me has humillado ante él; mientras tú eras la linda señorita a quienes todos ponían sobre sus cabezas y halagaban a porfía, era yo la pobre criada para quien no había palabra dulce ni obra buena; mientras todo contribuía a que refulgiese tu hermosura para deslumbrar al hombre a quien quería yo, todo de consuno me condenaba a la obscuridad a que en un rincón me reconcomiese de celos y de rabia contemplando tu triunfo y contrastando mi vencimiento... ¡Oh, sí, te odio, te odio con toda mi alma! ¡Con qué gusto cogería entre mis manos esa cabeza que él adora y la destrozaría, con mis uñas y mis dientes, hasta convertirla en asquerosa piltrafa a cuya vista huyera él lleno de asco!... ¡Creo tá que sólo vosotras tenéis corazón, porque sois ricas, porque ocupáis una posición social más elevada?... No; también nosotras lo tenemos, y ya ves si nuestras pasiones son terribles, que mi odio, mis celos, mi anhelo de venganza te han traído aquí.

Calló un instante la arpia. Estaba

espantoso su semblante; todo el virus venenoso de su sangre y de su alma se asomaba allí en aquellos instantes.

Al comienzo del exabrupto de la ex doncella, Luisa retrocedió atemorizada. Luego se serenó: conforme avanzó aquella en su apóstrofe virulento fué irguiéndose, sonrió, y cuando terminó María su catilinaria se limitó a decir, sin que se apagase la sonrisa de sus labios:

— Creo, hija mía, que has hecho bien en venir a esta casa. Realmente está aquí tu sitio.

Esta fría y acerada respuesta irritó más aún a la ayudante de Mark, que esperaba ver a su rival humillada y temblorosa.

— ¡Sí, estoy loca, loca de ira; yo debiera estar aquí, como tú dices; pero serás tú quien se quede... Además, si te hiciste la ilusión de que alguien, él, vendría en tu socorro, despiéte de ella... Eduardo está en nuestras manos, como tú... y el pergamino también...

— ¡Mientes! — gritó Luisa desenfajada...

— ¡Aquí tienes la prueba! — repuso triunfalmente María, sacándose del seno el pergamino y mostrándolo a los asombrados ojos de su rival.

— Pero él, él... — balbució la prisionera.

— Pregúntaselo a Mark — contestó secamente su interlocutora —. ¿Ahora quién vendrá en tu socorro?... ¿Quién te sacará de aquí?...

— ¡Dios!... — afirmó Luisa con la resignación del mártir.

— ¡Y yo! — profirió una voz sonora que heló la sangre en las venas a María y dilató con divina sonrisa el rostro de la señorita de Brandley.

Era la voz de Eduardo, que acababa de entrar en la celda deslizándose por la ventana, y que antes de que se repusiera María y huyese le ganó la acción, precipitándose sobre ella y arrebatándole el perga-

mino que aun conservaba en la mano la celosa.

Hecho esto la arrojó de un manotazo contra la meridiana, yendo a caer la joven sobre el mueble después de chocar su cabeza contra la pared.

Luisa, al ver un hilillo de sangre en la frente de María, quiso acudir en su auxilio.

Eduardo no lo consintió.

— No tiene nada — dijo —: aprovechemos su ligero desmayo para huir, sino alborotará la casa y se nos echarán todos encima.

— ¿Pero cómo?

— La puerta de la celda está abierta... Es preciso que salgas de aquí pasando por María; ponte su capa y su gorro, y con cachaza, con muchísima serenidad, te haces acompañar por algún loquero hasta la puerta del manicomio. Yo me retiro por el mismo camino que he traído...

Luisa no respondió: aproximóse a María y le quitó las prendas que indicara Eduardo.

Se las puso luego y se encaminó hacia la puerta de la celda.

En aquel momento María alzóse hecha una furia y comenzó a gritar, pugnando por acercarse a la puerta.

— ¡La señorita Brandley se escapa!...

— ¡Vamos y sea lo que Dios quiera! — exclamó Eduardo, que empujó a su amada hacia fuera y la siguió, renunciando a su primitivo plan.

Como Luisa recordaba el camino que anduviera la noche anterior cuando la condujeron a la celda, indicó a Davis los lugares que habían de recorrer.

Pero ya la alarma había cundido cuando llegaron al primer piso, y al ir a bajar la escalera que conducía al despacho del médico se abrió la puerta de comunicación y apareció Duncan escoltado por dos loqueros.

El médico gritaba:

— Juana, venga usted en seguida, ¿qué significa esto?...

La presencia de Luisa se lo explicó todo.

Como Davis se quedara un poco atrás para hacer frente a los que le perseguían, ello bastó para que el médico, tomando de la mano a la fugitiva, la obligase a bajar más de prisa y la metiera en el despacho.

Iba ya a cerrar cuando en el marco de la puerta apareció la arrogante figura de Eduardo.

El médico y los loqueros quisieron lanzarse sobre el imprudente, pero ésta se anticipó al ataque y acometió a los que se oponían a su paso.

La lucha, breve por cierto, fué enconada, tanto que, viendo las de perder, decidió Duncan recurrir al procedimiento que solía emplear con los dementes furiosos cuando les sobrevenia algún ataque en su presencia: recurrir a unos cepos o impacés que se abrían casi junto a la puerta y cuya trampilla accionaba mecánicamente.

Con esta mira, el doctor se acercó a su escritorio y oprimió un botón, pero como en aquel instante Davis daba un salto para librarse del amago de uno de los loqueros, fué éste el que cayó en la trampa, salvándose aquí milagrosamente.

Fracasado el supremo recurso, el triunfo de Davis fué inmediato: el médico y el otro dependiente del manicomio quedaron fuera de combate.

Ya la salvación dependía sólo de las piernas; comprendiéndole así, Eduardo cogió entre sus brazos de atleta a su amada y, llevándola en alto, salió del despacho y del gabinete que era prolongación de aquél, ganó el vestíbulo y la calzada, y, con toda la rapidez de sus piernas de acero, echó a correr hasta llegar al sitio donde dejara su automóvil.

Depositó a Luisa, que estaba más muerta que viva, en uno de los asientos, sentóse en el otro, dió marcha, y el carruaje, lanzado a toda velocidad, cruzó la calzada y salió a la carretera, dejando tras sí espesa pol-

vareda, como bocanada de humo que un jaque burlón sopla al rostro de un enemigo acoquinado.

### Golpes en vago

¿Cómo pintar la alegría del viejo Brandiey al recobrar a su hija y, con ella, la misteriosa vitela, origen de tantas asechanzas y atentados?

¿Cómo pintar también la desesperación, el rencor, la rabia formidable del capitán Mark y de María al verse burlados por segunda vez por aquel titán de quien creyeron deshacerse tan fácilmente?

Y, en fin, ¿cómo describir la alegría de abuela y nieto cuando Eduardo regresó victorioso a Davis House y refirió a la anciana señora sus hazañas?

Cuando entró el joven en la vistosa morada de su abuela encontró a ésta levantada. El ataque que, al parecer, debía acabar con su vida se resolvió favorablemente, aunque, como luego explicó el doctor Parccval a Eduardo, no había que fiarse, porque se repetiría pronto y entonces sin otra solución que la muerte.

Aun cuando este presagio entristeció al bravo muchacho, la ligereza propia de la juventud, el optimismo de los pocos años quitó fuerza al augurio.

Por otra parte, la abuela se mostraba más contenta que nunca, se quejaba menos de sus alifafes y hasta no hablaba ya de morir, sino de vivir aún lo bastante para contemplar con sus propios ojos el tesoro del pirata.

Contribuyó mucho a que la tranquilidad renaciese en Davis House y en Schurk Street el hecho de que en los días subsiguientes a la evasión de la casa de locos ningún otro acontecimiento denunció que la banda de Mark insistiese en sus persecuciones.

Por el contrario, no parecía existir de ella el menor rastro y resultaba ya inútil la vigilancia que la policía

montó en las inmediaciones del castillo y de la casa del químico en Londres.

Eduardo, para animar a su abuela y a su novia, fingía creer que todo peligro había pasado, pero con buen sentido juzgaba que hombres del carácter y de la calaña de Mark, y mujeres como María celosas e implacables — pues por Luisa supo el amor de la ex doncella —, no se resignan así como así a la derrota ni cejan tan llanamente cuando su avaricia y su amor propio andan de por medio.

Que pensaba bien Eduardo lo demostró a poco un incidente sin consecuencias, pero que pudo traer cola, y patentizó que el enemigo perseveraba en sus propósitos y utilizaba todas las armas a su alcance.

Mark, después del berrenchín que pasó al saber la fuga de Eduardo y la liberación de Luisa, castigó con dureza a los asendereados guardianes de la casa de Whitechapel, por su debilidad y su cobardía, y reprendió a María agriamente, atribuyéndole, con justicia, la culpa mayor del mal éxito, pues, como le dijo con frase soez, así se hubiese metido los celos en el... bolsillo no sólo no habría averiguado Davis el paradero de su novia, sino que, en su afán de salvar a su amada, él mismo habría ido a meterse en la boca del lobo.

María aguantó la roziada de improperios; los otros no se atrevieron a alzar el gallo, y el capitán de la banda, dueño de sí mismo, después de aquella sangría abierta a su mal humor, raciocinó friamente, estudió nuevos planes, pues menos que nunca estaba dispuesto a retroceder, y acordó cruzarse de brazos por el momento para que las palomas en que quería clavar sus garras de milano perdiesen todo recelo y se durmiesen sobre los laureles del triunfo. Se redujo a organizar un servicio de espionaje tan intenso y fino que, a pesar de la actuación de la policía

oficial, no se movía una mosca en Schurk Street o en Davis House sin que él lo supiera.

Merced a este servicio de información hábilmente prestado por los mejores sabuesos de la banda, quienes, trabando amistades con la servidumbre de una y otra casa, cumplían su misión a maravilla, se enteró Mark de que, vencido el miedo de los primeros días, Eduardo y su novia solían verificar por las mañanas algunos paseos a caballo por los alrededores de la capital para hacer apetito, según decían, pero en realidad para repetirse una y otra vez, sin cansarse nunca, esas frases que tan melodiosas, tan sublimes, tan etéreas les parecen a hombres y mujeres antes de que el cura les bendiga, y que luego hallan tan empalagosas, tan cargantes, tan estúpidas cuando el cura ya les ha bendecido.

Sobre esta base tan deleznable armó Mark otra tramoya. Supo por sus inteligentes emisarios cuál era el picadero donde Eduardo y Luisa tenían a *pupilo* sus caballos, y esta noticia puso en efervescencia su ingenioso caletre. Ni corto ni perezoso, visitó el picadero, alquiló algunos caballos durante varios días, estudió las costumbres de la casa, sondeó al encargado del establecimiento hasta descubrir lo venal de su condición, comprobó la exactitud de los informes de sus satélites respecto a las visitas de los enamorados, y, con todos estos antecedentes, formó un proyecto que se propuso ejecutar por sí mismo, sin otra ayuda que la del encargado del picadero.

De responder éste, como Mark prevela, era sencillísima la cosa, casi infantil. Con el pretexto de haberse lastimado casualmente el caballo de Luisa, el encargado de la cuadra ofrecería para substituirlo otro, también de propiedad; partirían los enamorados; el propietario del corcel substituto se presentaría a reclamarlo; el encargado del picadero rogaría

a los jóvenes, cuando estuviesen a bastante distancia de la ciudad, que prescindieran del paseo; y, como por arte de magia, surgiría en aquel momento preciso un automóvil cuyo conductor propendría galantemente trasladar a la ciudad a la apuada amazona, y... etcétera, etcétera.

El inconveniente más grande con que tropezó este plan se redujo a los escrúpulos que, a última hora, asaltaron al encargado de las caballerías; pero Mark sabía a qué atenerse respecto a tales escrúpulos: cuestión de libras... para que el platillo de la conciencia pesase menos en la balanza.

Mark se salió con la suya; aunque deecabellado y hasta ridículo, el plan prosperó. Cierta día los enamorados fueron al picadero, como de costumbre, y comprobaron que el jaco de Luisa estaba cojo o poco menos. Decepcionados por el accidente, pero resueltos a realizar su excursión, pidieron al encargado un caballo de alquiler; dijo el tal que estaban todos alquilados; insistieron ellos, se hizo él de rogar y, al fin, declaró que podía prestarles uno de propiedad, siempre y cuando se obligaran a restituirlo tan pronto como se los avisase que lo reclamaba el dueño. Conformáronse ellos, montó Luisa en el caballo ajeno, trotaron alegremente los enamorados sobre sus bridas, riendo y entregándose a las burlas del amor, y... de pronto oyeron su nombre pronunciado a gritos, vieron al encargado del picadero que corría hacia ellos con su palmo de lengua fuera y que cuando estuvo a sus alcances señalaba el caballo de Luisa y decía que el propietario lo reclamaba...

Había que cumplir lo prometido. Luisa desmontó y el palfrenero recogió el caballo a tiempo que se detenía un automóvil junto a Eduardo y a Luisa, montado a caballo el uno y en desairada situación la otra.

El chófer, hombre mundano y amable, dijo cortésmente a Davis:

— Si quiere usted, puedo llevar a Londres a la señorita...

— ¿Voy?... — preguntó ella.

— Ve — respondió él, después de mirar de arriba abajo al mecánico.

Subió Luisa, partió el automóvil, y, casi inmediatamente, observó Eduardo que del fondo del carruaje surgía una figura: la de Mark.

Comprendió la nueva asechanza, soltó la brida a su caballo, salvó en pocos segundos la corta distancia que del automóvil le separaba y con sus brazos de hierro arrebató a Luisa y la libró otra vez de su raptor.

\*\*\*

Este último incidente, demostración plena de que la banda de Mark persistía en su campaña para inutilizar a Davis y apoderarse del pergamino indicador del lugar donde el pirata Kidd escondiera el producto de sus rapiñas, que los bandidos suponían fabuloso, planteó concretamente la necesidad de variar de procedimientos para concluir ya con el triunfo absoluto, ya con el desistimiento, cediendo el campo a los adversarios.

Fué la viuda de Davis, la generosa dama, quien habló a su nieto en tales términos. El joven se inclinaba hacia una solución intermedia.

Davis propuso que, para evitar que el importante documento cayese en manos de Mark y sus secuaces, era lo mejor depositarlo en el Banco de Inglaterra u otro establecimiento bancario de respetabilidad, en cuyas cajas estaría debidamente custodiado y seguro hasta el día en que, restablecida por completo la anciana, pudiese él, Davis, emprender el viaje a la isla Alvarez.

La viuda, entendiendo que, dado el carácter de su nieto, éste realizaba un gran sacrificio aplazando *sine die* el rescate del tesoro, convencida también de que ella era el único valladar que se oponía a la realización de los

deseos del joven y, al propio tiempo, instigada por su naciente ilusión de vivir aún lo bastante para ver con sus propios ojos la riqueza que representaba el tesoro ancestral de su familia, se negó terminantemente al aplazamiento propuesto por Davis.

Además, y ésta fué la razón que más pesó en el ánimo del nieto al resolver, en su opinión, aunque nada habría que temer por el documento, bien guardado en las arcas acorazadas de un banco, ¿podía decirse lo mismo en cuanto a las personas? A su juicio, no; Mark y los suyos no cesarían en sus manojos mientras habitasen la Inglaterra. Eduardo y los Brandley, y, por consiguiente, era de todo punto indispensable, y así lo aconsejó el buen sentido, poner tierra de por medio, marcharse a país donde no alcanzarán los testarudos de aquella criminal organización, pues, de continuar viviendo en Londres, más pronto o más tarde los bandidos vencerían, si no apoderándose del documento, privando de la vida a su dueño, ya que no eran hombres que retrocediesen ante un crimen para vengar una decepción.

— Y ya puestos en este trance de partir — agregaba la señora —, ¿por qué no emprender la expedición a las islas Caribes, ir a la de Alvarez y comprobar si las afirmaciones del viejo Eduardo Davis son exactas?...

El joven, que era tan amigo de las situaciones francas y en el que la lucha entablada inculcó o resucitó el espíritu aventurero de su antecesor, había de mostrarse forzosamente propicio a las razones de su abuela. Aun resistió antes de dar su brazo a torcer, y lo estaba desoando porque la anciana no creyese que se sobreponía en él la ambición al afecto; pero ante la insistencia de la señora claudicó.

No obstante, antes de acceder definitivamente, Eduardo propuso que se celebrara en Davis House una conferencia con los Brandley para

obrar de común acuerdo y que se hablase al doctor Perceval, en quien tanta confianza tenía la familia Davis, para que se instalara en el castillo durante todo el tiempo que durase el viaje.

Esta segunda condición, impuesta por Eduardo, agradó a la abuela, quien la encontró muy acertada, creyendo que su buen amigo Perceval no se negaría ante aquella prueba de amistad que se le dispensaba.

El programa se cumplió al pie de la letra.

Davis visitó al doctor, le informó de todo, le suplicó que se dedicase al ruego que se le hacía, encargándose de la gestión de los intereses de Davis House durante su ausencia y del cuidado de la anciana viuda.

Aunque el médico opuso algunos reparos, concedió al fin, quedando con Eduardo en informarle frecuentemente de lo que en Davis House acaeciera, a cuyo efecto y antes de partir el joven debería dejarle un itinerario de marcha con los lugares donde hubiera de detenerse y puntos de residencia. No obstante, reiteró a Eduardo su convicción de que la señora Davis noistiraría mucho y que, desgraciadamente, el día de la partida tal vez fuera el último que pudiera abrazarla en este mundo.

Esta ratificación del doctor estuvo a punto de dar al traste con la resolución de Eduardo; pero vió éste tan animada a su abuela, tan ilusionada con el proyectado viaje, que ocultó sus temores, y cuando se celebró la conferencia con los Brandley no quiso dar la nota discordante, puesto que tanto su novia como el quínico y la viuda declararon por unanimidad que la solución debatida era la más lógica y la más prudente.

Y Davis acató la decisión.

...

A pesar de que los preparativos de viaje se hicieron discretamente, pron-

to cundió la noticia entre las amistades de los Brandley y de los Davis, personas metidas en la buena sociedad de Londres, y excusado es decir que si los simples amigos supieron lo proyectado, antes que ellos tuvieron conocimiento del acuerdo Mark y los suyos.

Los amigos quisieron despedir a los prometidos y al señor Brandley celebrando en su honor una fiesta, conviniéndose en que, puesto que la estación lo pedía, fuese aquella un baile de trajes dado en uno de los más aristocráticos clubs londinenses.

Los handidos quisieron aguar la fiesta con una nueva intentona.

Mark movió los invisibles hilos de su tenebrosa sociedad para adquirir las invitaciones que les franqueasen la entrada al club a él y a los parciales que habían de actuar.

El capitán de la banda conocía al dedillo el local de la fiesta e incluso contaba entre el personal del servicio del club con afiliados que podían prestarle ayuda en caso apurado. En vista de todo ello trazó un plan tan sencillo como ingenioso. María y otro de sus cómplices presentaríanse en el baile, en el momento oportuno, vistiendo disfraces iguales a los que ostentaran Eduardo y Luisa. El con otros de sus ayudantes se situarían en uno de los muchos gabinetes del club, entanto que otros de sus satélites procurarían atraer al gabinete a Eduardo con el pretexto de presentarle a un capitán mercante muy conocedor del mar Caribe y que podría informarle cumplidamente respecto a las islas que iba a visitar; una vez logrado el apartar a Davis, le substituiría en el salón de baile la máscara disfrazada como él para que no se notase su ausencia, procediéndose entonces respecto de Luisa en forma parecida, alejándola con cualquier pretexto plausible y substituyéndola María.

La base de la combinación estribaba en averiguar con tiempo los

modelos de disfraz escogidos por los novios, y esta averiguación no costó trabajo alguno por la convivencia que, según ya se ha dicho, habíase establecido entre algunos ojeadores de la banda y criados de Davis House y de Schurk Street, que inocentemente, tomando por amigos a los espías, alternaban con éstos en el café o en el bar y movían ante ellos la sin hueso sin precaución ni recelo alguno.

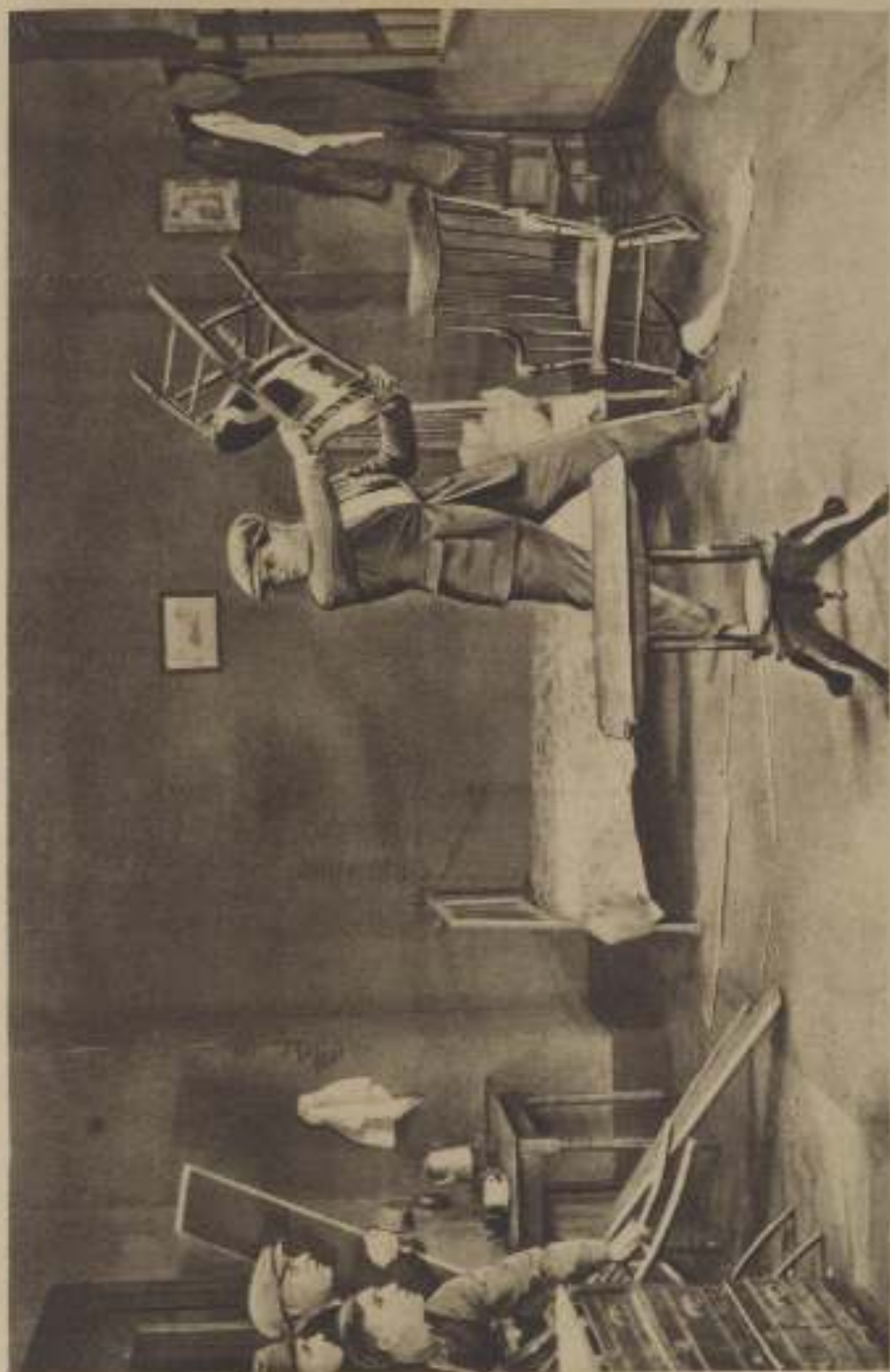
Llegada la noche del baile de máscaras, el club estaba resplandeciente; a la puerta del círculo se amontonaban los carruajes de todas clases, y en el buffet resonaban las alegres risas de las elegantes mascaritas y los aones armoniosos de la orquesta.

No lejos del bullicio estaba Mark al acecho: había distribuido a su gente con arreglo a las prevenciones que adoptara. En un gabinete donde debía hallarse el supuesto capitán apostábanse los que habían de aprehender a Davis; en un corredor cercano y oscuro se situaron las dos máscaras que habían de substituir a Eduardo y a Luisa, y él, Mark, se escondió en una gran chimenea co desuso y conservada más por adorno que por utilidad, instalada en el indicado corredor y próxima al gabinete.

No hubo que gastar mucha saliva para atraer a Davis a la emboscada. En los descansos de baile a baile, los concurrentes comentaban el viaje de los héroes de la fiesta y emitían sus pareceres respecto al resultado de la expedición. Fácil le fué, pues, al designado para aquella misión empalmar la hebra con Eduardo y hablarle del supuesto capitán, ofreciéndose a presentárselos mutuamente.

Eduardo no tuvo inconveniente en ello y siguió a su interlocutor, entrando en el corredor de que se ha hecho mérito. Vió entonces Eduardo a los dos disfrazados con trajes iguales al suyo y al de Luisa, y aquello le llamó la atención, aunque no despertó su suspicacia; avanzó, pues, tras de su

## EL CAPITAN KIDD



7. Decidido a abrirse paso y flado en su fuerza hercúlea, acometió a sus católeros.

## EL CAPITAN KIDD



8. Davis la siguió estrechando, y al borde del abismo la detuvo con sus fuertes brazos.



9. Kidd y Adela observaban lentamente a los novios.

improvisado amigo al tiempo que lo hacía también en sentido contrario para dirigirse al salón su homónima máscara.

De repente se detuvo: en el momento en que el disfrazado pasaba junto a la chimenea surgió de ésta un hombre envuelto en obscuro dominio que, enarbolando una especie de porra policíaca, asestó un golpe brutal sobre la cabeza de la máscara.

Eduardo adivinó confusamente el peligro que corría y retrocedió vivamente hasta salir del carrojo y sembrar la alarma.

La agitación en el círculo fué extraordinaria y la fiesta terminó entre la mayor confusión y espanto de las damas.

Por más que se registró detenidamente todo el local del club no se encontró rastro de la máscara ni de su agresor.

La impaciencia de Mark echó a perder la ingeniosa combinación: el capitán de la banda confundió la posición en que estaban colocados los peones que habían de actuar en el peligroso juego y agredió a su propio subordinado en vez de agredir a Davis.

Cuando comprobó su error se mordió los puños de rabia, pero en la imposibilidad de hacer otra cosa que tascar el freno y tragarse el amargo fracaso, dominó sus nervios y adoptó las medidas convenientes para desaparecer con el herido, María y los demás auxiliares que estaban en el gabinete.

Los bandidos abandonaron el club saliendo por el departamento de la cocina y repostería, a donde nadie pensó en seguirlos.

Mucho se habló de lo sucedido en el club y fueron inútiles todos los trabajos de la policía oficial para descubrir la pista de los autores del hecho.

Desde la misma noche del baile,

Eduardo no se ocupó ya hasta verse a bordo.

Dispuso el itinerario de la expedición, tomó pasajes en el primer transatlántico dispuesto a zarpar para los Estados Unidos, ordenó por cable que se le reservasen habitaciones en un hotel de Nueva York, primer punto de parada de la excursión, y un buen día, después de haber estrechado por última vez en sus brazos a la viuda de Davis y enviado a bordo los equipajes, se reunió a Luisa y a Brandley, con quienes se dirigió al puerto en cerrado automóvil.

Poco después los tres viajeros ocupaban sus camarotes y se preparaban para pasar lo mejor posible la travesía, creyendo que apenas desamarrase el buque el sombrío fantasma de Mark iba a esfumarse en el horizonte con las costas de la vieja Albión.

Se equivocaban. Mark le había precedido; Mark estaba a bordo y, mezclado a los pasajeros, había presenciado su embarque.

Mark estaba empeñado en apoderarse de la llave del tesoro por todos los medios imaginables y no retrocedería ante la empresa sino por la muerte. Con Mark había embarcado también María, insaciable en su odio y en su sed de venganza.

También el capitán de la banda había adoptado sus precauciones, siendo la principal de ellas el cablegrafiar a Nueva York, tan pronto como supo la marcha de aquellos a quienes perseguía, a su corresponsal en la gran ciudad de Yanquilandia, Jaime Kent, una especie de Mark de la metrópoli americana.

La apuesta, pues, seguía en pie, y el duelo iba a ser más duro y despiadado que nunca.

#### El barrio chino

La travesía de Londres a Nueva York efectuóla el transatlántico en seis días, con buen tiempo y sin accidente alguno.

Davis y sus compañeros de viaje recuperaron por completo la perdida tranquilidad, y los seis días de navegación fueron para ellos de una gran delectación, singularmente para Luisa y Eduardo, que, confiados en próximo y venturoso porvenir, entreteníanse contemplando los felices cuadros que sus mentes soñadoras pintaban a su gusto.

Nada turbó la quietud de aquellos días placenteros: Mark y María apenas subieron a la toldilla ni aportaron sus personas a los salones de reunión y de lectura. Casi no salieron de sus camarotes.

No querían que sus enemigos se percatasen de que se adherían a ellos como la sombra al cuerpo. Contaba Mark con el efecto de la sorpresa y con el desconocimiento que los tres viajeros tenían de la tierra en que iban a poner pronto la planta.

Mark conocía ya el terreno que años atrás fué teatro de sus habilidades y trapisondas, y disponía allí de elementos adecuados para la prosecución de la obra comenzada.

Sobre este asunto cambiaron varias veces impresiones él y María, que deseaba instruirse respecto a las personas con quienes debía trabar relación apenas desembarcasen.

A sus preguntas había contestado Mark de esta suerte:

— Aparte algunos incondicionales, afiliados a nuestra banda y que, por tanto, han de obedecerme como a su jefe, cuento con un aliado de importancia que es hoy quizás el bandido más ingenioso de Nueva York.

— ¿Es ese a quien escribió usted? — interrumpió María.

— El mismo: Jaime Kent. Es éste un hombre de buena figura y de fina educación, cuando pretende pasar por caballero; de inteligencia clara y de mano dura; es orgulloso y difícilmente aguanta ancas de nadie, a menos que su conveniencia le aconseje soportarlas; posee algunas habilidades muy útiles en ciertas ocasio-

nes, sobre todo cuando andan faldas de por medio; como fué «artista» en su mocedad, creo que sugestionador, una especie de Onoíroí, aun conserva esa fuerza magnética en que yo no creo, pero que dicen ha obrado milagros explotada por él; eso ya lo veremos. En resumen, Kent es un pez de cuidado, del que echo mano ahora porque lo necesito, pero del que no me fio mucho porque es capaz de jugar nos alguna mala pasada. Otra de las personas que nos prestarán buen servicio es Adela Williams, una ex entretenida, muy lista, que está liada con Kent. Si éste se ha ajustado a mis instrucciones, Adela deberá estar ya instalada en el hotel Cosmopolitan a la legada de Davis y de los Brandley; de modo que tendremos ya auxiliares dentro de la misma plaza que sitiarnos.

— No entiendo bien.

— Nada más sencillo. Adela, que es mujer de muchos recursos, entablará relaciones amistosas con la señorita Luisa y estará a la mira del momento propicio para tender nuestras redes y coger en ellas a la muchacha, que, según parece, es la depositaria del papel.

— ¿Y si ese plan fracasa?...

— ¡Bah!... Se nos ocurrirán otros cincuenta, y alguna vez acertaremos.

— Y yo ¿qué haré?...

— Tú permanecerás a mi lado hasta que juzgue oportuno que intervengas.

La conversación de los dos tunantes puede decirse que se circunscribió durante todo el viaje a variaciones sobre el mismo tema, y aun segulan hablando de lo mismo cuando el transatlántico fondeó a la vista de Nueva York.

...

El pensamiento de Davis era el de residir en Nueva York lo menos posible, lo justo para dar una ojeada a la ciudad y alquilar una embarca-

ción que les transportase a la isla Alvarez, poniendo, así, fin y remate a la expedición en el más corto plazo.

Llevaba cartas de recomendación para diferentes personas notables de la gran capital, pero Eduardo no pensaba hacer uso de aquéllas en evitación de dilaciones y compromisos. Solamente, y por exigencia del señor Brandley, visitarían a la familia de un colega del químico, el profesor Brent, que habitaba una posesión en los alrededores de la habitadísima ciudad.

Desde el buque marcharon directamente al hotel Cosmopolitan, donde se les reservaban habitaciones.

Durante el trayecto admiraron la estatua de la libertad, los rascacielos, la turbamulta de gentes, el intensísimo tráfico ciudadano, las calles kilométricas, tiradas a cordel y dibujadas con cartabón, que convertían la ciudad, vista desde cierta altura, en un inmenso papel cuadriculado, y sacaron la impresión de que todo aquello era enorme, colosal, pero no grande. Faltaban allí los viejos edificios, los antiguos jardines, los cien rincones bellos de las ciudades europeas, fruto de muchos siglos de civilización y de multitud de generaciones que dejaron su traza y que junto con la pátina del tiempo los impregnaron de tradición, de historia y... de poesía.

Era realmente otro mundo el que admiraban sus ojos.

A la llegada al hotel encerráronse en sus respectivos departamentos y reposaron unas horas para centrarse y disponerse a aprovechar bien los pocos días que pensaban dedicar a Nueva York.

Ningún incidente digno de mención acaeció en los tres primeros días. Visitaron toda la ciudad, concurrieron a teatros y conciertos, pasearon por la famosa calle de los millonarios, asistieron a una sesión de bolsa de que salieron sordos y mareados, y, por último, hicieron vida más casera,

dedicándose Davis a sus gestiones para el alquiler del barco que había de transportarles a la isla del tesoro.

La mayor permanencia de la señorita Brandley en el hotel suministró a los aliados de Mark la deseada ocasión de que Adela Williams entrase en funciones.

Como se ha dicho, Adela aposentábase en el hotel Cosmopolitan desde antes de la llegada de los expedicionarios.

Desde el primer día buscó la aproximación con Luisa, ya en el comedor, ya en la sala de lecturas, y consiguió cruzar con ella algunas palabras, pero las frecuentes ausencias de la joven eran largos paréntesis que impedían un trato más íntimo.

Mas al renunciar Luisa al callejeo constante, una vez aquietada la curiosidad de los primeros días, las ocasiones deseadas por Adela se presentaron constantemente, y excusado es decir si la buena pieza les sacó el jugo.

Fingiéndose compatriota de Luisa a fin de captarse mejor la simpatía con el paisanaje, habló de su vida en Londres, que demostró conocer al dedillo; de los motivos que indujeron a sus padres a trasladarse a Nueva York y de su casamiento con un importante negociante del Ohio a quien tendría el gusto de presentarla tan pronto como volviese de un viaje de negocios que realizaba aprovechando la estancia transitoria en Nueva York.

Toda esta sarta de invenciones y mentiras la desenvolvió Adela con gran arte y maña, salpicándola con atinadas observaciones respecto a las costumbres de su país de adopción, y comentarios llenos de gracejo, caricaturizando a los yanquis de uno y otro sexo.

A Luisa le encantó su nueva amiga, que en todo momento se produjo con tanta distinción y tacto que así Davis como el señor Brandley consideraron la nueva amistad contralida por Luisa como un gran elemento de

distracción y buena compañía para ésta.

Algunos días después de trabar conocimiento las dos mujeres, Adela anunció a Luisa que iba a tener el gusto de presentarle a su esposo, que llegaría aquella tarde, permaneciendo pocas horas en el hotel, pues partiría de madrugada por no haberse ultimado aún el negocio que originara el viaje.

La promesa se cumplió: Luisa tuvo el honor de saludar a mister Williams, hombre joven, de elevada estatura y rostro enérgico, del que destacaban los ojos, negros, brillantes como focos de luz.

Luisa bajó la mirada al cruzarla con la del marido de su amiga, quien sonrió imperceptiblemente al apreciar el efecto causado en la muchacha.

Hablaron breve espacio de tiempo, y durante toda la conversación sintió Luisa extraño malestar que no acertaba a explicarse.

Por fin, cuando se retiró el esposo de su amiga, notóse libre de aquella aprensión suya y se dijo simplemente:

— ¿Qué niña soy!...

Al retirarse el caballero partióse con el Adela y ambos se trasladaron al cuarto que ésta ocupaba.

Una vez allí mantuvieron breve conversación.

— Me parece que esa joven es fácil de suggestionar, y bueno es saberlo. Por ahora no habrá necesidad de recurrir a mis mañas: eres tú la encargada de maniobrar. Ya he visto que tus relaciones con la señorita Brandley no pueden ser más cordiales, y hay que sacar partido de ello antes de que por cualquier incidente el padre o el novio huelan algo y entren en averiguaciones.

— ¿Ha preparado algo Mark?...

— Sí.

— ¿Qué es ello?

— Ha organizado una ratonera en casa de Wu-Fang, en el barrio chino.

— No está mal pensado.

— La cosa no pueda ser más sencilla.

— ¿En qué consiste?

— De ti depende su buen éxito.

— Bien, pero...

— No seas impaciente...

— Habla, pues.

— Tú sabes muy bien que el barrio chino es uno de los atractivos principales de Nueva York para los extranjeros que nos visitan.

— Y donde han desaparecido muchos sin que haya quedado de ellos el menor vestigio.

— Silencio... Pueden oírnos — advirtiéndole severamente el fingido esposo de Adela Williams.

— Adelante...

— Los que van al barrio lo hacen ilusionados por el deseo de contemplar, en una de las más civilizadas poblaciones del mundo, una evocación viva, real, del luminoso y misterioso Oriente.

— Cierro.

— Es preciso que si los Brandley y Davis no han visitado el barrio chino lo visiten, y si lo han visitado que vuelvan a visitarlo. ¿Estamos?...

— No creo que me cueste mucho decidirles a comer en algún restaurante del barrio y...

— Perfectamente; pero hay algo más peliagudo.

— ¿Qué?

— Como tú comprenderás, nada podemos intentar mientras ellos os acompañen, sobre todo estando ese Davis, que, según Mark, es hombre formidable.

— Desde luego.

— Es preciso, pues, que aguces el entendimiento para que una vez en el barrio chino alejéis al padre y al novio.

— Dificillísimo lo veo.

— Eso es cosa tuya. ¡Allá tú!

— Yo sólo puedo decir que lo probaré.

— Y lo lograrás.

— Si no lo consigo no será por falta de deseos.

— Bien; pues, dando por supuesto que lo conseguirás, he de decirte que una vez te hayas quedado a solas con la muchacha es preciso que la lleves hábilmente a casa de Wu-Fang, donde estaremos nosotros.

— De acuerdo.

— Si madura el plan, hasta que con algunas horas de anticipación me avises por pfono

— ¿A dónde?

— A nuestra casa de los docks.

— Entendido.

— Pues me voy. Prudencia y tino.

— Fia en mí.

— Adiós.

— ¿Te vas?... ¿Y así?... — se quejó Adela con más ironía que sentimiento.

Kent se encogió de hombros, tomó entre sus manos la cara de Adela y la besó en el lindo hoyuelo de la barbilla.

...

Deseando acabar cuanto antes la comedia que estaba representando, el siguiente día y al conversar con Luisa deslizó hábilmente entre el diálogo la pregunta de si había visitado el barrio chino.

Como la joven respondiera negativamente, Adela hizo un panegirico entusiasta y caluroso del famoso barrio para excitar la curiosidad de Luisa y despertar su interés. Ello no le costó gran trabajo y mucho menos cuando habló de comer en uno de los restaurantes del pintoresco barrio en compañía de Eduardo y del señor Brandley.

Aunque le halagó la idea, Luisa no quiso comprometerse sin consultar con su novio y con su padre.

Estos no vieron inconveniente en acceder a la propuesta, y cuando Luisa transmitió a Adela la contestación, la amante de Kent repuso alegremente:

— Pues estén preparados para dentro de una hora; verán cosas muy interesantes.

Luisa volvió a su habitación para arreglarse un poco y Adela acudió al teléfono para decir al lugarteniente de Mark que inauguraba la campaña.

Cumpliendo el programa, abandonaron una hora después el hotel Luisa, Adela, Brandley y Eduardo en automóvil de alquiler, que despidieron en los lindes del barrio chino.

Anduvieron por aquel distrito especial de Nueva York, examinándolo a la ligera, y aunque les gustó por lo típico, no les causó extraordinario asombro. Causados al fin de la pascata se acogieron al restaurante que indicara Adela.

Comieron, hablaron comentando la excursión, y Adela, que veía pasarse el tiempo sin hallar el modo de desprenderse de los dos hombres, iba a inducir a Luisa a que les propusiera que fuesen a fumar sus cigarros a la calle, cuando el propio Eduardo se anticipó a los deseos de Adela diciendo, después de haber llamado y pagado al camarero y de cuchichear al oído de Brandley:

— Nos dispensarán ustedes que salgamos un momento, ¿verdad?... Espérennos aquí, que en seguida estamos de vuelta.

Esta salida de Eduardo obedecía a uno de esos impulsos de los hombres que aman cuando están en el cuarto creciente de su dicha, todo generosidad y sentimentalismo. En una de las joyerías del barrio chino había visto, al pasar, una preciosa sortija, de un delicadísimo trabajo de orfebrería, y desde que la viera resolvió el joven adquirirla para obsequiar a Luisa. Esto fué lo que secretó al oído de Brandley.

El buen señor aprobó la idea y apoyó el deseo de su amigo; Luisa puso algún reparo a quedarse en el restaurante, pero Adela, esforzándose para disimular su contento, concedió

el permiso solicitado y se hurló graciosamente del apocamiento mostrado por su compañera.

Marcháronse Brandley y Eduardo.

Había que aprovechar los minutos.

Adela se dispuso a lanzar el anzuelo.

— ¿Por qué no les imitamos? — preguntó a la inglesa, tan pronto como los hombres estuvieron en la calle.

— Para eso mejor hubiera sido irse con ellos — replicó Luisa —. Además, yo creo que estamos bien aquí.

— Por mí como usted quiera — repuso Adela con aire resignado —. Yo le decía porque en nuestro paseo apenas si hemos visto lo que más nos interesa a nosotras las mujeres.

— ¿Qué?

— Las telas, los bordados, los encajes, un sin fin de frioleras preciosas que fabrican esos demonios de chinos y que son el encanto de las neoyorkinas.

Luisa pareció prestar interés a las palabras de su amiga. Sin embargo, contestó:

— No, no...; repito que estamos bien aquí.

— Como usted quiera; pero cualquier día que tiene usted miedo, Luisita.

— No es eso, pero mi novio...

— ¡Ah, cierto!... Esos caballeros son muy exigentes.

— No quiere que salga sin él...

— afirmó Luisa, terminando la frase comenzada.

— ¡Si no se enterará, mujer! — insistió la tentadora —. No hacemos más que entrar y salir. El establecimiento que quiero que usted vea está unas puertas más abajo del café... ¿Vamos?...

Luisa dudó; la observó Adela y, comprendiendo ésta que había ganado la batalla, llamó resueltamente al mozo que les sirviera y le dijo:

— Si los señores que nos acompañaban vuelven antes de nosotras, di-

gales que hemos ido a dar un paseo y que regresamos en seguida.

El camarero se inclinó.

Luisa, por miedo al ridículo, se puso de pie, se echó el velo del sombrero sobre la cara y siguió a Adela, que ya había roto la marcha.

...

A pocos pasos del café un muchachuelo, un verdadero diablillo por su movilidad ardillesca y la gracia con que ofrecía su mercancía a los transeúntes, la emprendió con las señoras apenas abandonaron éstas el restaurante. Iba cargado con un gran fajo de periódicos y se empeñó en que las dos hermosas mujeres le fijasen.

A Luisa le hizo gracia el mocoso, y cuando ya creía éste que perdía su tiempo dando palique a las señoras, le dijo de repente la señorita Brandley:

— ¿Cuánto quieres por todo eso?...

El chico miró estupefacto a la gentil compradora.

— Son a tres centavos — replicó confuso.

— ¿Y cuántos tienes?... — insistió sonriendo la joven, a pesar del mohín de impaciencia que notó en la cara de Adela.

— Veinte...

— Lo que suma... — siguió Adela, abriendo su monedero —. Bueno: no quiero romperme la cabeza sumando... Toma — agregó, poniendo ante los ojos del chico un dólar de plata.

El vendedor de periódicos dió un salto que remató con una graciosa pirueta.

Luisa se echó a reír.

El chicuelo guardó su moneda y, luego, con cierta extrañeza, preguntó:

— ¿Y ahora qué va usted a hacer con tanto periódico?...

La señorita Brandley acarició la moquilla del niño y contestó cariñosamente:

— Pues dárteles para que los vendas otra vez.

Y dicho esto continuó andando, seguida por el rapaz, al que deslumbrara la generosidad de la linda señorita.

Un edójanos en paz brusco de Adela apartó al muchacho, que se detuvo un momento para admirar aún a su inesperada favorecedora, y cuando la vió desaparecer con su acompañante en la tienda de Wu-Fang, vocó de nuevo su mercancía, tornando hacia la puerta del café, que era su punto principal de venta.

En tanto, las dos mujeres habían entrado en la tienda de Wu-Fang, una de las más lujosas del barrio, comparada con la sordidez de la mayor parte de ellas.

A la entrada de las dos señoras un dependiente de la casa, un chino auténtico, al parecer, cruzó la mirada de sus ojos oblicuos con la de las de Adela, quien contestó a la muda pregunta con un casi imperceptible signo afirmativo de su cabeza.

El dependiente desapareció en la trastienda y reapareció en seguida trayendo sedas, confecciones y otros diversos objetos y artículos de gusto oriental que exhibió sobre el tablero del mostrador a Luisa y Adela.

¿Qué mujer no se entusiasma ante los lindos trapos, los perfumes deliciosos, las mil chacherías que el hombre inventa para halagar el femenino instinto de belleza y vanidad, doradas cadenas con que esclavizó y esclavizará siempre el varón a la hembra?

Con ojos extasiados contempló Luisa aquellas maravillas, olvidada en aquel instante de todo lo que no era lo que estaba viendo.

Adela, considerando propicia la oportunidad para llevar a buen término su cometido, guió de ojo al dependiente, y el amable chino dijo entonces a Luisa, que ya iba a hacer algunas pequeñas compras:

— Aun no le he enseñado a usted lo mejor. Tenga la bondad de subir al piso y verá las últimas novedades que acabamos de recibir.

Ignorando que en algunas de aquellas casas misteriosas se escondía la traición detrás de las sedas bordadas y de los aureos dragones legendarios, subió Luisa, tras de la cual caminaba Adela para atajar todo intento de fuga, la retorcida escalacilla que unía los bajos con el piso.

Ya arriba, penetró en un saloncito pequeño, precedida por el empleado. La puerta se cerró tras de ella empujada por su amiga, quien bajó precipitadamente la escalera y abandonó la tienda de Wu-Fang, no sin que antes llegara hasta sus oídos un grito de terror lanzado por Luisa.

Apenas puso el pie en la habitación reservada, la joven había visto ante sí a Mark y a Maria, burlones y amenazadores al par.

— ¿Creía usted no volverme a ver, señorita Brandley? — saludó irónicamente Mark, cogiendo a la joven por las muñecas y juntando su repelente rostro al descompuesto semblante de la bella.

...

A la media hora escasa de haber partido del restaurante las dos señoras, regresaban el químico y Eduardo, muy contento éste con la adquisición de la sortija destinada a su novia.

Un gesto de disgusto agitó el rostro de Davis al constatar éste que las damas no estaban en el café.

El camarero, al verles, les dijo:

— Las señoras se han ido de paseo, pero no tardarán en volver. Dijeron que las esperaran ustedes aquí.

Sentáronse los dos hombres. La expresión de descontento se acentuó en Davis.

— Me extraña que Luisa se haya marchado contraviniendo las repetidas recomendaciones que le tengo hechas — refunfuñó.

— A mí también; pero no habrán ido muy lejos.

— Sin embargo... Hagamos una cosa.

— Tú dirás.

— Quédese usted aquí aguardándolas; mientras yo doy un vistazo por ahí fuera, a ver si las distingo.

— Me parece bien.

— Hasta luego...

Eduardo se levantó de su asiento y se dirigió con presura a la calle.

Ya en ésta vaciló. ¿Qué dirección tomaría?...

Fijóse en el vendedor de periódicos, que iba de un lado para otro ante la puerta del café molestando a todo bicho viviente, y le llamó.

Acudió el chiquillo.

— *El Mundo, El Independiente, El Herald de Nueva York* — chilló estridentemente, ofreciendo a la vez sus periódicos.

— No... no — repuso Davis rechazando los papelotes —. Oye; tú que danzas siempre por aquí, ¿has visto si hace poco salieron del café dos señoras jóvenes...?

— ¿Era rubia una de ellas? — interrogó el golfete, recordando en seguida a la espléndida dama del dólar.

— Sí...

— Entonces puedo guiarle a usted hasta donde fueron de primeras. Venga conmigo.

Eduardo siguió al muchacho, que caminaba a grandes saltos y que sólo se paró al estar frente a la tienda de Wu-Fang.

— Entraron ahí... — dijo el chico señalando la tienda —. Por cierto que me extrañó mucho, porque esa casa tiene muy mala nota...

Davis se alarmó extraordinariamente al oír estas palabras.

Sin responder se apostó a la entrada del establecimiento y escrutó el interior.

— ¡Nadie! — exclamó en voz alta, sin percatarse de ello.

El rapaz, que le había oído, replicó, acompañando la frase con una mueca picaresca:

— Quizás estén arriba...

— ¿Arriba?...

— Sí.

— Y ¿qué hay arriba?

— Lo ignoro, señor, pero las malas lenguas dicen...

Teméndolo todo, pero no queriendo producir un escándalo que, al fin y al cabo, podría estar injustificado, preguntó al vendedor de periódicos, mostrándole una retorcida columna cuyo chapitel parecía servir de asiento a una ventana del piso:

— ¿Te atreverías a subir por ahí y ver por la ventana lo que pasa dentro?

— ¡Ya lo creo!... Guárdeme usted los periódicos — repuso.

Y con la ligereza de un mico se encaramó hasta la ventana; pero apenas hubo pegado su naricilla al cristal, se dejó resbalar rápidamente hasta tocar el suelo.

— Suba usted en seguida, señor — aconsejó —; se oyen gritos de mujeres y me parece que a la señorita rubia la sujetan entre varios...

Sin preocuparse de que su acción extrañase a los transeúntes se encaramó a su vez por la columna, forzó la ventana y, mientras lo hacía, oyó distintamente una voz muy conocida que exclamaba:

— ¡Ahí está Davis!...

Ya sabía el joven a qué atenerse.

Más ligero que el pensamiento, penetró por la ventana y se encaminó hacia el sitio de donde procediera la voz que había oído.

Y llegó oportunamente. En aquel momento Mark y María, con otros dos o tres hombres, sicarios del capitán, pugnaban por llevarse a Luisa, que se defendía torpemente.

Como una tromba cayó Davis sobre los bandidos, a quienes aporread hasta que Mark, temeroso de que al escándalo acudiese la policía, dió la señal de retirada, desapareciendo por una puerta que existía al fondo de la habitación.

Davis no se decidió a perseguirlos porque lo urgente era escapar de aquella ratonera en que tan incautamente había caído Luisa.

De una patada reventó la puerta de la escalerilla, bajó a la tienda, que continuaba desierta, en apariencia al menos, y salió a la calle con su amada.

Nada le dijo por no abrumarla con sus reconvenciones. Harto demostraban su temblor, su palidez y lo demudado de su acento lo que padecía la muchacha.

Tornaron al café, donde el buen químico aguardaba todavía; gratificó Davis al golfillo que tan excelentes servicios le prestara, y en un taxi, que fué a avisar el vendedor de periódicos, se trasladaron rápidamente al hotel los tres viajeros.

Ya recogidos en sus habitaciones, Luisa se sintió mal y hubo que obligarla a que se acostase. Padecía una intensa excitación nerviosa.

El químico y Davis, cuando dejaron durmiendo a la joven, ya relativamente tranquila, sostuvieron en un gabinete inmediato a la alcoba una larga conversación. Era indudable que Mark tenía elementos tanto en Londres como en Nueva York y que no desistía de la idea de apoderarse de la presa que codiciaba. Era, pues, indispensable partir cuanto antes, ultimar el alquiler del barco al precio que fuere y, entretanto, no fiarse de nadie, no salir del hotel, dar conocimiento a la policía del caso y estar siempre ojo avizor hasta el instante mismo de alejarse de la ciudad americana.

Así lo convinieron, y Davis, después de encargar mucho a su futuro suegro que no saliese del departamento hasta que él regresase, salió del hotel para aprovechar las últimas horas de la tarde en sus gestiones para la adquisición del buque.

Durante dos o tres horas corrió el joven inútilmente todas las agencias marítimas y casas de armadores, sin encontrar en parte alguna lo que buscaba.

Anohecido ya, suspendió sus trabajos hasta el día siguiente y regresó al Cosmopolitan.

Muy preocupado y triste llegó a las cercanías del hotel, sacándole de sus meditaciones numeroso grupo de gente que miraba hacia lo alto, hacia el último piso de la enorme fonda y exclamaba repetidamente:

— ¡Se va a matar! ¡Se va a matar!...

Distraído alzó los ojos a su vez y no pudo contener el alarido que brotó de su pecho.

Como un loco, abriéndose paso a empellones entre la gente, alcanzó la puerta del hotel, atravesó el vestíbulo, se metió en el ascensor y lo hizo funcionar seguidamente.

Apenas llegado al último piso, dejó el ascensor; saltando de cuatro en cuatro los escalones de la escalera ganó la especie de azótea sin baranda en que remataba el rascacielos y se precipitó sobre un bulto que automáticamente, sin voluntad, avanzaba hacia la cornisa, límite de la azótea, como si fuese a precipitarse en el vacío.

Era Luisa, que en un acceso de sonambulismo, efecto del trastorno sufrido en sus nervios aquella tarde, había escapado de su habitación, subido la escalera y salido a la terraza.

Un segundo más que hubiere tardado Eduardo y la joven estaba perdida sin remedio.

Dios quiso apiadarse de ella.

Davis la siguió estremecido, y, al borde del abismo, la detuvo con sus fuertes brazos.

### En el pozo de la muerte

La relación que del fracaso de su última intentona hizo Mark a Kent fué acogida por éste con una risita muy significativa que se le atragancó al capitán de la banda londinense.

Se sabe ya que el pirata moderno abrigaba no pocos recelos respecto a la lealtad de su adláter, y la actitud de Kent, después de la nueva derrota, sirvió para ponerle más sobre aviso. No quiso, sin embargo,

demostrar su poca fe en el amigo y hasta fingió cierto respeto a la superior inteligencia de su compañero, con el propósito de aprovechar sus consejos en aquella ocasión, si realmente eran prácticos, y prescindir de él oportunamente para alzarse con el santo y la limona.

Al retirarse de la tienda de Wu-Fang los capitales con Luisa y Adela, se reunieron en oculto retiro, que era el centro de acción de la banda de ladrones y pik-poqueta capitaneada por Kent en Nueva York.

Era este antro uno de tantos edificios destinados a almacenes que abundan en las orillas del Hudson. El de que se trata parecía abandonado y medio derruido, aunque a veces se notaba en él cierto movimiento y tráfico comercial.

Como en nada difería del tipo general de aquella clase de construcciones, nadie podía figurarse que en los supuestos almacenes se congregase y tuviese su cerebro director la banda de malhechores que continuamente daba qué hacer a la policía.

La parte baja se componía de almacenes, propiamente dichos, en los que había de vez en cuando cierta cantidad de mercancías; la parte alta componíase de varias habitaciones, unas a modo de oficinas y otras habilitadas para vivienda.

Lo más interesante de la casa eran los sótanos, y de los sótanos cierto departamento conocido entre los bandidos por el «pozo de la muerte». Al decir de aquellas escorias humanas, el pozo habría podido contar, si hablase, el poradere de muchas gentes desaparecidas de la gran capital norteamericana. Al usar la palabra «pozo», quienes así le bautizaron no aplicaron la denominación exacta: era una simple habitación cuadrada, de húmedas paredes, en las que una serie de líneas oscuras, como las que dejan las riadas en los muros de las casas después de una inundación reciente, marcaban las diferentes al-

turas a que en aquel interior habían subido las aguas. El acceso a la habitación era un a modo de brocal de pozo, que podía cerrarse herméticamente y mecánicamente. Lo que no se descubría a la primera ojeada era de dónde manaban las aguas que tan frecuentemente invadían la habitación y mucho menos su escurriadero.

Otros departamentos existían en los sótanos, de tan reducidas dimensiones que realmente semejabán calabozos. Había también una pieza de mayor tamaño, con una gran mesa y buen número de sillas alrededor de ésta, lo que le daba cierto aspecto de sala de juntas, de comité o club secreto.

En esta habitación era donde Mark, Kent y las dos mujeres conversaban comentando el mal resultado de la operación de aquella tarde.

Mark, firme en su resolución de utilizar los talentos de Kent hasta que ya no lo necesitase, era quien usaba de la palabra, expresándose en estos términos:

— Puesto que mi combinación ha fallido, amigo Kent, creo yo que ahora debe usted intervenir directamente, echando mano de los fértiles recursos que posee.

— ¡Le parece a usted?... — replicó Kent con cierta sorna.

— Estoy convencido de ello. Su mejor conocimiento de la ciudad y de los hombres que nos ayudan son garantías de buen éxito.

— Por mi parte no hay inconveniente alguno.

— Es que debe usted actuar cuanto antes, porque estando ya Davis advertido acelerará su viaje.

— Le seguiremos hasta el fin del mundo — interrumpió María con violencia.

— No se apure usted, señorita — repuso Kent finamente —, no habrá necesidad.

— ¿Está usted seguro? — preguntó Mark en tono de duda.

— Mañana mismo estarán en nuestro poder los dos tórtolas.

— Muy de prisa va usted.

— Digo y repito que mañana estarán en nuestro poder.

— ¡Mejor que mejor!... ¿Qué debemos hacer?... — inquirió Mark.

— Ustedes, nada — replicó secamente Kent —. Adela y yo nos hastamos para realizar mi idea.

— ¡Enhorabuena!

— Entretanto, usted y María pueden descansar de su trabajo de hoy — aconsejó Kent con la intención de un miura.

Adela sonrió.

Enojada María iba a replicarle, pero se lo impidió Mark, diciendo jocosamente, mientras deglutía la amarga bilis que le llenaba la boca:

— ¡Qué cosas tiene esto Jaime!... Nada, nada: hay que darle carta blanca y que se las arregle como quiera, con tal de que nos cumpla su promesa.

— ¡Así se habla! — aprobó Kent.

— ¿Qué piensa hacer? — indagó Adela.

— Volver al hotel.

— Yo no.

— Tú volverás al hotel conmigo...

— Insistió Jaime.

— No..., no...

— Como guste; realmente no haces tampoco mucha falta — declaró el lugarteniente de Mark con acento bastante despectivo.

...

La noche transcurrió tranquila en el hotel. Davis apenas descansó, vigilando asiduamente los departamentos que ocupaban y ansiando que llegase el día para resolver definitivamente sobre su viaje.

El tema de las conversaciones entre los huéspedes del Cosmopolitan fué el suceso de la azotea, hasta que se conoció la verdadera causa del mismo, con lo que perdió éste todo in-

terés y quedó relegado a segundo término.

Al despuntar la aurora ya estaba Eduardo en disposición de lanzarse a la calle, pero como no era hora oportuna para realizar ninguna gestión, bajó al salón de lecturas y allí permaneció largo rato, distrayendo sus grandes preocupaciones ojeando periódicos y libros.

Hacia las ocho de la mañana uno de los dependientes del hotel entró en el salón y se dirigió a Eduardo, entregándole un pliegucillo de papel y diciéndole:

— Acaban de traerlo, dice urgente, y como le he visto a usted al pasar, me he permitido traerlo.

— Gracias — contestó el joven tomando el pliego.

Se retiró discretamente el empleado y Davis rompió la nena.

Era un cablegrama de Londres.

El lacónico escrito decía: «Señora Davis sufrió anteyer agudo ataque. Falleció noche. Me atenderé a las instrucciones de usted para el caso. Perceval».

El pliego se le cayó de las manos a Eduardo.

— ¡Qué desgraciados somos! — exclamó, apoyando la cara en las manos, mientras de sus ojos se escapaban gruesas lágrimas —. ¡Pobre abuelita!... No debimos marcharnos, no...; ni siquiera he tenido el consuelo de cerrarle los ojos... ¡Maldita ambición!...

Permaneció en silencio, llorando, y, al fin, sobreponiéndose a su tribulación, abandonó la sala y se dirigió al cuarto del señor Brandley.

Acababa de levantarse el químico cuando llamó Davis a la puerta del departamento.

Abrió el anciano y, al ver el rostro afligido de aquel a quien se complacía en llamar hijo, exclamó:

— ¡Más aún!

— La peor noticia — repuso el joven, tendiéndole el papel y entrando en el cuarto.

El señor Brandley leyó el cablegrama y su faz descompuesta denotó la gran impresión que recibía.

Devolvió en silencio el papel a su futuro yerno y, tras de reflexionar un momento, dijo:

—Creo que no debe comunicarse la desgracia a Luisa. ¿No te parece?...

—Bien..., pero, dígame usted, señor Brandley: ¿no sería mejor que desistieramos de nuestra empresa y en vez de ir a la isla Alvarez regresar a Londres?

—Tú sabes que la última ilusión de tu abuela era el recobro de la fortuna que arrebató a vuestra familia el pirata Kidd. No hablo así por avaricia; te consta, hijo mío, que el dinero nada representa para mí y que con un modesto pasar, mis libros y mis retortas me consideraré siempre un hombre feliz.

—Lo sé...

—Comprendo el gran dolor que la muerte de tu pobre señora Davis te ha causado, pero creo también que la mejor manera de honrar su memoria es la de realizar la última aspiración que tuvo en este mundo. Además, si tú renuncias a lo que es tuyo, los hombres inquebrantables que nos han salido al paso no se resignarán a perder el tesoro, y aquí o en Londres, dondequiera que vayamos, habremos de contender con ellos, a menos que les entregues buenamente la presa que codician...

—¡Eso no! — interrumpió Davis, relampagueándole los ojos.

—Entonces hay que ir hasta el fin.

—Tiene usted razón.

—Si crees necesario enterar a Luisa de la pérdida que hemos sufrido yo me encargo de desempeñar la comisión. Entretanto, creo conveniente que vasa de despachar cuanto antes los asuntos que aquí nos retienen, que informes a la policía para que nos defienda de nuevas asechanzas y, en el caso de que hubiera de prolongarse nuestra estan-

cia en este país, lo mejor que podemos hacer es aceptar el amable hospedaje que nos han ofrecido mis buenos amigos los señores de Brent... Por el pergamino nada hemos de temer, puesto que el legítimo lo guardo yo y el que tiene Luisa es una simple imitación que bastará para engañar a los bandidos, si caen en sus manos, y para que nos dejen en paz...

—Sí, conviene que informe usted a Luisa de la muerte de la señora Davis; de lo demás ya hablaremos... Yo iré ahora a mis diligencias, y a mi regreso decidiremos... Sobre todo no deje usted de celar a Luisa ni un segundo, y usted mismo no cometa ninguna imprudencia.

—¡Ve descuidado, hijo mío...; nada pasará!...

...

Según prometiera el químico, se esforzó, se violentó casi para vencer su prurito de distraerse y de sumirse en sus elucubraciones científicas; pasó al cuarto de su hija, a quien antes de comunicar la fatal nueva de la muerte de la viuda de Davis pulsó y examinó con todo cariño.

La joven sentíase un poquito decaída, mejor dicho, avergonzada de su aventura aérea, pero fuerte y dispuesta a proseguir firme en su puesto, mientras Davis y Brandley estuviesen a su lado.

Así se lo manifestó al químico, quien, en vista de la fortaleza de que pretendía hacer gala la joven, resolvió transmitir a Luisa el contenido del cablegrama.

Causó, como era natural, gran pena a la linda muchacha la pérdida de aquella anciana generosa y buena que la protegió siempre, en calidad de consejera y amiga, y más aún la lloró porque le constaba el tremendo disgusto que aquella muerte, no por prevista menos dolorosa, habría causado a Eduardo.

Tras el panegirico de la difunta, padre e hija, preocupados por la dura realidad, hablaron de la situación por que pasaban, comunicándose sus respectivos temores y recelos y conviniendo en que era de todo punto preciso marcharse de Nueva York cuanto antes.

Se aproximaba la hora de comer y aun duraba la conversación entre padre e hija cuando entró Davis en el aposento, de vuelta de su corretear en busca del buque que les transportase a la isla Álvarez.

Después de dar el pésame Luisa a su novio y de reproducirse con este motivo las lamentaciones por la pérdida de la señora Davis y los elogios sinceros que la excelente anciana merecía, Eduardo anunció a sus compañeros de expedición que había conseguido casi ultimar contrato con la casa Peterson, la cual tenía disponible un pequeño yate a las órdenes de un capitán muy práctico en los mares que antaño fueron grandioso escenario de las hazañas y barrabasadas de los corsarios.

Dijo que habían quedado en volver más tarde para ver el buque, cerrar el trato y firmar el oportuno compromiso.

La noticia levantó mucho los ánimos de los Brandley y así esperanzados se trasladaron los tres personajes al comedor; que todas las penas y todas las alegrías de este mundo rara vez acallan las protestas del vientre cuando éste exige que se le atienda.

Iban conversando, muy metidos en lo que hablaban, y así cruzaron una antecala donde había varios huéspedes que se aprestaban a pasar al comedor, sin fijarse en que dos personas, una mujer y un hombre, les volvieron la espalda vivamente, y en que, cuando pasaron ellos, tornaron a su actitud anterior.

Eran Kent y Adela, que, no obstante haber cambiado completamente de aspecto, como hábiles transfor-

mistas, no se arriesgaron a la prueba de ser reconocidos.

El lugarteniente de Kent, aunque dijo no necesitar la ayuda de Adela, se empeñó en que ésta le acompañase al hotel, simplemente por capricho de dominador, de amo y... de mala persona, para gozarse con el miedo y el aturdimiento de la cortesana.

Como en el hotel había restaurante donde se servía al público, no hubo de recurrir Kent a ningún ardid para introducirse en el hotel, del que conocía hasta los más ocultos rincones.

Su objeto era asegurarse de la permanencia de las víctimas que perseguía y darle un mal rato a Adela.

Los jóvenes y el químico se detuvieron un instante antes de entrar en el comedor, como si quisieran rematar la conversación que sostenían antes de mezclarse a los demás comensales.

Kent y Adela observaban atentamente a los novios; pero como de aquella contemplación nada habían de sacar en limpio, Kent tomó del brazo a su amiga y le dijo:

— Puedes marcharte si gustas. Ahora ya no te necesito.

— ¿Y para esto me has mortificado tanto?

— Así aprenderás a obedecer sin replicar cuando yo dispongo una cosa, sobre todo delante de extraños — repuso acerbamente el caballero de industria.

Ella inclinó la cabeza.

Acompáñame, por lo menos, hasta la puerta; porque supongo que tú te quedas... ¿verdad?...

— Sí; vamos. No te olvides de enviarme el automóvil dentro de hora y media. No creo que necesite más tiempo para apoderarme de esa tontaina; y, teniendo a ella, tendremos a ese quijote que se atreve a medir sus fuerzas con nosotros.

Dicho esto acompañó Kent a Adela hasta la puerta del restaurante que daba a la calle; él volvió a entrar, instalóse ante una mesa del restau-

rante y pidió la carta al camarero que acudió solícito a servirle.

\*\*\*

Después de la comida los Brandley y Davis se retiraron.

Kent, que no cesó de atisbarles durante la comida, al ver que se marchaban, llamó al camarero, pagó, y so pretexto de saludar a uno de los huéspedes, amigo suyo, dirigióse al interior del hotel buscando las vueltas a quienes acechaba para no perderles de vista.

Así pudo cerciorarse de que en el saloncito destinado a escritorio de los huéspedes se despidió Eduardo de sus acompañantes para volver a su cuarto y de que el señor Brandley y su hija quedábanse en la estancia.

Por encargo de Davis, Luisa iba a escribir al señor Perceval, transmitiéndole las instrucciones del joven respecto a lo que debía hacerse en Davis House hasta su regreso.

Kent se frotó las manos con satisfacción al presenciar la escena, y tan pronto como levantó el campo Eduardo, se puso de guardia a la entrada del saloncito, mirando de vez en cuando hacia el interior de éste.

Vió que Luisa se había sentado ante un pupitre y que escribía con lentitud en tanto que el señor Brandley desplegaba las hojas grandes como sábanas de un periódico de la localidad.

Kent tenía un proyecto sencillísimo, como suelen serlo los de aplicación práctica, pero era condición *sine qua non* la de apartar del lado de la joven a sus dos guardianes. Uno, Eduardo, se había marchado espontáneamente, pero era preciso echar también al otro; y a esto se aplicó Kent, aprovechándose precisamente de la marcha de Davis para espantar al anciano.

Aguardó un cuarto de hora sin impacientarse y, pasado este tiempo,

se separó un poco del recibidorcito que procedía al escritorio y fué a hacerse el encontradizo con uno de los numerosos empleados del hotel, a quien dijo:

— Hombre, ya que está usted aquí, hágame usted el favor de decir al señor Brandley, que está en el escritorio, que el señor Davis le ruega que suba a su cuarto. Me lo había encargado a mí, pero...

— Usted mande, caballero...

El empleado marchó a cumplir el encargo; Kent se acercó a uno de los miradores del hotel y atalayó el trozo de calle que desde allí se divisaba.

El examen debió satisfacerle, pues ya sin vacilación dirigióse directamente al escritorio y entró en él, procurando no llamar la atención de Luisa.

El señor Brandley no estaba ya allí.

La joven continuaba escribiendo, absorbida en su trabajo.

Kent se instaló en un pupitre cercano al de Luisa y fingió que se disponía a escribir, pero su mirada se fijó insistente en la linda escritora.

La cual experimentó esa vaga sensación que todos notan cuando alguien le mira sin que le vean.

Alzó la cabeza, no reconoció a Kent y siguió escribiendo; pero la impertinente insistencia del desconocido le incitó a levantarse para cambiar de puesto. La asidua atención de Kent continuó.

Pronto Luisa se sintió molesta bajo las miradas de aquel hombre, y experimentó extraordinaria desazón.

Estaba de pie y, en vez de sentarse, intentó salir del escritorio. Pero una fuerza poderosa, algo como un imán irresistible que recogiese toda la electricidad de sus nervios, la detuvo.

Kent se había levantado a su vez y situándose frente a la joven la miró de hito en hito, como el magnetiza-

der al médium que utiliza sus experimentos.

Quiso cerrar Luisa los ojos y no pudo: una voluntad superior a la suya le obligaba a mantenerlos abiertos y fijos en los de Kent.

— ¿Me oye usted? — interpelló de pronto éste.

— Sí — contestó ella.

— Venga conmigo, pues — ordenó el sugestionador.

— No... — musitó Luisa, pugnando por resistir el misterioso fluido que la enervaba, privándola de ejercer su libre albedrío.

— ¡Venga usted conmigo, sígame, lo mandó... — repitió Kent.

Y cogiendo del brazo a la durmiente avanzó hacia la escalera principal del hotel, repitiendo en voz baja, constantemente, imperativamente:

— ¡Camíne usted! ¡Camíne usted!...

La apostura hierática de la joven y su raro caminar, como de ciego, extrañaron a algunas de las personas con quienes se cruzaron, pero nadie adivinó la villanía que el *correcio* caballero que acompañaba a la dama estaba realizando.

Bajaron la escalera y salieron a la calle. Kent hizo una seña al conductor de un auto parado a pocos pasos de la fonda.

Se aproximó el carruaje; Kent abrió la portezuela y ordenó a Luisa:

— ¡Suba usted!...

Obedeció la joven y tras ella se instaló Kent en el automóvil.

Y puso en marcha el automóvil, pero sin precipitación, como si su pensamiento fuera el de que las personas interesadas en perseguirlo le alcanzasen.

...

Y, en efecto, apenas el carruaje rebasaba la primera cuadra de la quinta avenida cuando salió Eduardo del hotel, a tiempo de ver aún las siluetas de Luisa y de su raptor.

Esta coincidencia se explica fácil-

mente, porque el acto de la sugestión duró escasamente diez minutos, tiempo que necesitó el señor Brandley para subir al cuarto de Davis y enterarse de que Eduardo no le había llamado.

Sin pararse a dar ni recibir explicaciones, el manco, sospechando una nueva maquinación de sus enemigos, bajó al escritorio, no encontró a Luisa, indagó, supo que acababa de salir una señora acompañada de un caballero y casi rodó las escaleras para bajar más pronto.

Así convirtió en certidumbre sus sospechas y echó a correr tras del auto que, como si su conductor se complaciese en prolongar la ansiedad de Davis, caminaba despacio, sólo a la velocidad suficiente para mantener una pequeña distancia que el joven nunca acababa de salvar. La persecución llamó la atención en un principio, pero como pronto estuvo el carruaje fuera de los lugares concurridos y, a seguida, se internó en los barrios ribereños, nada se opuso a la feliz realización del proyecto de Kent.

Tan pronto como estuvieron en sitio poco frecuentado, el bandido aminoró más la marcha, porque penetrando el pensamiento de su contrario supuso que éste trataría de subir al automóvil, y, de realizarse esta idea, contaba Kent con echarle también la zarpa a Davis.

Así sucedió: Eduardo logró cogerse a la trasera del carruaje y colocarse sobre el neumático de repuesto, pero en el mismo instante, y antes de que Davis intentara alguna agresión, emprendió el auto desenfrenada carrera; de modo que el joven hubo de resignarse a mantenerse en su sitio y aplazar su entrada en acción.

El automóvil no disminuyó la velocidad de su carrera hasta llegar frente a los almacenes que eran guarida de la banda.

Mark y algunos de sus acólitos

paseábanse junto a la entrada y al ver el automóvil de Kent fueron a su encuentro precipitadamente. Kent, con significativas señas, les indicó la trasera del coche, y los secuestradores, así advertidos, al parar el auto se ccharon sobre Davis y le sujetaron brutalmente.

Mark, al ver al mancebo, rompió a reír a carcajadas y dijo con sangrienta mofa:

— ¡Parece que no podemos pasarnos el uno sin el otro, caballero!

No contestó Davis; pero al ver bajar del carruaje a Luisa se agitó convulsivamente para librarse de los perros de presa que le aullaban.

La joven vió también a su amante, y sus ojos se cubrieron de lágrimas.

Una vez aprisionada Luisa, Kent dejó de ejercer su magnética influencia sobre los centros nerviosos de la joven, por lo que ésta había recuperado durante el transcurso del viaje su voluntad y su facultad de pensar.

Así fué mayor su tristeza al comprobar el triunfo de sus implacables enemigos.

\*\*\*

Kent cogió una mano de Luisa y la forzó a entrar en el almacén.

— ¿Qué hacemos con éste? — preguntó entonces uno de los subalternos, refiriéndose a Eduardo.

— Conducido al pozo de la muerte — contestó risueño el capitán.

A empellones le metieron en el almacén los desalmados, le bajaron en vilo a los sótanos y le arrojaron al «pozo» por el boquete abierto, que no taparon en espera de las órdenes de Mark.

Un golpe sordo y una blasfemia siguieron al lanzamiento de Davis.

En tanto, el capitán habíase dirigido al cuarto más espacioso del subterráneo, que semejaba una salita de juntas. Ya estaban allí Kent y Luisa.

Esta, medio desmayada en una

silla, no daba otras muestras de vida que las de sus ahogados sollozos y la agitación de su seno al respirar.

Kent, orgulloso de su triunfo, aguardaba a Mark para humillarle con su victoria, preguntándose al propio tiempo si no era propia la ocasión para romper el pacto y mandar noramala al capitán.

Quiso al entrar en la salita se dirigió hacia Kent y le estrechó la mano con fingido afecto.

— Le felicito a usted por su hábil y pronta operación y me felicito yo por haberme confiado a tan buenas manos. Pero ultimemos este asunto, que luego habrá lugar para regodearnos a nuestro sabor.

Kent sonrió irónicamente y agradeció el incienso del jefe aliado con una sencilla inclinación de cabeza.

— Despachemos pronto — aconsejó —, no sea cosa que los podencos de la policía olfateen algo.

— Vamos allá — ratificó Mark.

Este se acercó a la desolada joven y, con acento severo, se expresó así:

— Son ustedes incorregibles, tanto usted como su novio; y ya va a qué extremos lamentables nos fuerzan ustedes con su resistencia. ¡Y todo por un pedazo de papel que quizás no valga al fin y a la postre los gastos que unos y otros hemos hecho! Creo que ahora se pondrá usted en la razón y que no hará usted nuevas tonterías.

Nada respondió Luisa.

Mark no se impacientó; suavizando más el tono dijo:

— Nos consta positivamente que el pergamino que buscamos se halla en poder de usted...

— Se engaña usted — interrumpió vivamente Luisa, que recordando la mixtificación del documento ejecutada por su padre abrió el pecho a la esperanza, creyendo obtener su libertad y la de Eduardo a cambio del inútil papel.

Esta idea le suministró nuevos alientos; no consideró ya tan deses-

perada la situación y para que la malicia de sus interlocutores no sospechase algún fraude si ella de buenas a primeras accedía a entregar el documento, determinó resistir todo lo posible para engañarles mejor.

Kent la observaba, y las arrugas de su frente indicaron cierta preocupación, como si el sugestionador adivinase la mentira.

— Señorita — prosiguió Mark ya malhumorado —, no nos obligue usted con su rebeldía a adoptar medidas que han de repugnarle. No nos incite a que sea nuestra misma mano la que se apodere del papel que guarda usted en el seno. No queremos imponerle vejación alguna... Ahora decidase usted, porque mi paciencia se agota.

Luisa fingió vacilar.

— Pero si yo entrego el pergamino — balbució — ¿nos libertará usted, señor?...

— Si...

— ¿A Davis también?...

— También, aunque debiéramos tomar represalias...

— ¡Oh... no!...

— Tiene usted mi palabra de que saldrá libre de aquí con usted.

— Entonces...

— Acabemos... — exigió perentoriamente Mark.

Luisa se volvió de espaldas a los dos hombres, abrió un poco el escote de su traje y extrajo del seno el pergamino falsificado.

Luego dió un paso hacia Mark, palidísima de emoción, y le tendió la vitela.

La mano ansiosa del bandido la cogió ávidamente.

Kent se acercó a Mark, revelando en los ojos extraordinaria curiosidad.

— Bien — afirmó el capitán —; voy a dar orden de que traigan a su Eduardo y seremos tan galantes que hasta les facilitaremos a ustedes un automóvil para regresar al hotel.

— Convendría antes — advirtió con

cierto dejo de desconfianza Kent — que examinásemos detenidamente el pergamino. A lo mejor...

A las primeras palabras del lugarteniente Mark posó la inquisitorial mirada en el papel, hizo un gesto de desagrado, mojó la punta del índice de su mano derecha con saliva y pasó el dedo por el escrito atribuido al viejo Davis.

Un terno formidable se escapó de su boca y resonó en aquellas concavidades subterráneas.

— ¡Es falso! — declaró en seguida.

Kent sonrió nuevamente y con más ironía aún.

Mark se aproximó a Luisa, aterrizada, viendo ya ante sí el espectro de la muerte.

El capitán de bandidos no era ya el mismo hombre, mejor dicho, presentábase entonces tal y como en verdad era, bárbaro, cruel, clínico.

Cogió bruscamente de un brazo a Luisa y la arrastró fuera de la habitación.

Kent fué tras ellos.

No anduvieron mucho: sólo el trecho que mediaba hasta el pozo de la muerte.

Una vez allí, Mark señaló el agujero, se encaró con Luisa y con acento feroz le intimó:

— Ahí dentro está su prometido de usted y le aseguro que de ese pozo no saldrá sino muerto. Necesito el pergamino verdadero y usted sabe dónde está: o me lo entrega o Davis perece... Escoja usted...

— Ignoro dónde está, señor...; le prometo buscarlo, le...

— No admito disculpas señora; ahorre, pues, sus lamentaciones y sus lloros. Tiene usted dos minutos para decidirse — añadió el bandido, sacando su reloj y mirando atentamente la esfera.

— Por Dios, señor..., yo...

— El pergamino...

Luisa se arrodilló y clamó desesperada.

— Han transcurrido los dos minu-

los — interrumpió friamente Mark —  
¿Habla usted, si o no?

— ¡Calla, Luisa! — gritó en aquel instante la voz de Eduardo desde el interior del pozo.

El joven acababa de firmar su sentencia de muerte.

Airado, echando espumarajos de rabia por la boca, mandó Mark a Kent:

— Abra usted las compuertas; vosotros asegurarme a esta prójima. ¡Vivo!

Y mientras los ayudantes apresaban a Luisa, Kent hizo girar unas manivelas aplicadas a la pared más inmediata al pozo y, acto seguido, oyóse distintamente el ruido sordo y monótono del agua al caer en el interior de la prisión de Davis.

### El escape

Fueron segundos, sólo segundos los que duró aquel martirio horrendo. El agua iba llenando velozmente el receptáculo y Davis veía con desesperación cómo iba subiendo de nivel la clara linfa. Inútilmente palpó las paredes del pavoroso impase buscando una salida... Y el agua subía, subía; sus tobillos, sus piernas, su vientre, su pecho fueron sumergiéndose en el líquido elemento; quiso nadar; ¿para qué? ¿Para prolongar su agonía y dilatar su sacrificio?... ¡No valía la pena!... Pero el instinto de conservación, sublevándose contra estos razonamientos le impulsaba a no morir sin lucha, a intentar todo antes de perecer. Sin embargo, sentíase impotente, faltábale la respiración; sus brazos se extendieron como para mantenerse a flote y sus ojos se cerraron para no ver el horror de su situación desesperada...

Pero ¿qué era aquello? ¿Qué fuerza le arrastraba? ¿A qué obedecía la sorda explosión que acababa de oír? ¿De dónde procedía la tromba

de agua que, entrando en el pozo, le arrastraba consigo y le llevaba lejos, lejos?...

Eduardo braccó rápidamente y notó que ascendía con rapidez y que a la obscuridad del pozo substituía la claridad, la luz, la vida... Era el río, el Hudson; estaba vivo y libre... ¡Dios también le había amparado aquella vez!

Al salir a la superficie y ver desde el agua la guarida de los ladrones comprendió el motivo de su milagrosa salvación.

El subterráneo, al que los malhechores denominaban el pozo de la muerte, estaba separado del cauce del Hudson por escasa distancia; construido así de propósito para aprovechar las aguas del río por medio de un sistema de bombas aspirantes y llenar con ellas el infame calabozo, seguramente, por la repetida acción de las aguas del río y de las del pozo, debieron irse socavando los mamparos, o, mejor dicho, la pared de aquel profundo socavón, directamente batida por el Hudson, hasta hacerse tan delgada que no resistió al embate combinado del líquido elemento el día en que los bandidos condenaron a muerte a Eduardo.

Al penetrar el río en el interior del calabozo, arrastró en su reflujo al prisionero, y le salvó la vida.

Davis alzó los ojos hacia el alegre cielo y desde lo más íntimo de su ser agradeció al Señor de las alturas el inmenso beneficio que acababa de otorgarle. Luego, recordando el proverbio que dice: ayúdote, que Dios te ayudará, nadó vigorosamente hacia la orilla, con ánimo de tomar tierra en la proximidad de la madriguera de Mark y sus secuaces, de la que lo había alejado un tanto el río salvador.

Allí estaba Luisa, en poder de los foragidos, y había que salvarla, aun a costa de la vida.

El corazón sin miedo del descen-

diente del matador de Kidd no midió las dificultades de la empresa.

En pocas brazadas alcanzó Eduardo la ribera y saltó a tierra, chorreando agua. Sin cuidarse de sí mismo se dirigió hacia la casa y se emboscó entre los pocos fardos que había a la entrada de los supuestos almacenes.

Esperó allí antes de adoptar un partido, que su imaginación no atinaba en aquel momento, pues, aun descontado el efecto que su aparición había de producir entre los malhechores, eran éstos muchos y fuertes.

Esta indecisión suya contribuyó a favorecer sus proyectos.

Poco hacía que acechaba irresoluto cuando observó que acercaban a la puerta de acceso al edificio el automóvil mismo en que Kent les condujera a la guarida.

— ¿Se la llevarán a sitio más seguro?... — se preguntó Eduardo al ver aquella maniobra.

Sí, se la llevaban: Kent, con varios secuaces y acompañando a Luisa, acababa de aparecer a la puerta de la casa.

Un rugido salió de la garganta de Davis: el joven se irguió, se registró los bolsillos buscando un arma y sus manos tropezaron con un bulto que cogió y sacó: era su pipa, una verdadera pipa de marinero. A su vista sonrió, la empuñó como si fuese un revólver y, precipitándose sobre los secuestradores que al verle le creyeron un fantasma del otro mundo, les apuntó con la mortífera arma, gritando al par:

— ¡Arriba las manos!

Paralizados por el asombro, obedecieron los malvados; Davis cogió a Luisa y la metió en el automóvil, donde también montó, poniéndolo en seguida en marcha.

Al romper ésta el carruaje, los bandidos quisieron detenerlo, pero como no lo consiguieran dispararon algunos tiros contra el auto que se alejaba, a los que Davis respondió arrojando a los burlados malsinas

la pipa, que tan bien le había servido, y gritándoles guasonamente:

— ¡Guardadla como recuerdo mío!

\*\*\*

Mohinos y cabizbajos tornaron a su guarida. El ruido de los disparos había atraído a los que aun permanecían en el interior.

Con quien primero se tropezó Kent fué con Mark, que, lleno de extrañeza al ver allí a su aliado, a quien suponía con Luisa camino de la nueva prisión, preguntó demudado, livido:

— ¿Qué pasa?

Haciendo de tripas corazón, hubo de confesar Kent la derrota que acababan de infligirle.

Con los puños apretados y los ojos chispeantes de ira acogió Mark las razones de Kent.

A pocos pasos de él María, mordiéndose los labios y rabiosa de celos y de indignación, escuchaba también.

Después de haber desahogado Mark su cólera con borbotones de denuestos y de injurias que soportó Kent impávido, con una impavidez que denotaba la fortaleza de una resolución deliberadamente adoptada, continuó:

— Usted tiene la culpa de que los pájaros hayan volado otra vez... Usted, pues, es quien debe traerlos a la jaula. Necesito el pergamino: arrégleselas usted como quiera para traerme; de lo contrario..., nos veremos las caras, señor Kent.

Este se encogió de hombros con indiferencia.

— Quién debe guardar el documento es el padre de la señorita Brandley: hay, pues, que arrebatárselo — aseveró Mark.

— Ese señor no sale del hotel — indicó Kent.

— Con que entre usted hasta...

— No es tan fácil la cosa como parece y menos ahora que todos estarán sobre aviso.

— ¿De veras?... — replicó sardónicamente el capitán.

— No sólo lo creo así, sino que me parece muy peligroso permanecer en este sitio: a ese Davis le habrá faltado tiempo para denunciar a la policía nuestro escondrijo.

— Nada de eso me importa. Sólo he de decirle a usted que tengo preparado un navio para partir esta misma noche a la isla Alvarez. En el embarcadero del Oeste le esperaré, y ¡ay de usted si fracasa o me traiciona!

Dicho esto con extraordinaria energía y tono que no admitía réplica, Mark volvió las espaldas al grupo y con las manos metidas en los bolsillos, silbando una canción de cabaret, se alejó hacia la ciudad, escoltado por algunos de sus leales.

Maria quiso también reunirse a Mark, pero Kent la cogió de una mano y le suplicó:

— No se vaya usted: tenemos que hablar.

La ex doncella miró a Kent recelosa.

— Paseemos para que esos no nos oigan — dijo Jaime, refiriéndose a dos o tres compañeros de banda que no se habían retirado.

Obedeció Maria y Kent se expresó en estos términos:

— Ya ha presenciado usted la escena que se ha desarrollado entre Mark y yo, y habrá usted comprendido también que mi silencio no se debe al miedo que me cause ese hombre ni a sus fanfarronadas y amenazas. Quiero decir que estoy cansado de aguantar sus impertinencias y sus imposiciones, y que desde este momento obraré por cuenta propia.

— ¿Y me lo dice usted a mí?... —

— Sí, se lo digo a usted porque quiero que se convenza de que al lado de Mark nunca realizará usted su deseo de venganza. Usted vale mucho más que ese bruto de Mark, que con sus intemperancias nos estropea siempre nuestras mejores combina-

ciones y al que lo mejor de la banda mira ya con malos ojos.

— ¿Y quién me garantiza que será usted mejor que él?... — repuso, no sin ironía, la joven.

— Los hechos hablarán por mí, Maria. Si usted se decide a ayudarme, esta misma noche nos habremos apoderado del pergamino que tanto codicia Mark; nos desembarazaremos de Mark más pronto de lo que él supone, y, entonces, yo me pondré a las órdenes de usted para cuanto quiera emprender contra las personas de Davis y su novia.

La seguridad con que se expresó Kent impresionó hondamente a Maria.

— Usted no conoce bien a Mark: es un verdadero facineroso... — observó Maria.

— ¡Bah! Otros peores que él han tenido que tascar el freno, amiga mía.

— Otra cosa: ¿cómo va usted a robar el pergamino?... —

— Ante todo contésteme usted a otra pregunta.

— Diga usted.

— ¿Acepta usted o no mi propuesta? Necesito saber si está usted conmigo o contra mí.

— Esta es mi mano — replicó Maria con franqueza y tendiendo su diestra a Kent, que se la estrechó.

— Ahora estoy dispuesto a comunicarle cuanto desee. Pero bueno será que nos marchemos de estos lugares. Me equivocaré mucho si, como ya he anunciado a Mark, no se presenta la policía...

— Habría que avisar, pues, a esos — aconsejó la joven, señalando a los corifeos que aun estaban en los almacenes y en la casa.

Kent sonrió y denegó con la cabeza.

— Eso, en carne de cañón; déjelos que sirvan de carnaza a la policía — agregó cínicamente.

En seguida se encará con uno de los que formaban parte de la carnaza y lea dijo:

— Esta señorita y yo nos vamos ahora; volveremos en seguida; si viniera el capitán, decídle de mi parte que nos aguarde aquí.

— Pero ¿vendrá Mark?... — preguntó en voz baja María.

— ¡Quiá!... ¿No ha oído usted que me espera en el embarcadero del Oeste?...

— ¡Ah!

— En marcha. Vamos a poblado; allí tomaremos un coche y entraremos en acción en seguida.

— ¿Ya?...

— Inmediatamente. Los Brandley y Davis no soñarán siquiera con que apenas fracasada la combinación de esta tarde empecemos otra, y eso vamos ganando.

Emprendieron la caminata.

Cuando estuvieron algo distantes de la guarida de la banda María preguntó:

— ¿Me dirá usted ahora cuál es su proyecto?

— Oiga usted. La sencillez es mi norma: poco enredo, poca gente en danza, decisión e inteligencia; con esto basta y sobra para ir a todas partes.

— Conforme, pero...

— Estamos ahora seguros — prosiguió Kent sin hacer caso de la interrupción — de que el pergamino obra en poder del viejo. Ya se lo ha oído usted a Mark, como le habrá dicho que el que tenía la señorita era falsificado... Poco le habrá usted agradecido a su antiguo jefe la pasacata a que la obligó con el anzuelo de la venganza...

— No se trata ahora de eso.

— Como usted guste. Sigo, pues: sabiendo que el pergamino está en manos del viejo, contra éste hemos de dirigir nuestros tiros. Un sencillo escalo bastará.

— ¿Un escalo?

— Sí, un escalo. Después de cuanto ha ocurrido comprenderá usted que no voy a entrar en el hotel por la puerta principal. Me he exhibido ya

demasiado en esa fonda para emplear nuevos artificios y disfraces.

— ¿Entonces?...

— Por eso he hablado de escalo. Los hombres que ejercen una profesión tan arriesgada como la mía deben no olvidar detalle cuando emprenden un asunto. Esta costumbre de observarlo todo me va a servir ahora admirablemente. ¿Se ha fijado usted en esa escala de hierro que suelen tener casi todos los grandes establecimientos y edificios?

— Sí.

— Pero ignora su objeto.

— En efecto.

— Pues esa escala sirve para los salvamentos en casos de incendio.

— ¡Ah!

— ¿Adivina usted mi plan?...

— No.

— Cuando sea completamente de noche subiré por esa escala hasta el piso donde está el departamento del señor Brandley, situado precisamente en las inmediaciones del pasillo donde recae el hueco en que remata la escala.

— Entendido...

— Nada más fácil que entrar en el cuarto del viejo, amordazarlo, registrar sus equipajes y...

— Me parece muy bien — interrumpió María —. Pero no veo mi intervención en todo eso.

— Su papel es meramente pasivo. En el mismo coche que tomaremos ahora me aguardará usted en la calle, cerca de la fonda; podrían venir mai dadas las cosas y, en este caso, me asegurará usted la retirada o, por lo menos, salvará usted el papel, porque no saldré del hotel sin haberme adueñado del documento. ¿Me ha entendido usted? ¿Se hace usted cargo?...

— Completamente.

— ¿Se le ocurre a usted algo que observar?...

— Sí...

— ¿Qué es ello?

— Suponiendo que se viera usted

obligado a entregarme el pergamino, ¿a dónde he de ir luego para reunirnos?

— ¡Ciertos! Irá usted a casa de Adela, y allí me esperará. Ya le daré las señas.

— Adela no me mira con buenos ojos, señor Kent.

— ¡Bahl... ¡Peccata minuta!... Es un poquitin celosa. En fin, prescindamos de nimiedades: a lo que importa. Ahí cerca hay una parada de carruajes... ¿Vamos?

— Vamos — asintió María, resuelta a traicionar al que fué su jefe.

...

El regreso de Eduardo y de Luisa al hotel constituyó un acontecimiento: había transcendido ya, en parte, la historia de los jóvenes, porque el señor Brandley, apuradísimo al no encontrar a Luisa y al enterarse de la partida de Eduardo, habló con el gerente del hotel y éste, con algunos empleados, registró la casa de arriba abajo sin resultado alguno.

Anochecido ya entraron en sus habitaciones los novios con el señor Brandley, después de haberles costado no poco trabajo librarse de los curiosos que les acosaban a preguntas.

Cuando pudieron hablar a sus anchas y después de relatar su última aventura, que pudo haber concluido de tan trágica manera, Eduardo expresó su formal decisión de salir de Nueva York, partiendo hacia la isla Alvarez si al día siguiente ultimaba la contrata de la embarcación, bien aceptando el hospedaje que tan galantemente les ofrecieran los señores de Brent hasta el día en que tuviesen a su disposición y definitivamente el barco.

Convinieron el padre y la hija en que lo resuelto por Davis era lo más prudente.

Dijo también Davis que, sabiendo ya dónde radicaba la misteriosa gua-

rida de los bandidos, se pondría al habla con la policía y la guiaría él mismo para que la redada fuese abundante.

Luisa suplicó a su novio que no complicase más de lo que estaba la cuestión, y Eduardo, sin prometer nada, alegando cansancio y pesadez de cabeza, se retiró a su cuarto, situado a poca distancia del de los Brandley y con ventanas, como el de éstos, a una de las calles laterales del hotel, generalmente poco concurridas por la noche.

Padre e hija, cuyos departamentos estaban separados por un gabinetito común a ambos, continuaron picoteando un buen rato. Brandley no se cansaba de oír a su hija, admirando su resistencia, su valor, y extrañándose de que destrozara tan excelentes cualidades aquella debilidad nerviosa que hasta entonces ignorara él. Hablaron luego de la familia Brent, conviniendo en que en la hermosa posesión de estos amigos, enclavada en delicioso lugar, a algunas leguas de la ruidosa urbe, vivirían recatados y seguros hasta el momento de reanudar el accidentado viaje.

En dulce cháchara pasaron el anciano y la niña un par de horas, y ya al buen quínico, a pesar de las emociones del día, le cerraba los párpados Morfeo, cuando se abrió silenciosamente la puerta de la habitación, y penetró rápidamente en ella un enmascarado que, empuñando un revólver, amenazó con sorda voz:

— ¡Quietos: ni una palabra, ni un grito!...

El anciano quiso acercarse al timbre para avisar a la servidumbre, pero el enmascarado se lo impidió interponiéndose entre él y el aparato.

— ¡He dicho que quietos—repitió—. Usted, señorita — agregó con tono perentorio —, sírvase entregarme el pergamino de Davis..., el legítimo, ¿entiende usted...?

— No, no... — osó protestar el anciano.

— Silencio o disparo — conminó el atracador apuntando con su revólver al pecho de Luisa.

— Obedezca usted, señorita, y pronto...!

La joven vaciló.

El ruido del gatillo estremeció a Brandley, quien, temiendo que el malhechor cumpliera su amenaza, dijo balbuciente:

— Dáselo, dáselo y que se vaya... ¡Bastantes desgracias nos ha traído...

Luisa abrió entonces un armario de la habitación, sacó un saquito de viaje, de éste una carterita y de la carterita el verdadero documento que legara el viejo Davis.

— Tome usted — dijo, tendiendo el papel al enmascarado, que lo tomó sin mirarlo siquiera, seguro como estaba de que era el legítimo. Lo guardó en un bolsillo, abrió la puerta, salió cerrándola luego por la parte de fuera, atravesó al pasillo, se encaramó al alféizar de la ventana donde remataba la escala de salvamento para incendios, y desapareció.

Comenzó a bajar tranquilamente, sin prisas; un ligero golpe de tos le obligó a mirar hacia arriba y vio que a una de las ventanas próximas a la que él utilizara para escapar estaba esomado un hombre que le observaba atentamente.

Aquel hombre era Eduardo.

...

Kent, a quien tan fácil le resultara todo hasta aquel momento, se dijo que Davis no tardaría en ponerse sobre sus huellas. Y este pensamiento redobló su energía y su actividad.

Bajó el resto de la escalera a toda prisa, a riesgo de caerse y perniquebrarse; había que salvar el pergamino a toda costa, y, ya que se le deparaba la ocasión, lanzó al incansable luchador por una falsa pista.

Al pisar la calle se le ocurrió a Kent correr al encuentro de María,

traspasarle el documento y seguir él hacia el embarcadero del Oeste, donde sabía que estaba Mark, para colocarse frente a frente a los dos encarnizados enemigos, mientras, logrado esto, se regodearía él tranquilamente y organizaría con toda calma su expedición a la isla Alvarez para el rescate del tesoro del pirata.

No se engañó Kent al imaginar que a Davis le faltaría tiempo para esclarecer las sospechas que le infundió aquel extraño individuo que había escogido tan rara salida del hotel.

Sin decir una palabra, sin alarmar a nadie, cogió su sombrero, tomó el ascensor y descendió al piso bajo, saliendo acto seguido a la calle.

Dió la vuelta al edificio para coger por la espalda al enmascarado, y lo vio marchar a paso de carga, calle abajo, torcer por una esquina y perderse en otra vía inmediata.

Apretó el paso Davis, pero la delantería, no muy grande, que le llevaba Kent sirvió para que éste alcanzase el coche en que aguardaba María, entregara a ésta el papel y continuase la marcha, volviendo de vez en cuando la cabeza para ver si le perseguían.

Cuando Eduardo embocó la calle en que aun estaba parado el coche ya se había realizado la entrega.

Como viera Kent que Davis se le echaba ya encima, emprendió la fuga descaradamente, y así, corriendo uno tras del otro, atravesaron calles y bulevares, solitarios a aquella hora, en dirección a los muelles.

Allí le fué más fácil a Kent esquivar la poderosa zarpa del enemigo sin que éste le perdiese de vista, a fin de que la segunda parte de su proyecto se realizara tan felizmente como la primera. Metiéndose por entre las grandes calles que formaban las mercaderías hacindas sobre los muelles, procuró aproximarse al embarcadero del Oeste, donde debía estar ya el capitán.

Eduardo, picado de curiosidad por

las maniobras del individuo a quien perseguía, apagó también un tanto sus fuegos, y se cñó a no perderlo de vista hasta saber en qué pararía todo aquello.

Kent llegaba ya al embarcadero, donde vió, paseándose muy agitado, al irritable Mark.

Este le vió también y le abordó en seguida.

Eduardo, al reunirse los dos bandidos, se aproximó desprecio hasta colocarse tras unas pacas de algodón, no muy distantes del sitio en que aquéllos se habían parado.

— ¿Qué hay, Kent?... ¿Ha tomado usted la revancha? ¿Me trae el dichoso papelote?...

Una sonrisa de triunfo, que la obscuridad le impidió notar a Mark, se dibujó en el semblante del traidor, quien, perseverando en su doble juego de engañar al mismo tiempo a Davis y al capitán, replicó en alta voz para que le oyese Eduardo, pues adivinó que éste no debía de andar muy lejos:

— En efecto, he tomado la revancha, como usted dice; pero el pergamino no lo tengo yo; lo tiene Maria.

— ¿Por qué se lo ha dado usted a ella?

— Porque Davis me descubrió y hube de tomarle las vueltas.

— Bueno: ¿dónde está Maria?

— Está en el embarcadero de la otra orilla. Si atraviesa usted el río en una lancha estará usted allí en cinco minutos y podrá tomar aún el último tren que sale de Voodale dentro de media hora.

— Está bien — asintió el capitán — Váyase al almacén de los docks y espere allí mis órdenes.

Kent contruvo una carcajada y, sin replicar, se retiró algunos pasos para recrearse en el resultado de su estratagemma.

Y vió como el capitán embarcaba en un botecillo de vapor; como, a los pocos segundos, surgía Davis de entre las pacas de algodón, embarcaba en otro bote y emprendía la persecu-

ción del primero, y como, habiéndose reconocido los adversarios, la emprendieron a tiros el uno contra el otro.

No quiso saber más y se marchó riendo para reunirse con Maria en casa de Adela.

Entretanto ganaron la orilla opuesta Davis y Mark, y éste, al hallarse en tierra firme y constatar por lo solitario del sitio que había sido víctima de una supercheria de su segundo, cesó de hacer fuego y corrió hacia la estación.

Minutos después le alcanzaba Davis y subía al tren, dispuesto a acoger allí mismo al canalla. El convoy se puso en marcha, Eduardo recorrió los diferentes departamentos en busca del bandido, y cuando le topó y fué a precipitarse sobre él ocurrió algo extraordinario: el vagón se dobló materialmente, perdieron el equilibrio cuantos en él estaban y desprendiéndose del resto del tren como si una mano gigantesca lo hubiese despenado.

De no estar cegado por el coraje, Davis habría visto que al entrar el tren en el puente sobre el Hudson había avanzado un guardavías agitando el farol rojo indicador de peligro inminente, que el maquinista trató de dar marcha atrás, que no le obedeció la máquina y que, a poco, se hundía un tramo del puente arrastrando consigo al fondo del río la locomotora y los primeros coches de viajeros.

### Generosidad y arrepentimiento

Sujetándose a las instrucciones de Kent, Maria escondió el pergamino en un bolsillo de la falsa falda y dió al cochero las señas de Adela Williams que poco antes le comunicara su aliado.

Dejando atrás las anchas avenidas, los aristocráticos *quartiers*, el coche se internó en un distrito neoyorkino,

suburbio en aquel entonces, que a mediados del siglo XVIII era toda la capital de Nueva York, con una población que no excedía de cuarenta mil almas. Las casas eran viejas, algunas de madera y obra, las calles angostas y, en general, la edificación memoraba los gustos de la colonia holandesa que fué base y asiento de la propiedad y riqueza de la actual Nueva York.

Ante uno de estos edificios se detuvo el carruaje.

Maria se apeó, pagó al cochero y antes de entrar en la vivienda la inspeccionó a la escasa luz artificial que iluminaba la calle. Era una casa de poca altura, en cuya fachada distinguíanse al primer golpe de vista las sucesivas modificaciones y reparaciones de que había sido objeto.

La exdoncella encontró digno aquel antro de las personas que en él se cobijaban, con notoria injusticia para las buenas gentes, marinos casi todos, que allí residían y que ni por asomo suponían la clase de convecinos con quienes se codeaban.

Al fin Maria cruzó el portal y se arriesgó a subir la empinada escalera de pino, hasta el piso segundo, que era el de Adela Williams.

La suciedad y la vetustez de la casa chocaron extraordinariamente a Maria por el contraste enorme de aquellos cascos rancios, anticuados, sin comodidades ni higiene, con las construcciones de los barrios nuevos, dotadas de todas las exigencias y lujos del moderno confort.

No le agradaba mucho a la inglesa el encuentro con aquella americana que desde el punto mismo en que se conocieron le manifestó marcada antipatía; pero, esclavizándose a la palabra dada a Kent y, sobre todo, ante la necesidad de protegerse contra las iras de Mark, llamó al piso de Adela, resuelta a pasar el mal trago.

Abrió la puerta la misma Adela, quien ante la presencia de la amiga

de Mark torció el gesto y no la invitó a que entrara.

— ¿Ha venido el señor Kent? — preguntó Maria, saludando apenas a la dueña del piso.

— No, aunque creo que no tardará. ¿Qué se le ofrece a usted?

— He de verle.

— ¿No puede usted decirme el recado que trae?

— No, Adela.

— Lo siento, porque tendrá usted que volver.

— Perdóneme usted que insista: me ha enviado aquí el mismo Kent y con orden de que, si no estaba, le esperase.

— Eso es distinto — replicó, acentuando su mal humor Adela —. Pase usted.

Obedeció Maria.

Atravesaron un pequeño recibidor, entraron luego en una salita medianamente amueblada y decorada, recorrieron en seguida un pasillo mal iluminado y fondecaron en un cuartucho que se abría al final de este corredor, casi aislado del resto de la casa.

Encendió Adela la luz, y dijo, con leve tono de ironía que advirtió la ex doncella:

— Aquí puede usted aguardar la llegada de Jaime; nadie la molestará. Si tardase mi señor y persiste usted en su propósito de verle, disponga a su gusto de esta habitación, en la que, como ve usted, hay donde descansar — añadió, señalando una pequeña cama de hierro.

— Muchas gracias — se limitó a contestar Maria.

Adela, después de dirigir una extraña mirada a su visitante, se retiró.

— Buenas noches — dijo.

— Buenas noches — repitió heladamente la intrusa.

Aquel frío recibimiento, con el que después de todo ya contaba, entristeció a Maria. La vengativa joven contempló un instante el sórdido aposento y, luego, se sentó en una silla, cerca de la única ventana que

había en la habitación recayente a la calleja donde estaba enclavado el edificio.

Comenzaba a sentirse cansada de la lucha; cierto que poseía el pergamino, pero ¿qué representaba para ella aquella mezquina venganza?... No era el dinero por lo que había declarado la guerra a Davis: era por el desprecio que aquel hombre hacía de su corazón enamorado; porque aun le amaba, sí; aun, a pesar de su rabiosa ira, de su cruel conducta, le amaba, no sabía a ciencia cierta cómo, porque era el amor suyo una mezcla informe de cariño puro e ideal y de la lubricidad salvaje de la vampiresa.

Veíase sola, a merced de aquellos hombres sin alma con quienes voluntariamente convivía; entre aquel Kent ambicioso, sin escrúpulos, y aquel Mark brutal e implacable. Sintió ganas de llorar, de llorar como una niña, como cuando las blancas alas de su inocencia no se habían manchado aún con el cieno impuro de su azarosa vida. Y añoró entonces aquellos tiempos pasados en que su existencia se deslizaba sin ambiciones, sin amores borrascosos, pero también sin inquietudes ni sobresaltos.

Poco a poco la emoción y el cansancio del ajeteo de aquel día, tan agitado para ella, la sumieron en el sopor, preludio del sueño; y así se quedó, como traspuesta, junto a la ventana.

Rumor de voces que llegaba apagado al interior del cuartucho despabiló un tanto a María.

Se levantó, venciendo su marasmo, y se acercó a la puerta, que dejara entornada Adela al salir.

Aunque algunas palabras las oía claramente, eran voces sueltas que por sí solas nada decían, aunque por el tono en que eran pronunciadas deducíase que no reinaba gran inteligencia entre los interlocutores.

Así era. Casi pisándole los talones había llegado Kent a casa de Adela,

preguntando inmediatamente por María.

La Williams, que confundió el motivo de la ansiedad que revelaba el rostro de su amante, creyéndola obra de la afición de éste hacia María y no causada por el negocio que preocupaba a todos, púsose de niñas, como vulgarmente se dice, y por intuición, inconscientemente, negó la estancia de María en el piso.

El gesto de contrariedad que hizo Kent aumentó la pasión celosa de la betaira, que mostráase entonces como lo que realmente era, esto es, como hembra de rompe y rasga sobre quien no ejercía influencia alguna el poder magnético del sugestionador.

Amenazadora, descompuesta, mezclando interjecciones, palabrotas y la jerga del hampa al lenguaje usual y corriente, echó en cara a su amante la intimidad de sus relaciones con la inglesa, a quien secaría ella los ojos, según afirmó colérica.

Insútilmente protestó Kent de su lealtad, insistiendo en la indiferencia que, como mujer, le inspiraba María; bien trató de demostrarlo sosteniendo que sus relaciones con ella se limitaban exclusivamente al negocio que tratan entre manos y llegando hasta declarar que el pergamino tan deseado lo poseía la compañera que tanto repugnaba a Adela. Se cansó en balde. Adela se corrió a la banda, acreció en sus apóstrofes y en sus invectivas, aburrió, en fin, de tal modo a Kent, que ésta optó por largarse con viento fresco y averiguar el paradero de María, sin presumir, no obstante su listeza, que la joven estaba en el piso y muy ajena a la tormenta habida entre los amantes.

Al marcharse Kent se calmó Adela como por ensalmo. La confianza que le hizo Jaime respecto al poseedor del pergamino le causó extraordinaria alegría, pues en su alborotado magín brotó la idea de arrebatarse el papel a la inglesa y de echarla luego a la calle, con lo que se asegu-

ría ella la adhesión de su amante, que ya no osaría traicionarle sabiéndola dueña del tan traído y llevado documento.

Apenas se apagó el ruido que hizo Kent al bajar la escalera, corrió Adela al cuarto donde esperaba María, a quien encontró de pie y bastante molesta.

— Señorita — dijo la Williams con tono que quería ser cortés —, creo que a estas horas no vendrá ya Jaime. No es que la incite a irse, no; puede usted pasar aquí la noche, si quiere, pero... sería lo mejor que si trae usted algo para él me lo entregue y yo se lo transmitiré en cuanto venga.

— He de entregarlo en propia mano — repuso desabridamente María —. Aunque por lo avanzado de la hora me será difícil hallar hospedaje, prefiero marcharme y volver mañana.

— ¡Limpiate, que estás de nuevo! — respondió con desgarro Adela —. ¡Qué más quisieras tú...! De aquí no saldrás — agregó — sin entregarme el pergamino... ¿Te has enterado? ¡Lo has oído bien...! ¡Quía, hija, quía...! Para eso se necesita una pupila que tú no tienes... Conque ya estás soltando el papelucho, porque de lo contrario...

María, que se explicó en seguida la causa de las voces que antes le intrigaran, atribuyendo acertadamente la ausencia de Kent a los celos de Adela, recordó que también era ella hembra de navaja en la liga y rompió a reír con aire de desafío.

— ¡Tengamos la fiesta en paz! — amenazó Adela —. Dame ese papel por las buenas, si no lo tomaré yo por las malas.

— ¡Eso vamos a verlo ahora mismo! — contestó María poniéndose en jarras.

— ¡Ya está visto! — chilló la Williams.

Y acto seguido se tiró sobre María como una leona.

Las dos mujeres se ensarzaron.

Adela creyó amedrentar a su contraria y se encontró no sólo que no la temía, sino con que era más fuerte que ella y la vapuleaba de lo lindo.

Las caras de ambas mujeres se llenaron de arañazos; parte de la blusa de María fué arrancada por las uñas de Adela; la cabellera de las dos furias sufrían también lamentables estragos, y, no obstante, continuaban golpeándose, mordiéndose, desbaratándose. Al fin fué tan evidente la superioridad de la inglesa, que la yankee, a pesar de su corpulencia, se batió en retirada.

Retrocedió hasta la puerta y exclamó:

— ¡Ah! te quedas, pero volveré y te sacaré los ligados...! ¡No has de salirte con la tuya, so...!

María quiso precipitarse de nuevo sobre Adela, pero ésta se evadió vivamente, salió del cuarto y cerró la puerta.

Trató de perseguir a la aliada de Kent, pero no pudo, porque la enemiga al huir había echado la llave.

Forcejeó, pateó los tableros de la puerta, pero todo fué inútil: la puerta no cedió.

Entonces púsose a pasear de un lado a otro de la estancia, dada a los demonios, pero vigilante para no ser víctima de otra asechanza de su celera.

Y así transcurrieron las horas hasta que, fatigada, incapaz de sostenerse en pie por más tiempo, se dejó caer sobre la cama y, pese a sus temores y a lo grave de su situación, se durmió.

\*\*\*

Una estruendosa algarabía, un vivísimo resplandor rojo, un zumbido continuo de golpes y pasos precipitados la despertaron cuando creía haber pegado apenas los ojos.

Se los frotó, saltó del lecho, contempló como embozada la habitación y en seguida corrió hacia la puerta.

Continuaba cerrada.

Una llamarada, una lengua de fuego hirió los cristales de la ventana y, a su luz, María recobró el dominio de sí misma.

¿Qué sucedía? ¿De dónde brotaba aquel resplandor?...

Un olor nauseabundo se iba esparciendo también por el cuarto y ligeras nubecillas de humo penetraban por las rendijas de la puerta y de la ventana.

Alocada, sospechando el terrible siniestro, abrió aquella y se asomó a la calle.

Ahogó un grito.

La casa inmediata ardía por completo y el fuego se había comunicado a la que habitaban Kent y su querida.

Los pisos inferiores de ésta eran ya pasto de las llamas.

En la calle estaban amontonados los muebles de los vecinos siniestrados; los bomberos y fuerzas de policía trabajaban asiduamente, los unos intentando atajar el fuego, los otros conteniendo al gentío que se aglomeraba en la calle y en las estrechas bocacalles que allí aflúan.

Y, en tanto, el humo negro y pestilente iba invadiendo más denso y amenazador todos los ámbitos del cuarto.

María se asfixiaba; aterrorizada, se asomó de nuevo a la ventana que lamían ya las lenguas de fuego de los pisos inferiores y comenzó a gritar. Sus alaridos fijaron la atención de los bomberos.

Creíase que la casa había sido evacuada por todos los vecinos y la sorpresa y el horror fueron enormes ante aquella aparición.

Todos los corazones se estremecieron de espanto al ver la figura desolada de aquella mujer desgredada y enloquecida por el terror.

No había salvación posible para ella.

Los bomberos tentaron un esfuerzo, pero al reconocer más de cerca el

edificio constataron que la pared, vieja y ruinoso de suyo, estaba a punto de desplomarse.

Ante este temor, la policía alejó a la gente y acordó un buen espacio de terreno para evitar nuevas desgracias. Nadie osó resistir, todos contemplaban con los ojos fuera de las órbitas el terrible espectáculo de aquella mujer que en breves minutos sería devorada por las llamas ante sus ojos, y aquella multitud sobrecogida, silenciosa, grave, agachó la cabeza para no ver el tremendo suplicio.

De pronto, unos brazos poderosos hendieron la muchedumbre y rompieron el cordón de guardias. Un hombre joven, de formas atléticas, de gallarda postura se acercó a los bomberos y con tono imperioso les gritó:

— La escala Porta, pronto...

— ¿Va usted a subir?... Es un disparate, se hundirá la pared.

— Cobardes, obedeced — conminó rudamente el inesperado salvador.

— ¡Va usted a matarse...!

— ¡Venga la escala!... — insistió.

Asombrados de aquella aulima locura, los bomberos aproximaron la escala pedida por el joven.

— Acérquela lo más posible al muro.

Hízose así y, rápido como una exhalación, se lanzó escala arriba el anónimo héroe.

Por un momento desapareció entre los torbellinos de chispas y humo; la gente no respiraba, la angustia se había enroscado como una serpiente a todas las gargantas.

Aquel pavoroso silencio duró un minuto. Luego resonó un hurra enardecido.

— ¡Ya está!...

— ¡La ha cogido!...

— ¡Ya baja!...

— ¡Es un valiente!...

En efecto, el bravo había alcanzado la ventana donde se recortaba el busto de María, había arrancado

a ésta de allí con el esfuerzo de titán y, ya en su poder, bajó con su carga lo más de prisa que pudo hasta depositarla en el arroyo, libre ya de todo peligro.

Los bomberos abrazaron al héroe, los polizontes acudieron a auxiliar a la salvada, y el gentío, cuando tuvo junto a sí al que tan alto ejemplo de civismo y de caridad había dado, le estrujó materialmente y le llevó en andas, paseándolo en triunfo.

A costa de muchas súplicas y de alguna que otra puñada logró el joven desprenderse de sus admiradores e irse a la zaga de los agentes de la autoridad que acompañaban a María a la más próxima casa de socorro.

Consiguió emparejar al fin con éstos, y María, al verlo, bajó los ojos, mientras con voz firme rogó a sus acompañantes:

— Me siento ya bien, señores; se me ha pasado el susto y este caballero me hará el obsequio de acompañarme.

— ¿Le conoce usted?... — inquirieron los agentes.

— Es mi salvador...

Los representantes de la autoridad accedieron a la demanda de María y, cuando se retiraron, ésta, con los ojos llenos de lágrimas, se arrojó a los pies de su salvador, clamando al mismo tiempo:

— ¡Perdón, Eduardo, perdón!

...

Porque el desconocido, el héroe que no dudó en exponer su vida por salvar la de un semejante suyo, era Eduardo Davis.

Tres o cuatro horas antes el descendiente del aventurero glorioso habíase visto en las garras de la muerte, pero gracias a su serenidad, a su vigoroso esfuerzo y a la fortuna, que es dama enamorada de los audaces y de los valientes, había escapado al desastre del hundimiento del puen-

te con algunos otros que, como él, tuvieron la calma y la impavidez precisas para defender su vida.

Al hundirse en el agua la locomotora y los vagones, Davis se sintió violentamente despedido desde la plataforma posterior del tercer vagón en el que él iba y se sumergió sin que le tocasen los despojos del tren destruido.

Todo quedó, pues, reducido a un remojón soberano, a un violento ejercicio de natación para alcanzar la ribera más próxima y a una carrera en pelo para entrar en reacción y secarse la ropa. Como era al filo de la madrugada cuando pisó las primeras calles de Nueva York y no tenía más remedio que ir a pie al hotel, deambuló tranquilamente por el barrio antiguo, por donde había hecho su entrada en la ciudad, hasta que la agitación de las gentes madrugadoras, las señales de fuego, el correr de los agentes de la autoridad, escasos a aquella hora, le guiaron hacia el lugar del siniestro, al que llegó a tiempo de corresponder con un beneficio impagable a los daños constantes que le infligiera hasta entonces la animadversión de María.

Y conste que la acción fué aún más meritoria porque Davis, a la luz del incendio, reconoció en seguida las facciones de la antigua doncella de Davis House. Un espíritu estrecho, cobarde, habría sacrificado a su conveniencia todo humanitario instinto o se habría consolado con aceptar como buenas las afirmaciones de quienes sostenían la imposibilidad del salvamento, pero el alma generosa y fuerte de Eduardo Davis sólo vió en su enemiga a la infeliz mujer condenada a ser presa del voraz elemento, no escuchó los consejos de los espíritus tímidos o acomodaticios y expuso su vida por salvar la de aquel semejante suyo a quien tan horrible martirio amenazaba.

Cuando María se arrodilló a sus pies impetrando perdón, Davis frun-

ció las cejas y la levantó bruscamente.

— ¿Qué hace usted?... — protestó.

— Me ha salvado usted la vida, señor. ¿Qué menos puedo hacer?...

— ¿A dónde quiere usted que la conduzca, señorita? — repuso friamente Davis —. Usted no está bien todavía; necesita reponerse.

Un doloroso gesto de María demostró el sufrimiento que le causaban las desabridas frases del hombre a quien amaba tanto.

Reteniendo sus sollozos, dijo:

— Merezco que me trate usted así, caballero: he sido mala, perversa, me he interpuesto en su camino para inferirle todo el daño posible... Lo reconozco y me arrepiento...

Las lágrimas asomaron a sus ojos.

Davis expresó su displicencia con una mueca.

— Estamos llamando la atención, señorita — advirtió —. Además, yo tengo qué hacer.

— No le pesará a usted que aun le retenga un poco.

— Sea usted breve.

— Una desgraciada pasión y los malos consejos de la soberbia y del canalla de Mark me indujeron a tomar activa parte en los manejos contra usted...

— Realmente — interrumpió el joven —, yo debiera entregarla a usted a la autoridad; pero... usted es joven, tiene tiempo de rectificar su vida... Vaya usted con Dios, María, y procure que no nos encontremos otra vez...

Davis quiso alejarse, pero su interlocutora le retuvo por un brazo.

— No se vaya usted así, enojado conmigo. El grave peligro a que me he visto expuesta ha trastocado tan por completo todo mi ser que la antigua María, la amiga de Mark, ha desaparecido para ceder su puesto a una mujer resignada a su triste destino de amar sin esperanza, pero que consagrará lo que le quede de vida a contribuir a la felicidad de

usted y... de su prometida — agregó la atribulada, venciendo la resistencia que las últimas palabras parecían oponer a salir de su boca.

— Está bien... — replicó impaciente Davis —. Despidámonos.

— Antes de decirnos adiós, quiero corresponder a su noble conducta con algo que no esperaría usted de mí.

Molvió una mano en el pecho y extrajo el pergamino de Kidd.

— Tome usted.

Las miradas de Davis se fijaron en la sucia vitela e instintivamente alargó la mano.

— Es el pergamino famoso — dijo María, acompañando la frase con una triste sonrisa —. Ya ve que pronto he entrado por la senda del arrepentimiento.

— ¡Gracias, gracias! — repuso el joven guardando el papel —. ¡Ojalá sea sincera su resolución! ¡Ojalá no tenga que echarme en cara nunca el haberla arrancado hoy de las llamas!

Pronunciadas estas palabras, Eduardo Davis se despidió brevemente y partió.

María, indecisa respecto a lo que había de hacer y como atraída por las ruinas del lugar de su tragedia, se encaminó hacia la que fué casa de Kent; pero antes de llegar alguien la detuvo.

Este alguien era el propio Kent, que, más obsesionado por las fabulosas riquezas del pirata que por el siniestro de su casa y la pérdida de su ajuar, intuyó ávidamente a María:

— Deme el documento.

— Ya no lo tengo — respondió tranquilamente la joven —. Yo misma se lo he dado a Davis.

— ¿Qué significa eso?

— Eso significa que desde este instante tiene Eduardo Davis en mí la aliada más adicta y la más ardiente defensora.

Y volviendo la espalda al bandido, María se perdió por entre la red de callejas de la antigua Nueva York.

### La caja de caudales

Sería repetir una vez y otra la descripción de la misma escena si se pintase aquí ahora la alegría de los Brandley al estrechar entre sus brazos a Eduardo y las diferentes emociones que experimentaron durante el largo relato de las aventuras del joven.

Apenas pudo arrancarse éste a aquellas expansiones de familia y entregar el pergamino al químico, que no sin cierto repugnancia volvió a encargarse de su custodia, echóse a la calle ansiando resolver lo relativo al viaje inmediato a la isla Alvarez.

Después de muchas y pesadas entrevistas con armadores y capitanes sólo pudo conseguir que el yate *Medea* estaría a su disposición para dentro de una quincena.

Conformóse con aquel aplazamiento y pensó que era hora de utilizar la invitación galante del profesor Brent y familia.

Pero antes del traslado a Lilasbusch, que así se denominaba al linda residencia de los Brent, quiso cumplir su propósito de cooperar a la exterminación de la partida de bandoleros que, al mando de Mark y Kent, tantos y tan graves disgustos le había proporcionado.

Presentóse, pues, en la Jefatura de policía, pidió ser recibido por el jefe superior y, una vez en presencia de la elevada autoridad, hizo una relación breve y concreta de cuanto le aconteciera en Nueva York desde el día que puso el pie en la gran ciudad hasta el momento de la catástrofe. No habló del incendio para no perjudicar a María y en pago de la devolución del documento, no porque confiase mucho en la regeneración de la celosa mujer.

Fué oído con atención suma, exhibió los documentos que garantizaban su honorabilidad y quedó, al fin, de acuerdo con el funcionario para ten-

der la red aquella misma noche, pues se ofreció desde el primer momento a guiar a los agentes encargados de la expedición.

Después de esta conferencia, Davis tornó al hotel y anunció a su prometida y al señor Brandley que vendría telegrafiar a los señores de Brent notificándoles la salida para Lilasbusch el día siguiente.

El químico se apresuró a cumplimentar la indicación de Davis, que le satisfacía mucho, por creer que en la residencia de sus excelentes amigos se verían exentos de la insupportable coacción que se ejercía en ellos desde su arribada a la populosa ciudad.

La tarde la pasaron agradablemente entretenidos, pero sin salir del hotel. Luisa dispuso los equipajes, que los empleados del establecimiento activaron consignándolos a la estación más inmediata a Lilasbusch; se mandó por el químico el telegrama anunciador de la visita; comieron en amor y compañía a la hora de costumbre, y, cuando las primeras sombras del crepúsculo invadieron la urbe, substituyendo la luz de los focos eléctricos a la luz diurna, Eduardo alegó un pretexto plausible para marcharse.

Luisa no acogió bien la salida de su novio, pero calló, pensando que alguna causa importante la motivaba.

El químico fué más extremoso en sus reparos; pero Davis lo dejó hablar y, cuando terminó, díjole simplemente sonriendo y dándole una palmadita en el hombro:

— ¡Hasta luego, papaito!

Eduardo fué directamente a la comisaría de las afueras, punto de reunión elegido para las fuerzas policíacas destinadas a la escaramuza de aquella noche; en junto, unos treinta hombres al mando de un jefe.

Ningún contratiempo obligó a rectificar el plan aceptado por la policía y propuesto por Eduardo. Desde luego sorprendieron a los bandidos

que estaban a la escucha en los alrededores de la guarida para prevenir a sus compadres, y, hecho esto, rodearon la casa. El jefe, Eduardo y ocho o diez agentes invadieron los almacenes, el piso y los sótanos. Los de la banda resistieron, pero todos, heridos o sanos, cayeron en poder de los representantes de la ley. Inútilmente registró Davis todos los rincones del escondrijo buscando a Kent y a Mark, pues admitía la probabilidad de que éste no hubiese perecido en el hundimiento del puente: ni sombra, ni rastro de ellos encontró. Los polizontes tuvieron más suerte, pues en una de las habitaciones del piso echaron mano a Adela Williams, la cual se había refugiado en la casa de los docks después del incendio, aconsejada por su amante.

Y es lo que la pobre se diría al verse trincada, amañada con los demás asesinos y ladrones de la banda:

— ¡Qué amigos tienes, Benito!...

El amigo, al saber la detención, debió congratularse por el éxito de aquella jugarreta suya que le libraba de una mujer quisquillosa y dominante, de quien estaba aburrido ya.

...

A unos treinta kilómetros de Nueva York, en la margen izquierda del Hudson, existía un poblado pequeño, con su capillita presbiteriana, con su estación de ferrocarril más chiquitina aún, con sus casitas de las que se hubieran necesitado mil para edificar uno solo de las rascacielos neoyorquinos, todo rodeado de verdor, de campos sembrados, de bosquecillos cuyos árboles asomaban coquetuamente sus copas al cristal limpio de las aguas del río, no enturbado allí por los detritus de la ciudad enorme ni resquebrajado por continuo azote de las hélices de los buques de comercio.

Era aquel un rincón de paraíso,

tranquilo, perfumado, quieto, tan pintoresco que, por si algo faltaba a la perspectiva del hermoso cuadro, no lejos del pueblecillo se alzaban las chozuelas de una tribu de bohemios que hacía poco tiempo sentara allí sus reales.

Aquellos eternos nómadas, amantes de la libertad, del aire libre, judíos errantes por afición y por instinto, rebeldes a todo precepto y a toda ley de pueblos y naciones, sólo sujetos voluntariamente a la férula del jefe de la tribu, escogieron aquella diminuta Armórica para hacer un alto en su peregrinación, sin perjuicio de corretear los caminos, las carreteras y hasta las calles de la ciudad, ejerciendo sus variados y complejos oficios.

El jefe de la tribu, un bohemio alto y fornido, de luengas barbas y piel curtida y arrugada, era el rey absoluto de aquellos hombres y mujeres de altiva apostura, de mirar orgulloso, no obstante la suciedad de sus personas y los harapos multicolores con que las cubrían.

¿Quién había de decirle al soberbio, al déspota Mark, que, gracias a aquel patriarca bohemio que le pescó en las aguas del Hudson, no iría a hacer compañía a los peces y veríase en situación, que le envidiaría Kent, para triunfar en el disputado *match* entablado por la posesión del pergamino del pirata del siglo XVII?

Son inescrutables los designios de la Providencia, e inútilmente se empeñan los humanos, miseras criaturas, en explicar y discernir los móviles que determinan la actuación de esa suprema voluntad.

Cuando se produjo la catástrofe del puente, Mark se sintió arrastrado al fondo del río y empujado luego hacia arriba entre muertos, heridos y restos del material destrozado.

Había recibido un fuerte golpe en la cabeza y, casi atontado, nadó obedeciendo las órdenes imperiosas del instinto de conservación. Perdió el

EL CAPITAN KIDD



10. Frente Luisa se sintió molesta bajo las miradas de aquel hombre X...

EL CAPITAN KIDD



11. Y la gitana le dijo la suanventura.



12. Los isleños y los bandidos se apoderaron de Eduardo y de Luina.

sentido de los lugares y de las distancias y en vez de nadar hacia la ciudad o hacia las orillas del río, braccó desesperadamente en dirección opuesta a una y otra. Pronto el cansancio invalidó sus esfuerzos; dejóse llevar por la corriente, poniendo de su parte sólo lo preciso para no irse a fondo, y de esta guisa se mantuvo a flote hasta que, ya medio desvanecido, notó que una mano protectora le sujetaba, le pescaba, por decirlo así; esta mano providencial fué la del jefe de la tribu bohemia que tendido al pie de un árbol, junto al Hudson, vió aquella extraña boyo y acudió en su auxilio, más pensando en una posible recompensa que por humanitario impulso.

Adivinó el bohemio que el hombre por él salvado tenía la bolsa bien repleta, y como la presunción se confirmó a poco, pues Mark, al darse cuenta de su situación, la diputó por la mejor en aquellos momentos, se apresuró a doblar el espinazo ante aquel naufrago, cuya primera manifestación de vida fué arrojar un águila (1) a los pies del viejo.

Atendido y mimado por aquellos gitanos de Norteamérica, Mark se repuso pronto, pero lejos de huir la compañía de sus salvadores acordó convivir con ellos, interin pudiese entablar relación directa con María o con Kent.

Respecto a éste abrigaba el convencimiento de su doblez, y si deseaba verle era con la sana intención de echarle las manos al pescuezo y estrangularlo.

De María no sospechaba, antes al contrario, contaba servirse de ella para los nuevas combinaciones que su cholla fraguaba ya contra la tranquilidad de Eduardo Davis.

Mark adoptó el traje y las costumbres de sus salvadores y, así disfrazado, esperó la oportunidad de aparecer de nuevo en la liza con más bríos que antes.

Por medio de los bohemios se puso al habla con los pocos partidarios leales que le quedaban, quienes le informaron de la operación policiaca que tan funesta fué para la banda y asimismo de que los Brandley y Davis no residían ya en Nueva York.

...

La franca y cordial acogida que dispensaron los castellanos de Lilasbusch a sus huéspedes fué para éstos agradable y confortante paréntesis en aquel periodo de su vida tan revuelto y trabajoso.

Desde el día de la llegada, la señora de Brent simpatizó grandemente con Luisa, a quien trató desde entonces con maternal ternura. Congeniaron, además, porque Luisa, de carácter dulce y afectuoso, acostumbrada a la existencia monótona y tranquila de Schurk-Street, poco aficionada a la vida exhibicionista y ruidosa, tenía forzosamente que hacer buenas migas con la esposa del profesor americano, cuyo vivir morigerado, cuyos gustos sencillos, exquisita cortesía y afabilidad evocaron en la mente de la joven la imagen querida de su madre.

En cuanto al señor Brandley, estaba en sus glorias: la estancia en Lilasbusch borró de su memoria, como la esponja borra la tiza del encerado, toda noción de las pasadas angustias y de futuras penalidades. Su primer acto, al ver que su amigo Brent tenía en su despacho una gran caja de acero donde más que caudales guardaba el profesor los papeletes en que condensara el fruto de sus estudios y descubrimientos, fué rogarle que pusiera también en ella el endiablado pergamino que tantas codicias había suscitado. Tranquilo ya respecto a la seguridad de la famosa vitela, se entregó de lleno a su pasión favorita, no menos intensa que la del profesor Brent, y ambos sabios y

(1) Moneda de oro norteamericana.

amigos se dieron grandes panzadas científicas.

Comunicábanse el resultado de los trabajos en planta, entablando polémicas que degeneraban a veces en altercados, cuando no en escandalosas peloterías, que obligaban a reír a las señoras y al propio Davis, a quien era muy difícil arrancar una sonrisa en aquellos días.

Porque Davis consumíase de impaciencia. Parecíale eterno el plazo que debía transcurrir antes de disponer del buque, y torturaba su entendimiento para discurrir el modo de aligerar la campaña. Algo había hallado ya que halagaba su instinto audaz y temerario, pero como no había perfilado aún bien la idea, se abstuvo de interrumpir la dulce paz de que su prometida y el químico gozaban.

Limitábase a dar grandes paseos a caballo o en automóvil, a cazar y a otros ejercicios físicos que aplacaban el ardor de su sangre, le entretenían las horas muertas y le procuraban un buen sueño por la noche.

Había recorrido toda la propiedad de Lilasbusch, que era bastante extensa.

La hermosa finca reunía la doble condición de casa de campo y quinta de recreo. Debía el nombre de Lilasbusch a la abundancia de lilas en sus jardines. En realidad de verdad, el nombre de Lilasbusch, antiquísimo en la comarca, correspondía a las viejas construcciones que no habitaba la familia Brent y que eran el solar del profesor. Los edificios vetustos fueron destinados a almacenes y a viviendas de los jornaleros empleados en la explotación agrícola. En el edificio nuevo, de gusto moderno, se alojaban los señores de Brent y sus invitados, cuando los tenían. La finca extendíase por un lado tierra adentro, con grandes campos de sembrados, y, por el otro, la limitaba el río hacia el que parecían cargar en apretado escuadrón

arboledas y bosquecillos que formaban un verdadero parque natural.

La señora Brent hizo los honores de su posesión a Luisa, no perdonando prado ni bosque, y asimismo la acompañó a visitar el pueblo y a algunas señoras de distinción que allí residían. Como complemento de aquella iniciación en el ambiente rural, cierto día se atrevió la dama hasta pisar los límites del campamento que las aves de paso, aquellos astrosos y pintorescos bohemios, habían establecido a la vera del río y a alguna distancia del poblado.

Hubieron las señoras de aceptar la invitación que galantemente formuló el jefe de la tribu para que visitaran el rancho, atención que fué debidamente agradecida; que era lo que se trataba de demostrar para el astuto patriarca.

Quedaron ellas muy complacidas, y ya se retiraban del campamento cuando una de las bohemias, una gitanilla muy linda, aunque muy sucia, se puso tan pegajosa, empeñada en leer las líneas de la linda mano de Luisa, que ésta, para librarse del muscón, hubo de acceder.

Y la gitana le dijo la buenaventura.

Rieron mucho las señoras con los donaires de la chavala, con el aire de sacerdotisa de rito misterioso y solemne que adoptó para endilgar sus vulgares profecías, y por último, tras de haber pagado espléndidamente a la adivina, volvieron paseando a Lilasbusch.

...

Mala ocurrencia fué la de visitar el campamento, porque Mark, que ya desesperaba de ponerse sobre la buena pista, la recobró sin poner nada de su parte para ello. Estaba en el campamento gitano cuando lo visitaron las señoras, y sus ojos relampaguearon de júbilo al reconocer a la señorita de Brandley.

Su primer impulso fué el acercarse a ella, el de seguirla hasta averiguar su residencia, pero se contuvo. Se dijo que sus compañeros de rancho sabrían de sobra quién era y dónde habitaba el rodrigón de Luisa, y como quien no quiere la cosa, sin demostrar más interés que el de una curiosidad pasajera, pegó la lebra con el bohemio que más próximo a él estaba, quien le informó cumplidamente de cuanto pretendía saber.

El hombre se restregó las manos de gozo, y a la primera ocasión envió aviso a sus ayudantes para que se reuniesen a él, mientras barajaba en su caletre expedientes y recursos para elegir el más apropiado a lo que las circunstancias exigían.

No habría estado Mark tan satisfecho de sí mismo ni tan confiado en un triunfo próximo si alguien le hubiera dicho que Jaime Kent, tan testarudo como él y más ingenioso y emprendedor, estaba asimismo al acecho y que casi desde la llegada de los huéspedes de Lilasbusch supo la residencia de éstos y logró introducirse en la plaza por medio de uno de sus satélites que, fingiéndose jornalero del campo, logró de uno de los aperadores de los Brent que le proporcionara trabajo en la finca, con salario, comida y residencia en ella.

¿Cómo se las arregló Kent para averiguar el traslado de los Brandley y Davis? Por medio de un ardid sencillísimo: el de ir sonaseando hábilmente a los empleados del hotel encargados de la facturación y despachos de los equipajes, hasta tropezar con el que facturó los de los huidos viajeros; el empleado recordó el nombre de la estación de destino de los bultos y lo comunicó a Kent, quien se puso en seguida en movimiento.

No quiso entrar personalmente en acción hasta tener noticias ciertas, por los rastreadores que envió a explorar el terreno, de dónde estaban

y qué hacían los Brandley y Davis. Sabedor ya de lo que le interesaba, y conseguida la entrada en Lilasbusch por uno de sus secuaces — que fué como si los ojos escudriñadores de Kent penetrasen en la paradisíaca mansión —, hilvanó entonces su plan, adaptándolo a los informes que le mandaba frecuentemente su espía.

Al saber por éste que, con motivo de la fiesta onomástica de la señora Brent, habría en Lilasbusch una pequeña recepción para amenizar la cual se había pensado en contratar a las bailadoras de la tribu bohemia, Kent estimó ya necesaria su presencia en Lilasbusch para ver de aprovechar la entrada de los gitanos en la quinta y dar el golpe.

La misma idea tuvo Mark al enterarse de la contrata y, aunque sin plan definido, juzgó indispensable ponerse al habla con el jefe de la tribu, cuya avaricia le constaba, para proponerle que le cediera temporalmente sus atribuciones y su jerarquía. Como dádivas quebrantan peñas, Mark convenció al viejo y éste se alejó del campamento después de haber comunicado a los bohemios aquella breve delegación de su autoridad.

Otra vez se espesaban sobre la cabeza de Davis y de los Brandley los nubarrones de la desgracia y de la malquerencia. Pero alguien velaba por ellos en la sombra, alguien cuyo corazón tocara el dedo de Dios se propuso limpiar de abrojos y espinas el camino que había de conducir a la felicidad a los amantes. Y este alguien era María.

Purificada por el fuego, pues luego purificador fueron para ella las llamas que amenazaron consumirla, se dedicó desde su última entrevista con Davis a celar los pasos de Kent, pensando en que éste no retrocedería en su empresa mientras le quedase vida. Y perseverante, tenaz, insensible a las privaciones y a los pade-

cimientos materiales, se constituyó en una sombra del bandido, inseparable de él.

Así, siguiendo los pasos de Kent, llegó al poblado donde se asentaba Lillasbusch el día en que el amante de Adela se resolvió a intervenir directamente para preparar la nueva acometida.

Advertido con oportunidad su cómplice, aguardaba éste a Kent a la salida de la estación; cambiaron pocas palabras, tras de las cuales se retiró el auxiliar y Kent se apartó del poblado, yendo a campo traviesa hacia donde estaba instalado el campamento bohemio, visible desde la estación del ferrocarril.

Maria le imitó y fué tras él, aprovechando hábilmente los accidentes del terreno para disimular su presencia.

Pronto estuvo Kent en el rancho gitano solicitando ver al jefe de la tribu.

El bohemio a quien se dirigió Jaime le señaló a Mark, que, a pocos pasos de distancia, fumaba tranquilamente su pipa. Kent se aproximó al fumador y le dijo:

— Un momento, amigo: tenemos que hablar.

El aludido levantó la cabeza y la bajó en seguida.

— Diga usted — contestó, disfrazando la voz el fingido jefe, que, al ver a Kent, sintió impulsos de estrujarlo, pero como su instinto de zorro le hizo adivinar alguna maquinación del ex lugarteniente, utilizó su incógnito para averiguar los propósitos de Kent.

Jaime contestó secamente a la invitación de Mark, a quien no reconoció bajo su disfraz:

— Hay aquí demasiados oídos que nos escuchan.

— ¡Ah!... Pues vamos a donde usted quiera...

— Allí estaremos bien — indicó Kent, mostrando un grupo de pinabets situado a corta distancia del

campamento, lugar en el que precisamente se había refugiado Maria, tras una carreta abandonada, para no ser descubierta por Jaime.

Este, no bien estuvo seguro de que sólo había de oírle el jefe bohemio y sin figurarse que detrás de la carreta estaba la joven, se expresó así:

— Tengo entendido que esta noche usted y algunos artistas de la tribu irán a Lillasbusch para amenizar la *soirée* con que obsequian a sus amistades los dueños de la quinta.

— ¿Y cómo lo sabe usted?... — replicó vivamente Mark.

— Porque yo soy uno de los invitados — contestó Kent con mucha seriedad.

Mucho le costó al capitán ahogar la carcajada que le cosquilleó en el gañote. Salió del paso con una exclamación a la que agregó, ya repuesto:

— Pues usted dirá en qué puedo yo servirle.

— Necesito que me entretengan ustedes a los señores de Lillasbusch y sus invitados el tiempo preciso para prepararles un bromazo que yo y algunos otros amigos pensamos darles hoy.

— ¿Un bromazo? No entiendo...

— El señor Brent es muy aficionado a los papelotes antiguos y tiene en gran estima un incunable que guarda como oro en paño. Nosotros queremos propinarle un susto de órgado quitándole el libroje, sin perjuicio de reintegrárselo en cuanto la broma haya producido su efecto.

— ¡Caramba!... Pero una cosa tan interesante — opuso Mark relucéndole los ojos — estará muy bien guardada.

— ¡Pse! — contestó Kent con evidente imprudencia—. Está en una caja de caudales fácil de abrir y...

— ¡Pero eso es un robo en toda la regla!... — interrumpió energicamente el jefe bohemio, como hombre incapaz de cometer una felonía.

— ¡No se suba usted a la parra, amigo! ¿Quién piensa en robar?... No: se trata, como ya he dicho a usted, de una broma, de una simple broma sin consecuencias.

— ¡Hum!...

— ¡No se ponga usted tonto, hombre, que ya sabemos lo que es necesidad!... ¿Cuánto valen sus escrúpulos?...

— Señor...

— Nada de circunloquios; diga usted la cantidad y...

Un ligero ruido interrumpió a Kent; este prestó atención un instante, pero no le concedió importancia al ruido y continuó chalaneando con el jefe de la tribu gitana.

Hizo mal; el ruido lo produjo María al bajar del carro. La joven había oído ya lo suficiente y, deseosa de sacrificarse hasta el fin, decidió ir a Lilasbusch en busca de Eduardo para informarle de la trama urdida por Kent.

Corrió, corrió hasta perder el aliento y, con la lengua fuera, llegó a la quinta.

Preguntó por Davis y le contestaron que había ido de paseo a caballo, pero que no tardaría en regresar.

Inquirió la dirección que probablemente tomaría el joven a su vuelta a la finca y le dijeron que no había otro camino que el de la carretera que pasaba junto a la estación, paralela a la línea del ferrocarril.

Desanduvo lo andado y, a poco, distinguió al airoso jinete. Le dio un vuelco el corazón. ¡Que gallardo estaba! ¡Cómo le favorecía la expresión de dejadez, de preocupación y de melancolía que nublaba entonces aquel franco semblante!...

Avanzó a su encuentro; el caballo se detuvo en seco al violento tirón de riendas del caballero.

— ¡María!... — exclamó Eduardo sorprendido.

— Yo misma; juré merecer su perdón y cumplo mi juramento. Kent ha descubierto el retiro de

ustedes, sabe que el pergamino está en la caja de caudales del señor Brent y ha organizado un golpe para esta noche.

— ¿No me engaña usted? — replicó Davis algo receloso, pues no acababa de creer en la súbita conversión de su enemiga.

— No; lo juro. Me prometí a mí misma contribuir a la felicidad de usted en pago del beneficio que me hizo, y cumplo mi promesa.

— ¡Gracias! — contestó Eduardo tendiendo en mano leal a María, que esta estrechó —. ¿Y qué será de usted ahora?... Esos miserables la asesinarán — agregó el joven sinceramente compadecido de la desgraciada mujer.

— No se preocupe usted, Eduardo; no se atreverán conmigo, y aunque se atreviesen, ¿para qué quiero yo la vida?...

Dijo y, apretando a correr, se separó bruscamente del apuesto manco que, después de verla partir, aplicó la espuela a los ijares del corcel.

Poco corrió María; una mano de hierro la cogió de un brazo.

— ¿Qué haces aquí? — inquirió ferozmente la voz de Kent —. Me espías, ¿eh?... Pues esta vez no irás a nadie con el soplo. ¡Toma!...

Y en el paroxismo de su rabia empuñó Kent un estilete que llevaba oculto y lo clavó en el corazón de la infeliz mujer, que lavara los errores de toda una vida con la atrición de sus horas postreras.

María cayó sin proferir un grito.

Kent contempló un segundo a su víctima, contento de su nueva infamia, y luego huyó.

...

El salón de honor de Lilasbusch velase honrado por la flor y nata de las amistades de los señores de Brent.

Se habían pronunciado innumerables *toast* a la salud de la dama ho-

nesta y bella que endulzaba la vida del sabio profesor, según afirmó uno de los más elocuentes oradores.

La animación reinaba por doquier; los estómagos, agradecidos, comunicaban su alegría a los cerebros y a los corazones, manifestándose el general alborozo en risas y amenas conversaciones en las que retozaba el chiste y... el espíritu del marsala, del jerez y del champagne.

Eduardo Davis, no obstante su empeño en disimular las pocas ganas de broma que tenía, no desentonando en el alegre cuadro de la fiesta, así que los invitados se instalaron en el salón para admirar las juglerías de la comparsa bohemia, desapareció y ya no se le volvió a ver.

Luisa fué la única que se fijó en la desaparición de Davis y, contrariada, preguntó a su padre:

— ¿A dónde ha ido Eduardo?

— Lo ignoro, hija mía; nada me ha dicho. Está muy raro de algunos días a esta parte. Me parece que no rige muy bien su cabeza.

Y dicho esto empalmó su conversación con su amigo Brent sobre el empleo de las ondas hertzianas para dirigir los buques desde tierra.

Coincidió el empalme de la charla con la presentación de los bailarines gitanos, que inauguraron sus habilidades tan pronto como abrieron ancho círculo en el salón los espectadores.

Con los bohemios no iba Mark.

Este, en vez de incorporarse a los artistas, habíase emboscado en los jardines de Lilasbusch a la mira de Kent y los suyos.

No estaba solo Mark: tres o cuatro de sus leales, disfrazados como él, le acompañaban.

Actuaba de cazador y cazaba a la espera; pero sus nervios en tensión le afligían lo indecible.

Se exasperaba ya, maldiciendo de su suerte por creer que Kent renunciaba a la empresa, como consecuen-

cia del asesinato de María, del que se enteró Mark porque fué descubierto el crimen a poco de cometido, circulando rápidamente la noticia por el pueblo y sus alrededores.

Al saber la muerte de su aliada, Mark culpó en seguida a Kent, pero como los servicios de la pobre muchacha le eran ya innecesarios, consolóse de su pérdida, aunque la cargó en la cuenta de las muchas barrabasadas que le había jugado su colega de Nueva York.

Cuando desesperaba ya de que Kent apareciera, vió que del lado del antiguo Lilasbusch surgían varios hombres que avanzaron hacia el Lilasbusch moderno sin adoptar grandes precauciones para no ser vistos.

— Ahora es la mía — pensó.

Y acuciando desde su escondite los movimientos todos de su rival, vió como ésta y sus amigos penetraban en el interior del edificio tranquilamente, como si estuviesen seguros de que nada ni nadie perturbaría la operación que iban a realizar.

— ¡Vamos! — dijo de pronto Mark a sus acompañantes —. Prevenidos, ¿eh?, que vamos a picarnos las crestas con gallos viejos.

Avanzó Mark con los suyos sigilosamente hasta tocar las hojas de la puerta por donde se introducirían a la quinta Kent y sus satélites.

La puerta estaba abierta. Entraron todos y Mark se orientó en seguida respecto a los lugares al percibir una luz mortecina e inquieta, a no mucha distancia del sitio en que permanecían.

El y los suyos anduvieron hacia la luz y halláronse a poco a la entrada de un aposento espacioso, cubiertas las paredes por estantes llenos de libros, salvo un pequeño espacio ocupado por una gran caja de hierro.

Observando Mark que Kent y sus sicarios atentos, a descerrar la caja,

olvidáronse de cubrirse las espaldas, ordenó a sus acompañantes:

— ¡A ellos!

Y entraron en tropel en el despacho del profesor, sembrando el pánico, mientras Mark vociferaba:

— ¡Creíais que me había muerto, cobardes?... ¡Atrás!... ¡Soy Mark, soy el jefe de la banda!

Y arrancándose las barbas y melenas con que desfigurara su fisonomía se mostró a los ojos atónitos de Kent y sus hombres.

Pero la sorpresa fué doble, porque en el propio instante en que Mark imponía su autoridad se abrió por sí sola la caja de caudales y de su interior salió una voz burlona y una figura varonil cuya vista estremeció a Mark y a Kent.

— Y yo no soy nadie, ¿verdad? ¿No contabais conmigo?...

Era Eduardo.

Kent apagó la luz eléctrica; se produjo enorme confusión, hablaron las armas; los estampidos de las detonaciones interrumpieron trágicamente la fiesta familiar de Lilasbusch; Kent, Mark y sus bandidos escaparon camino de la estación y Davis..., ante la imposibilidad de ahogar a toda aquella gentuza entre sus brazos de hierro, abandonó la persecución, tranquilizó a los señores de Brent y a sus invitados haciéndoles creer en una falsa alarma, y acordó por sí y ante sí poner en práctica al siguiente día la idea que le rodaba por la mollera desde que se alojara en Lilasbusch.

## El tesoro del pirata

Hasta el fin nadie es dichoso

Concepción atrevida la de Davis, pero práctica, por raro caso se aunaban en ella la prudencia y el valor. Claro que a espíritus encogidos había de parecerles temeraria la solución que hallara al problema el valiente mancebo. Por esta causa el químico Brandley y su bella hija se opusieron al proyecto en cuanto Eduardo lo expuso. ¿Ir en aeroplano a la isla Alvarez? ¡Qué diálate!... ¡Qué aberración! Y, sobre todo, ¿qué necesidad había de ello? ¿No zarparía dentro de tres días el *Medea*, el yate que el joven arrendara a la casa Tompson?

A estas razones que a porfía emitieron Luisa y su padre sólo contestó Davis, primero, con un encogimiento de hombros; luego, imponiendo su voluntad.

— Estoy harto — les dijo terminantemente — de esta lucha oscura y tenebrosa; mi paciencia se ha agotado. Voy a la isla Alvarez y llevaré conmigo el pergamino. Vosotros embarcaréis en el *Medea* y os reuniréis a mí en la isla. Si nuestros enemigos persisten en disputarme la posesión de las riquezas de mis antepasados, más vale que sea allí la batalla... y ¡a quien Dios se la dé san Pedro se la bendiga!; pero al menos tú, Luisa, y usted, señor Brandley, se verán libres de las asechanzas de esos malvados. No me cabe duda de que Mark y Kent me seguirán, como

perros de caza que son, pero ya me las entenderé con ellos. Hay que acabar, y cuanto antes mejor.

El señor Brandley quiso rebatir la argumentación de Eduardo, pero éste cerró el debate diciendo autoritariamente:

— Mañana parto.

Fue triste la despedida; era la primera vez que se separaban durante aquella expedición en que tantos riesgos corrieron juntos, pero el amor obra milagros; y cuando Davis abrazó a su prometida en el aeródromo antes de ocupar su sillón en el aeroplano, la joven no sólo se resignó a la ausencia, sino que suplicó a Eduardo:

— ¡Llévame contigo!...

Davis rió de buena gana y consoló a su cariñosa amiga diciéndole:

— Antes de cuatro días estaremos juntos; tú vigila a tu padre para que no se distraiga y los dos apretad al capitán del *Medea* para que fuerce la máquina.

Dicho esto se desprendió de los brazos de su amada, estrechó la mano del señor Brandley y se instaló junto al mecánico del avión.

Poco después se remontó majestuosamente el aparato, los Brandley agitaron sus pañuelos y el aeroplano se esfumó poco a poco en el inmenso azul.

De permanecer algún tiempo más en el aeródromo, Luisa y su padre hubieran visto que, apenas se hundió en la lontananza el avión de Davis, remontaban el vuelo otros

dos aparatos en uno de los cuales iba Kent y dos de sus partidarios en el otro.

Desde que fracasó el golpe de Lilasbusch, lo mismo Kent que Mark no cesaron de vigilar los pasos de Davis y supieron, por tanto, el proyecto del joven antes de que éste lo realizase.

Kent decidió imitar a Eduardo, utilizando la vía aérea; pero más precavido que Davis y so pretexto de que la excursión que pretendía efectuar era a un país salvaje y peligroso, alquiló dos aeroplanos dotados de ametralladoras, de los muchos sobrantes al firmarse el armisticio que puso fin, al parecer, a la guerra europea.

Mark, menos osado que Kent, renunció a elevarse por los aires, pero no a disputar a su traidor amigo la victoria final. Como es sabido, disponía tiempo hacía de un buque, pronto a partir hacia donde la voluntad del capitán marcara el rumbo; de modo que, al comprobar por sus propios ojos la partida de Davis y de Kent, se embarcó con algunos de sus ayudantes y se hizo a la mar.

Dos días después, el *Medea* partía de Nueva York llevando a bordo al señor Brandley y a su hija.

\*\*\*

El aeroplano de Davis sacó buena delantera a los fletados por Kent, pero éste no tenía prisa; suponía en poder de Davis el pergamino, y éste era el que le interesaba, no la persona de su adversario. Como de nada le habría servido atacarlo a la mitad del viaje, aplazaba la agresión hasta las proximidades de la isla; entonces abatiría a su contrario y se apoderaría del documento.

Eduardo, sin desechar el temor de que sus enemigos le fuesen al alcance, no suponía que alguno de ellos hubiese elegido el mismo sistema de locomoción que él. Vinjaba, pues, con

relativa tranquilidad, haciendo *coraje* para el momento de verse cara a cara con sus rivales en los peñascos del islote.

El mecánico, después de estudiar detenidamente los mapas en que se determinaba la situación geográfica de la isla, apreció en diez o doce horas el tiempo necesario para el viaje.

Unas ocho iban transcurridas sin accidente de ninguna clase cuando Eduardo, que se complacía en la contemplación del amplio horizonte que le rodeaba, vislumbró unos puntitos negros que le llamaron la atención.

Los puntos fueron agrandándose tanto, que Davis, azorado, comunicó por escrito al mecánico sus aprensiones.

— Parecen aeroplanos — se limitó a responder en igual forma el conductor del avión, sin conceder importancia al incidente.

Pero la contestación del mecánico aumentó la inquietud de Eduardo.

— Fuere usted la marcha — ordenó —; nos persiguen.

Obedeció el piloto de la nave aérea, y Davis, vuelto hacia los pájaros de acero que perseguían al suyo, pudo apreciar que aquellos acortaban la distancia que les separaba, elevándose al propio tiempo como si quisiesen tener bajo sus garras al avión que les precedía.

Veíanse ya, aunque esfumados en el tono gris del mar y de las nubes, los contornos de la isla Alvarez.

— Aterricemos cuanto antes — escribió Eduardo en un papel que puso ante los ojos del mecánico.

Este hizo con la cabeza un signo de asentimiento y pronto notó Eduardo que el aeroplano descendía, pero al par observó que los dos aparatos que le seguían la traza precipitábanse sobre el suyo y lograban colocarse encima de él; que un tableteo raro crepitaba en los aires y que su aparato, como pájaro herido, comen-

zó a girar en el espacio para arrojarle luego, cual piedra lanzada por la honda, en las espumosas aguas que batían los acantilados de la isla de los antiguos piratas.

Después de su hazaña, los aviones de Kent revolotearon sobre el islote y, al divisar el ancón que antaño sirviera de refugio al buque de los corsarios, descendieron lentamente hasta aterrizar en la playa.

Creía Kent que estaba deshabitada la isla, y grande fué su asombro al percibir que de chozas rudimentarias y de huecos abiertos en las rocas, a modo de trogloditas habilitaciones, surgían humanos seres que contemplaban embobados las naves aéreas y a los hombres audaces que se atrevían a poner sus plantas en aquellos parajes olvidados.

Temiendo una agresión, previno Kent a sus hombres, pero no hubo que recurrir a la fuerza para hacer entrar en razón a aquellos seres incivilizados.

Poco a poco se acercaron éstos a los expedicionarios, en actitud pacífica, y comprendiendo Kent que podría sacar partido de aquellos insulares ignorantes de las ventajas de la civilización, les halagó, trató de hacerse entender con cariñosos gestos, y, recordando las lecturas de su niñez, recurrió al expediente de deslumbrarlos con nonadas y baratijas, como los conquistadores del Nuevo Mundo deslumbraran los cándidos ojos de los indios con abalorios y cuentas de cristal que cedían a cambio de lindos tejos de oro o montones de polvillo del áureo metal.

Kent registró sus bolsillos y los de sus secuaces para allegar todos aquellos objetos que, a su juicio, podían impresionar vivamente aquellas imaginaciones primitivas.

Dióle buen resultado la maña, pues los isleños, a cambio de algunas baratijas, compartieron con los bandidos los escasos bienes que poseían.

Ya en paz y amistad, Kent se

apresuró a reconocer el perímetro de la isla, singularmente la parte de ésta donde debieron caer los restos del aeroplano de Davis. Suponía Kent que, de haber perecido el joven, las aguas arrojarían el cadáver a la costa y que, de vivir, tenía que haberse refugiado forzosamente en la isla.

— En cualquiera de los dos casos el pergamino será mío — se decía Kent.

Explorado cuidadosamente el sitio donde cayera el avión, se encontró el aparato y el cadáver del mecánico, pero de Eduardo ni rastro.

En su vista, Kent decidió establecer una severa vigilancia, convenido en absoluto de que su adversario habitaba ya la isla. Para este servicio de vigilancia empleó a varios isleños al mando de uno de sus hombres, y él mismo se transformó en celoso vigía.

Dos días pasaron sin que, a pesar de las numerosas batidas que se dieron por las gentes de Kent en todo el territorio, se encontrase la menor huella de Eduardo.

— ¿Habrá muerto y se ha llevado el secreto al fondo del mar? — se preguntaba un tanto alicaído Jaime.

Algo se reanimó su espíritu el segundo día cuando, alafayando la lejanía desde lo alto de los peñascos, notó una espesa humareda que trazaba espeso manchón negro en el límpido horizonte.

— Es un buque — se dijo, y redobló su atención.

Era realmente un buque, el yate *Medea*, a cuyo bordo iban Luisa y el señor Brandley.

Lo que no pudo advertir Kent, porque el picacho a cuyo socaire estaba se lo impedía, era que por aquel invisible sector del mar marchaba asimismo hacia el islote otro barco, de menores dimensiones que el *Medea*, tripulado por Mark y sus perros de presa.

El buque de Mark pareció retrasar

deliberadamente su andadura; en cambio, el yate apresuró la suya y sólo la moderó al embocar los difíciles pasos, llenos de bajos y escollos, por entre los que adelantó con prudencia suma y echando a veces la sonda, hasta poder anclar en el ancón.

Con anhelante mirada contempló Kent todas las maniobras del buque; le vió embocar los pasos, sortearlos felizmente, y, por último, anclar en la pequeña ensenada, nido antaño de los buitres del océano. Vió asimismo que, no bien fondeó la embarcación, surgió de entre las rocas del acantilado más próximas al mar un hombre que se dirigió velozmente hacia el buque: era Davis.

— ¡No te escaparás esta vez! — rugió Kent, amenazando con el puño a su invencible enemigo.

Y acto seguido desalojó las posiciones que ocupara con sus partidarios y los naturales del país, para apostarse en las cercanías de la playa, a fin de coger a Davis y a los Brandley tan pronto como se atreviesen a abandonar el barco.

...

La ira es mala consejera, dice el refrán; y este axioma se cumplió entonces. Atento sólo Kent a las maniobras del buque y a las del hombre surgido de las rocas, no previno que otro hombre audaz, como Mark, pudiese desembarcar a su vez en el islote y en sitio distinto que el natural desembarcadero del ancón.

Así ocurrió, sin embargo. La pequeña embarcación que fletara el traicionado capitán, dirigida por experto marino, depositó en tierra al moderno pirata y a sus secuaces en la parte del acantilado donde dos siglos y medio antes tomara tierra el aventurero Davis después de la explosión del buque corsario.

Luego de desembarcados los bandidos, el vaporcito torció el rumbo y se alejó de la isla. Mark, remedando

a Cortés, si no quemó sus naves prescindió de ellas.

El y sus hombres llevaban armas y provisiones bastantes para una larga estadía en la isla del tesoro.

Como Mark sabía que, de no haber acaecido algún incidente imprevisto, Davis y Kent estarían ya en la isla o se habrían matado el uno al otro, procedió con extrema prudencia para actuar como los perros de la fábula en la discusión de los conejos. Por esta razón no quiso internarse en la isla y estableció sus reales entre las peñas, muy cerca del lugar donde lord Bellamy entregó su alma a Dios. De haber conocido el capitán de ladrones la leyenda, quizás se habría retirado sin pérdida de tiempo de aquel paraje regado con la sangre de otro canalla como él.

Entretanto, Davis refería tranquilamente a bordo del *Medea* cuanto le acaeciera desde que montó en el aeroplano hasta que logró refugiarse en el yate.

Al caer el avión pudo nadar Eduardo hacia la orilla, sin ser visto de nadie, y cobijarse en una pequeña cueva natural abierta entre los peñascos del dique rocoso de la isla que penetraba en el mar. Allí permaneció hasta la noche, temeroso de que fuera descubierta su presencia. Cuando la obscuridad le permitió salir, y empujado por el apetito que sentía, se echó al mar para rebuscar entre los despojos del aeroplano el depósito de comestibles. Tuvo la suerte de pescar la caja de conservas y con éstas se mantuvo los dos días que hubo de guarecerse en su cueva. Dispuesto a utilizar el manto protector de la noche para sus pesquisas en demanda del tesoro, púsose en campaña la misma noche de la arribada, después de restauradas las fuerzas con el parco alimento. Según él no le costó gran trabajo encontrar la roca marcada con la X de que hablaba en su escrito el viejo Davis.

Pero como carecía de herramientas para socavar el terreno, hubo de aplazar la operación hasta la noche siguiente, en la que provisto de una barra de hierro que desprendiéndose del armazón del aeroplano, tornó, removió la tierra en el punto indicado por Davis y dió con la redoma, cuyo líquido vertió en seguida sobre el pergamino en el que apareció el siguiente croquis:



Al llegar a este punto de su explicación, Davis mostró el pergamino a su prometida y al químico.

Este tomó vivamente el papel; lo examinó muy atento y lo devolvió luego a Eduardo, no sin expresar cierta decepción:

— ¡Seguimos a oscuras! — comentó.

— No, señor Brandley, no — rectificó Davis con firmeza —; después de haberle oído a mi pobre abuela la historia de mi valiente antepasado, es muy fácil descifrar el enigma, y... hasta sin conocerla. Esa torretera que se marca en el croquis es un detalle tan eminente del terreno que salta a los ojos. La barrera de rocas que casi rodea la isla está hendida, no muy lejos de la playa, de arriba abajo y forma un barranco, una torretera, un verdadero abismo, en el fondo del cual se despedazó el cuerpo del capitán Kidd al arrojarlo mi ascendiente al precipicio. La línea horizontal con la cifra «200 pies» quiere decir que, a partir del extremo de aquel lado del barranco, deben medirse 200 pies en sentido horizontal. Las frases «aquí» y «2 pies» indican que en el punto marcado por la

cruz y a una profundidad de cinco pies está enterrado el tesoro del pirata... ¡Más claro, agua! — concluyó Davis con visible satisfacción.

— En efecto. Y ahora, ¿qué hemos de hacer?

— Por el pronto dormir, mi querido señor Brandley; mañana será otro día — repuso jovialmente Eduardo.

...

Apenas el rosicler de la aurora tiñó de grana las últimas sombras de la fugitiva noche, Davis abandonó el lecho y se preparó a la dura jornada de aquel día. Poco después que él apareció Luisa sobre cubierta.

Tras las naturales expansiones que el decoro y su verdadero amor les consentía, la joven preguntó a su novio:

— ¿Qué piensas hacer ahora?...

— Aprovechar estas primeras horas del día en que los pocos habitantes de la isla y los enemigos estarán entregados aún al sueño. Quiero explorar el terreno donde habremos de operar más tarde.

— Voy contigo — afirmó resueltamente Luisa.

— ¡No, hija, no tentemos a Dios! Aquí estás segura, quédate.

— ¿No dices tú mismo que ahora duermen?

— Sí, pero...

— No seas tonto; yendo contigo, nada temo.

— Sin embargo...

— Es un capricho, querido; respétalo. Además, tengo ganas de andar un poco; ya estoy harta de barco.

Davis no se atrevió a insistir en su negativa.

Los dos jóvenes desembarcaron y, cogidos del brazo, atravesaron la playa, comenzando luego a subir la suave pendiente que conducía a la meseta donde se iniciaba, por aquel lado, la parte más abrupta de la masa de rocas.

Caminaban ensimismados en su amorosa charla y, por ello, no se percataron de que a sus espaldas se irguieron y salieron de entre las malezas que cubrían la falda del monte, Kent, algunos isleños y dos de los ayudantes de Jaime, que pasaron la noche en acecho, emboscados entre las jaras y relevándose en la guardia. Kent señaló con el índice de su diestra a los enamorados, y sus hombres obedecieron su indicación en silencio.

Los isleños y los bandidos se apoderaron de Eduardo y de Luisa.

De momento opusieron escasa resistencia, y ello bastó a Kent para arrastrar consigo hacia el monte a la amada de Davis.

Este, que vió como el bandido secuestraba nuevamente a su prometida, lanzó un verdadero rugido, sacudió sus brazos de ciclope con gigantesco impulso y los hombres que le sujetaban rodaron por el suelo, cuyo declive les impidió recobrar la vertical.

Desentendiéndose de ellos, Eduardo corrió tras los raptores de Luisa, alcanzándoles cuando pisaban la meseta. Sus férreos puños cayeron sobre las cabezas de los dos ayudantes de Kent, que se abatieron como aplastados por grandes mazazos.

El traidor lugarteniente de Mark se puso lívido, ascó un revólver y apuntó a Davis, quien lejos de acoquinarse, arrebatóle el arma de un manotazo y la arrojó lejos de sí.

Luisa, petrificada de terror, hubo de asistir a aquel duelo a muerte entre dos hombres transformados en fieras.

Reproducíase el combate de Kidd y del antiguo Davis. Los duelistas se miraron sañudamente, permanecieron inmóviles brevísimo espacio de tiempo como buscando cada uno el flaco del contrario, y se acometieron después.

Ambos eran fuertes, ambos notables pugilistas, pero pronto se manifestó la superioridad de Eduardo.

Hicieron el último esfuerzo: se enroscaron el uno al otro como la hiedra al tronco, y, al fin, Kent rodó al abismo, empujado por el brazo vencedor de su adversario.

Nadie fué osado a interponerse entre los dos rudos combatientes, nadie se atrevió a interceptar el paso a Davis y a Luisa cuando descendieron la vertiente y ganaron la playa; pero sí hubo alguien que presencié el duelo desde la cima del acantilado y que se atrevió a bajar a la meseta, una vez concluida la lucha, para recoger del suelo un papel; y hubo también quien observó al personaje y disimuladamente le siguió.

...

Sólo cuando regresaron a bordo y arreglóse Davis el desorden del traje se dió cuenta de la pérdida del papel que debió caérsele durante su lucha con Kent; pero como se sabía de memoria las indicaciones de Kidd, no concedió valor alguno a la pérdida experimentada. No obstante, decidió aguardar a la noche para desembarcar de nuevo con algunos de los tripulantes y proceder a la extracción del tesoro si en verdad existía.

Decir que tanto para él como para los Brandley no transcurrieron monótonas, lentas, inacabables las horas hasta la del desembarco fuera mentir, pues hasta a los espíritus más selectos y puros aqueja y arrastra la fiebre del oro.

Davis organizó el cuerpo expedicionario, y poco después del anochecer desembarcaba éste, atravesaba la playa y, al abrigo de la falda del monte, se dirigía hacia el fondo del barranco desde el que se proyectaba empujar la medición.

Luisa y el químico figuraban entre los expedicionarios.

Sin tropiezo alguno caminaron por aquellos andurriales hasta que se

pararon repentinamente, a un signo de Eduardo. Habían interrumpido el silencio de la noche varias detonaciones, a lo que, tras un intervalo de calma, sucedió una algarabía de muchas voces en extraña lengua.

¿Qué había acontecido? ¿Por qué la barahúnda y los disparos?

Había acontecido que el hombre que marchó tras el que recogiera de la meseta el pergamino después del duelo era un amigo de Jaime, amigo que reconoció a Mark en el aprovechado sujeto y, hecho el descubrimiento, lo participó a su compañero, acordando ambos celar continuamente al capitán. El cual, al poseer por fin el ansiado documento, descifrado ya para mayor ventura, no sosegó; abandonó su escondite en compañía de sus ayudantes y todos se encaminaron hacia el interior de la isla.

Los dos amigos de Kent se limitaron a seguirles de lejos, prestos a intervenir a su vez en el momento oportuno.

Llegados al fondo de la torrentera Mark y los suyos, el primero midió los doscientos pies en línea horizontal y en la dirección marcada en el pergamino. Señalado el punto límite de la medida, ordenó a sus hombres que excavaran la tierra en una profundidad de cinco pies. Sus auxiliares y el mismo se pusieron a la obra, atacando con vigor el suelo, y, al cabo de media hora, las barras de hierro de que se servían tropezaron con un cuerpo duro.

— ¡Ya es nuestro! — exclamó ebrio de gozo el capitán.

Y aplicando el hierro que esgrimía a las juntas de la tapa de un cofre que se destacaba en el hueco, la hizo saltar.

En aquel preciso instante un proyectil disparado por uno de los sicarios de Kent horadó la cabeza de Mark y le deshizo la masa encefálica.

El capitán cayó de bruces, junto al

fantástico tesoro que tanto había ambicionado.

Trabada a seguida la pelea entre los supervivientes, fué tan enañada, tan cruel, que ninguno de ellos pudo calmar su sed de oro más que con la propia sangre.

Algunos insulares que acudieron al ruido de los disparos se aproximaron a los heridos, pero los abandonaron al percibir los deslumbrantes resplandores de aquellas luciérnagas nunca vistas por ellos y cuyo valor ignoraban, que relucían en el interior del cofre.

Iban a apropiarse aquellas maravillas cuando aparecieron Davis, sus amigos y los marinos de la *Medea*. Su presencia ahuyentó a los salvajes.

Al cesar el fuego, Eduardo había resuelto avanzar hacia el sitio de la colisión para decidir la contienda.

— ¡Nos han aborreado el trabajo de desenterrarlo! — exclamó al ver el tesoro a flor de tierra —; ya podemos ponernos en franquía. Cójase ustedes eso y trasládese a bordo — mandó a los marineros, después de ajustar por sí mismo la tapa del cofre —. Mañana enterraremos a esos — añadió, señalando despectivamente los cadáveres de los vencidos adversarios.

Luego permaneció meditabundo, mirando el hoyo que ocultara tantos lustros el tesoro, y en actitud semejante a la del viejo Davis cuando, decepcionado éste, renunció a recuperar las riquezas de su esposa.

Al verle así, Luisa, como Alicia en aquel trance, rodeó con su blanco brazo el cuello de su prometido y le sacó de su abstracción preguntándole con suave ironía:

— ¿Tan avaro te has vuelto, Eduardo, que te olvidas ya de nosotros?

Davis se ruborizó al oír aquella dulce fraterna de su amada, y de repente, estrechándola contra su robusto y noble pecho, le murmuró al oído.

— Tienes razón, Luisa mía: olvi-

daba que mi verdadero tesoro, el mío, eres tú.

.....  
Dos meses después de las trágicas aventuras y luego de haber depositado en el Banco de Inglaterra el tesoro del pirata, Eduardo Davis y Luisa Brandley contrajeron matrimonio en la capilla de Davis House, acto del que apenas se enteró el ilustre químico, muy preocupado en aquella ocasión con la fórmula de un

nuevo álcali aplicable a usos de higiene sanitaria.

Apenas concluida la ceremonia religiosa, los nuevos esposos se trasladaron al humilde cementerio rural donde reposaban en el panteón de familia los restos de la pobre abuelita, sobre cuya fosa quiso Luisa colocar por su propia mano y como delicada ofrenda a la excelente amigo los azahares y mirtos de su corona nupcial.

FIN

# ÍNDICE

	Páginas		Páginas
I		III	
El secreto de la abuela . . .	5	Los corsarios del siglo IX	
II		El robo del pergamino . . . . .	55
Los corsarios del siglo XVI		En el cuñil . . . . .	63
Los dos amantes . . . . .	11	Odio de mujer . . . . .	68
Un rapto y un crimen . . . . .	15	La casa de locos . . . . .	73
La leva . . . . .	21	La calentura del león . . . . .	80
En poder de los piratas . . . . .	25	Los dos rivales . . . . .	87
La esposa traía el esposo . . . . .	29	Golpes en vago . . . . .	92
Con la punta de la espada . . . . .	34	El barrio chico . . . . .	97
A bordo del <i>Lancaster</i> . . . . .	40	En el pozo de la muerte . . . . .	105
Entre el agua y el fuego . . . . .	43	El escape . . . . .	114
El final de la tragedia . . . . .	49	Generosidad y arrepentimiento . . . . .	120
		La caja de caudales . . . . .	127
		IV	
		El tesoro del pirata	
		Hasta el fin nadie es dichoso . . . . .	136

30±

Lava

6/09

# Las grandes novelas de la pantalla

Componen esta colección interesantes novelas, llenas de emoción y misterio, todas ellas ilustradas con preciosas fotografías de las películas. Por la forma concisa y cinematográfica en que se exponen los asuntos de las novelas, en sus tomos de 120 a 180 páginas, van descritos argumentos que en el modo literario usual exigirían varios tomos de 300 páginas.

**Precio de cada tomo . . . . . 2 ptas.**

## VOLUMENES PUBLICADOS

**LAS DOS NIÑAS DE PARÍS.** por *L. Feuillade*. Preciosa novela interpretada en la pantalla por la notable actriz Landra Milowanoff y el actor cómico Biscot (8 fotografías).

**JUDEX.** La preciosa novela interpretada por el célebre René Navarro (8 fotografías).

**LA HUERFANTA.** Preciosa novela del autor de *Las dos niñas de París*, interpretada también por los mismos personajes de aquel célebre drama (20 fotografías).

**BARRABAS.** La novela de este célebre personaje, 12 fotografías (actualmente en reimpresión).

**NUEVA MISION DE JUDEX.** Constituye la segunda parte de *JuDEX* (actualmente en reimpresión).

**EL SIGNO DEL ZORRO.** Novela basada en la comedia dramática que ha popularizado el gran actor norteamericano Douglas Fairbanks. El libro lleva 24 páginas de grabados que vienen a constituir una historia gráfica de la novela.

**PARISETTE.** Novela de *Luis Feuillade*, interpretada por Landra Milowanoff y por los demás actores que habían hecho antes *Las dos niñas de París* y *La Huertanta* (14 fotografías).

**LA COQUETA IRRESISTIBLE.** Novela americana, cuya película ha sido interpretada por la célebre Constanza Talmadge, de asunto moderno y original (24 grandes fotografías).

**POR LA PUERTA DE SERVICIO.** Delicada comedia, interpretada por la notable Mary Pickford y que ha constituido uno de sus más celebrados éxitos (24 grandes fotografías).

**EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS.** Emocionante novela dramática que ha constituido uno de los mayores éxitos de la actual época cinematográfica (18 grandes fotografías).

**PIMENTILLA.** Novela norteamericana que ha sido interpretada por la notable actriz Dorothy Gish (20 grandes fotografías).

**EL HIJO DEL PIRATA.** por *Luis Feuillade*. Es una de las novelas más emocionantes que se han escrito, y ha sido interpretada por los mismos que hicieron *Las dos niñas de París* y el célebre actor Aimé Simon Gerard, el notable intérprete del papel de Artagnan en la película de *Los tres mosqueteros* (12 fotografías).

**LA AMORDAZADA.** por *Pedro Decourcelle*, el autor de la célebre novela *Los dos milanes*. Esta novela es, quizá, la más misteriosa y emocionante de la colección (16 fotografías).

**EL CAPITAN KID.** Novela interpretada por Eddie Polo, el célebre actor norteamericano.

## EN PREPARACION

**LOS PARIAS DEL AMOR.** Emocionante novela de asunto pasional.

**LA DUENA DEL MUNDO.** La célebre novela que ha interpretado la actriz Mía May.

**SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A.**

CENTRAL:

Diputación, 211.—BARCELONA

SUCURSAL:

Valverde, 21, dup.—MADRID